

Emiliano Sánchez Narvarte

*Antonio Pasquali, un itinerario intelectual transnacional:  
comunicación, cultura y política (1958-1989)*

Tesis para optar por el título de Doctor en Comunicación  
Facultad de Periodismo y Comunicación Social  
Universidad Nacional de La Plata

**Director**

Mariano Zarowsky

**Co director**

Mauricio Schuttenberg

**2019**

<b>Agradecimientos</b> .....	4
<b>Introducción</b> .....	8
<b>Capítulo I.</b>	
<b>Discusiones teórico-metodológicas</b> .....	16
Una historia desde abajo.....	16
Cuestiones de historia intelectual y sociología de la cultura.....	21
Intelectuales, política y comunicación. Un abordaje.....	29
La tradición como historia.....	32
<b>Capítulo II.</b>	
<b>De la filosofía a <i>Comunicación y cultura de masas</i> (1958-1965)</b> .....	39
La formación universitaria. Entre humanistas, fenomenólogos y cinéfilos.....	40
De la filosofía a la información audiovisual. La experiencia francesa.....	44
Una actividad intelectual entre el Estado y la academia.....	46
La irrupción del revistismo entre la democracia y la revolución.....	52
La comunicación entre lo local y lo transnacional.....	62
El giro comunicacional. Pasquali lector de Wright Mills.....	64
<i>Comunicación y cultura de masas</i> en los debates regionales.....	67
<b>Capítulo III.</b>	
<b>Entre la crítica cultural y la renovación universitaria (1966-1972)</b> .....	79
La recepción de la “teoría crítica”. Entre <i>Cine al día</i> e <i>Imagen</i> .....	81
<i>El aparato singular</i> en las tramas de la renovación universitaria.....	89
Repensar la praxis. Desvíos y rupturas teóricas.....	95
Recepción de McLuhan desde el prisma frankfurtiano.....	100
La teoría crítica en “clave comunicacional” .....	102
Circulación de Pasquali en las redes latinoamericanas.....	106
<b>Capítulo IV.</b>	
<b>Del instituto de investigación a las políticas estatales de comunicación (1973-1978)</b> .....	114
Entre la gestión universitaria y las redes académicas de comunicación.....	116
El Instituto de Investigaciones de la Comunicación. Una modernización pluridisciplinar.....	120
Los intelectuales venezolanos y las políticas estatales de radiodifusión.....	124
Dilemas intelectuales: la política estatal, las nuevas teorías y la visita de McLuhan.....	130
Repliegue intelectual y nuevos proyectos de planificación comunicacional.....	140

<i>Comprender la comunicación. Crítica y balance</i> .....	143
--	-----

**Capítulo V.**

<b>Una práctica intelectual entre América Latina y Europa (1979-1989)</b> .....	151
De la universidad a la UNESCO. La comunicación en el debate transnacional.....	153
De Polonia a Venezuela. Institucionalizar la comunicación en la región.....	155
La AIERI en Caracas. Entre el informe MacBride y las democracias latinoamericanas.....	162
La relación Estado y comunicación. Entre la traición y el fracaso.....	166
El giro estratégico hacia las políticas culturales.....	171
Una apuesta transnacional para relanzar el NOMIC.....	177
<b>Conclusiones</b> .....	185
<b>Bibliografía</b> .....	197

## Agradecimientos

Este trabajo de investigación es parte de una tarea que por años he realizado en el marco del Instituto de Estudios Comunicacionales en Medios, Cultura y Poder Aníbal Ford, de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata. Quiero agradecer a la Comisión de Investigaciones Científicas de la Provincia de Buenos Aires, que me otorgó una beca de incentivo a la investigación con la que empecé a delinear este proyecto, y al Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), que me concedió una beca doctoral para realizarla.

Estoy muy agradecido con Florencia Saintout por su acompañamiento como directora de la beca doctoral. Aun cuando este trabajo eran solo ideas muy desordenadas, Florencia me alentó para que lo realizara. La primera persona con la que empecé a trabajar este proyecto fue con Jorge Huergo, hasta su repentino fallecimiento en enero de 2014. Este trabajo le debe mucho a las reflexiones, sugerencias y reconocimientos compartidos.

Agradezco a las autoridades de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social, a su Decana, Andrea Varela, al Vicedecano, Pablo Bilyk, a la Secretaria de Investigación, Daiana Bruzzone, a la Secretaria de Posgrado, Lía Gómez, y a Rocío Quintana, Coordinadora del Instituto de Estudios Comunicacionales en Medios, Cultura y Poder Aníbal Ford. Entre 2015 y 2019 experimentamos en el país muchas dificultades en todos los espacios de la vida social, y la educación y la producción de conocimientos no fueron la excepción. En este tiempo hostil, la Facultad siempre acompañó y fomentó intensamente el desarrollo de la investigación científica. También merece mi reconocimiento la directora de la Biblioteca de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social, Blanca Ramos, y los trabajadores y ex trabajadores de la Biblioteca que me ayudaron en este proyecto, como Anita, Martín y Ramón.

Mariano Zarowsky comenzó a dirigir esta investigación desde mediados del año 2014. Le estoy muy agradecido por su disposición a acompañarme en este proceso, a leer atentamente los avances, sugerir preguntas, materiales bibliográficos y guiar la escritura de la tesis. Mauricio Schuttenberg codirigió el proceso de investigación en su última etapa, agradezco sus sugerencias y observaciones. A pesar de todo el esfuerzo de ambos, los errores y las omisiones que surgirán a medida que este trabajo sea leído son de mi total responsabilidad.

Agradezco a Antonio Pasquali, quien me abrió las puertas de su casa en Caracas y me brindó su testimonio en reiteradas oportunidades y me facilitó el acceso a fuentes y

materiales de archivo que fueron imprescindibles para este trabajo. Con tristeza recibí la noticia de su fallecimiento. Unos meses atrás habíamos intercambiado ideas acerca de una versión preliminar de este trabajo que le había enviado por correo electrónico.

Mi reconocimiento a quienes en Venezuela colaboraron con la reconstrucción del itinerario de Antonio Pasquali y me ofrecieron sus testimonios o materiales de archivo para que pueda interpretarlo: Elizabeth Safar, Jesús María Aguirre, Marcelino Bisbal, Alfredo Chacón, Ovidio Pérez Morales, Germán Carrera Damas y a los investigadores y miembros del Instituto de Investigaciones de la Comunicación (ININCO), Carlos Guzmán Cárdenas y Bernardino Herrera. Fue clave la ayuda del historiador y bibliotecólogo Benjamin Santaella, quien me permitió acceder a la Biblioteca Central de la Universidad Central de Venezuela (UCV), al Archivo Histórico de la Facultad de Humanidades y Educación (UCV), a la Biblioteca Nacional de Venezuela y a la Biblioteca de la Escuela de Comunicación Social (UCV). Quiero agradecer también a los directivos y al personal de la Fundación Centro Gumilla, en Caracas, que tiene un archivo de gran valor para quienes estamos interesados en investigar la historia intelectual y cultural de los estudios en comunicación en América Latina.

Con una gran cantidad de amigos y compañeros del *Ford* dialogué y discutí sobre distintos aspectos de este trabajo y me alentaron en todo momento: fundamentalmente Guille Romero, Sil Casali, Sofi Bernat, Sol Logroño y Giuli Pates hicieron valiosos comentarios a capítulos y avances de este trabajo. Sin sus lecturas, sugerencias bibliográficas y recomendaciones, no sólo esta tesis sino mi formación intelectual en general, sería hoy otra cosa. Agradezco a Serguei Komissarov, con quien además de discutir aspectos de la investigación y en general sobre el sentido de la producción de conocimiento en comunicación y cultura, viajamos juntos a Venezuela durante mi segunda estadía y colaboró en la búsqueda de materiales en archivos y bibliotecas.

Fueron muchas las personas que realizaron aportes relevantes para esta investigación, ya sea en diálogos más o menos informales, en clases o en otras instancias de intercambio académico: entre ellas, Alfredo Alfonso, Nancy Díaz Larrañaga, Silvia Elizalde, Carlos Mangone, Silvia Delfino, Martín Becerra, Carlos Ciappina, Federico Rodrigo, Tomás Viviani, Daniel Badenes, Claudia Villamayor, Natalia Aruguete, Virginia Cáneva, Kevin Moravicki, Anahí Angelini y Carlos Vallina.

En Bolivia pude compartir reflexiones e ideas acerca de este trabajo con Erick Torrico Villanueva, Esperanza Pinto, Karina Olarte, José Luis Aguirre Alvis y Dorita Ayala Gonzáles. Agradezco a las trabajadoras de la Biblioteca de la Universidad Andina

Simón Bolívar, a las trabajadoras de la Biblioteca de la Universidad Católica Boliviana de La Paz, que además de permitirme indagar una multiplicidad de materiales, me dieron la oportunidad de acceder al Archivo Luis Ramiro Beltrán Salmón.

Y finalmente, y no por eso menos importante, quiero agradecer a Victoria Schroeter, gran compañera, con quien conocimos Venezuela allá por el año 2015, primera lectora y crítica, que estuvo conmigo en todos los momentos que atravesaron este arduo trabajo intelectual. Le agradezco por apoyarme en todas las circunstancias vividas y no objetarme el gastado enunciado “es para la tesis”.

A Vicky, Awka y Juanita, dedico este trabajo.

Vemos la mayoría de las obras pasadas a la luz de nuestra experiencia,  
sin hacer siquiera el esfuerzo de considerarlas en algo semejante  
a sus términos originales.

Raymond Williams.

*La larga revolución*, 1961, p. 61.

Nuestro único criterio no debería ser si las acciones de un hombre  
están o no justificadas a la luz de la evolución posterior.  
Al fin y al cabo, nosotros mismos  
no estamos al final de la evolución social.

Edward Palmer Thompson.

*La formación de la clase obrera en Inglaterra*, 1963, p. 31.

Los enfrentamientos (...) ideológicos como los que han sucedido  
ininterrumpidamente en el presente siglo, erigen barreras en el camino del historiador,  
cuya labor fundamental no es juzgar, sino comprender incluso lo que resulta más difícil  
de aprehender. Pero lo que dificulta la comprensión no son sólo nuestras apasionadas  
convicciones, sino la experiencia histórica que les ha dado forma.

Eric Hobsbawm.

*Historia del siglo XX*, 1994, p. 15.

## Introducción

Esta tesis estudia la obra y la trayectoria intelectual de Antonio Pasquali (1929-2019), a partir de una reconstrucción histórica del conjunto de las preocupaciones intelectuales y políticas que orientaron sus investigaciones en comunicación, cultura y política, entre los años 1958 y 1989. Dado que se trata de una figura central en el campo de la comunicación en América Latina, la investigación se propone reconstruir el desarrollo de algunos tópicos al interior de la disciplina misma. Al focalizar sobre aspectos de la producción de conocimiento, es, en tal sentido, una historia intelectual de los estudios en comunicación.

Nos situaremos temporalmente desde finales de los años cincuenta hasta finales de la década del ochenta porque nos permite observar una multiplicidad de espacios y discusiones que constituyeron las condiciones sociales de posibilidad de la producción académica de Pasquali. Hacia finales de los años cincuenta, inició su actividad como docente en la Universidad Central de Venezuela y tres décadas después, en junio de 1989, se jubiló de sus funciones como Coordinador Regional para América Latina de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO). Su itinerario intelectual se fue configurando tempranamente desde los debates intelectuales caraqueños respecto a la reorganización cultural tras el retorno de la democracia hasta la formación de las redes latinoamericanas de investigación en comunicación y cultura.

El objetivo general de esta tesis es contribuir a la investigación sobre la historia intelectual de los estudios de comunicación en América Latina, a partir de la reconstrucción del itinerario intelectual de Antonio Pasquali y del análisis de sus producciones teóricas en relación con los debates político-culturales en las que emergieron entre 1958 y 1989. En términos de objetivos específicos, analizaremos la trayectoria formativa de Pasquali y los círculos intelectuales que frecuentó a partir de su entrada en la Universidad Central de Venezuela. Procuraremos identificar las redes intelectuales locales e internacionales de las que formó parte y que habilitaron conexiones y articulaciones entre instituciones culturales y matrices de pensamiento que operaron de forma clave en su producción de conocimiento. Por otro lado, reconstruiremos el campo de discusiones y debates teóricos, políticos y comunicacionales, en el que se inscribieron sus obras en relación con los trabajos en torno a la comunicación en América Latina que en ese momento se estaban produciendo, con la vocación, en definitiva, de dar cuenta de

sus principales conceptualizaciones en torno a la comunicación y a la cultura.

En América Latina los estudios dedicados al surgimiento y desarrollo de los estudios en comunicación han ido en aumento en los últimos años. El pensamiento de Pasquali, un indiscutido protagonista en dicho proceso, también ha merecido la suficiente atención de parte de historiadores y analistas de las ideas. Si bien ha sido objeto de numerosos comentarios, su trayectoria intelectual no ha recibido, a nuestro juicio, un análisis de carácter sistemático. La literatura ha girado fundamentalmente en torno a dos aspectos. Una parte de ella estuvo dedicada a analizar su pensamiento en relación con las reflexiones de la Escuela de Frankfurt y la otra se ha ocupado de poner de relieve sus conceptualizaciones sobre la comunicación y la información.

Una doble insatisfacción con la literatura actualmente disponible originó esta investigación. La primera de ellas remite a una imagen ya canónica de la trayectoria y producción intelectual de Antonio Pasquali. La segunda se vincula con las reconstrucciones de la historia de la disciplina misma durante el período.

En los relatos tradicionales, la figura de Pasquali ha quedado estrechamente asociada con el pensamiento de la Escuela de Frankfurt, en especial por su crítica y “denuncia” a la cultura de masas. La apreciación, ciertamente, no es del todo inexacta. La referencia a algunas reflexiones filosóficas del Instituto de Investigación Social de Frankfurt fue una constante en sus trabajos entre finales de la década del sesenta y mediados de los años setenta. Sin embargo, un examen más cuidadoso y detenido de su trayectoria intelectual obliga a tomar distancia de aquella imagen.

Pasquali desarrolló una intensa actividad intelectual en la que se articularon distintos espacios institucionales nacionales e internacionales, movimientos culturales, la gestión pública y la actividad universitaria. Tempranamente, desde su formación filosófica en Caracas, se vio interpelado por las reflexiones de la fenomenología alemana de Husserl, Heidegger y Hartmann. Posteriormente, en su pasaje formativo por el Instituto de Filmología de París, se acercó a las ideas, entre otros, de Edgard Morin, George Sadoul y a las experiencias de cine educativo europeas. Editó y tradujo textos y análisis relacionados a la “información audiovisual”, participó de distintos proyectos revisteriles relacionados con la crítica cultural, literaria y cinematográfica. A partir de distintas redes se acercó a las reflexiones latinoamericanas del “tercer cine” y participó de actividades regionales que discutían sobre la necesidad de reglamentar la producción cinematográfica y de generar las condiciones para una producción cultural autónoma que representara los intereses o las realidades de los pueblos latinoamericanos. En principio, la sola

enumeración de algunas de las actividades y proyectos en los que participó, revela, de hecho, que Pasquali sostuvo un diálogo con distintas tradiciones de pensamiento e incluso ajenas a la reflexión filosófica.

Esta investigación entonces estará dedicada a explorar este aspecto relativamente poco conocido de su trayectoria intelectual: el concerniente a su papel en distintos movimientos culturales y políticos. El fin de ello reside en considerar que si articulamos su itinerario intelectual con las organizaciones y redes universitarias venezolanas y latinoamericanas, se podrá observar y colocar la interpretación de sus textos en el horizonte de los dilemas y los interrogantes planteados por su época. Pretendemos, en este sentido, identificar y sistematizar su propuesta conceptual, los principales marcos de interpretación e inscribirlos en sus condiciones de producción atendiendo a los debates y a las discusiones en las que Pasquali participó. Puntualmente, indagaremos sus elaboraciones que tuvieron como eje central la relación cultura, medios masivos y política, que siendo una continuidad en sus trabajos, fueron reconfigurándose y desplazándose conceptualmente hacia entender a los medios de comunicación como servicio público. Dichas propuestas conceptuales, entendemos, condensan no solo sus formulaciones y reelaboraciones teóricas vinculadas —dicho esquemáticamente— a las políticas de comunicación, sino también su praxis académica, sus intervenciones intelectuales y su inscripción en los distintos movimientos que, en la región, planteaban la necesidad de generar mayores condiciones de acceso y participación ciudadana en los medios masivos.

En cuanto a su organización interna, la tesis está estructurada en cinco capítulos y unas conclusiones. En el capítulo I presentamos la perspectiva teórico-metodológica desde la cual realizamos la investigación.

En el capítulo II, “De la filosofía a *Comunicación y cultura de masas* (1958-1965)”, vamos a analizar las conceptualizaciones que Pasquali produjo acerca de la relación entre comunicación, cultura y política hacia mediados de los años sesenta. Complementariamente, vamos a reconstruir su participación en múltiples espacios formativos y su intensa militancia cultural. Sus estudios en la carrera de Filosofía y Letras en la UCV, su pasaje por los Círculos Universitarios de Cine; cómo su doble formación de posgrado en Francia, el doctorado en Filosofía y la especialización en Filmología, le permitieron conectarse con los debates que ocupaban a una franja de la intelectualidad parisina —Edgar Morin y Gilbert Cohen Séat, por ejemplo— en torno a la producción audiovisual y las problemáticas emergentes sobre la cultura de masas. Entre finales de

1959 y principios del 60, además de publicar su primer trabajo, *Información Audiovisual* (1960, UCV), fundó junto a compañeros de la UCV la revista *Crítica contemporánea*. Desde aquí se incorporó activamente en los debates políticos y culturales de la sociedad venezolana —pero particularmente caraqueños— en un campo cultural trazado por discusiones en torno a la reorganización de la democracia —tras diez años de gobiernos militares—, la necesidad de modernizar la producción cultural e intelectual, y la emergencia de movimientos radicalizados —más o menos orgánicos con los grupos guerrilleros—. Varias de las discusiones en las que Pasquali participó se condensaron en su trabajo *Comunicación y cultura de masas* (1964, EBUC).

Consideramos que en Venezuela la reflexión sobre la comunicación emergió tendiendo a la formulación de nuevas estrategias teóricas y fundamentalmente políticas. Fueron interpretaciones que no estaban destinadas simplemente a ofrecer una representación de los problemas vinculados a los medios masivos, la cultura de masas, la ideología o la política, sino que también ofrecían una orientación para actuar conforme a la crítica que se desprendía de dichas representaciones.

A diferencia de algunos trabajos que plantean que en la emergencia de la pregunta por la comunicación se conjugó un “exceso” de política, de “denuncismo”, que produjo una tensión irresuelta entre rigor científico y pertinencia social, entendemos, al contrario, que al menos en lo referente a nuestro problema de investigación, el pensamiento de Antonio Pasquali no se elaboró desde el exterior de los movimientos intelectuales y culturales de los que participó, sino *en su interior*. En este sentido operó una doble dialéctica: la política entendida como una *disposición hermenéutica* —construida en la intersección de múltiples espacios— productora de miradas y lecturas de los procesos sociales, y puntualmente de eso llamado “comunicación” —a posteriori—, y la “comunicación” como zona estratégica desde la cual pensar los procesos políticos. La comunicación pasó de ser percibida como un problema eminentemente político para devenir un problema, *simultáneamente*, político y académico. Un proceso de doble legitimación: algo sobre lo cual discutían referentes políticos en espacios y términos académicos y algo que podía ser discutido por académicos en términos y espacios políticos-culturales.

El Capítulo III, “Entre la crítica cultural y la renovación universitaria (1966-1972)”, tiene por objetivo analizar el itinerario de Pasquali a la luz del reordenamiento del campo de la producción cultural venezolano y los diálogos que se fueron tejiendo con distintos puntos de América Latina. Se conjugaron una serie de procesos: desde el campo

político, el Estado nacional promovió una fuerte política cultural con la creación en 1965 del Instituto Nacional de Cultura y Bellas Artes (INCIBA) y fundó —de la mano del editor uruguayo Benito Milla— la editorial estatal Monte Ávila. En 1967, desde el INCIBA se fundó la revista *Imagen*, a cargo de Guillermo Sucre. La revista fue una plataforma desde la cual se proponían llevar adelante una *actualización teórica y renovación de saberes*, publicando reseñas y traducciones de autores como Herbert Marcuse, Roland Barthes y, entre otros, Lucien Goldmann. En la revista, Pasquali participó como colaborador y publicó sus primeros artículos sobre la obra de Marcuse y sus primeras reflexiones sobre Marshall McLuhan. Ese proceso, además, se complementó con un fuerte auge de las librerías locales, que importaban las novedades académicas. Entre la importación y traducción de las nuevas tendencias operada por una franja de la intelectualidad, y la circulación de textos que tenían como eje distintas librerías caraqueñas, empezaron a circular una gran cantidad de obras europeas<sup>1</sup>. Fue justamente desde estas formaciones culturales y producto del importante flujo editorial, que Pasquali accedió a la *Dialettica dell'illuminismo* de Max Horkheimer y Theodor Adorno en su primera edición italiana de 1966 a cargo de Giulio Einaudi editore. Las lecturas de algunos referentes de la Escuela de Frankfurt fueron rápidamente incluidas en su marco de interpretación en *El aparato singular* (1967, UCV).

De modo “lateral” a lo anterior, fue emergiendo un movimiento cultural que problematizó y reflexionó sobre el cine en Venezuela en un proceso más amplio que se dio a escala latinoamericana y europea. Producto de una organización que articuló a distintos sectores de la intelectualidad que le exigían al Estado adoptar políticas culturales para la producción cinematográfica, se desarrollaron encuentros nacionales de cine en los que Pasquali participó activamente. Tras esos procesos de intercambio y discusión, algunos de los participantes —entre ellos Pasquali— fundaron la revista especializada *Cine al día*. El análisis de este movimiento es importante para pensarlo, primero, como un proyecto que intentó posicionarse como representante del análisis y la modernización cultural, incorporando las “nuevas armas de la crítica”; en segundo lugar, porque consideramos que *Cine al día* tuvo entre sus objetivos inscribir la producción cinematográfica local en el marco de las producciones y las redes de circulación regional, al motorizar encuentros en distintos puntos de América Latina, y en su disposición a la

---

<sup>1</sup> Por esos años fue muy importante la circulación editorial promovida por la Librería Suma, Librería del Este, Librería La France, El Libro Italiano, El Palacio del Libro, Lectura y Librería Lea, entre otras. Para ampliar, sugerimos ver Rodríguez Boades, 2014.

recepción de obras y directores de la región en foros locales. Los tópicos de la revista, además, nos permiten reconstruir las discusiones que atravesaban a un sector de la intelectualidad que identificaba en la producción cultural un anudamiento central en la reconfiguración de las relaciones de poder en el continente. En este sentido, entonces, es importante para analizar desde qué condiciones Pasquali se acercó a nuevos marcos interpretativos y cómo los incorporó a los debates locales.

El capítulo IV, “Del instituto de investigación a las políticas estatales de comunicación (1973-1978)”, analiza la participación de Pasquali en una diversidad de espacios institucionales —nacionales e internacionales— interpelados por la pregunta en torno a la relación entre comunicación y regulación del sistema de medios. Durante estos años se produjeron intensos debates sobre la investigación en comunicación en un marco creciente de estructuración nacional de redes de estudios que problematizaron la relación medios, cultura y comunicación. Se fueron incorporando instituciones de distintos puntos del país, como la Escuela de Comunicación Social de la Universidad de Zulia —Maracaibo—, la Academia de Ciencias y Artes junto a las escuelas caraqueñas de la UCV y de la Universidad Católica Andrés Bello; emergieron nuevos espacios de investigación como el Instituto de Investigaciones de la Comunicación (ININCO), fundado y dirigido por Pasquali entre 1974 y 1978, como también el Centro de Comunicación Social “Jesús María Pellín”. Este proceso se vio potenciado por la articulación con redes transnacionales de distinto alcance y con diferentes objetivos: por un lado, con las políticas efectuadas por el Centro Internacional de Estudios Superiores de Periodismo para América Latina (CIESPAL). Desde CIESPAL, en 1973 se empezó a editar la revista *Chasqui* que procuró orientar, en el marco de las políticas generales de la institución, una red latinoamericana de estudios en comunicación. Por otra parte, vía CIESPAL comenzaron a circular las disposiciones de la UNESCO en materia de políticas culturales y comunicacionales.

Hacia 1974, el gobierno venezolano dispuso de una serie de políticas a través del Consejo Nacional de Cultura (CONAC), que apuntaron a la reorganización de la producción cultural, específicamente en lo que refiere al cine, a la radio y a la televisión. Desde el CONAC se incorporó a distintos intelectuales e investigadores. Pasquali fue convocado a dirigir el Comité de Radio y Televisión que redactó el Informe Ratelvé entre 1974 y 1975, un proyecto que pretendió delimitar una nueva política para la radio y la televisión del Estado venezolano. *La incorporación de los intelectuales a la formulación de políticas estatales* fue uno de los ejes polémicos que atravesaron las páginas de las

revistas especializadas en comunicación fundadas hacia aquellos años.

En el capítulo V, “Una práctica intelectual entre América Latina y Europa (1979-1989)”, vamos a situar y conectar la trayectoria y la producción intelectual de Antonio Pasquali con una década que ha sido caracterizada como un momento de consolidación e institucionalización de los saberes en comunicación en distintas regiones de América Latina. Nos interesa poner en relación la praxis intelectual de Pasquali con los debates de mediados de los años ochenta y trazar, en términos cognitivos, las contigüidades y distancias entre su producción y la de sus contemporáneos. En este mismo período, vamos a analizar su participación en la formación de redes latinoamericanas de investigadores de la comunicación. Primero, los modos en que se rearticuló la intelectualidad de la región especializada en comunicación a finales de la década del setenta, con el surgimiento de los gobiernos dictatoriales en el sur de América. En 1978, junto a referentes de los estudios de comunicación el teórico venezolano promovió la formación de la Asociación Latinoamericana de Investigadores de la Comunicación (ALAIIC). Luego vamos a indagar cómo desde su posición de Coordinador Regional de la UNESCO para América Latina, motorizó y participó de la Unión Latinoamericana y del Caribe de Radiodifusión (ULCRA), espacio que se propuso discutir críticamente el avance de los procesos de privatización de los medios masivos en la región. Nos interesa analizar qué medidas planteaban y cómo se incorporaron en los debates políticos e intelectuales de mediados y finales de los años ochenta.

Por último, el trabajo finaliza con unas conclusiones que pretenden dar cuenta sintéticamente del recorrido trazado, y se presentan algunos interrogantes emergentes que ameritarían nuevas investigaciones para ser respondidos.

Entendemos que la puesta en relación de la producción académica de Pasquali con su itinerario intelectual, permite dar cuenta de los entramados más amplios que operaron como condición de posibilidad de sus conceptualizaciones y teorizaciones sobre la comunicación y la cultura. En este sentido, la riqueza del período considerado permite dar cuenta no solo de la emergencia de un discurso especializado en comunicación en Venezuela —en diálogo con América Latina y Europa—, sino también identificar continuidades, desplazamientos y rupturas teóricas, reconfiguraciones académicas e intelectuales, trazadas por movimientos de radicalización política, modernización cultural, renovación universitaria e institucionalización del campo de saberes en comunicación hacia mediados de los años ochenta.

Este trabajo se sitúa y dialoga con las distintas investigaciones que indagan en la historia intelectual y cultural de los estudios en comunicación en América Latina (Zarowsky, 2013 y 2017; Ciappina, 2015; Diviani, 2019). Su aporte consiste en explorar su contexto de emergencia histórico-social y, al mismo tiempo, analizar las dinámicas específicas donde, en un entrecruzamiento de instituciones académicas, formaciones culturales y las lógicas del campo político, se fueron produciendo saberes sobre la comunicación entre las décadas del sesenta y del ochenta. En este sentido, consideramos que dar cuenta de la formación histórica de un campo de saberes específicos permite visibilizar la emergencia de discursos especializados y, al mismo tiempo, iluminar entramados político-culturales más amplios.

## Capítulo I

### Discusiones teórico-metodológicas

#### **Una historia desde abajo**

El punto de partida desde el cual construimos el problema de investigación de esta tesis estuvo relacionado con una pregunta en torno a la producción académica de Antonio Pasquali. Básicamente, nos habíamos propuesto analizar sus elaboraciones conceptuales en torno a la comunicación, la cultura y los medios masivos en relación con sus preocupaciones políticas. Teníamos la pretensión de identificar y sistematizar sus marcos de interpretación, sus construcciones teóricas y relacionarlas con el contexto histórico. Es decir, buscar en la historia, en las situaciones políticas generales latinoamericanas, un sentido o un registro que le diera inteligibilidad a su pensamiento. Situados en líneas generales en la *historia de las ideas*, se abordaría el pensamiento de Pasquali de manera diacrónica, sus desarrollos, continuidades y evoluciones a lo largo del tiempo.

En principio, y siguiendo las conceptualizaciones de Oscar Terán (2008), entendimos a la historia de las ideas como esa zona de la historiografía que busca comprender las ideas y creencias del pasado. Haciendo una simple operación de desplazamiento, lo que se realizaría, entonces, era una investigación sobre la historia de las ideas en comunicación que había producido Antonio Pasquali, y los materiales para reconstruir dicha historia serían los discursos, los conceptos, las palabras, lo que Terán define —retomando parcialmente a Raymond Williams— como “representaciones”. De este modo, en líneas generales, nos valdríamos de los textos para restituir la visión que los sujetos tenían de su época y de sus problemas.

De ahí que comenzamos a realizar, a modo de “ejercicio académico”, análisis de contenido de *Comunicación y cultura de masas* (1964, EBUC), una de las obras centrales del filósofo venezolano. Teníamos como objetivo dar cuenta de las referencias epistemológicas y filosóficas desde las cuales Pasquali había construido su definición de comunicación. El procedimiento inicial era relativamente sencillo: se indagaba el texto, se identificaba su definición de la comunicación y luego se sistematizaba a partir de las citas, el marco de interpretación utilizado. Una vez realizado lo anterior, a partir del establecimiento de analogías, del señalamiento de semejanzas y diferencias, características en común a través de una lectura cruzada, se identificaba que la definición

de comunicación producida por Pasquali en dicha obra se fundamentaba teórica y epistemológicamente en ciertos autores europeos como, por ejemplo, el filósofo alemán Martin Heidegger, fundamentalmente su trabajo *Ser y tiempo*.

Esta lectura lineal antes que problematizar y analizar lo que Pasquali planteaba, nos llevó a constatar una serie de referencias explicitadas en su trabajo y, en términos concretos de producción de nuestro propio estudio, efectuábamos una “reescritura” del texto, un efecto de *duplicación* en tanto y en cuanto se retomaban pasajes y se reescribían intentando explicar lo que, en definitiva —y supuestamente—, el autor *había querido* decir. Si bien es un procedimiento habitual en distintas investigaciones en general y en particular en los estudios en comunicación —por nombrar solo dos, ver Mauro Wolf ([1987] 2013) o Raúl Fuentes Navarro (1991)— la indagación nos situaba, sin pretenderlo, en un problema sobre la *intención* del autor, cuestión debatida intensamente al interior del campo de estudios de historia de las ideas.

Una franja del campo de investigación norteamericano dedicado a la historia de las ideas, ha realizado diversos cuestionamientos al análisis de la intencionalidad de los agentes a partir de sus obras. Por un lado, desde la línea que ha sido considerada como “textualismo radical”, se propone que detrás de los textos la intencionalidad subjetiva de los actores no es recobable e incluso ni siquiera relevante, porque sólo el “lenguaje ofrece un soporte objetivo de inteligibilidad histórica” (Palti, 1998, p. 32). O dicho de otro modo, identificar la intencionalidad resultaría inaccesible.

Por su parte, el historiador británico Quentin Skinner (1990) planteó que si bien la tarea de investigación es recuperar la “sustancia del argumento”, si se pretende interpretar un texto y comprender por qué sus contenidos son como son y no son de otra manera, se debe dar cuenta de qué curso de acción el sujeto estaba apoyando o defendiendo, acatando o ridiculizando (p. 237). Se trataba, por un lado, de problematizar que las significaciones no se agotaban en la figura del autor y, por otro, de comprender la producción de las ideas en “sus propios términos”, de resituar los textos a su contexto, reintegrándolos a “la esfera histórico-práctica de la que emergen” (Palti, 1998, p. 149). De todos modos, este desplazamiento del sujeto al contexto revelaba la emergencia de posicionamientos “contextualistas”. Contexto en un sentido más amplio, en términos “históricos”, o en el sentido propuesto por Skinner, como “*condiciones semánticas de producción*” (p. 30, destacado en el original), es decir, todo lo que un agente enuncia debe ser inscrito en su red de enunciación.

Esta problematización teórico-metodológica que algunos autores plantean, se

sitúa, además, en el plano de los debates acerca de si es posible pensar las ideas, las normas y los sujetos aislados de sus contextos de producción y de recepción. En el marco de esta discusión, el objetivo de resituar el pensamiento de Antonio Pasquali y problematizarlo en relación con sus contextos no parecía, igualmente, una tarea de tan fácil resolución. Las modalidades de analizar la articulación entre historia y pensamiento, contexto e ideas, son cuestiones problemáticas.

El materialismo cultural<sup>2</sup> ha sido una de las perspectivas teóricas que ha militado incesantemente contra aquellos trabajos de historización de las ideas o de grandes biografías que producen un efecto en el que las obras parecerían trascender intemporalmente sus condiciones históricas. Desde el materialismo se ha intentado dar cuenta, de distinto modo, de las marcas que un proceso social imprime sobre una obra<sup>3</sup>.

Raymond Williams en *La política del modernismo* ([1989] 1997) realizó una serie de reflexiones en torno al “futuro de los Estudios Culturales” y sobre la teoría cultural que me parece pertinente inscribir en estos debates. En una de las conferencias allí publicadas, Williams reflexiona sobre el reconocimiento intelectual hacia los *Cultural Studies* y efectúa unas observaciones críticas acerca de cómo se dio dicho proceso. Más allá de la situación particular de la tradición inglesa, que no es un proceso que trabajaremos aquí, el sociólogo galés advertía que el ordenamiento de cada fase de la tradición de la “Escuela de Birmingham” estaba excesivamente descrita a través de los *textos* y lo que no se ponía en evidencia era la historia en la que ellos habían emergido (p. 191, destacado en el original). Afirmaba que ese tipo de “versiones” hablaban de individuos que hicieron tal obra o de tendencias y escuelas que conllevaban a un rápido etiquetamiento. El problema, continuaba, era que se producían “historias idealistas”, muy “pulcras”, que narraban solo la superficie del desarrollo real, superficie “engañosa” porque, como se dijo anteriormente, no son simplemente ideas sino que estas son producidas en formaciones culturales constituidas por sujetos y atravesadas por tensiones y debates (p. 191).

---

<sup>2</sup> La investigadora brasilera María Elisa Cevasco (2003), en su estudio sobre la obra de Raymond Williams, entiende al materialismo cultural como un programa de sociología de la cultura cuya especificidad reside en examinar las relaciones entre las condiciones materiales de producción y de recepción de las obras sin autonomizarlas de la vida social. En otros términos, analizar las relaciones entre las “escrituras” y las sociedades en las que adquieren valores y significados particulares (pp. 189-190).

<sup>3</sup> A la luz de estos debates se deben leer los trabajos de Fredric Jameson ([1971] 2016) y Terry Eagleton ([1976] 2013). Ambos autores sugieren que entre las producciones culturales y la historia emergen una serie de pliegues o mediaciones — clase social, instituciones, modos de producción cultural, ideología — que habilitan a pensar que las condiciones en las que se produce conocimiento sobre lo social, si bien nunca están desconectadas de lo histórico, merecen ser pensadas desde dimensiones más específicas.

Más adelante, en “Los usos de la teoría cultural”, sostenía que se tenía que operar un desplazamiento desde la búsqueda de textos e individuos “desde arriba”, es decir, partiendo de conceptualizaciones o posicionamientos intelectuales como un hecho naturalizado, hacia las relaciones específicas a través de las cuales se hacen y se mueven las obras (p. 213). Consideramos que este procedimiento habilita a problematizar las teorías como si fueran algo dado que remiten a sí mismas. Propone *salir del texto* no para olvidarlo sino para inscribir la posición de sus productores en procesos más amplios en los que las obras y las conceptualizaciones emergen como “*respuestas específicas*” a los problemas de la sociedad que dichos agentes están experimentando (p. 215, el destacado nos pertenece).

Este desplazamiento, pensado en el marco de nuestra investigación, nos devuelve el problema a otras coordenadas en las que la producción de saberes de Antonio Pasquali se halla en un entramado de disputas y en el cual la exposición de una teoría no debe invisibilizar que emerge en procesos de luchas contra otras a las que se opone.

De todos modos, no sólo el materialismo cultural se ha interrogado sobre la vinculación entre dimensiones consideradas, por decirlo rápidamente, “micro” y “macro”, como pueden ser las relaciones entre una serie de prácticas de los agentes y el contexto. Las ciencias sociales han elaborado formulaciones que son claves para nuestra investigación. Clifford Geertz<sup>4</sup> plantea que si bien hay que analizar las prácticas culturales “en sus propios términos”, se debe tomar distancia de lo que llama “entidades abstractas” que se cristalizan en “esquemas unificados” ([1973] 2006, p. 30). Entiende que hay que pasar por alto rótulos equívocos y “vacuas similitudes” que tienden a explicar por analogías forzadas experiencias y prácticas culturales diferentes. El antropólogo estadounidense propone, para evitar generalizaciones de ese tipo, analizar los hechos y “descender a los detalles” para captar la especificidad de las prácticas de los agentes que nos ocupan (p. 58). Es decir, leer de qué modo la historia se condensa en los materiales que nos proponemos estudiar, y no considerar a priori del proceso de investigación, relaciones teóricas, históricas o políticas, que no siempre son distinguibles empíricamente.

Dar cuenta de la mayor especificidad posible de nuestro problema de investigación para no producir generalizaciones demasiado alejadas de las experiencias

---

<sup>4</sup> Sobre la importancia de las reflexiones teórico-metodológicas de Geertz en los análisis historiográficos de Eric Hobsbawm, Edward Thompson, Robert Darnton, Natalie Zemon Davis, y en general para la historia cultural, ver Serna y Pons ([2005] 2013, pp. 142-148).

de los agentes, nos plantea dos desafíos de orden sociológico e historiográfico. El trabajo interpretativo, considera Anthony Giddens, nos interpela a familiarizarnos “con las formas de vida en las que las actividades se expresan” ([1984] 2006, p. 40). En nuestro caso en particular, las tramas de significados en las que emergieron las elaboraciones y las intervenciones intelectuales de Antonio Pasquali, entre finales de la década del cincuenta y finales de los años ochenta en Venezuela. Preguntarnos *por qué y cómo* pensó la relación entre comunicación, cultura y política, es un interrogante que, siguiendo a Giddens, puede ser entendido como una puerta de entrada a “un *medio* cultural —extraño a nosotros— para comprenderlo” (p. 357, destacado en el original).

Por otro lado, en *La larga revolución*, Williams plantea que al estudiar cualquier período pasado, lo más difícil de aprehender es esa “sensación vívida” de la experiencia en un lugar y un momento determinados: identificar “cómo se combinaban las actividades específicas en un modo de pensar y vivir” ([1961] 2003, p. 56). Para “entrar” a ese medio cultural “extraño” tomamos la decisión teórico-metodológica de realizar análisis documentales y la elaboración de entrevistas. Los testimonios, sigue Williams, son claves para intentar aprehender y analizar las “sensaciones” y la “experiencia concreta” a través de las cuales los agentes que estudiamos elaboraron ciertas reflexiones (p. 56). Consideramos que la utilización del testimonio oral se presenta como una instancia para dar cuenta, retrospectivamente, del “registro reflexivo sobre una acción”, como diría Giddens ([1984] 2006, p. 24), porque permite dar cuenta de la vivencia de los actores respecto a su propia práctica e itinerario vital, esto es, incorporar el sentido subjetivo que éstos le daban en cada momento a su acción. Según afirma el historiador Françoise Dosse, la utilización del testimonio oral permite entonces que emerja “el momento de subjetivación del instante” que da cuenta de una dimensión de “intensa afectividad” (Dosse, [2003] 2006, p. 273)<sup>5</sup>.

---

<sup>5</sup> En este aspecto, el historiador alemán Reinhart Koselleck (1993) plantea una tensión en cuanto a la legitimidad de las fuentes en el devenir de la producción de conocimiento historiográfico que es necesario atender. Por un lado, que una “historia no es nunca idéntica a la fuente que da testimonio de ella”, y sostiene que si fuera así, “cualquier fuente clara y fluida sería ya la historia de cuyo conocimiento estamos tratando” (pp. 199-200). Respecto a ello, afirma Carlos Altamirano ([2001] 2011, p. 140) las fuentes escritas resultan materiales ineludibles para la reconstrucción y análisis historiográfico en cuanto a que el testimonio oral podría estar demasiado implicado en las situaciones como para observar con claridad los acontecimientos que experimentó.

## **Cuestiones de historia intelectual y sociología de la cultura**

Para responder a los interrogantes planteados nos proponemos analizar las ideas y sus encarnaciones, los sujetos y las significaciones, en el entretejido social en el que se producen y circulan. Esto implica, en líneas generales, situarnos ya no en la historia de las ideas sino en lo que se conoce como *historia intelectual*.

Si bien la historia intelectual en general y en los estudios en comunicación en particular ha tenido un notable desarrollo en Argentina en los últimos años, este proceso no puede desconectarse de debates académicos más amplios a escalas transnacionales. Al respecto, el historiador Françoise Dosse ([2003] 2006) entiende que la historia intelectual surgió como campo de investigación en tensión con la tradicional historia de las ideas, caracterizada por realizar una exposición cronológica de los juegos de influencia de un autor a otro, de modo lineal y ocupándose solamente de la esfera del pensamiento. La historia intelectual, sostiene Dosse, pretende dar cuenta de las obras, sus autores y los contextos que los han visto nacer. Por un lado, rechaza los posicionamientos entre una lectura interna y externa de la obra y, por otro, tiene el desafío de articular analíticamente las producciones, los recorridos y las trayectorias más allá de las fronteras disciplinares. De modo complementario, Carlos Altamirano (2005) ha propuesto entender a la historia intelectual como “el trabajo del pensamiento en el seno de las experiencias históricas” (p. 10). Uno de los modos de abordar esas “experiencias históricas” es integrar la vida intelectual en envites sociales y culturales más amplios (Dosse, [2003] 2006, p. 144).

Antes que disciplina o subdisciplina, Altamirano (2005) comprende a esta modalidad historiográfica como un “campo de estudios” que “está en el límite de ese territorio”, cruzando fronteras y mezclándose con otras disciplinas, y antes que restablecer la marcha de las ideas a través del tiempo, se las debe seguir y analizar en los conflictos y los debates, en las perturbaciones y los cambios de sentido en su paso por la historia (pp. 10-11). De todos modos, la historia intelectual se practica de muchos modos y no hay, dentro de su ámbito, un lenguaje teórico o maneras de proceder que funcionen como modelos obligados para analizar o interpretar sus objetos (Altamirano, 1999). Esta dispersión teórica y pluralización de criterios para recortar los objetos ha conllevado a que la historia intelectual como campo de estudios establezca diálogos y se complemente con otras tradiciones teóricas, como la crítica literaria, la historia de las mentalidades o la sociología de las elites.

Para la definición de nuestra perspectiva hemos optado por realizar un *cruce* entre la historia intelectual y la sociología de la cultura, aun cuando el límite de ambas

perspectivas es de por sí borroso (Zarowsky, 2013). Este campo de problemas ha sido trabajado en estudios como los de Claudio Suasnábar sobre los intelectuales de la educación en Argentina (2004), Fernanda Beigel sobre la obra y praxis vital de Mariátegui (2003a), Alejandro Blanco en su investigación sobre el itinerario intelectual de Gino Germani (2006) y las elaboraciones de Mariano Zarowsky en su reconstrucción del itinerario intelectual de Armand Mattelart (2013) y su estudio sobre los “intelectuales de la comunicación” en Argentina (2017).

La idea de *itinerario intelectual* es un concepto clave para la articulación de ambas perspectivas y en particular es útil para pensar el carácter dinámico de las prácticas académicas de Pasquali, es decir, para entender su trayectoria en su “itinerancia”, en su “movimiento” (Corbin, 1999, p. 120)<sup>6</sup>. En lugar de disponernos a producir una historia de “héroes” producto de una “excesiva individualización” (Prochasson, 1999, p. 250), este punto de partida nos permite inscribir la vida y obra de Antonio Pasquali en sus múltiples tensiones, en sus ambivalencias y en su pluralidad de situaciones (Dosse, [2003] 2006, p. 36).

Por otra parte, François Sirinelli ha propuesto que una historia intelectual tiene que combinar tres pilares: el estudio de los itinerarios particulares, de la generación en la que se inscriben, y de las redes y los lugares de sociabilidad intelectual (citado en Bruno, 2014, p. 12). De este modo, el itinerario es una manera de aproximarse a los procesos de organización de la vida intelectual, a las solidaridades, amistades e interacciones que constituyen las articulaciones entre ámbitos de encuentro y discusión que devienen, en ciertos casos, en la formación de publicaciones periódicas. La noción de generaciones intelectuales es útil para pensar, complementariamente, las experiencias y sensibilidades comunes que constituyen a una franja de la intelectualidad frente a los procesos de crisis social o transformaciones culturales y políticas (Sirinelli, 1986). En definitiva, el objetivo es eludir imágenes engañosas de los pensamientos “como sistemas acabados y cerrados” (Zarowsky, 2013, p. 27) y encontrarnos con lo que “fue el presente del biografiado en su indeterminación y en su desconocimiento” (Dosse, [2003] 2006, p. 167).

Finalmente, la noción de itinerario intelectual es relevante porque permite dar cuenta de la heterogeneidad de instancias en las que se produce conocimiento especializado sobre lo social. En relación con esto, la noción de “espacios de

---

<sup>6</sup> Es importante en este punto tener presente las sugerencias de Anthony Giddens respecto a captar que los sucesos, las prácticas y las rutinas de la vida de los agentes, “no presentan un fluir en una sola dirección” ([1984] 2006, p. 70).

intersecciones múltiples” propuesta por Neiburg y Plotkin (2004, p. 18), nos permitirá subrayar los pasajes de Pasquali por instituciones, formaciones y organizaciones culturales diversas, como así también organismos estatales —el Ministerio de Educación de la Nación, primero, y el Consejo Nacional de Cultura (CONAC), después —y transnacionales— como las redes académicas latinoamericanas y la UNESCO—.

Cierta tradición de la sociología de la cultura —y al interior de ella, la sociología de los intelectuales— puede complementarse con la historia intelectual y potenciar su productividad para la construcción de nuestra investigación. Es operativa porque, como sostiene Zarowsky (2017, p. 18), hacer una historia intelectual de los estudios en comunicación implica situarnos en una zona de cruces: entre los saberes de distintas disciplinas y tradiciones; entre la universidad y el campo intelectual; entre la práctica cultural y la intervención en la sociedad; entre la pregunta por el estatuto de cientificidad de los saberes sobre lo social y la apertura hacia una trama cultural informada por una sensibilidad de cambio.

Para analizar la producción académica de Antonio Pasquali delimitamos distintos momentos de su itinerario intelectual, períodos entendidos como espacios sociales trazados por ejes compartidos en el que agentes se enfrentaron desde distintas posiciones. Estos procesos indican debates y discusiones, variaciones y rupturas; discontinuidades teóricas y políticas como así también revisiones en las modalidades de intervención. Para dicha construcción y análisis recuperamos las reflexiones conceptuales de Raymond Williams y Pierre Bourdieu.

En su propuesta de una sociología de la cultura, Williams ([1977] 2009) ha indicado como una modalidad de entender la materialidad y las dinámicas de la producción cultural, analizar las tradiciones, instituciones y las formaciones culturales. Algunas conceptualizaciones de Williams constituyen un aporte ineludible para abordar la producción intelectual en el marco general de las condiciones sociales de producción de las ideas. Williams entiende a las tradiciones como “*tradiciones selectivas*” en tanto se posicionan frente al pasado de una manera particular, acentuando ciertos significados y conceptos y rechazando o excluyendo otros (p. 159, destacado en el original). Este modo de incorporación a la vida institucional, por ejemplo, opera como una fuerza activamente configuradora desde la cual enunciar y comprender los procesos sociales. Las tradiciones, continúa Williams, son poderosas para producir conexiones con matrices consideradas legítimas, dejando a un lado y atacando las que no se desea. Siendo las instituciones formales espacios de lucha entre tradiciones, ocupan un espacio de relevancia en los

procesos de “socialización” entendidos como modos de incorporación e internalización de la cultura y los saberes legítimos, en el marco de particulares condiciones de configuración hegemónica (p. 161)<sup>7</sup>.

Esa conceptualización nos resulta operativa para analizar, por ejemplo, cómo se ha configurado en Pasquali cierta disposición analítica para pensar diversas problemáticas tras su paso como alumno en la universidad. En este sentido, la presencia en el plantel docente de *mediadores intelectuales* como Juan David García Bacca, Ángel Rosenblat, Edoardo Crema, Risieri Frondizi y, entre otros, Manuel Granell, indican la consolidación de una tradición —trazada por el republicanismo, de matriz humanista y orientada hacia la ontología, la gnoseología y la fenomenología— que consiguió una extraordinaria influencia sobre las jóvenes generaciones de estudiantes de filosofía. Al mismo tiempo, permite pensar la conformación de una tendencia, de la construcción de “una mirada” sobre problemáticas de la producción cultural a partir de su inserción en las redes académicas caraqueñas que discutían la cinematografía, como así también por su formación en el Instituto de Filmología de París.

Igualmente, el concepto de tradición permite analizar situaciones fuera del ámbito institucional. Williams considera relevante pensar las instituciones porque es allí donde las tradiciones se inscriben, se formalizan y cristalizan. Las organizaciones y formaciones culturales, en líneas generales, comprendidas como tendencias y movimientos artísticos, literarios, científicos o filosóficos, también fundan sus prácticas y manifestaciones en una tradición sobre la que se reconocen y desde la cual critican otros posicionamientos. La lucha entre distintas tradiciones “constituye una parte fundamental de la actividad cultural” (p. 161). Siguiendo este último razonamiento, el concepto de formación nos resulta productivo para pensar otras actividades de la vida intelectual de Pasquali, como su participación en la revista *Crítica contemporánea*, *Cine al día e Imagen*, o de carácter más institucional como el Instituto de Investigaciones de la Comunicación (ININCO) a inicios de los setenta, que se proyectaron no sólo desde cierta especificidad temática o disciplinar, sino como modos diferentes de organizar la producción cultural y académica. El estudio de las formaciones culturales es relevante porque permite indicar cómo se ha organizado la producción cultural, y pueden distinguirse de otras en función de considerar sus modos de afiliación, sus objetivos, sus manifestaciones y si emergieron como “grupo

---

<sup>7</sup>Siguiendo también las elaboraciones realizadas por Antonio Gramsci ([1949] 2012), Hugues Portelli ([1972] 2003, p. 103) sugiere que se deben comprender las luchas entre las formaciones intelectuales — “orgánicas y “tradicionales”— como una disputa por la hegemonía del bloque histórico.

especializado o de oposición a otras formaciones” (Williams, [1981] 2015, p. 60). De todos modos, advierte Williams, las formaciones no pueden comprenderse como una “totalidad homogénea” porque son conformadas por “una gama compleja de posiciones, intereses e influencias diversas” que, si bien algunas pueden ser resueltas al interior de la misma, otras diferencias permanecen como tensiones que devienen en rupturas, divisiones y producen la emergencia, en algunos casos, de otras formaciones (pp. 71-72). En este punto es necesario no perder de vista la especificidad de los itinerarios individuales para no subsumir bajo una falsa etiqueta a un conjunto de agentes con intereses disímiles.

Las formaciones culturales, desde esta perspectiva general que estamos planteando, pueden analizarse desde las redes de producción intelectual y los espacios de sociabilidad como son las revistas. Françoise Dosse sostiene que las revistas constituyen “uno de los soportes esenciales del campo intelectual” y pueden ser consideradas como una estructura elemental de sociabilidad, como espacios que indican la evolución de las ideas en tanto lugares de fermentación intelectual y de relaciones afectivas (Dosse, [2003] 2006, p. 51). Las revistas culturales se tornan así un mirador privilegiado para reconstruir las polémicas ideológicas, las dinámicas del campo intelectual venezolano y para identificar los diálogos con los movimientos culturales y políticos de la región. Al igual que Dosse, Altamirano (2010, pp. 19-20) entiende a las revistas como espacios que permiten “estudiar las direcciones y las batallas del pensamiento en las sociedades modernas y hacer el mapa de las líneas de sensibilidad de una cultura en un momento dado”. Además —sigue Altamirano— las revistas pueden comprenderse como “una forma de agrupamiento y de organización de la *intelligentia*” que, por lo general, incorporan la actividad cooperativa de una serie de personas, como puede ser un círculo ideológico, un grupo literario o un conjunto más laxo. Desde este universo de problematizaciones nos interesa indagar los posicionamientos de las formaciones culturales donde Pasquali participó: primero *Crítica contemporánea* en relación con otras revistas como *Sardio*, *Tabla redonda* y *Cultura universitaria*; en segundo lugar, los tópicos que atravesaron a *Cine al día* y, en un tercer momento, de qué modo se inscribió el ININCO con sus *Cuadernos* en el campo de la producción académica en relación a *Orbita* y *Comunicación*.

La investigadora Fernanda Beigel (2003b) plantea que las publicaciones periódicas nos conectan de modo ejemplar no sólo con las principales discusiones del campo intelectual de una época, sino también con los modos de legitimación de nuevas

prácticas políticas y culturales. Además de establecer un análisis posicional respecto de otras revistas, Beigel propone analizar este tipo de textos a partir de una mirada diacrónica del campo cultural<sup>8</sup>, para comprender la modalidad que adopta en un período determinado tal o cual revista, sus particularidades y el peso que tiene en la conformación, ampliación o innovación del campo. De todos modos, advierte, no se trata de inscribir una revista en un campo estrecho, por ejemplo, literario o científico, sino también analizar si se precipita en territorios más amplios de la producción cultural, es decir, “sus modos de incorporarse en debates y espacios políticos de más largo alcance” (pp. 112-113).

En relación con esa proyección hacia un espacio social que trasciende los supuestos límites de un campo, Beatriz Sarlo ha planteado que todo proyecto revisteril se propone hacer “una política cultural”, es decir, interviene en el debate contemporáneo en el que quiere ser escuchado y tiene la voluntad de modificarlo a partir de las problemáticas que definieron aquel presente en el que la revista emergió (1992, pp. 9-10). Sarlo señala que las revistas tienen que ser pensadas desde sus dobles “geografías culturales”: el espacio concreto donde circulan y el “espacio-bricolage imaginario donde se ubican idealmente” (p. 12). El primero de ellos es el campo intelectual al que concurren y el segundo hace referencia a las tradiciones y matrices con las cuales se identifican como formación. Sarlo describe que aun cuando las revistas tracen estos puentes de forma más o menos elíptica, podemos dar cuenta de esas conexiones en sus políticas de traducción, en los modelos textuales y estilísticos, en el sistema de “autoridades” a los que apela y en su modo de relacionarse con el pasado cultural, en oposición o en continuidad con el canon establecido (p. 13).

El historiador Roger Chartier (1994) considera que, para el análisis de las “prácticas lectoras”, la noción de “apropiación” acentúa la “invención creadora” en los procesos de recepción. Esto permite pensar los “usos diferenciados” y los desplazamientos de sentido de las ideas, y enmarcar los empleos diversos de los bienes culturales en las disposiciones y en los hábitos de los itinerarios intelectuales de ciertos individuos o grupos culturales (pp. 54-55). En este punto, Mariana Canavese (2015)

---

<sup>8</sup>Desde la perspectiva de una historia cultural, el investigador Roger Chartier ([1992a] 2005) propone una mirada análoga. Sitúa la obra en un campo donde se cruzan dos líneas, una vertical o diacrónica, por la cual se establece la relación de un texto o un sistema de pensamiento con expresiones previas de la misma rama del campo cultural. La otra línea, horizontal o sincrónica, permite establecer relaciones entre el producto intelectual específico con las producciones emergentes en otros campos o aspectos de una cultura al mismo tiempo.

propone que indagar el modo en que son “apropiadas” ciertas matrices teóricas, permite vincularlas a determinadas “experiencias concretas” y así reconstruir el “mapa de problemas” que hizo posible la producción de unas lecturas y no de otras (p. 30).

Con puntos en común con la sociología de la cultura de Williams, los trabajos de Pierre Bourdieu constituyen un aporte relevante para problematizar la producción intelectual. Alicia Gutiérrez plantea que para comprender la especificidad de las prácticas de los agentes que nos ocupan, debemos tener en cuenta que ellas son el resultado de una relación dialéctica entre un habitus y un campo, en una configuración histórica determinada (Gutiérrez, [1999] 2011). Entenderemos el habitus como disposiciones adquiridas que orientan las prácticas de un grupo de agentes (Bourdieu, [1971] 2011, p. 32). En este marco, las disposiciones son comprendidas como “una *predisposición*, una *tendencia*, una *propensión* o una *inclinación*” (Chevallier y Chauviré, 2011, p. 52, destacado en el original).

Indagar las condiciones de posibilidad de una disposición nos remite por lo tanto a los conceptos de trayectoria y campo. El concepto de trayectoria nos permite analizar el itinerario intelectual de Pasquali ya no como una serie de acontecimientos que se explican por sí mismos, sino inscritos “en una matriz de relaciones objetivas” en movimiento y transformación en la que los agentes asumen sucesivas posiciones (Bourdieu, 1977, p. 82). Más allá de la multiplicidad de estudios en los cuales Bourdieu desarrolló la idea de campo ([1966] 2002, [1979] 2012, [1987] 1996), que pueden indicar pequeñas diferencias o matices en su definición, vamos a tomar la noción de campo intelectual, en líneas generales, como un sistema de relaciones entre posiciones de agentes cuyo objeto específico de lucha es el monopolio de la autoridad intelectual (Bourdieu, [1999] 2011, p. 76). En términos de condiciones de especificidad de los campos, cada uno de ellos impone —mediante las instituciones formativas, sus tradiciones y los debates intelectuales— un *punto de vista* acerca de las cosas y en los habitus, que es un modo de pensamiento específico, un principio de construcción de la realidad (Chevallier y Chauviré, 2011, p. 32 y 33, el destacado nos pertenece).

Para pensar los desplazamientos, las rupturas o reconfiguraciones de un campo intelectual en un momento particular, se debe considerar su estructuración en relación con el campo de poder. Es una consideración particularmente útil para analizar los posicionamientos y debates emergentes al interior del campo intelectual caraqueño entre 1974 y 1978, cuando un sector de los investigadores y académicos, se acercó al gobierno de Carlos Andrés Pérez en el marco de la creación del Consejo Nacional de Cultura y de

la formulación de políticas estatales de comunicación. Identificar la posición de los agentes al interior del campo intelectual venezolano y en relación con el campo de poder, permite pensar las posibles diferencias o acuerdos entre los distintos campos que configuran en su puesta en relación, la emergencia de posicionamientos críticos, más o menos ambiguos o reproductivos del orden social, con sus subsiguientes tensiones (Bourdieu [1971] 2011, p. 31).

Recuperamos las reflexiones de Pierre Bourdieu porque nos resultan operativas para dar cuenta de algunas lógicas de producción académica donde se situó la práctica intelectual de Antonio Pasquali en las tramas culturales y políticas venezolanas. No obstante ello, reconocemos una serie de observaciones críticas a las conceptualizaciones del sociólogo francés que son necesarias atender para no hacer un uso mecánico de las mismas. Según Françoise Dosse, se debe prestar atención a no reducir a los agentes a un simple efecto del campo y no considerar sus argumentaciones como “un simple juego estructural de diferencias de lugar”. Es importante, sigue Dosse, no pensar las prácticas y los saberes de los agentes como una *reificación* de un proceso social sobre el cual no tienen posibilidades de intervenir y transformar ([2003] 2006, p. 106, destacado en el original). Por su parte, Bernard Lahire (2005, p. 163) sostiene que es necesario construir una visión de los sujetos como portadores de disposiciones no solo heterogéneas sino también, en ciertos casos, contradictorias. Como entendemos que resulta al menos para nuestro caso, Pasquali transitó no sólo diferentes espacios sino una *diversidad de contextos sociales*. Atentos a ello, recuperamos las consideraciones de Lahire cuando propone pensar a los sujetos como portadores de disposiciones y capacidades más o menos “plurales” que implican unos modos de hacer que se constituyen desde los desplazamientos intelectuales, las rupturas teóricas y las prácticas culturales.

Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo en *Literatura/Sociedad* ([1982] 2001) realizaron dos observaciones acerca de las teorizaciones de Bourdieu en relación con las particularidades de las sociedades latinoamericanas que, dado el modo en que construimos el problema de nuestra investigación, son relevantes. Por un lado, que la autonomía o la “distancia” del campo de la producción intelectual respecto de los poderes económicos, políticos y religiosos, es un “criterio problemático” porque en la región los desarrollos de la actividad cultural “no van necesariamente acompañados (...) de las formas de autonomización relativa que las preserven de la coerción (...) de las autoridades del sistema político” (p. 159). Como segunda observación, si se me permite, de orden *espacial*, Sarlo y Altamirano comprenden que en las conceptualizaciones del sociólogo

francés, el campo intelectual “aparece como una configuración nacional” que indicaría un “grado de integración relativamente alto” (p. 160). Pero en nuestra región, sugieren los investigadores, “los sistemas de referencias” se inscriben en las grandes metrópolis culturales que condensan no solo su fortaleza como horizonte estético e intelectual, como instancia de reconocimiento y consagración, sino como mediación entre lo local y lo transnacional, en cuanto nuevas tendencias, teorías, movimientos y formaciones culturales (p. 161).

Pensar nuestro trabajo desde distintos momentos del campo de la producción cultural como tramas donde se inscribe la trayectoria y la producción académica de Pasquali, nos permite reconocer una multiplicidad de espacios en los que participó<sup>9</sup>. Por lo tanto, nos interesa pensar dinámicamente la articulación dialéctica entre campo y habitus; no solamente en términos de reproducción de cierta tradición interiorizada, sino también allí donde las disposiciones intelectuales se transforman y varían en relación con específicas configuraciones políticas y culturales.

### **Intelectuales, política y comunicación. Un abordaje**

El itinerario de Pasquali atraviesa una multiplicidad de espacios sociales heterogéneos. Brevemente: ya doctor en filosofía por la Sorbona y especialista en Filmología, entre octubre de 1958 y julio de 1959 fue contratado por el ministerio de educación de la nación para dirigir del Centro Audiovisual. En 1959 se incorporó como docente en “Información Audiovisual” de la Escuela de Periodismo y como profesor de “Filosofía Clásica” en la Escuela de Filosofía de la Universidad Central de Venezuela (UCV); entre 1960 y 1963, participó desde *Crítica contemporánea* en los debates de la intelectualidad caraqueña; publicó sus primeros libros; a mediados de los sesenta se incorporó a las discusiones sobre una nueva política nacional de cine y luego participó en las revistas *Cine al día* e *Imagen*; en 1974 se convirtió en uno de los fundadores del ININCO; al año siguiente fue nombrado miembro del Directorio del Consejo Nacional

---

<sup>9</sup> María Alcalá Sucre ha propuesto pensar a la trayectoria académica de Pasquali desde la noción de “intelectual nómada” (2019, p. 327). Nos resulta una idea productiva en tanto pueda ser utilizada, como sostenemos en esta investigación, en relación con la pluralidad de espacios académicos, culturales, intelectuales y políticos por donde Pasquali transitó, y no simplemente, como lo sugiere Alcalá Sucre, en su dimensión más “geográfica”. Es decir, por su nacimiento en Italia, la posterior naturalización venezolana y sus experiencias vitales en otros países, como en Francia. Vamos a retomar esa idea de “nomadismo” para dar cuenta en todo caso, cómo en esos *movimientos* el filósofo venezolano se fue relacionando con una diversidad de matrices teóricas que operaron de manera particular en su producción de conocimiento sobre lo social.

de Cultura (CONAC); desde 1976 fue convocado por la UNESCO a las reuniones de expertos que discutían la promoción de políticas nacionales de comunicación en la región; en 1977 fue nombrado primer director de la Asociación Venezolana de Investigadores de la Comunicación (AVIC); en 1978 la UNESCO lo contrató como Sub-director General Adjunto del sector de la Cultura y la Comunicación; en 1986 fue promovido al rango de *Assistant Director General* (ADG) y lo nombraron Coordinador Regional de la UNESCO para América Latina y el Caribe.

Así como lo anterior indica una *trayectoria académica ascendente* desde finales de la década del cincuenta hasta finales de la década del ochenta, también remite a una diversidad de espacios. Su itinerario nos revela que no tenemos que trazar la figura del intelectual y la del experto en los puntos extremos de una línea. Creemos que esta distinción nos llevaría a establecer categorías dicotómicas —el “intelectual comprometido” vs. “el burócrata”—, a clasificar posicionamientos y “grupos en categorías que no siempre son distinguibles empíricamente” (Neiburg y Plotkin, 2004, p. 16). Pensada diacrónica y sincrónicamente, la trayectoria de Pasquali da cuenta de la configuración y reconfiguración de un mapa de relaciones más amplio, de circuitos de dialogo y circulación entre el Estado, la academia, el campo intelectual y organismos educativos transnacionales.

Para pensar esta cuestión es pertinente el planteo de Williams cuando propone no tomar a los intelectuales o a los académicos como un sector representativo de la organización social de los productores culturales ([1981] 2015, p. 178). El sociólogo gales entiende que reducir la categoría de *intelectuales* a ciertos tipos de escritores, filósofos y pensadores sociales excluye a otros agentes que contribuyen a la cultura general: aquellos que están situados en las instituciones políticas, económicas, sociales y religiosas; funcionarios públicos; expertos en finanzas que, dirá Williams, “están directamente implicados en la producción y reproducción del orden social y cultural general” (p. 180). El investigador ubica a los intelectuales como una actividad especializada dentro de la categoría más general de *productores culturales*.

Situar nuestro trabajo en este campo de problemas nos distancia de las investigaciones que han tenido como objetivo “captar el origen” del campo de la comunicación en Venezuela o en América Latina en general<sup>10</sup>, y que, consideramos,

---

<sup>10</sup> Tal es el caso de la investigación doctoral de Gustavo León Duarte (2006), en la que procura dar cuenta de la existencia de una “Escuela Latinoamericana de la Comunicación” e identificar sus características. En su análisis reconstruye las obras de los “padres fundadores” y entiende que fueron las “primeras expresiones

presupone la unidad de una serie de discursos sobre la “comunicación” que, en todo caso, se conformó a posteriori como “zona de saber especializado sobre la comunicación y la cultura” (Zarowsky, 2017, p. 14). Al respecto, nos preguntamos lo siguiente: ¿es posible reducir la multiplicidad de interrogantes y discursos emergentes en torno a las problemáticas sobre la política, los medios masivos y la cultura bajo el denominador “estudios de comunicación”? Algunas investigaciones realizan un gran esfuerzo de “disciplinamiento de la realidad”, de percibir y analizar experiencias pasadas desde una perspectiva que busca *regularizar la heterogeneidad*, y en este caso en particular, de restringirla bajo el término “comunicación”. Esto implica, en primer lugar, una normatividad desde la cual se construye la indagación, es decir, a partir de cierta definición de la comunicación, o incluso de “campo de la comunicación”, identificar, agrupar o tematizar el pasado y definir su legitimidad en función de las condiciones del presente. Esto, no obstante, es una interpretación anacrónica en tanto se lee el pasado “desde el prisma que otorga una configuración posterior” (p. 12). Es por ello que para evitar ese tipo de procedimientos de historización disciplinar, nos resulta pertinente pensar a Pasquali como “intelectual de la comunicación”. Esta noción propuesta por Zarowsky nos resulta operativa para analizar cómo una franja de intelectuales al interrogarse sobre los nexos entre la comunicación, la cultura y la tecnología, entre los medios masivos y la ideología, “se proyectaron como figuras públicas legitimadas por su capacidad para darles a sus investigaciones una significación social, cultural y política” (p. 12).

Desde esta matriz consideramos que la reflexión sobre la comunicación emergió tendiendo a la formulación de nuevas estrategias teóricas y fundamentalmente políticas. A diferencia de algunos trabajos que plantean que en la emergencia de la pregunta por la comunicación se conjugó un “exceso” de política, de “denuncismo” (Fuentes Navarro, 1992, p. 147), que produjo una tensión irresuelta entre rigor científico y pertinencia social, entendemos, al contrario, que al menos en lo referente a nuestro problema de investigación, el pensamiento de Antonio Pasquali no se elaboró desde el exterior de los movimientos intelectuales y culturales de los que participó, sino *en su interior*<sup>11</sup>. En este

---

de influencia en la producción latinoamericana de los estudios de la comunicación” (p. 563). Caracteriza la “primera etapa” de los estudios de comunicación como “investigación-denuncia” de la ideología dominante, de los “aparatos ideológicos de estado” o de los medios masivos de comunicación (p. 243).

<sup>11</sup> Retomamos este principio hermenéutico de las reflexiones elaboradas por Christine Buci-Glucksmann y José Aricó para analizar la producción intelectual de Antonio Gramsci. En *Gramsci y el Estado* ([1975] 1978, p. 28), Buci-Glucksmann postula la necesidad de leer la producción teórica de Gramsci a la luz de los debates del movimiento obrero italiano. Para ello plantea que se tiene que conjugar la política y la

sentido operó una doble dialéctica: la política entendida como una *disposición hermenéutica* —construida en la intersección de múltiples espacios— productora de miradas y lecturas de los procesos sociales, y puntualmente de eso llamado “comunicación” —a posteriori—, y la “comunicación” como zona estratégica desde la cual pensar los procesos políticos. La comunicación pasó de ser percibida como un problema eminentemente político para devenir un problema, *simultáneamente*, político y académico. Un proceso de doble legitimación: algo sobre lo cual discutían referentes políticos en espacios y términos académicos y algo que podía ser discutido por académicos en términos y espacios políticos-culturales.

No se trata, por lo tanto, de realizar un procedimiento de *despeje* que permita “encontrar” el valor y el sentido de la comunicación en tanto incógnita, como si la política y la historia fueran simples variables que se puedan poner entre paréntesis —suspenderlas en un proceso de análisis — (Argumedo, [1992] 2009, pp. 76-77). Por el contrario, entendemos que la “comunicación” emergió como tópico recurrente en las controversias políticas y culturales en la Caracas de entre finales de los cincuenta y principios de los sesenta, en el teatro de las batallas ideológicas que atravesaron a la heterogénea cultura de izquierda. Creemos, además, que analizar la obra y el itinerario intelectual de Antonio Pasquali nos va a posibilitar observar procesos vinculados a los debates y dilemas de una franja de intelectuales en vertiginosos procesos de reconfiguración política y cultural.

### **La tradición como historia**

La proliferación de balances disciplinares hacia finales de los años ochenta y principio de los noventa configuraron una particular memoria del campo de los estudios en comunicación. Como sostiene Florencia Saintout (2011, p. 146), fue en la década del ochenta que en América Latina se asumió que al hablar de la comunicación era insoslayable la pregunta por los modos de construcción social del sentido y, siguiendo la propuesta de Héctor Schmucler (1984a), la comunicación fue entendida desde su anudamiento con los procesos culturales. Este desplazamiento —sigue la investigadora— se dio en el marco de la “denominada crisis de paradigmas en las ciencias sociales” luego

---

producción de saberes analizando a esta en su inscripción superestructural y a la política como productora de conocimientos. Aricó, por su parte, plantea que hay que colocar las reflexiones de Gramsci en “la relación insoslayable” que mantuvo con su “experiencia mutilada” de implementar un proyecto hegemónico revolucionario en Italia ([1985] 2018, p. 705).

de “la profunda ruptura política y epistemológica en la investigación social provocada por las dictaduras militares [en el sur de América]” (p. 147).

Como sostiene Zarowsky (2013, p. 48), distintos agentes del campo emprendieron la tarea de “historizar” el devenir de los estudios en comunicación como signo de consolidación disciplinar y de institucionalización que fortaleció lecturas y tradiciones selectivas. Saintout (2003, p. 15), Mangone (2007, p. 81) y Zarowsky (2013, p. 48 y 49), coinciden en que los primeros balances disciplinares establecieron un modo de nominar al campo, es decir, se institucionalizó una tradición que consagró teorías y se “silenciaron” e “ignoraron” otras. Otro efecto de dicho proceso fue el tratamiento escolarizado de las ideas, que ve en la sucesión cronológica de ciertas enunciaciones la constitución de la disciplina, enseñando una serie de saberes que en una evolución lineal se anulan y se superan hacia algo así como “un destino teórico” (Saintout, 2003, p. 16; Díaz Larrañaga, 2015, p. 129).

La incorporación en estos trabajos de la noción de “tradición” de Williams hace emerger el siguiente problema: la historia —en este caso del campo de la comunicación latinoamericano—, no es simplemente *la* historia, sino una versión del pasado que acentúa ciertas ideas y significados mientras que otros son rechazados o excluidos (Williams, [1977] 2009, p. 159). Es decir —según Williams, como ya vimos— el “pasado”, o lo que se narra de él, son sólo aquellos aspectos que resultan significativos para ratificar las inquietudes del presente. Por eso, en definitiva, no se trata de tradiciones sino de *tradiciones selectivas* (p. 158, destacado en el original). “La historia del campo” no es sino un modo particular de construir su memoria, con sus “hitos”, sus “errores” y “falencias”, sus “padres fundadores” y la jerarquización y exclusión de ciertos tópicos y preguntas.

Para la situación específica que nos ocupa en este trabajo de investigación, el campo académico venezolano comenzó tempranamente a producir análisis sobre Antonio Pasqualí. Ya a finales de los sesenta, los docentes de la Escuela de Periodismo de la UCV Aníbal Gómez (1965) y Héctor Mujica ([1967] 2010), habían incorporado *Comunicación y de cultura masas* (1964) y *El aparato singular* (1967) en la bibliografía obligatoria de las materias que dictaban. Indicativo de una posición de prestigio al interior del campo de producción académico, ambos docentes preparaban materiales didácticos-pedagógicos en los cuales se visibilizaban sus posiciones respecto a dichas obras.

No es nuestro interés en este pasaje hacer una genealogía de “los usos de Pasqualí” en Venezuela, sino dar cuenta de las tendencias interpretativas que asociaron su figura y

obra con distintas corrientes teóricas. En *Rompecabezas de una obra: Antonio Pasquali y su utopía comunicacional*, David De los Reyes sostiene que las propuestas teóricas de Pasquali surgieron de la “*Teoría Crítica* de la Escuela de Frankfurt” que lo “inspiraron” a denunciar al funcionalismo (2009, pp. 17-20, destacado en el original). La noción de “utopía” lo habría impulsado a un planteo crítico “de los medios de comunicación en función de un progreso más humano” (p. 23). José Torres Ugarte, por su parte, comprende que la teoría de la comunicación de Pasquali tiene como bases centrales la “fundamentación de una ética racional” que parte de Immanuel Kant, Jules Lequier, Charles Renouvier, Henri Bergson y la influencia de la “teoría crítica de la Escuela de Frankfurt” (2009, p. 51). Sería su “necesidad ética” el punto de articulación con las constataciones de los frankfurtianos en cuanto crítica de la pura facticidad. La noción de utopía motorizaría la transformación “tanto de las estructuras sociales como de la sensibilidad del hombre” (p. 75).

En un interesante trabajo sobre “intelectuales y medios de comunicación”, la investigadora argentina Mirta Varela (2010) sitúa a Pasquali como uno de los referentes clave — junto a Mattelart y Schmucler— que pensó la relación entre comunicación y política (p. 766). Si bien lee a *Comunicación y cultura de masas* en el mapa teórico trazado por la Escuela de Frankfurt, su análisis hace mayor énfasis en la experiencia del Proyecto Rattelvé. Particularmente sobre el “lugar del intelectual en el diseño de una política de comunicación” que rompiera con la “asimetría unidireccional” que caracterizaba a los medios de comunicación de la región (p. 768).

La revista mexicana *Derecho a comunicar* en su n° 6 del año 2013, publicó un *dossier* temático sobre Antonio Pasquali tras un homenaje que le había realizado la Universidad Autónoma de México (UNAM). Entre los artículos más relevantes se encuentra el de Raúl Trejo Delarbre (2013) que destaca su “obsesión por las definiciones conceptuales”, “la búsqueda de lo esencial”, su “airosa erudición” revelada en sus marcos de referencia como también “su vocación por el dato” (pp. 93-94). Por su parte, Javier Corral Jurado (2013) plantea que Pasquali “ha seguido una línea crítica sobre los poderes fácticos en América Latina” y “como el visionario que es”, advirtió “el poder de los medios y su alto grado de influencia” (p. 118).

Otro trabajo muy importante sobre la figura y obra del teórico venezolano es *Travesía Intelectual de Antonio Pasquali*, compilado por Marcelino Bisbal y Andrés

Cañizález (2014, UCAB)<sup>12</sup>. El trabajo fue publicado en conmemoración de los cincuenta años de la primera edición de *Comunicación y cultura de masas* y contó con la participación de destacados investigadores de Venezuela, México y España.

Allí, Migdalia Pineda de Alcázar identifica algunos momentos de la trayectoria académica de Pasquali entre 1958 y mediados del 2000, en el marco de procesos institucionales más amplios, como fue, por ejemplo, la fundación en 1977 de la Asociación Venezolana de Investigadores de la Comunicación (Pineda de Alcázar, 2014, p. 22). En cuanto a los aspectos teóricos, sitúa a *Comunicación y cultura de masas* en el marco de la “teoría crítica de la Escuela de Frankfurt y de una concepción de la filosofía ética”. Justamente —sigue la investigadora— es su “análisis frankfurtiano” el que le permite plantear que la cultura de masas “no solo distorsiona la comunicación sino que la niega” (p. 23).

El investigador Tanius Karam Cárdenas (2014), siguiendo la propuesta de Fuentes Navarro (1992), identifica a Pasquali como uno de los *founding fathers* del pensamiento comunicacional en la región (p. 31), y sostiene que la totalidad de su obra representa el “ideal del intelectual humanista” que asumió a la comunicación como objeto de su reflexión. Otro aspecto que indica es que Pasquali tomó distancia del *mainstream* de la producción académica latinoamericana durante los años ochenta y noventa (p. 33, destacado en el original). Elizabeth Safar, por su parte, identifica como constante en el pensamiento de Pasquali, su reflexión sobre los medios masivos entendidos como “servicio público” (2014, p. 41). Este trabajo describe parcialmente algunos momentos de su itinerario intelectual, como el proyecto que dirigió desde el ININCO en 1977, que consistió en la formulación de un estudio de factibilidad para el establecimiento de un sistema público de radiodifusión en Ciudad Guayana.

Jesús María Aguirre, en su artículo “Vigencia de la obra de Antonio Pasquali” (2014), destaca el “carácter regional” de su pensamiento, su interés por el proyecto de integración latinoamericana. Considera, al mismo tiempo, que una cualidad del teórico venezolano es que sus formulaciones conceptuales siempre estuvieron orientadas hacia la

---

<sup>12</sup> En los últimos años se publicaron tres estudios que son relevantes para nuestra tesis dada su vocación por trazar colectivamente un mapa más completo no sólo de Pasquali sino de la investigación en comunicación en Venezuela: sobre las intervenciones más recientes de Pasquali, se encuentra el libro de León Hernández *Pasquali. El último libro, la última entrevista y el último banquete* (2019, Caracas, ABediciones). En una perspectiva más general, se publicaron *Encrucijadas de la comunicación en Venezuela*, compilado por Marcelino Bisbal y Jesús María Aguirre (2015, Bid & Co/Fundación Centro Gumilla, Caracas) y *Diccionario: investigadores venezolanos de la comunicación*, elaborado por Jesús María Aguirre y Gustavo Hernández Díaz (2018, ABediciones-UCAB, Caracas). Este último trabajo releva y sistematiza datos bio-bibliográficos de sesenta y nueve profesionales de la comunicación venezolanos.

“praxis transformadora” (pp. 63-64). Por último, relevamos el trabajo de Andrés Cañizález (2014), en el que entiende que *Comunicación y cultura de masas* emergió críticamente frente a perspectivas teóricas que “colocaban la discusión sobre el proceso comunicativo en un plano netamente técnico, soslayando la condición humana y espiritual” (p. 83).

Con respecto a estos trabajos, que entendemos ineludibles para aproximarnos a ciertas facetas de la práctica intelectual de Pasquali, identificamos una serie de características que les son transversales: la idea de continuidad de su pensamiento, la deshistorización en los abordajes, y la idea romántica del autor, para decirlo rápidamente, como creador incondicionado.

La idea de continuidad en sus reflexiones sobre la relación comunicación, medios y cultura, emerge directamente vinculada a sus ideas “frankfurtianas”, supuestamente presente en todos sus trabajos. Como vimos, la mayoría de los artículos mencionados ve en esa “influencia” el sentido de las conceptualizaciones de Pasquali. Además de dichos trabajos, la investigadora Silvia Olmedo (2011, p. 27) escribió en la revista *Razón y Palabra* que “hablar de Pasquali es hablar de la Escuela de Frankfurt” y que es considerado “el introductor” en América Latina de las reflexiones de la Teoría Crítica. Es interesante observar que los primeros análisis de las obras de Pasquali realizados por Aníbal Gómez (1965) y Héctor Mujica (1967), no plantean esa “obvia” relación con Frankfurt, sino más bien con las reflexiones de Norbert Wiener, Martin Heidegger y Maurice Merleau-Ponty (Mujica, [1967] 2010, p. 50). Esto se debe, fundamentalmente, a que cuando escribió *Comunicación y cultura de masas* Pasquali no había accedido a las reflexiones de Adorno y Horkheimer sobre la cultura de masas o de Marcuse sobre la utopía. De hecho el mismo Pasquali lo reconoce en su prólogo a la segunda edición<sup>13</sup>. En este punto coincidimos con el trabajo de Alicia Entel, Víctor Lenarduzzi y Diego Gerzovich ([1999] 2005), cuando sostienen que “en los relatos sobre la historia del campo se suele mencionar este texto como una de las pioneras influencias frankfurtianas que el propio libro desmiente” (p. 215).

De todos modos, lo que las investigaciones relevadas indican, es una relación demasiado homogénea con la Escuela de Frankfurt, indistinta, pero no profundizan en qué Frankfurt abrevó Pasquali, qué le permitió pensar en torno a las condiciones específicas de la región y en qué se distanció de dichas teorizaciones. E invisibilizan, por

---

<sup>13</sup> Publicada por Monte Ávila en 1972.

otra parte, los diálogos con distintas obras y trabajos provenientes de Estados Unidos y Europa, de matriz más o menos marxista.

La deshistorización de los análisis se articula con la idea de continuidad. Al no prestar atención en los procesos complementarios, los posibles giros de sus problematizaciones en el marco de procesos culturales, políticos e intelectuales, los análisis “saltan” de *texto en texto* ignorando los posicionamientos y reposicionamientos del autor según las coyunturas específicas. Salvo algunas excepciones, como los artículos de Safar y de Aguirre, las obras de Pasquali no son analizadas en sus propias condiciones de producción, sino desde el presente venezolano<sup>14</sup>. Estas interpretaciones, por un lado, hablan más de los *posicionamientos actuales* de los intelectuales al interior del campo académico, de sus disputas con el campo político —que no trabajaremos aquí—, que de los debates en los que emergió el pensamiento de Pasquali. Por el otro, y siguiendo las reflexiones de Bourdieu ([1990] 2011), el hecho de que los textos circulen sin sus contextos, que las operaciones de lecturas *supriman* el campo de producción de dichos materiales y se inserten en unas condiciones diferentes, genera importantes malentendidos en tanto y en cuanto son leídos desde un campo de recepción interpelado por otras inquietudes y problemáticas. No se comprenden las elaboraciones de Pasquali desde sus posicionamientos actuales, sino cuando se las sitúa en las preocupaciones y en los dilemas de su época.

La idea romántica de autor, por su parte, se articula con estas operaciones de deshistorización. Cuando se extrae una obra de la situación histórica de quien la produce, va a aparecer necesariamente como milagrosa e inmotivada, como figura que pergeña misteriosamente su trabajo basado en la “inspiración”. De hecho, de algún modo es un retorno a lo que planteamos al principio del capítulo en cuanto a la supuesta irreductibilidad del significado de una obra a las intenciones, las “fuerzas” o el “talante” de un autor. En este aspecto, según las conceptualizaciones de Giddens, términos como “propósito”, “motivo” o “intención”, deben ser considerados con precaución, porque muy a menudo “su uso está asociado al voluntarismo y porque arrancan la acción humana de la contextualidad de un espacio-tiempo” ([1984] 2006, p. 41).

---

<sup>14</sup> Es por eso que podemos observar en el prólogo a *Rompecabezas de una obra*, que se afirma que “a tenor” de las ideas de Pasquali, “podemos aseverar que este *gobierno comunicador* está embriagado de palabras huecas (...) de hegemonías comunicacionales, latifundios mediáticos y toda suerte de expresiones trasnochadas” (Gustavo Díaz, 2009, p. 12, destacado en el original). De los Reyes recupera parcialmente la noción de servicio público planteada por Pasquali, pero sostiene que no tiene que ser puesta “al servicio de los caprichos doctrinarios e ideológicos del gobierno de turno (...) en un país de clientelismo populista” (De los Reyes, 2009, p. 44).

En definitiva, a diferencia de los trabajos analizados, la perspectiva que presentamos en esta tesis propone dar cuenta de las condiciones de producción e intervención intelectual de Antonio Pasquali, desde un enfoque que dé cuenta de las relaciones entre sus prácticas culturales y políticas con la producción de conocimiento. Entendemos que desde estas coordenadas, indagaremos ya no solo el pensamiento de Antonio Pasquali, sino la articulación de sus producciones teóricas con su itinerario intelectual, con las redes académicas y culturales que frecuentaba, y a reconstruir su participación y posicionamientos frente a la emergencia de distintos procesos políticos. Por otro lado, me propongo analizar no solo las continuidades en su pensamiento, sino también las rupturas y los desplazamientos operados en sus problematizaciones en torno a la relación entre la comunicación, la cultura y la política.

## Capítulo II

### De la filosofía a *Comunicación y cultura de masas* (1958-1965)

Este capítulo tiene por objetivo analizar las conceptualizaciones que Antonio Pasquali produjo respecto a la relación entre comunicación, cultura y política hacia mediados de los años sesenta. Consideramos que inscribir su itinerario en el espacio académico del cual formó parte y los círculos culturales que frecuentó entre mediados de los años cincuenta y principio de los años sesenta, nos va a permitir trazar un mapa más completo de los posicionamientos intelectuales sobre los dilemas vinculados a la comunicación y a la cultura, que se produjeron en el campo de saberes del que Pasquali participó.

Pasquali ingresó a la Escuela de Filosofía de la Universidad Central de Venezuela (UCV) a principios de la década del cincuenta. En esos años se producían en el país relaciones conflictivas entre el poder político y el mundo académico, en un contexto represivo —de mayor o menor intensidad a lo largo de los años cincuenta— sobre la vida intelectual. El gobierno militar, dirigido entonces por el presidente Marcos Pérez Jiménez, se caracterizó por políticas modernizadoras y desarrollistas de corte nacionalistas, marcadas por un proceso de industrialización (Velázquez, [1976] 1979, p. 151; López Portillo, 1986, p. 7; Coronil, 2000, p. 171; Castillo, 2011, p. 4). La amenaza de intervención del poder militar sobre el campo de la producción cultural en general, configuró de un modo específico las discusiones al interior de la academia venezolana, vinculadas, como veremos, a las condiciones de posibilidad de la “libertad del sujeto” en la trama histórica, entre otras cuestiones.

Antes que la *Weltanschauung* de una época, entendida como unidad y homogeneidad cultural, nos proponemos examinar la diversidad de discursos y matrices interpretativas que operaron como condiciones sociales de posibilidad para la formación de un discurso especializado en comunicación en Venezuela a principios de los años sesenta, que, como intentaremos demostrar, tuvo a Pasquali como uno de sus máximos referentes. Para ello vamos a reconstruir tres espacios que consideramos claves para la configuración de sus disposiciones intelectuales: la formación universitaria en la Escuela de Filosofía de la UCV; lo que denominamos como la “experiencia francesa” en el Instituto de Filmología de París y, en tercer lugar, el campo intelectual caraqueño,

específicamente su pasaje por el consejo de redacción de la revista cultural *Crítica contemporánea* a principios de los años sesenta.

Esos tres espacios —que trazamos con fines analíticos pero que en el proceso social analizado se presentaron con límites difusos y porosos— marcaron tendencias teóricas y dilemas intelectuales diferentes en el joven Pasquali: en la Escuela de Filosofía, se conectó con la tradición intelectual de los “exiliados españoles”, como Juan David García Bacca y Manuel Granell, entre otros, vinculados a la militancia de la resistencia republicana al franquismo y, en términos filosóficos, orientados a los estudios gnoseológicos y fenomenológicos.

En el pasaje por el Instituto de Filmología de París, Pasquali se conectó con los debates de la Escuela de Cine de Francia cuyos máximos exponentes —Éric Rohmer, Claude Chabrol y Jacques Rivette— se organizaban en torno a la *Nouvelle vague*, y se nuclearon en la revista especializada *Cahiers du Cinéma*. Como veremos, las discusiones que allí se produjeron acerca del carácter representacional del cine, la potencia de los films como materiales para conocer la realidad y las posibilidades de los medios masivos para incorporarse a los procesos educativos, van a ser parte de las preocupaciones académicas de Pasquali en su vuelta a Venezuela.

En tercer lugar, su incorporación al campo de producción cultural caraqueño lo habilitaron participar a los debates de la intelectualidad local tras su estadía en Francia. Como dice Fernanda Beigel (2003b), analizar los proyectos revisteriles permiten conectarnos no solo con las principales discusiones del campo intelectual de una época, sino también con los modos de legitimación de las prácticas culturales. En este sentido, indagar los tópicos y las tomas de posiciones que ocuparon a los intelectuales nucleados en *Crítica contemporánea*, nos permitirá leerla como un espacio de sociabilidad relevante de circulación de problemas e ideas en la disposición de Pasquali a reflexionar sobre la comunicación, la cultura y la política.

### **La formación universitaria. Entre humanistas, fenomenólogos y cinéfilos**

Antonio Pasquali llegó junto a su familia a Venezuela en febrero de 1948. Provenientes de la ciudad italiana de Rovato, y producto de las vicisitudes experimentadas a lo largo de la Segunda Guerra, sus padres accedieron a la oferta de las embajadas latinoamericanas que buscaban inmigrantes para trabajar en estas latitudes. El vivir en las “comunidades agrarias” creadas por el gobierno de Rómulo Gallegos, se

presentaba como el mejor destino para esta familia italiana junto a sus tres hijos<sup>15</sup>.

Con poco más de 18 años, Antonio, el segundo entre sus hermanos, finalizó sus estudios secundarios en el Liceo San José de Los Teques en Miranda, y en Caracas cursó 5° año en el Liceo Andrés Bello. Según el testimonio retrospectivo de Pasquali, fue en la orientación Filosofía y Letras y tuvo como profesores a quienes ya eran referentes de la Universidad Central como Edoardo Crema, Ernesto Mayz Vallenilla y José Luis Salcedo Bastardo<sup>16</sup>. Como sostiene Orlando Álvarez, la presencia de estos profesores en el plantel docente de la UCV operaba positivamente en la demanda de los jóvenes liceístas, interpelados a incorporarse a una formación con un valor simbólico específico en tanto que esas figuras “daba[n] *status* a los estudios de Filosofía y Letras en el país, colocándolos en igualdad de condiciones con los de Medicina, Derecho e Ingeniería” (Álvarez, 1998, p. 251, destacado en el original).

Cuando en 1950 Pasquali ingresó a la Escuela de Filosofía de la UCV la institución estaba atravesada por una trama de tensiones. La relación entre el poder político y el mundo académico fue trazando de manera particular los debates y movimientos al interior de la universidad en un contexto represivo sobre la vida intelectual a lo largo de la década del cincuenta. De todos modos, así como operó coercitivamente en algunos aspectos, a lo largo del perezjimenismo emergieron ciertos discursos especializados y diversas actividades culturales (Vivas Lacour, 2009, p. 95). Aun con la presión ejercida sobre la universidad y en general sobre la vida política que había conllevado a la disolución de partidos como Acción Democrática (AD) y el Partido Comunista de Venezuela (PCV), el historiador Ramón Velázquez ([1976] 1979, p. 151) sostiene que la dictadura en su etapa perezjimenista, “salvo algunas excepciones, no se preocupó del problema ideológico”. Esto permite entender la circulación de ciertos referentes intelectuales y obras al interior de la universidad.

Producto de diversas redes de sociabilidad intelectual que tuvieron como uno de sus máximos exponentes a Mariano Picón Salas, desde finales del treinta a finales del cuarenta habían llegado a Venezuela una gran cantidad de docentes provenientes de otros países, fundamentalmente españoles y en menor medida de México y Argentina. Dictaron clases Juan David García Bacca, Ángel Rosenblat, Edoardo Crema, Risieri Frondizi,

---

<sup>15</sup> Durante la presidencia de Rómulo Gallegos se promulgó una reforma agraria que si bien no llegó a aplicarse en su totalidad producto del golpe de estado de noviembre de 1948, desde el Instituto Agrario Nacional se llegaron a “repartir” más de 70 mil hectáreas entre seis mil familias. Se pretendió fomentar la creación de “comunidades agrarias” para propiciar la producción cooperativa (López Portillo, 1986, p. 35).

<sup>16</sup> Entrevistado por el autor, 3 de febrero de 2015, Caracas, Venezuela.

Humberto Díaz Casanueva, Manuel Granell y Pedro Grases (Liscano, [1976] 1979, p. 900). Las dinámicas de esos itinerarios académicos permitieron establecer vínculos y enlaces con instituciones universitarias de México, Ecuador y Argentina, gestando una *tradición intelectual* trazada por el republicanismo, producto de sus participaciones más o menos directas en la lucha contra el franquismo —como el caso de los exiliados españoles—, de matriz humanista, orientados hacia la ontología, la gnoseología y la fenomenología.

La Escuela de Filosofía a la que había ingresado Pasquali contaba con una oferta de seminarios, entre otros, sobre Filosofía Clásica, Teoría del Conocimiento, Filosofía Medieval, Filosofía Moderna y Filosofía Contemporánea. Y tuvo a través de los años un curso sobre Metafísica y un seminario de Ontología a cargo de José Gaos<sup>17</sup> —dictaba clases en México—, quien para 1951 había traducido al español *Ser y tiempo* de Martin Heidegger. Cabe al menos enunciar que estas redes de intercambio de profesores entre instituciones como la UCV y la Universidad Autónoma de México, se debieron a relaciones personales que databan de finales de la década del treinta para una generación de intelectuales españoles exiliados en América Latina (Vargas Lozano, 1989).

Fue este universo de múltiples dimensiones en el cual se cruzaban las discusiones sobre la libertad del sujeto en tensión con las determinaciones históricas y políticas que, como sostiene Federico Riu, habilitó a que se institucionalizara desde finales de los cuarenta el estudio de la fenomenología y el existencialismo de inspiración alemana a través de la obra de “Husserl, Heidegger y Hartmann, desde una perspectiva antropológica y metafísica” (citado en Astorga, 2010, p. 23). Al mismo tiempo, y a partir de la tarea pedagógica de Manuel Granell, circularon textos e interpretaciones del filósofo José Ortega y Gasset. Granell, también español y discípulo del autor de *La rebelión de las masas*, fue central en la consolidación de un humanismo que, en una universidad tensionada por los embates del campo político, ponía el acento en la responsabilidad de inventarse a sí mismo ante los desafíos del espesor histórico. Por su parte, la figura de García Bacca y sus trabajos sobre Platón, Kant, Hegel y Marx, marcaron a varias generaciones de estudiantes. La mayoría de estos pensadores eran enseñados a la luz de las interpretaciones de García Bacca quien se encargó de producir una gran cantidad de materiales que eran publicados por la universidad y se convertían en textos que se trabajaban en las clases.

---

<sup>17</sup> “Escuela de Filosofía”, período “1959”, expediente “Memorias”, clasificación “M.1”. Archivo Histórico de la Facultad de Humanidades y Educación (UCV), Caracas, Venezuela.

En esta configuración institucional y tras cursar en primer año la materia Historia del Arte, Pasquali fue convocado por su titular Gastón Diehl<sup>18</sup> como ayudante alumno. La cátedra estaba adscrita al Instituto de Arte de la universidad y sus cursos eran un complemento de la formación en filosofía. Junto a profesores y estudiantes, Diehl fundó en 1951 el Círculo Universitario de Cine. El Círculo pretendió divulgar obras filmicas, establecer vínculos especializados entre Europa y América, organizar ciclos de charlas y conferencias relativas a la historia, desarrollo y actualidad del considerado “séptimo arte”. El comité fundador estuvo integrado por el profesor Diehl y, entre otros, el estudiante Antonio Pasquali (Álvarez y Rivera, 2011, pp. 22-23).

La inquietud cinematográfica del Círculo no puede pensarse aislada de marcos más amplios tanto locales como internacionales. Al respecto, y en lo concerniente a las condiciones de producción y crítica cinematográfica, en Caracas se fue constituyendo durante la década del cincuenta un campo de reflexión sobre el cine como actividad autónoma que entró en diálogo con otras expresiones de instituciones y organizaciones culturales vinculadas al universo cinematográfico (Aguirre y Bisbal, 1980; Colmenares, 2014). Por otro lado, esta situación venezolana debe pensarse a la luz de los procesos que se estaban produciendo en Europa desde finales de los cuarenta. Como sostiene Francesco Casetti ([1994] 2005, p. 15), se fue dando un proceso de aceptación del cine como hecho cultural a escala internacional. En este sentido, surgieron discursos teóricos que buscaron acentuar las posibilidades del nuevo medio, fomentándolo, visibilizando sus potencialidades en relación con otros modos de producción artísticas. Otra de las dimensiones que permite comprender las continuidades entre las preocupaciones por el cine particularmente en Venezuela y en Francia —y en Europa en general—, es lo que Casetti denomina como la tendencia a la *especialización* de la teoría cinematográfica. Es decir, la configuración de un saber específico que se constituyó a partir de la creación de instituciones, revistas y formaciones culturales (p. 16, el destacado nos pertenece).

Este momento del itinerario de Pasquali, los vínculos que fue gestando como así también las redes académicas de las que formaba parte, son espacios desde los cuales comprender una importante experiencia intelectual en su trayectoria formativa: el viaje a Francia.

---

<sup>18</sup> Historiador y crítico de arte de origen francés, Diehl había llegado a Venezuela a finales del cuarenta a través del Ministerio de Asuntos Exteriores de Francia. Allí se había incorporado a la UCV en la Escuela de Bellas Artes y, como agregado cultural de la embajada, dirigió el Instituto Venezolano-Francés.

### **De la filosofía a la información audiovisual. La experiencia francesa**

Como otros compañeros de su generación<sup>19</sup>, en 1955 y tras obtener la licenciatura en filosofía, Pasquali viajó a Europa a doctorarse. En su testimonio retrospectivo, Pasquali recuerda que producto de sus buenas calificaciones obtuvo un subsidio de la UCV y la embajada francesa —vía Diehl— le concedió una beca que le permitió pagar el alquiler de una pensión en París<sup>20</sup>.

En su viaje formativo convergieron dos dimensiones diferentes de su experiencia académica: la estrictamente filosófica y su disposición a la temática cinematográfica. En cuanto a la primera, y estableciendo cierta continuidad con los debates ucevistas sobre la “autonomía del sujeto”, Pasquali se doctoró con una tesis sobre el problema conceptual de la libertad en los pensamientos de los filósofos Charles Renouvier y Henri Bergson. En 1957 presentó la tesis *Renouvier et Bergson: le problème de la liberté* y el jurado compuesto por Jean Wahl, Paul Ricoeur y Vladimir Jankélévitch lo evaluó con *Très honorable* —máxima mención—<sup>21</sup>. La tesis se proponía dar cuenta de los debates al interior de la tradición filosófica poskantiana en un intento por fundamentar gnoseológicamente el proyecto de una ciencia de la moral.

Y respecto a lo *cinematográfico* se inscribió en unos cursos bianuales —por fuera de la currícula del doctorado— que se dictaban en el Instituto de Filmología perteneciente al Centre Audio-visual de Saint-Cloud de la Facultad de Letras, dirigido por Gilbert Cohen-Séat. En estos cursos se discutía y conceptualizaba sobre el fenómeno audiovisual, la cultura de masas, la cinematografía y la radio. En el Instituto, Pasquali presentó una tesis titulada *Notes pour une théorie de l'objet filmique*<sup>22</sup> y tuvo como profesores, entre otros, a George Sadoul, Henri Dieuzeide y Edgar Morin. La emergencia de lo cinematográfico, las redes de sociabilidad intelectual y los debates en torno a la problemática audiovisual experimentados en Caracas, se conectaron con distintas instituciones y organizaciones culturales en Francia: Pasquali recuerda que frecuentó a lo largo de dos años la Cinémathèque Française de París. En torno a ella se fue conformando un grupo de críticos denominados como *Nouvelle vague*, provenientes de la Escuela de

---

<sup>19</sup> Por ejemplo, los filósofos Federico Riu y Juan Nuño.

<sup>20</sup> Entrevistado por el autor, 3 de febrero de 2015, Caracas, Venezuela.

<sup>21</sup> Doctorat de l'Université de Paris (Philosophie), Faculté Des Lettres, 3 de julio de 1957, expediente “Pasquali Greco, Antonio Arnaldo”, período “A”, clasificación “D. 67”. Archivo Histórico de la Facultad de Humanidades y Educación (UCV).

<sup>22</sup> “Attestation”, Institut de Filmologie de la Université de Paris, 29 de mayo de 1957, expediente “Pasquali Greco, Antonio Arnaldo”, período “A”, clasificación “D. 67”. Archivo Histórico de la Facultad de Humanidades y Educación (UCV).

Cine de Francia y organizados en torno a la revista especializada *Cahiers du Cinéma*. Pasquali sostiene que al frecuentar estos espacios entre 1955 y 1957, compartió la asistencia de films y debates con Éric Rohmer, Claude Chabrol y Jacques Rivette, entre otros<sup>23</sup>. La estadía en Francia le permitió insertarse en una serie de importantes debates acerca de la producción cinematográfica.

Uno de los tópicos emergentes en las aulas del Instituto de Filmología se vinculaba al hecho de pensar al cine como objeto de estudio de la realidad social. Circulaban interpretaciones y textos de Morin sobre los condicionamientos sociales de la producción audiovisual, también de George Sadoul sobre la historia social de la cinematografía. Las clases con Sadoul y Morin, una de las figuras del Saint Cloud, interpelaron a Pasquali. Según recuerda el filósofo venezolano, Morin acostumbraba a comentar y discutir en sus clases los capítulos que estaba preparando para su trabajo *Le Cinéma ou l'homme imaginaire*, publicado en 1956<sup>24</sup>.

Otro de los debates tenía como epicentro la cuestión de si la televisión potenciaba los procesos educativos. En este marco, la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO) realizó una serie de proyectos de investigación en Francia —entre otros países— dirigidos por Joffre Dumazedier<sup>25</sup> con el objetivo de ayudar a sus estados miembros a desarrollar políticas referidas a la televisión en relación a la educación, la ciencia y la cultura (UNESCO, 1953, p. 2). Uno de esos trabajos luego sistematizado en el libro *Televisión y educación popular* (1956) tuvo como objetivo estudiar “si los medios de difusión podrían servir para elevar el nivel cultural de los pueblos” (Dumazedier, 1956, p. 21). La investigación consistió en la realización de transmisiones experimentales de cineclubes en pequeños pueblos rurales. Los temas centrales que allí se emitieron estuvieron vinculados a “la *modernización* del trabajo rural y de sus condiciones técnicas, económicas, sociales y humanas” (p. 23, el destacado nos pertenece). Los investigadores pretendían obtener información del cambio actitudinal de los pequeños cultivadores en torno al desarrollo de las técnicas agrícolas para dar cuenta de los efectos producidos por la televisión.

*La experiencia filmológica francesa*, las instituciones y formaciones culturales en

---

<sup>23</sup>Entrevistado por el autor, 3 de febrero de 2015, Caracas, Venezuela.

<sup>24</sup>Entrevistado por el autor, 3 de febrero de 2015, Caracas, Venezuela.

<sup>25</sup>Estas discusiones circulaban por el Instituto porque Dumazedier era miembro del Centre d'études sociologiques perteneciente al Centre National de la Recherche Scientifique (C.N.R.S) como Edgar Morin, que también participó del proyecto. Otro de los colaboradores fue Henri Dieuzeide, en tanto profesor e investigador, justamente, del Centre Audio-visual de Saint Cloud.

las que participó, situó a Pasquali en un particular campo de enunciados en el que circuló la problemática cinematográfica en particular y de los medios masivos en general, con sus modalidades diferentes de abordarlo. Al respecto, entonces, una de las cuestiones a pensar es de qué modo se apropió de esos debates y cómo se inscribió en la vida académica e intelectual caraqueña.

### **Una actividad intelectual entre el Estado y la academia**

Pasquali regresó a Venezuela en 1957, unos meses antes de la caída del gobierno de Pérez Jiménez en enero de 1958. Con el retorno a la democracia se produjo una importante reconfiguración de la relación entre el campo académico e intelectual y el campo político. A nivel universitario, bajo el gobierno provisional de Wolfgang Larrazábal, se decretó la Ley de Universidades que restableció la autonomía universitaria, la gratuidad de la enseñanza y “el carácter democrático y popular de la universidad” (Rodríguez, Villegas y Reyes, 2000, p. 21). Amado Moreno (2008) sostiene que la UCV se reorganizó internamente en cuanto a su estructura y funcionamiento, la composición, funciones del personal docente y de investigación. Se creó, además, el Consejo de Desarrollo Científico y Humanístico.

Esta acelerada transformación de las reglas internas desestabilizó las posiciones estructuradas entre 1952 y 1958: aquellos agentes que habían ascendido a posiciones dominantes durante el perezjimenismo, acusados de ser “agentes del gobierno”, fueron expulsados de la institución al finalizar la dictadura (Rodríguez, Villegas y Reyes, 2000, p. 19). Esto favoreció el reingreso de profesores que habían sido echados y el ascenso de aquellos que, por no adherir al gobierno, habían ocupado una posición subalterna o marginal. Este proceso habilitó la incorporación de nuevos —y jóvenes— docentes a la estructura universitaria.

En este marco la Escuela de Periodismo atravesó una serie de transformaciones en sus programas de estudio. Tras volver del exilio, Héctor Mujica fue nombrado como su nuevo director y le propuso al —también recientemente nombrado— Decano de la Facultad de Humanidades y Educación, García Bacca, que el programa de la carrera tenía que adecuarse a la realidad nacional y se debían “tomar más en cuenta los problemas de Venezuela” (citado en Díaz Rangel, 1988, p. 80). Cambió el grado de titulación, de Tecnicatura a Licenciatura en Periodismo, al mismo tiempo que se elevó la duración de la carrera a cuatro años. En este contexto, y en línea con las transformaciones a nivel general, la Escuela creó la “Colección de Publicaciones” mediante el desarrollo de la

imprensa universitaria y se fundaron nuevos Departamentos (Cuenca Herrera, 1998, p. 96).

Por otro lado, las nuevas formas de saber requerían de una *expertise* apoyada en fundamentos teóricos legitimados institucionalmente. En los primeros años posdictadura se incorporaron una serie de profesores graduados y posgraduados en universidades extranjeras en general. Esta reorganización institucional generó las condiciones para el ingreso de Pasquali al plantel docente de la universidad<sup>26</sup>. La acumulación de capital cultural obtenido en Francia lo habilitó a realizar un doble movimiento al interior del campo académico venezolano. El doctorado por la Universidad de París le permitió su ingreso al seminario de Filosofía Clásica en la Escuela de Filosofía<sup>27</sup>. La titulación en Filmología le garantizaba una competencia cultural específica que le permitió desplazarse de un campo de saberes a otro, producto, además, de la doble reconfiguración, a nivel universitario y en el ámbito de la producción cultural, de un espacio de visibilización y enunciación del cine y de la “información audiovisual”.

La inserción de Pasquali al plantel docente de la Escuela de Periodismo (UCV) permite leer ese desplazamiento. A partir de un acuerdo con Héctor Mujica, en marzo de 1958 fue asignado profesor de un curso denominado “Periodismo radial, cinematográfico y televisivo”<sup>28</sup>. Este espacio, en principio precario porque era un cursillo especial y tenía un carácter optativo en la currícula, se convirtió en un laboratorio de exposición y prueba de los saberes obtenidos en el Saint Cloud. Esta cobertura institucional fue la primera plataforma desde la cual enunciarse y hacerse visible para sus colegas en los debates académicos.

Entre 1958 y 1959 Pasquali trabajó y participó en diversos espacios institucionales y ello nos permite dar cuenta de la heterogeneidad de instancias en las que se produjo conocimiento especializado sobre lo social. En relación con esto, la noción de “espacios de intersecciones múltiples” propuesta por Neiburg y Plotkin (2004, p. 18), permite indicar y pensar los pasajes de Pasquali a partir de los “circuitos de circulación y vínculos entre la universidad, los emprendimientos intelectuales y la gestión pública” (p. 19). Además de trabajar en la enseñanza universitaria, Pasquali fue contratado como *experto*

---

<sup>26</sup> Además de Pasquali y Mujica, ingresaron Aníbal Gómez como titular de la cátedra de Historia del Periodismo y Federico Álvarez como titular de Periodismo Informativo y de Opinión II. Si bien todos tenían una formación de posgrado, Mujica, Gómez y Álvarez lo hicieron en su exilio político.

<sup>27</sup> “Currículum Vitae”, expediente “Pasquali Greco, Antonio Arnaldo”, período “A”, clasificación “D. 67”. Archivo Histórico de la Facultad de Humanidades y Educación (UCV).

<sup>28</sup> De Venanzi, Francisco (presidente de la Comisión Universitaria), “Oficio A-9”, 29 de marzo de 1958. Archivo personal de Antonio Pasquali, Caracas, Venezuela.

en problemáticas audiovisuales por el ministerio de educación de la nación. Llegó a ese lugar a partir de lazos de amistad con el Director del Gabinete del ministerio, Gustavo Díaz Solís, también profesor de la Central. Si bien su paso por el ministerio fue breve — de octubre de 1958 a julio de 1959— fueron meses muy intensos que lo habilitaron a insertarse en otras redes institucionales.

Las preocupaciones sobre cómo pensar la educación y los medios, así como era un tópico emergente en Europa y para un sector de la intelectualidad latinoamericana, lo era también en los Estados Unidos. Durante esos años el ministerio de educación venezolano había establecido una serie de acuerdos con la Broadcasting Foundation of America para ser asesorado en programas de “televisión educativa” y expertos de la fundación y de la Universidad de Michigan visitaron el país (University of Michigan, 1959, p. 78). En ese marco es que el ministerio convocó a Pasquali para formar un centro audiovisual y lo nombraron su primer director. Según el testimonio retrospectivo de Pasquali, desde el centro se produjeron materiales audiovisuales —fundamentalmente diapositivas— que complementaban la práctica educativa y se entregaban en todas las escuelas<sup>29</sup>.

Como parte de los intercambios entre el Estado venezolano y la Fundación, Pasquali fue invitado en septiembre de 1958 a participar de un proceso formativo de dos meses en los Estados Unidos. El viaje consistió en visitar centros audiovisuales, estaciones de televisión educativa y relevar material bibliográfico. Esta red de intercambios y de cruces institucionales conformó un marco de posibilidades para problematizar la relación entre medios masivos y sociedad, y un espacio privilegiado de recepción de las nuevas tendencias y corrientes sobre lo audiovisual tanto europeas como norteamericanas, en una zona de saberes recientemente institucionalizada en el plano local.

Esa posición y experiencia la capitalizó rápidamente porque a principios de 1959 el cursillo especial “Periodismo radial, cinematográfico y televisivo” fue incluido en el plan de estudios como cátedra bajo la nominación “Información Audiovisual”. Complementariamente, fundó el Departamento de Información Audiovisual de la Escuela de Periodismo y se le solicitó que armara un espacio similar para la Biblioteca Central de la Universidad. Allí organizaron el Departamento de Información Audiovisual que tuvo entre sus primeras actividades —análogas a las realizadas para el ministerio— crear

---

<sup>29</sup> Entrevistado por el autor, 9 de febrero de 2015, Caracas, Venezuela.

servicios de fotografía, microfilms e iniciaron la formación de un archivo vinculado a la historia del cine venezolano.

Desde ese espacio Pasquali tuvo una destacada actividad como editor y traductor. El filósofo venezolano recuerda que, unas semanas después de volver de París, el barco que provenía de Francia con su baúl de 110 kilos de libros, llegó al Puerto de La Guaira. Pasquali recuerda que, al bajarlo del barco, el baúl cayó y al romperse, salió un solo texto, un ejemplar de la revista *Les Temps modernes*, en el que había publicado un artículo el ensayista venezolano Juan Liscano criticando “terriblemente” a la dictadura de Pérez Jiménez. Las novedades, las nuevas tendencias, la actualidad del “pensamiento europeo” y las críticas al proceso político local, habían viajado unos miles de kilómetros cruzando el Atlántico y franqueando los controles del gobierno perezjimenista. Ese baúl, según el testimonio retrospectivo de Pasquali, traía materiales “fundamentales” sobre el cine, la radio y la televisión<sup>30</sup>. Más allá de la anécdota, consideramos que en el programa de la cátedra como en el conjunto de artículos recopilados en *Información Audiovisual. Antología de textos* (Pasquali, 1960, UCV) se pueden leer qué apropiaciones teóricas realizó Pasquali tras su viaje a Francia y a los Estados Unidos.

Editado por la Escuela de Periodismo, la publicación de *Información Audiovisual. Antología de textos*, con la selección, traducción y prólogo a cargo de Pasquali, fue el volumen n° 7 de la “Colección cuadernos”. La producción de este material se puede inscribir en una trama institucional más amplia, vinculada a la necesidad de actualizar marcos interpretativos, pero también se ajustaba específicamente a las demandas del Departamento de Información Audiovisual. El objetivo era producir un material didáctico y pedagógico con la idea de adoptar la “nueva actitud científica que ha puesto en tela de juicio todos los viejos conceptos de expresión, de comunicación y de información” (Pasquali, 1960, p. 9).

El trabajo era parte de la bibliografía obligatoria de la materia. En el programa de la cátedra, constituido por siete unidades<sup>31</sup>, se planteaba el estudio de las “bases materiales” de la información audiovisual, la estructura de producción, transmisión y circulación de la palabra y la imagen; los conceptos de “mass-media”, “mass-communication” y “medios audiovisuales”; la “psicología de la información

---

<sup>30</sup> Entrevistado por el autor, 3 de febrero de 2015, Caracas, Venezuela.

<sup>31</sup> Programa de la Cátedra Información Audiovisual, correspondiente al año lectivo de 1960. El programa se puede encontrar en los anexos del trabajo de Elizabeth Safar, *La información audiovisual*, 1978, UCV, pp. 132-134.

audiovisual”; “las teorías de John Grierson”, los problemas sociológicos abordados por “las teorías de Kracauer y Morin” y una última unidad sobre “las comunicaciones de masas en Venezuela”, en la que se trabajaba sobre la producción cultural en el país y se problematizaban los “deberes del Estado”. La antología pretendía ocupar y resolver el “grave problema teórico” vinculado a la “escasez” de bibliografía en español sobre lo audiovisual que se “padecía en Latinoamérica” (Pasquali, 1960, p. 7).

Siguiendo las reflexiones de Pierre Bourdieu ([1990] 2011, pp. 161-162), se puede afirmar que todo editor, traductor y prologuista, al presentar una obra, de algún modo se la apropia y la anexa a un campo de recepción diferente al cual esas obras fueron producidas. Esto, además, implica una serie de operaciones que pretenden orientar a sus lectores y al acentuar unos y no otros aspectos de los textos, los inscribe en nuevos horizontes intelectuales. Dicho esto, ¿en qué marco de problemas Pasquali situaba los artículos recopilados?

En el prólogo a *Información Audiovisual*, Pasquali dibujaba el mapa de las “novedades” en el campo de la “comunicación humana”: lo que consideraba como el “re-descubrimiento y la re-utilización mecánica de la imagen con fines informativos”. Entendía que era necesario situar a los estudios sobre la producción audiovisual y en general sobre los medios masivos *al interior del campo de las ciencias sociales*. Pasquali planteaba que los “nuevos mass media audiovisuales” como el cine y la televisión habían rebasado el marco de análisis lingüístico incorporando un componente de repercusiones problemáticas: la perspectiva social. La reflexión que emergía, según Pasquali, era que a los mass media había que pensarlos articuladamente desde dos dimensiones: una de orden semántico y estético y otra como cuestión y praxis de las ciencias sociales (Pasquali, 1960, p. 8). Es decir, debían ser repensados como problema analítico y como escenario de intervención del cientista social, como espacio al cual debían incorporarse productiva y creativamente los investigadores e intelectuales.

Estas consideraciones remitían a su experiencia en el ministerio de educación como productor de materiales audiovisuales en un contexto en el que se empezaba a problematizar la “función educativa de los medios” (Aguirre, 1996, p. 32). Tiempos en los que la intelectualidad se debatía entre la censura a los medios masivos y la crítica a la “decadencia cultural”<sup>32</sup>, pero que no problematizaba, sostenía Pasquali, las *modalidades*

---

<sup>32</sup> Como sostiene el investigador Jesús Aguirre (1996), desde la segunda mitad de la década del cincuenta emergió en Venezuela una línea de trabajo marcada por una preocupación “muy moralizante” de “rescatar” a los medios para usos educativos y confesionales. Estos grupos se nuclearon bajo el Centro de

*de incorporación* del lenguaje audiovisual en los procesos educativos (Pasquali, [1958] 1960, p. 262, el destacado nos pertenece).

Este posicionamiento frente a los debates teóricos, su orientación a la praxis, se relacionaba con los itinerarios de los referentes a los que había accedido en Estados Unidos: allí los expertos no sólo producían “reflexiones teóricas” sino que además eran activos participantes en las emisoras de radio y televisión. Justamente la selección de autores norteamericanos que se publicaron en la antología indicaba esa particularidad: tenían un perfil más bien “pragmático”, pensaban “lo audiovisual” desde sus propias experiencias en el campo de la producción de la cultura masiva. Los textos norteamericanos incluidos en *Información Audiovisual* giraban en torno a la escritura de documentales y films para TV, la expresión y comunicación mediante la representación simbólica<sup>33</sup>.

La “matriz europea” que se condensaba en la antología, en cambio, daba cuenta de otro posicionamiento. Una disposición a la teorización sobre lo audiovisual antes que incorporarse como productores. Eran preocupaciones ante la emergente transformación de la cultura en las sociedades de masas y se reflexionaba en torno a los dilemas que se les presentaban a los investigadores que se abocaban a los problemas sociales. Eran cuestiones que pretendían orientarse, sostenía Pasquali, a la “*comprensión* del problema audiovisual” (Pasquali, p. 8, destacado en el original). Este “comprender” requería situar lo audiovisual en una trama de dimensiones psicológicas, históricas y sociológicas. Para estos fines eran de utilidad las reflexiones de Morin sobre la producción cinematográfica entendida como representaciones humanas, los postulados de Luigi Volpicelli de hacer de la teoría filmológica una ciencia socio-histórica y los análisis de Siegfried Kracauer que postulaban al cine como síntoma de las experiencias sociales<sup>34</sup>. Se puede afirmar que, sin saberlo, la lectura de Kracauer fue el primer encuentro con las reflexiones de lo que posteriormente se denominaría la Escuela de Frankfurt. La denominación “Escuela de Frankfurt” aun no era la “etiqueta asignada” con la que el Instituto de Investigación Social

---

Investigaciones Sociales y Socio-religiosas dependiente de la Federación Internacional de los Institutos Católicos de Investigaciones Sociales y Socio-religiosas (FERES).

<sup>33</sup>Sobre estos tópicos Pasquali seleccionó y tradujo los artículos de Robert Green y Arthur Swinson, publicados originalmente en *Writing for Television* (Black, 1955), y el de Nelson Bond publicado en *How to Write for television* (Hasting House, 1955). Estos libros, al igual que *Movies for TV* de John Battison —miembro de la American Broadcasting Foundation— fueron traídos tras su viaje a Estados Unidos.

<sup>34</sup> De Morin, Pasquali seleccionó y tradujo pasajes de *Le Cinéma ou l'homme imaginaire* (editions de minuit, 1956), de Kracauer fragmentos del libro *From Caligari to Hitler* (Princeton University Press, 1947), y del italiano Volpicelli, el artículo “La filmología como ciencia socio-histórica”, publicado originalmente en el tomo VII, n° 25, de la *Revue Internationale de Filmologie* (Pasquali, 1960, pp. 185, 192 y 199).

de Frankfurt comenzó a visibilizarse en las redes internacionales de circulación de las ideas hacia mediados de los años sesenta (Jay, 1974, p. 461; Wiggershaus, [1986] 2011, p. 9). De hecho, Pasquali presentaba a Kracauer pasando por alto su filiación institucional: como un crítico e investigador social alemán que después de una larga permanencia en París se había trasladado a Estados Unidos (1960, p. 192).

En definitiva, consideramos que la yuxtaposición de artículos incluidos en la antología, configuraba una imagen del intelectual constituida en el cruce entre el “profesional” en medios de comunicación, aquel que reflexionaba desde su posición al interior de la producción audiovisual, y el “teórico”, que analizaba a la cultura masiva situado en la cátedra, o en líneas generales, desde el campo académico e intelectual. Eran disposiciones que, al complementarse, validaban una modalidad de intervención que ponía en valor los “nuevos” medios masivos en la producción cultural y convocaba a la intelectualidad a participar en ellos.

En este contexto, Pasquali buscaba interpelar a sus colegas a que consideraran que los “intelectuales alejados” de los problemas que planteaban las modernas comunicaciones de masas ignoraban las graves implicaciones filosóficas y pragmáticas que escondía uno de los conceptos más explosivos de la época: la *información* (1960, p. 52, destacado en el original). En este marco, las caracterizaciones aprendidas en el Instituto de Filmología le permitían afirmar que “*la información de masas desempeñaba un papel básico en la batalla de las ideas* y que gran parte de dicha información era *enviada al público por los medios audiovisuales* como la radio, la TV y el cine” (p. 55, destacado en el original).

### **La irrupción del revistismo entre la democracia y la revolución**

La importante actividad de publicaciones y discusiones que se daban en la universidad se dio como proceso lateral a la intensa reconfiguración del campo cultural caraqueño hacia finales de los años cincuenta y principios de los años sesenta<sup>35</sup>. Síntoma de esa efervescencia intelectual excepcional fue la vitalidad de las revistas, su número creciente y su influencia en aumento. Fueron el lugar de sociabilidad privilegiada y el soporte adoptado por una diversidad de formaciones culturales que buscaron hacer valer sus posicionamientos frente a lo que consideraban como los dilemas políticos y culturales

---

<sup>35</sup> Para una reconstrucción más amplia del campo de la producción cultural en Venezuela hacia los años sesenta, ver Chacón, 1971; Rama, 1976; Santaella, 1992; Segnini, 1995; Márquez Rodríguez, 1996; Vadorpe, 1996; Traba, 2005; Carrillo, 2007 y 2013; Huizi Castillo, 2014, entre otros.

del momento.

Esta concurrencia a la discusión intelectual tuvo su fuente en la conjugación de varias dimensiones: por un lado, el descenso de la represión del campo político sobre la producción cultural tras el fin de la dictadura; una segunda dimensión fue lo que Ángel Rama denominó como la “crisis de las representaciones culturales”. Producto del modo en que impactó la “drástica experiencia de la ciudad” y la emergencia de la sociedad de masas, una generación de jóvenes “deseosos” de “captar la totalidad”, entendieron que las “herramientas teóricas” disponibles ya no explicaban la realidad y recurrían a nuevos marcos interpretativos (Rama, 1976, p. 41). Y una tercera dimensión, de gran importancia, tiene que ver con las resonancias de la Revolución Cubana en la política y la intelectualidad local.

En relación a las transformaciones urbanas, Pasquali recuerda que hacia mediados de los años cincuenta se construía “un aeropuerto hoy, una autopista mañana, [era] un progreso fulgurante, Caracas era un campo lleno de grúas”<sup>36</sup>. La ciudad se convirtió en un “organismo desmesurado” a partir de un crecimiento repentino proveniente de la enorme renta derivada del petróleo (Rama, 1976, p. 39). Esta *muchedumbre solitaria* —parafraseando el consultado texto de David Riesman en la UCV a principios de los años sesenta (Gómez, 1965) —, no presencié simplemente el crecimiento de una ciudad, sino que vio erigirse ante sí una urbe que aniquilaba su pasado rural y se rehacía aceleradamente de forma caótica y radical (Rama, 1976).

A estas dinámicas y transformaciones locales se incorporó el impacto de la Revolución Cubana en cuanto a que las tesis tradicionales del progresismo reformista o revolucionarias del Partido Comunista Venezolano, “quedaron a *la derecha* del espectro político” (Velázquez, [1976] 1979, p. 230, el destacado nos pertenece). Venezuela, además, fue el primer país que visitó Fidel Castro tras la revolución al cumplirse un año del fin de la dictadura de Pérez Jiménez. Fue recibido en distintos espacios institucionales y dio una charla junto a Pablo Neruda en el Aula Magna de la UCV ante cientos de estudiantes y profesores. Como sostiene Manuel Caballero (1999, p. 18), “veintitrés días después de la huida de Batista, Fidel Castro y su delegación de barbudos” realizó “una entrada triunfal en Caracas, desbordantes de retórica anti-militarista, con la convicción de que un ejército profesional podía ser vencido”.

---

<sup>36</sup>Entrevistado por el autor, 10 de febrero de 2015, Caracas, Venezuela.

Durante esos tiempos “turbulentos”, como denominó Juan Calzadilla a los primeros años de los sesenta venezolanos (2008, p. XI), la actividad política e intelectual al interior de las academias se fue radicalizando. En junio de 1961, un grupo de estudiantes de la UCV incendió el auto del embajador norteamericano (Coviella, 2015). Paralelamente, en 1962, un movimiento que articuló al Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), al PCV y a una fracción militar, produjo el sublevamiento del Batallón de Infantería n°3 en Carúpano. “El Carupanazo”, como se lo conoce popularmente, fue un proceso llevado adelante por el Movimiento de Recuperación Democrática. En junio de ese año, una sublevación similar se produjo en la base naval de Puerto Cabello, bajo “ideales populares, nacionalistas y revolucionarios”. Estos movimientos fueron las primeras acciones de una alianza entre sectores militares, el PCV y el MIR, que dieron inicio a las Fuerzas Armadas de Liberación Nacional (FALN) (Coviella, 2015, p. 28).

En este marco, sostiene Carmen Carrillo (2007, p. 36), las formaciones y organizaciones culturales se radicalizaron ideológicamente y establecieron lazos de solidaridad con los movimientos políticos de corte marxista y “comprometieron su producción con la causa revolucionaria”. La hipótesis de Carrillo es verosímil en cuanto a que un sector de la intelectualidad adhirió a las organizaciones políticas guerrilleras. Pero en esos primeros años de la década las autodenominaciones vanguardistas no indicaban un “reflejo” de la reorganización de los posicionamientos al interior del campo político: ese “vanguardismo” debe ser pensado a la luz del proceso de reconfiguración del campo intelectual y entenderlo no simplemente como movimientos literarios, artísticos o académicos “revolucionarios”, sino como posicionamientos desde los cuales una nueva generación enfrentaba los criterios de consagración y legitimidad del campo constituido.

Tanto las tensiones irresueltas con el campo de poder como el carácter subordinado de las prácticas culturales de una franja intelectual *periférica* en relación con las instituciones dominantes, propició las condiciones de formación de un singular movimiento cultural caracterizado por el editorialismo y la autogestión, tendiente a producir un mercado de bienes simbólicos en que pudieran circular sus obras, tensionando de este modo —y siendo esquemáticos— el modo de producción cultural estructurado bajo los mecanismos habituales de circulación y consagración: la *Revista Nacional de Cultura* y *Cultura universitaria*, el Museo de Bellas Artes, el Premio Nacional de Artes Plásticas, el Premio Nacional de Literatura y los premios oficiales que desde la década

del cuarenta otorgaba el Salón Oficial de Arte Venezolano<sup>37</sup>.

Las discusiones y polémicas que desde 1958 plantearon las revistas *Sardio*, *Tabla Redonda* y *Crítica contemporánea* —en la que participaba Pasquali— marcaron los tópicos que atravesaron a la producción cultural del primer lustro de los años sesenta (Chacón, 1971, p. 35). La cuestión de la “cultura nacional”, el “problema de las generaciones”, el rol del intelectual, el surgimiento de las sociedades de masas y el triunfo de la Revolución Cubana, fueron los dilemas que ocuparon a una franja de la intelectualidad caraqueña.

*Sardio*<sup>38</sup> postulaba la urgencia de “reconstruir la cultura nacional” y revisar sus parámetros tras el paso de la dictadura (s/f, 1958, p. 2). El grupo denunciaba que los esquemas artísticos e intelectuales para entender la realidad estaban agotados: el folklorismo, “la anécdota, el paisajismo, la visión pintoresca de la realidad” no eran más que “fraudes a los requerimientos de la época” (p. 3). Esas perspectivas estéticas encarnadas en sujetos “seducidos por el prestigio superficial o por una gloria aldeana”, habían instituido una “política literaria” excluyente e incapaz de proveer sentidos en torno a lo real (s/f, 1959, p. 279). En este sentido, las *representaciones* de la vida rural y arcaica ya *no explicaban* los ritmos de una sociedad dinámica, industrial y moderna. El grupo consideraba que el “crecimiento progresivo en densas masas demográficas” era “multiplicación de la soledad” en un marco en el que los “medios de comunicación y difusión”, impresionaban “a las inteligencias débiles sobre el credo” que debían adoptar (Meneses Salazar, 1958, p. 52).

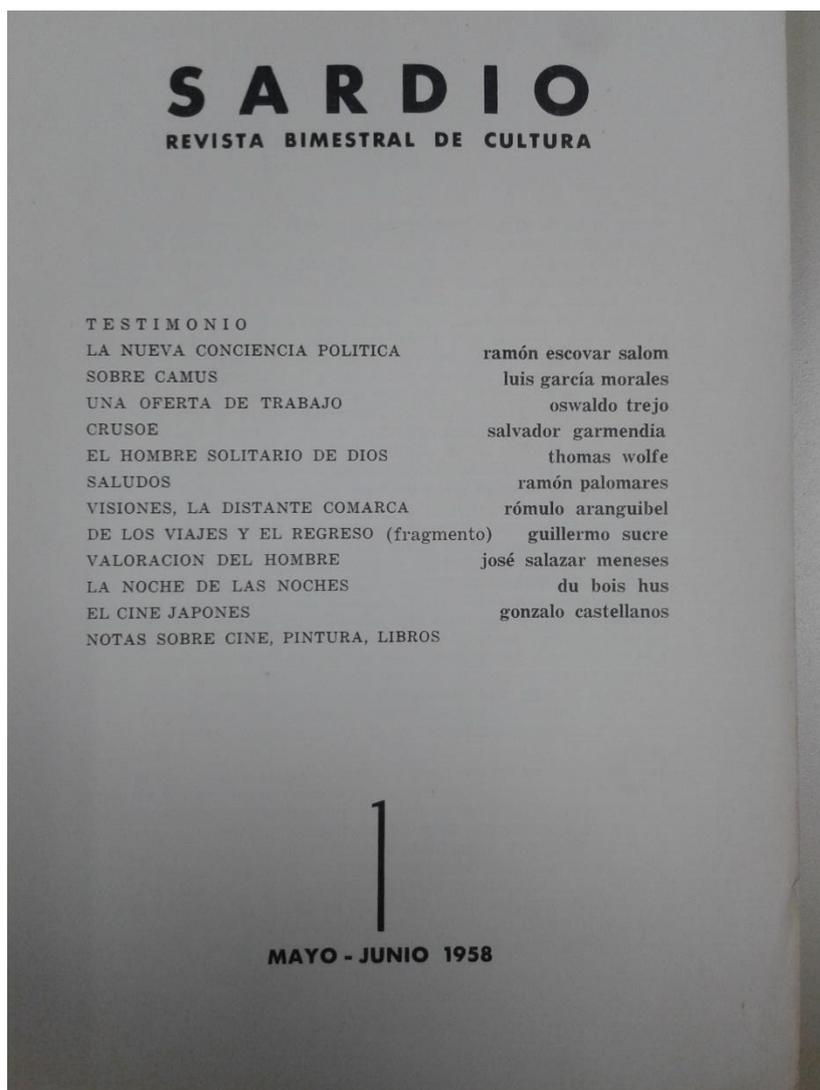
En principio se identificaron —por la militancia de algunos de sus miembros— con la socialdemocracia propuesta por Acción Democrática y se solidarizaron con el proceso cubano porque revisaba “los dogmas” y la “copia mecanicista” que la izquierda tendía a reproducir a escala local (s/f, 1959, p. 592). De hecho, Cuba les resultaba “una audacia incomprensible” porque indicaba “una *ruptura* con una razón política tradicional” (p. 593, el destacado nos pertenece). En un contexto de tensiones debido al

---

<sup>37</sup>La experiencia previa de la revista *Cruz del Sur* (1952-1960), nucleada bajo la librería homónima y fundada por los hermanos Violeta y Alfredo Roffé, fue un modelo de organización, estilo e intervención intelectual de prestigio para los emergentes proyectos revisteriles culturales caraqueños. La revista articulaba a una intelectualidad constituida por referentes como Mariano Picón Salas, Miguel Otero Silva, Miguel Acosta Saignes, Alejo Carpentier —residente en Venezuela desde 1945— y los españoles José Bergamín y García Bacca. En líneas generales, como sostiene Chacón (1971, p. 24) y Márquez Rodríguez (1992, p. 194), *Cruz del Sur* trazó una modalidad de intervención cultural que anudó diferentes itinerarios y posicionamientos progresistas de tendencia izquierdista

<sup>38</sup>Entre los miembros fundadores se encontraban Guillermo Sucre, Ramón Palomares, Elisa Nagler, Salvador Garmendia y Adriano González León.

creciente anticomunismo en la coalición de gobierno (Rodríguez, Villegas y Reyes, 2000, p. 22), Acción Democrática se fracturó y una franja de sus jóvenes militantes —entre quienes se encontraban varios miembros de *Sardio*— formó el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR). Efecto de esta fractura en el campo político se produjo la desintegración de *Sardio* a principios de 1961 y el surgimiento de la formación *El Techo de la Ballena*<sup>39</sup>.



Portada de *Sardio*. Primer número, mayo-junio de 1958.

La mayoría de los miembros de *Tabla Redonda*<sup>40</sup>, a diferencia de *Sardio*, eran militantes o mantenían lazos y simpatías con el Partido Comunista de Venezuela, por lo

<sup>39</sup> Para una visión de conjunto de la experiencia de *El Techo de la Ballena*, remitimos a Rama, 1987; Calzadilla, Ortega Oropeza y González, 2008, y Coviella y Dávila, 2015.

<sup>40</sup> Entre los miembros se encontraban Manuel Caballero, Rafael Cadenas, Arnaldo Acosta Bello y Jesús Sanoja Hernández.

que sus planteos respecto a la cultura si bien no eran literalmente orgánicos, sí reivindicaban que tanto autores como obras debían inscribirse en un proyecto político más general que los contuviera. Si bien se diferenciaban en este aspecto de los sardianos, compartían la necesidad de someter a crítica al *establishment* cultural. Para justificar su posicionamiento político, *Tabla Redonda* apelaba a la figura de Sartre en clave orgánica: a aquel Sartre que definía que el “hombre de izquierda” era el que se relacionaba ideológicamente con el “ambiente cultural de nuestra época: el marxismo” (Caballero, 1959, p. 5). Esta posición, continuaba Caballero, definía al intelectual orientado “en el sentido de la satisfacción de las reivindicaciones populares, (...) la clase obrera y el campesinado” (p. 5).



Portada de la revista *Tabla Redonda*. Primer número, mayo de 1959.

A diferencia de *Sardio*, el “tópico Cuba” ocupó un lugar marginal en la agenda de la revista. En este punto es donde el carácter orgánico de *Tabla Redonda* al partido comunista venezolano se expresó con mayor claridad. Si bien acompañaban en líneas

generales al proceso revolucionario, se adhirieron al “método cubano” unos años más tarde, en 1962, con la formación de las Fuerzas Armadas de Liberación Nacional (FALN).

Surgida en los pasillos de la universidad, *Crítica contemporánea* lanzó su primer número en mayo-junio de 1960, exactamente un año después que *Tabla Redonda*. Organizada como cuadernos bimestrales de “crítica, análisis y actualidad cultural”, el programa de la revista daba cuenta de la pluralidad de intereses del “consejo de redacción”<sup>41</sup>. El pensar lo universal y la totalidad, ese punto de vista sedimentado en la formación filosófica de la mayoría del grupo, se condensaba en la toma de posición de la revista: el ejercicio de la crítica sobre todos los problemas de la época. Al igual que *Sardio* y *Tabla Redonda*, se inscribían en la tradición sartreana y la idea del “intelectual total” que intervenía en los dilemas de su tiempo. El eje sobre el que se organizó la revista era la modernización de la crítica.

En los artículos de Antonio Pasquali publicados en el primer número se pueden leer los dilemas orientados a ello. A la intelectualidad, sostenía Pasquali (1960b, p. 3), se le presentaba el desafío de construir saberes que superaran la abstracción para “aplicarlo a su propia realidad”, encaminar el saber y la inteligencia hacia la práctica para producir una “renovación por la razón”. Para ello se requería de un movimiento de intelectuales que ejercieran un nuevo tipo de crítica. Planteaba que *Cultura universitaria* no cumplía con la función mínima de promover los saberes producidos por la institución, a diferencia de *Sardio* que, al adoptar un “programa definido”, emergía como la mejor expresión de la renovación cultural (Pasquali, 1960c, p. 30). *Crítica contemporánea*, seguía el filósofo, estaba llamada a ocupar una posición “renovadora” ante la “inexistencia de revistas críticas en el país” (Pasquali, 1960b, p. 4).

Respecto al “hecho cubano” la adhesión del grupo fue en ascenso, tendencia que se dio en una franja del campo cultural venezolano (Chacón, 1971). Desde el n° 2 los artículos y las notas respecto a ello fueron ocupando un espacio cada vez mayor. En la editorial del n° 3 fijaron con mayor claridad su apoyo y criticaron la estrategia de los gobiernos latinoamericanos que evidenciaban un “nacionalismo antirrevolucionario como procedimiento higiénico” ante Cuba. Las potencias colonialistas, se sostenía,

---

<sup>41</sup> Todos se habían formado en la UCV, eran docentes u ocupaban otras posiciones al interior de la universidad. Pedro Duno, Marisa Kohn, Juan Nuño, Federico Riu y Pasquali eran licenciados o doctores en Filosofía. Germán Carrera Damas primero se había formado en Derecho en París, en Economía en México, y finalmente había realizado estudios de Historia en la UCV. Gustavo, su hermano, había optado por el camino de la literatura y era profesor en Letras al igual que Rafael Di Prisco, que dirigía la Biblioteca Central de la Universidad.

justificaban la intervención norteamericana ante una supuesta injerencia de la URSS (s/f, 1960, p. 1).



Portada de *Crítica contemporánea*. Primer número, mayo-junio de 1960.

Uno de los problemas centrales del número 5 fueron *los medios de comunicación*. Según el grupo, la invasión norteamericana a la Bahía de los Cochinos había puesto en evidencia ya no solo su dominio militar sino la "intervención cultural" (s/f, 1961, p. 1): se trataba de una "imposición de ideas, principios y actitudes mediante sometimiento a una esfera de influencia, [del] monopolio de las fuentes de información". Durante el asalto norteamericano —consideraba el grupo— sólo había representantes de una "prensa

facciosa” que deformaba la realidad de acuerdo a los intereses imperialistas. Esto imponía la “urgente necesidad de producir fuentes objetivas o propias de información” de acuerdo a las necesidades de “los pueblos latinoamericanos” (p. 2).

En el mismo número, Pasquali presentaba una serie de interrogantes sobre las características y el rol de la televisión venezolana donde afirmaba que se había “limitado a copiar lo peor de la televisión yanqui” (Pasquali, 1961, p. 30)<sup>42</sup>. El debate se situaba en la intersección de los dilemas sobre las condiciones de formación de una cultura nacional “no reaccionaria”, orientada a un progresismo socialista con eje en la autonomía de los pueblos latinoamericanos para producir su propia información. Pasquali se preguntaba sobre el *rol político* de los medios de comunicación en la universalización de una interpretación dependiente del poder norteamericano. El filósofo planteaba que la televisión local reproducía el estilo norteamericano —“locutores, showmens, magnates”— y denunciaba la inserción de las empresas provenientes de las “agencias y los trust imperialistas”. En un país en el que los medios pertenecían a la órbita pública, el problema era la connivencia entre el Estado y las empresas privadas que explotaban “la aparente objetividad de la imagen para condicionar [a] la opinión pública en cuestiones vitales”. El rol del intelectual, postulaba, era el de “denunciar el embuste y alertar” a la sociedad (p. 31).

La tradición cultural e intelectual en la que el grupo se inscribía, dijimos, recuperaba la figura de Sartre y sus reflexiones sobre la literatura y la filosofía. Sobre el “pensamiento social” invocaban las reflexiones y textos de Aristóteles, Platón, Bergson y Jaspers. Estaban presentes Marx y Engels y en menor medida Lukács y Ortega y Gasset. El referente “no filosófico” que incorporó el grupo fue el investigador norteamericano Charles Wright Mills, ya presente en las bibliografías de la Escuela de Sociología y Antropología de la UCV.

Orlando Albornoz, el único que pertenecía a dicha Escuela, era el punto de contacto con el autor de *Las clases medias en Norteamérica*, *La elite del poder* y *The Sociological Imagination*. Estos jóvenes académicos leían en la figura de Wright Mills<sup>43</sup>

---

<sup>42</sup> Este artículo al que hacemos referencia fue publicado originalmente sin firma. Pasquali confirmó su autoría al ser consultado por nosotros. Correo electrónico con el autor, 2 de mayo de 2016.

<sup>43</sup> La figura de Wright Mills comenzó a circular con intensidad en América Latina a partir de la publicación en 1957 de *La elite del poder*, en la editorial mexicana Fondo de Cultura Económica. Eran conocidos sus viajes de investigación a Brasil, México y Puerto Rico. Posteriormente, su adhesión al movimiento revolucionario liderado por Fidel Castro, le dio mayor visibilidad entre la intelectualidad de izquierda estadounidense y latinoamericana. Sobre las tomas de posición de Wright Mills respecto a la Revolución Cubana y al interior del campo intelectual y académico norteamericano entre finales de los años cincuenta y principios de los sesenta, ver Rojas, 2016, pp. 128-154.

su propio lugar al interior del campo académico puesto que entendían que “era una persona poco simpática en los círculos de su país por su esfuerzo en hacer análisis científicos y sociológicos” (s/f, 1960, p. 40). La crítica en *The Sociological Imagination* hacia el empirismo abstracto y unas ciencias sociales “absorbidas por el mercado”, le permitía a la formación criticar a los “sociólogos latinoamericanos” que seguían “ciegamente” la “sociología sistemática o el empirismo abstracto” (p. 40). En este marco era que la posición “incómoda” de Wright Mills, de “sociólogo y militante”, abría el camino para que el conocimiento científico contribuyera al “cambio social” (Albornoz, 1962, p. 1).

Debido a la intensidad en aumento a nivel local de las tensiones políticas y la potencia interpeladora que sobre la joven intelectualidad generaba la Revolución Cubana, parte del consejo de redacción de *Crítica contemporánea* —los hermanos Carrera Damas, Nuño y Di Prisco— planteaba que se tenía que profundizar su compromiso con los procesos políticos. Era un dilema que exigía un vínculo *más orgánico* con las organizaciones políticas. Se trataba, en los hechos, de discutir la relación entre política y conocimiento y, si en ese pasaje orgánico, la producción académica no quedaría subordinada a la práctica política. Esto implicaba asumir una posición que no toda la formación estaba dispuesta a ocupar

Producto de esa discusión, salvo Juan Nuño, el “ala filosófica” dejó la revista en 1961: Duno, Kohn, Pasquali y Riu. Las diferencias surgieron a partir de que la revista se fue acercando cada vez más al proceso cubano y redefiniendo su posicionamiento al interior del campo cultural. Si bien el marxismo era una fuente legítima de comprensión de lo social, sólo hacia mediados de 1962 acompañaron —desde la publicación— la radicalización de las organizaciones guerrilleras que se articularon en torno al PCV y el MIR.

En el número siguiente a esta fractura, la disminuida formación publicó el breve artículo “Estar donde se debe” en el que además de informar a sus lectores de la nueva conformación de la redacción, planteaba que era “necesario esforzarse” para intervenir en los debates y, dada la complejidad de los procesos políticos y culturales, no había argumentos posibles que “justificaran lo injustificable”: la ausencia de los intelectuales en la discusión pública (s/f, 1961, p. 3).

### **La comunicación entre lo local y transnacional**

Si bien las diferencias produjeron una ruptura al interior de *Crítica contemporánea*, sólo unos meses después un nuevo proyecto institucional reunió a parte de sus miembros: la formación de las Ediciones de la Biblioteca de la Universidad Central (EBUC). A mediados de 1961, Di Prisco junto a Germán Carrera Damas, Augusto Bonazzi, José Colmenares, Blas Celli y Antonio Pasquali, iniciaron el proyecto con el objetivo de editar autores nacionales y extranjeros cuyos trabajos permitieran el desarrollo y modernización de las ciencias y las humanidades en Venezuela (Di Prisco, 2012).

Sólo Di Prisco tenía una formación específica vinculada a la organización de servicios bibliotecarios tras una estancia en institutos especializados norteamericanos. La colaboración de Antonio Pasquali se dio “en el área de diseño y diagramación” de las publicaciones al ocupar la jefatura del Servicio Audiovisual de la Biblioteca Central (Di Prisco, 2012, p. 3). Este proceso se dio en un marco institucional atravesado por una reconfiguración de saberes orientada por una política de modernización que produjo una revisión de los programas de estudio. Una universidad que pretendía incorporarse activamente a los debates emergentes en la sociedad democrática y una Escuela de Periodismo orientada a responder “a las necesidades nacionales y al desarrollo de la investigación” (Cuenca Herrera, 1998, p. 116). Además de la UCV, el retorno a la democracia produjo, como sostiene Jesús Aguirre (1998, p. 208), una “diversificación institucional de la educación superior” en la formación periodística con la apertura de nuevas escuelas en la Universidad de Zulia (LUZ) y en la Universidad Católica Andrés Bello (UCAB).

Este proceso de características locales no puede desconectarse del *programa transnacional* iniciado por el Centro Internacional de Estudios Superiores de Periodismo para la América Latina (CIESPAL). Desde principios de los años sesenta y orientado hacia el “desarrollo de los medios de información en América Latina”, CIESPAL promovía el intercambio de información entre instituciones de enseñanza del periodismo para que se conocieran “las necesidades de la realidad a través de sus problemas intelectuales y técnicos” (CIESPAL, 1961, p. 1). Con la publicación de *Las Escuelas de periodismo en América Latina* (1961) iniciaba la “indispensable tarea” de relevar documentación sobre la situación de la formación e iniciar un proceso más amplio de *investigación científica* (1961, p. 1, el destacado nos pertenece).

A principio de los años sesenta, consideramos, se produjo una articulación de

tendencias diferentes: la pregunta por la comunicación al interior de la universidad y en algunas formaciones culturales caraqueñas, era una interrogación que giraba sobre la incidencia de los medios masivos en los procesos sociales, acerca de su autonomía, su uso político y cómo estos —así se denunciaba— encarnaban los intereses norteamericanos. Es decir, desde una *hermenéutica política* que fundaba la inquietud por la comunicación. Los primeros estudios indicaban la necesidad de una actualización teórica, de la incorporación de nuevas perspectivas y marcos interpretativos de los “fenómenos comunicacionales” (Gómez, 1965, p. 3). En este punto es que se produjo la confluencia con el proyecto de CIESPAL. Pero al organismo con sede en Quito lo atravesaba otra necesidad: la de *profesionalizar* la práctica periodística. Por ello es que se propuso “el asesoramiento, capacitación y formación de especialistas y profesores(as) latinoamericanos dedicados a la enseñanza del periodismo y los medios de información” (León Duarte, 2012, p. 239). Aun con estas diferencias, ambas líneas eran traccionadas por un mismo problema general: la incidencia de los medios masivos en la sociedad.

La estructura transnacional de CIESPAL se fue configurando a partir de la organización de espacios de intercambio y formación, pero fundamentalmente a partir de una labor editorial y de traducción de largo alcance cuyos materiales se incorporaron rápidamente en los programas de estudio de las Escuelas de Periodismo en la región. Para las cursadas de 1965 de la materia Teoría del Periodismo Informativo de la UCV, entre la bibliografía obligatoria se encontraban ediciones de CIESPAL sobre análisis del periodismo, acerca del carácter psicológico de la comunicación, los efectos de los medios masivos y el devenir de la sociedad de masas<sup>44</sup>. Estas matrices se fueron incorporando a los programas de formación en simultáneo con los trabajos realizados por el Instituto de Investigaciones de Prensa de la UCV, circunscritos en líneas generales en los estudios norteamericanos sobre comunicación de masas de Harold Lasswell, Robert Merton, Paul Lazarsfeld y Charles R. Wright (Aguirre, 1996). De manera complementaria y con una presencia curricular mayor en la Escuela de Sociología y Antropología, la matriz desarrollista fue contribuyendo a una particular “configuración epistemológica de la antropología y la sociología venezolana” y en gran parte de la estructura universitaria

---

<sup>44</sup> En la materia dictada por Aníbal Gómez se leían los trabajos de Juan Beneyto *El saber periodístico* (eds. CIESPAL, 1962), de Jacques Kayser, *El periódico: estudios de morfología y prensa comparada* (eds. CIESPAL, 1962), de Gerhard Maletzke, *Psicología de la comunicación colectiva* (eds. CIESPAL, 1962), de Raymond Nixon, *Investigación sobre la comunicación colectiva y Análisis sobre el periodismo* (eds. CIESPAL, 1963) y de Wilbur Schramm, *Procesos y efectos de la comunicación colectiva* (eds. CIESPAL, 1964). Materiales relevados de la bibliografía de la cátedra Teoría de la Comunicación, publicada en Gómez, 1965, pp. 173-174.

(Negrón, 2005 p. 78).

En esta coyuntura institucional, innegablemente atravesada por tendencias teóricas e ideológicas que también se producían en otros puntos de la región (Blanco, 2006 y 2007; Blanco y Jackson, 2015)<sup>45</sup>, la “actualización teórica” de carácter *científico* se articulaba con la responsabilidad de “desarrollar a los pueblos” y con la “planificación del progreso” (Wallerstein, [1996] 2006, p. 47; Negrón, 2005, p. 80). El eje sobre el que se centraba la necesidad del “cambio social” se metaforizó en variados conceptos como “desarrollo participativo”, “desarrollo socialista” u “otro desarrollo” (Escobar, 2007, p. 22).

Lo anteriormente dicho indica que coexistieron una multiplicidad de discursos sobre la “problemática de los medios masivos” que fueron institucionalizándose a partir de un proceso de renovación de los saberes y sobre los cuales se fue instituyendo una exploración conceptual del problema de la comunicación de manera heterodoxa, con marcos teóricos provenientes de distintas instituciones y formaciones culturales tanto locales como transnacionales. Fue un escenario en el que surgió la necesidad ya no simplemente de formar a los alumnos en la práctica periodística sino de *reflexionar sobre la misma práctica* y los dilemas vinculados a los medios de comunicación. Dicho de otro modo: un desplazamiento que produjo un proceso de *intelectualización* de la práctica periodística, de complementación entre una relación técnico-práctica con el periodismo y una relación teórica con la práctica periodística. Esta intelectualización habilitó una serie de interrogaciones conceptuales que ya no se reducían a la práctica escritural del género y el estilo periodístico. Se ampliaba a zonas teóricas en donde aparecía el cuestionamiento a la cultura de masas y los procesos de masificación, la dimensión política y económica de los medios de comunicación, el poder, la ideología y el rol del Estado en la producción y circulación de la cultura.

### **El giro comunicacional. Pasquali lector de Wright Mills**

Tras participar brevemente en la fundación de la editorial universitaria, Pasquali reescribió su tesis doctoral presentada en París y producto de su capital social logró que fuera editada en 1963 bajo el sello de EBUC con el título *Fundamentos gnoseológicos*

---

<sup>45</sup>Indicativo de ello es la organización de encuentros y congresos promovidos por organismos internacionales como la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) y en general la UNESCO, que patrocinaron el desarrollo y la integración de las ciencias sociales en América Latina entre las décadas de 1950 y 1960. Para más información, ver Blanco, 2007.

*para una ciencia de la moral*. En septiembre de ese mismo año participó en México del XXIII Congreso Internacional de Filosofía donde presentó la ponencia “Sobre algunas implicaciones dialécticas entre ‘información’ y ‘cultura de masas’”. Si bien desde su retorno a Venezuela había publicado artículos sobre el cine y la incorporación de los medios a los procesos educativos, varios aspectos hacen de la ponencia, como veremos, un trabajo singular.

Luego de presentarla en México, publicó fragmentos de la ponencia en la revista *Cultura universitaria*. Allí Pasquali planteaba que eran “resultados parciales” de un trabajo más amplio (1964a, p. 103). En la “presentación de los autores”, la revista informaba que Pasquali tenía “en preparación *La cultura de masa en Venezuela*”, trabajo que continuaba con el largo subtítulo “análisis de la información difundida por canales audiovisuales como un aporte de la sociología de la cultura de masa en un país subdesarrollado” (s/f, 1964, p. 192).

En términos conceptuales, la ponencia daba cuenta de un posicionamiento crítico frente a la teoría de la información de tradición norteamericana y presentaba una serie de “proposiciones básicas” para pensar “sociológicamente” a la comunicación (Pasquali, 1963, p. 1). Planteaba que la teoría de la información había realizado aportes de “importancia básica” para la problematización matemática de los procesos de transmisión y recepción de mensajes, pero dado que eran aplicables a “sistemas de relaciones cibernéticas”, quien “abriga preocupaciones éticas” —continuaba— sabía que el uso *tout-court* de los axiomas de la información a los procesos sociales podía conducir a una cibernización de las relaciones sociales.

Desde un posicionamiento humanista, el problema tenía que asumir “una precisa dimensión sociológica” y *desplazar el eje* desde la cibernética hacia el sujeto. Para ello se proponía “deducir las implicaciones antropológicas” de la teoría de la información, “categorializar sociológicamente sus principales axiomas” y, en definitiva, pensar la teoría desde una clave política (p. 11).

El filósofo venezolano entendía, contrariamente a las proposiciones norteamericanas<sup>46</sup>, que había que “eliminar la peligrosa equivocación terminológica entre comunicar e informar”: *comunicar* indicaba la libre relación de intercambio de la palabra,

---

<sup>46</sup> Recordemos que Claude Shannon ([1948] 1957, p. 5) había considerado que “el problema fundamental” de la comunicación era la transmisión y reproducción de información de un punto a otro en un proceso lineal y unidireccional. Poco después, Norbert Wiener planteó “que la idea fundamental de las comunicaciones” era “la trasmisión de mensajes” ([1950] 1969, p. 96).

el diálogo, mientras que *informar* hacía referencia a una relación ordenadora y unidireccional “en la que el receptor es convertido en un ser *para-otro*” (p. 2, destacado en el original). De este modo intentaba poner en escena la cuestión de las “implicancias sociológicas y antropológicas”. No estaba en desacuerdo, en principio, con la teoría de la información, sino que incorporaba una dimensión “peligrosamente” ausente: *las relaciones de poder*.

Las problematizaciones realizadas por Pasquali, el marco de interpretación expuesto en la ponencia, da cuenta de la pluralidad de espacios por los que había transitado y la condensación de distintas matrices teóricas: su formación filosófica al recuperar las reflexiones de Kant, Heidegger y Sartre; la experiencia filmológica francesa y los debates sobre la relación entre medios masivos y sociedad, y una tercera línea vinculada a su participación en *Crítica contemporánea*, donde se denunciaba el control político norteamericano de la prensa de la región y, en ese marco, la recepción y circulación de los trabajos del investigador Charles Wright Mills. Pasquali recuperaba del sociólogo norteamericano un modelo de intervención intelectual fundado en el compromiso político y la perspectiva crítica.

De Wright Mills, Pasquali retomaba, además, sus posicionamientos en relación con el pensamiento norteamericano sociológico y comunicacional. Los conceptos de “élite”, “comunidad de públicos” y “sociedad de masas” propuestos por el sociólogo estadounidense en *La élite del poder*, le permitían a Pasquali distanciarse de la teoría matemática y cibernética y elaborar otro mapa de relaciones donde inscribir el problema de la comunicación. Wright Mills ([1956] 1960), esquemáticamente dicho, planteaba que la formación de la élite se fundaba en la configuración de la sociedad de masas. Sostenía, y esto era fundamental para Pasquali, que se “podía distinguir al público y a la masa” por sus *modos de comunicación dominantes* y por las posiciones desiguales “en la estructura de poder” (pp. 282 y 284, el destacado nos pertenece). La posibilidad, según el filósofo venezolano, de tipificar la conformación de ciertas estructuras sociales a partir de sus modos de comunicarse inauguraba una “novedosa perspectiva metodológica”. Esa novedad lo alejaba del marxismo debido a que las estructuras sociales “no engendraban a posteriori formas del saber” en términos de “infra-superestructura” o de “causa-efecto”, sino que “el nuevo método” daba cuenta de una inseparabilidad entre procesos de comunicación y configuración de las relaciones sociales que definían el “plexo social”. Este giro le permitiría analizar la “interrelación totalidad social-medios de comunicación” y, “por ejemplo, fundamentar un subdesarrollo cultural en razones de atrofia

comunicacional y de hipertrofia informativa” (Pasquali, 1963, p. 3).

La apropiación general de la noción de “comunidad de públicos” del sociólogo norteamericano era leída en clave kantiana. A partir de las categorías desarrolladas por el filósofo alemán en *Crítica de la razón pura*, Pasquali estableció una analogía entre el concepto de “comunidad” de Wright Mills con la categoría de “comunidad” de Kant. En la “comunicación”, infería Pasquali, “se producía la categoría de *relación por la comunidad* (acción recíproca entre agente y paciente)”, mientras que la “información” asumía la “relación por causalidad (dependencia de causa y efecto)” (p. 4, destacado en el original).

Por otro lado, Pasquali articuló la noción de “sociedad de masas” con los “análisis existenciales” de Heidegger. En los “medios de masas” el predominio de la unilateralidad determinaba una masificación de los receptores a partir de la producción de mensajes “de tipo ómnibus”, es decir, el mismo para todos. Esto, consideraba el autor, producía el *aplanamiento de las diferencias*, de “todas las posibilidades de ser” (p. 8, el destacado nos pertenece). Aquí es donde incorporaba la hermenéutica ontológica de *Ser y tiempo*: Heidegger afirmaba que “bajo el señorío de los otros”, el sujeto —*Dasein* o ser-ahí— no “es él mismo, los otros le han arrebatado el ser” ([1927] 2007, p. 143).

De todos modos, Pasquali criticaba que la filosofía no se hubiera ocupado de pensar *quiénes* producían estos procesos comunicacionales y culturales. Por ello en este punto retornaba a la clave propuesta por Wright Mills para comprender *políticamente* el “subdesarrollo cultural”: este era producido por un direccionamiento de los medios, por un “*dirigismo* cultural” representado en una “élite masificadora y monopolizadora de los medios de información” y había que identificar a los grupos de presión que controlaban los medios que “instrumentalizaban” al hombre (Pasquali, 1963, pp. 10-11, destacado en el original).

### ***Comunicación y cultura de masas en los debates regionales***

Si bien la ponencia de septiembre de 1963 había sido presentada como un “avance” de un trabajo en proceso, el prefacio a *Comunicación y cultura de masas* fue firmado un mes antes del congreso en México, lo que indica que antes que un avance se trataba de la presentación de la perspectiva filosófica y epistemológica desde la cual había realizado su trabajo.

Para cuando el libro salió en febrero de 1964 de la imprenta universitaria —también con el sello de EBUC—, los elementos paratextuales del proyecto original

habían sido modificados. Como dijimos anteriormente, en la presentación de los autores que había realizado *Cultura universitaria*, se afirmaba que Pasquali tenía en preparación *La cultura de masa en Venezuela*, con el subtítulo “análisis de la información difundida por canales audiovisuales como un aporte de la sociología de la cultura de masa en un país subdesarrollado”. *La cultura de masa en Venezuela* era un título que daba cuenta de un proyecto de amplitud pero circunscrito a lo nacional. El extenso subtítulo indicaba que se trataba de un “análisis de la información” y “de la cultura de masa en un país subdesarrollado”. Con el libro ya editado presentó el significante “comunicación” antecediendo a “cultura de masas” y se eliminó el componente nacional. Se trataba de un estudio, según el nuevo subtítulo, sobre “la masificación de la cultura en las regiones subdesarrolladas”. Se borroneaban las fronteras nacionales porque el “problema” de los medios masivos y de la comunicación, así como fue teniendo mayor densidad al interior de las escuelas universitarias venezolanas, se presentaba como un problema transnacional<sup>47</sup>.

El modo en que había trazado por un lado a la “comunicación” y por otro a la “cultura de masas” mantenía una continuidad con las ideas presentadas en México: por su constitución vertical, el carácter antidialógico y por estar concentrado en manos de una *élite*, la cultura de masas era el revés de la comunicación. La presencia de la idea de “regiones subdesarrolladas” daba cuenta de la presencia *en el* proyecto de Pasquali de los debates sobre las teorías del desarrollo y el subdesarrollo para pensar los problemas sociales, económicos y culturales que atravesaban tanto al campo político como a las universidades<sup>48</sup>.

Otro de los cambios implicaba un modo de posicionar la investigación en un campo de problemas que ya no era el estrictamente filosófico sino el “sociológico y comunicacional”. Tal como analizamos en la ponencia, Pasquali entendía que era fundamental situar la teoría de la información en coordenadas sociológicas y así dar

---

<sup>47</sup> Al mismo tiempo, plantear el carácter “regional” se vinculaba con la política comercial de la editorial, de redes e intercambios con universidades de la región, fundamentalmente con México. Como sostiene Di Prisco, el Servicio de Distribución de Publicaciones que organizaba la red de circulación de los libros de EBUC, buscaba superar “los canales ordinarios del mercado” e iniciar una “nueva etapa de comercialización” orientada por los acuerdos de la dirección de cultura de la institución (Di Prisco, 2012, p. 4).

<sup>48</sup> A principios de los sesenta ocupaban un lugar central, fundamentalmente en las escuelas de sociología y antropología y en menor medida en la de periodismo, trabajos como *Teoría y estructura social* de Robert Merton, *Política y sociedad en una época de transición* de Gino Germani, *Metodología de las ciencias sociales* de Maurice Duverger y, entre otros, *Desarrollo económico y desarrollo político* de Helio Jaguaribe (Negrón, 2005, p. 97). Para un análisis general de la incorporación del debate acerca del desarrollo a escala internacional, ver Wallerstein, [1996] 2006.

cuenta que las modalidades de comunicarse en una sociedad ponían de manifiesto las relaciones de poder. Por ello el *sentido político* que fundamentaba *Comunicación y cultura de masas* era identificar qué producían los medios masivos para determinar lo “caracteres básicos de la informante alocución tal como se da en nuestra realidad” y reconocer *quiénes* monopolizaban los medios de información instrumentándolos en favor de sus propios intereses (Pasquali, 1964b, pp. 69-70, destacado en el original)<sup>49</sup>.

Los aspectos estrictamente conceptuales sobre esta obra han sido estudiados en importantes trabajos<sup>50</sup>. Por ello vamos a analizar dos dimensiones que han sido insuficientemente abordadas en estudios previos: primero, las *figuras intelectuales* que emergen de *Comunicación y cultura de masas*, es decir, qué rol se le atribuía al investigador y/o al intelectual, en una trama específica que atravesaba a una franja de la *intelligentzia* caraqueña en un contexto de importantes tensiones políticas y, en segundo lugar, las *propuestas políticas* elaboradas por el filósofo venezolano. Si había planteado que el estudio realizado tenía que ser una “causa eficiente de una praxis concreta reformadora” (1964b, p. 9), qué medidas propiciaba y en particular, cuál era la posición asignada al Estado en los procesos de producción y circulación de la cultura y la comunicación.

Pasquali abrió su trabajo asumiéndose como parte de un movimiento más amplio de intelectuales e investigadores movilizados por un “deseo irrefrenable de modernidad, de rigor y de autenticidad”. De esta manera se inscribía en la “lucha generacional” contra una “élite” intelectual preñada de “oscuros compromisos” y caracterizada por su “inconsistencia científica y moral”. La “misión del intelectual” exigía “el *descenso* inmediato de las esferas del saber a las de su aplicación concreta”. Esta idea de “descender

---

<sup>49</sup> Esta cuestión era fundamental: el filósofo venezolano entendía que con el ascenso al poder de Rómulo Betancourt se había establecido una alianza entre sectores políticos, económicos y militares que buscaban “perpetuar (...) la relación unilateral élite-masa”, un “colaboracionismo” que había configurado —en alusión al pacto de gobernabilidad firmado en 1958— un “punto-fijismo” comunicacional (Pasquali, p. 62).

<sup>50</sup> Buena parte de los estudios que han abordado *Comunicación y cultura de masas* de manera más o menos general, han puesto el acento en el modo en que Pasquali trazó una distinción conceptual entre información y comunicación (Mujica, 1973 y [1967] 2010; Martínez, 1974; Aguirre y Bisbal, 1981, Torrico Villanueva, 2016). Dicha conceptualización, sostienen algunos investigadores, le permitió pensar críticamente las relaciones entre los medios masivos de comunicación y la sociedad entendiendo al fenómeno comunicacional desde una clave sociopolítica (Silva, [1970] 1977; White, 1989; Aguirre, 1996; Cisneros, 2002; Beltrán; 2006; Gobbi, 2006; Gumucio y Tufte, 2008; Mosco, 2009; Silva, 2009; Marques de Melo, 2009; Aguirre y Bisbal, 2010; Delgado Flores, 2014; Alcalá Sucre, 2019). Por otro lado, Pasquali ha sido considerado, a partir de ese mismo trabajo, como el “introducción” de la Escuela de Frankfurt en América Latina. En este sentido, su análisis crítico de los medios de comunicación, como también el rol de la cultura en los procesos de “alienación” de las masas, ha sido entendido como un abordaje “frankfurtiano” (Saintout y Díaz Larrañaga, 2003; Torres y De los Reyes, 2009; Varela, 2010; Holhfeldt, 2010; Pineda de Alcázar, 2010; Moragas, 2011; Olmedo, 2011; Cañizález, 2014).

hacia la realidad” le permitiría —así lo postulaba— dar cuenta de las condiciones sociales de los sectores populares venezolanos e iniciar una de las “tantas labores desalienantes que nuestro contorno cultural reclama”: “*racionalizar* la atrofia comunicacional y el anquilosamiento dirigido” (1964b, p. 7, el destacado nos pertenece).

En este contexto, el fragmento de la *República* de Platón con que iniciaba la obra, adquiriría un significado particular<sup>51</sup>. Pasquali trazaba con ese pasaje una serie de importantes analogías: primero, la referente a la situación social del pueblo. La “caverna” representaba a la cultura de masas como “mundo sensible”, como morada en la cual la sociedad —“los prisioneros” de Platón— desconocía la realidad ya que sólo accedía a su apariencia, a una imagen “artificial” y deformada. El pueblo vivía esta situación, volviendo a Heidegger y a Wright Mills, producto del sometimiento al “señorío de los otros” de la élite masificadora. La segunda analogía tenía que ver con el papel del *filósofo* en dicho proceso. Puntualmente la tarea era desmitificar esas imágenes, dar cuenta de su carácter no natural y guiar a la población hacia las “verdades” que invisibilizaba la cultura de masas a través de los medios. De este modo, el conocimiento científico, crítico y comprometido, podía colaborar con la “liberación” de los “prisioneros” de la sociedad de masas. Por lo tanto, emergía la figura de un intelectual con un posicionamiento humanista y pedagógico que debía contribuir a la toma de conciencia del pueblo de su destino histórico.

En el estilo del trabajo, su sintaxis y léxico, así también como en las analogías utilizadas, se puede leer su itinerario académico. El lenguaje da cuenta de las competencias culturales adquiridas en su formación filosófica, la recurrente utilización del latín y el inglés, al capital lingüístico acumulado. En el *modo de uso* de este lenguaje se puede observar la interiorización de un registro que intentaba, en su apelación, la búsqueda de objetividad y refería a su posición en el campo académico: licenciado y doctor en filosofía —el latín por excelencia—, viaje formativo a Francia y a Estados Unidos, titular de Información Audiovisual y miembro de la cátedra de Filosofía Moral.

En el lenguaje de *Comunicación y cultura de masas* se condensó, además, una articulación entre el discurso filosófico con la configuración de un discurso científico en un momento “de avance de la teoría desarrollista” (Negrón, 2005, p. 79). La idea de

---

<sup>51</sup> La frase que inicia el libro es la siguiente: “Pues los filósofos descenderéis, cada quien a su hora, a las moradas comunes, y os acostumbraréis a sus oscuras sombras; porque una vez familiarizados con la oscuridad, veréis en ella mil veces mejor que los demás y, habiendo contemplado de antemano la verdadera esencia de lo bello, lo justo y lo bueno, reconoceréis lo que cada sombra representa en verdad”.

producir un *efecto de cientificidad* que imponía la academia, implicaba incorporar términos como “trabajo de campo”, “coeficiente de comunicabilidad”, recurrir a gráficos, esquemas y estadísticas de la distribución cuantitativa de las estaciones de radio<sup>52</sup>. De todos modos, esto no resolvía la cuestión problemática de cómo *traducir* los datos sistematizados y las categorías construidas. Por ello en el primer capítulo exponía sus principales categorías “sociológicas y comunicacionales” situado en una trama de hilos literarios y filosóficos que le añadían un rigor ilustrativo con fines pedagógicos y explicativos.

La incorporación de ciertas metáforas y analogías —entre “información” y “notificación” en el sentido kafkiano o la “mirada” tomada de Sartre— pretendían conmover al supuesto lector para radicalizar la interpretación en términos políticos. Esto le otorgaba un carácter de “urgencia” a la denuncia de la “desigualdad comunicacional” y, complementariamente, entregaba una potencia explicativa allí donde “la parte conceptual” oscurecía más de lo que podía esclarecer. Era, también, una marca de las apropiaciones desde una posición de lector en la cual se condensaban una multiplicidad de escuelas y perspectivas filosóficas y sociológicas que se subordinaban eclécticamente al objetivo general de la obra: dar cuenta de los procesos de masificación “dirigida” en las regiones subdesarrolladas.

Las *propuestas políticas* se fundamentaban parcialmente en las consideraciones de la UNESCO<sup>53</sup>. Teniendo este marco, según Pasquali, se trataba de “modificar” el funcionamiento de los medios para construir “una sociedad de públicos”. La recuperación de las formulaciones europeas lo habilitaba a plantear que el Estado era el único agente que podía usufructuar el servicio con políticas culturales dirigidas hacia el bien común. En materia legislativa se tenía que formular una “ley global de Información” que

---

<sup>52</sup> La “vocación por el dato”, como sostiene Trejo Delarbre acerca de Pasquali (2013, pp. 93-94), se comprende a la luz de estos procesos más generales que se legitimaban como las nuevas condiciones de producción del conocimiento académico. Esta transformación de las condiciones de producción de conocimiento científico se dio a escala internacional. Para profundizar en ello, ver Wallerstein, [1999] 2001, p. 107.

<sup>53</sup> Producto de sus dos años en Francia y por la formación en el Instituto de Filmología, estaba al tanto de las experiencias de la British Broadcasting Corporation (BBC), la Radiotelevisione Italiana (RAI) y la extinta Radiodiffusion-Télévision Française (RTF). Merece destacarse que las recomendaciones de la UNESCO provenían del encuentro realizado en 1956 en Estrasburgo que tuvo como eje principal la “coordinación de la investigación en el campo de las comunicaciones de masas” (UNESCO, 1956, p. 1). Allí se planteó la necesidad de conocer el efecto de los medios en las audiencias, en particular en la educación. Fue en este marco que se promovieron distintas investigaciones, como la conducida por Joffre Dumazedier, a la que Pasquali había accedido en el Instituto. Recordemos que en *Televisión y educación popular* se formulaba la necesidad de producir y orientar “una política de la televisión y de la educación popular” (Dumazedier, 1956, p. 64).

asegurara tres dimensiones: el servicio público de radio y televisión se tenía que *distribuir de manera uniforme* a todos los ciudadanos; *el control público* del servicio —garantizado por el Estado—, “supervisado por las asociaciones gremiales de radiotelevidentes” y, por último, se tenían que *diversificar las emisiones* según las necesidades culturales y sociodemográficas de los receptores (p. 247, destacado en el original).

Pero el hecho de que en Venezuela los medios masivos estuvieran en manos del sector privado planteaba la obligación de que el Estado los nacionalizara, *desviando radicalmente* la originaria propuesta de la UNESCO. Porque aun cuando intentara legitimar sus planteos citando las experiencias de “los grandes sistemas nacionalizados (BBC, RTF, RAI)”, la “única alternativa” era la *intervención* de los medios masivos (p. 244, destacado en el original). Las elaboraciones de la UNESCO nada decían acerca de la “dominación”, de las “élites monopolizadoras”, del “imperialismo” o de la “alienación cultural”. El uso de este lenguaje remitía a los dilemas de la intelectualidad progresista y de izquierda, que se debatía entre una democracia restringida y las opciones de transformación socialista provenientes de Cuba. Si bien recuperaba las ideas de la UNESCO, estas eran leídas y reapropiadas desde nuevos horizontes y al ser adaptadas a otras circunstancias, se desplazaba su sentido proyectando una política diferente para el sector de la cultura y la comunicación venezolano y latinoamericano.

Luego de que el trabajo saliera de la imprenta universitaria en febrero de 1964, el texto se fue incorporando en programas de estudio de distintas materias, fue recuperado más o menos críticamente en trabajos provenientes tanto del campo intelectual como del campo académico y en redes universitarias de investigación. Pasquali, en paralelo, concedió entrevistas a revistas culturales en las cuales se lo consideró como el autor del “primer ensayo que se hace en Venezuela y quizás en Latinoamérica” sobre el proceso de “sometimiento de los medios comunicativos como la prensa, televisión y televisión”<sup>54</sup>.

Indagar la recepción local de *Comunicación y cultura de masas* implica dar cuenta de la circulación, interpretaciones, apropiaciones y rechazos entre intelectuales y académicos. Al tiempo que estas prácticas de lectura permiten observar signos de la legitimación del texto que circula, habilita a reconstruir el *mapa de problemas* que configuró a un determinado campo intelectual y académico. Entendemos que estas lecturas nos permiten reconstruir qué dilemas ocupaban a una franja de investigadores y las condiciones que hicieron posible que las elaboraciones de Pasquali fueran

---

<sup>54</sup> “La cultura de masas es dirigida en Venezuela por una oligarquía de la información. Antonio Pasquali entrevistado por Arnaldo Acosta Bello”, en *Qué pasa en Venezuela*, n° 10, 11 de abril de 1964.

consideradas herramientas útiles para pensar la realidad venezolana.

En la “presentación” del material redactado para sus alumnos de Teoría de la Comunicación de la Escuela de Periodismo (UCV), Aníbal Gómez planteaba que el “auge de los medios de masas en el seno la sociedad industrial” había llevado a diversos especialistas a ocuparse del problema. Era un tipo de estudio —continuaba Gómez— que si bien era una de “las ramas más nuevas de las ciencias humanas” no se limitaba a los medios de masas, sino que se había extendido a los más amplios “procesos y formas de comunicación humana” (Gómez, 1965, p. 3, el destacado nos pertenece). En este marco general, el “tema 2” del material pedagógico estaba dedicado a la multiplicidad de acepciones del “término” comunicación. Se incluía el trabajo de Pasquali en una exposición constituida fundamentalmente por “teóricos” de la comunicación norteamericanos<sup>55</sup>.

Según Gómez, quien citaba un largo pasaje de *Comunicación y cultura de masas*, Pasquali incorporaba una serie de “aspectos básicos” ausentes en los otros “teóricos”: la *continuidad* del proceso comunicacional (p. 16, destacado en el original). Afirmaba que al pensarla en términos relacionales, su conceptualización venía a plantear que la “comunicación no es un proceso cerrado, sino abierto: los sujetos comunicantes son a un mismo tiempo transmisores y receptores”. Esta propuesta —en diálogo con las norteamericanas—, sostenía Gómez, constituía “la piedra angular” del marco de comprensión de la cátedra (p. 16).

En el plano específico de la investigación, entre 1966 y 1968 se realizaron dos proyectos que se preguntaron por la “recepción”. El estudio de Eduardo Santoro titulado *La televisión venezolana y la formación de estereotipos en el niño* ([1966] 1969) y el de Martha Colomina, de la Escuela de Periodismo de la Universidad de Zulia, titulado *El huésped alienante* (1968)<sup>56</sup>. Santoro ([1966] 1969, p. 14) recuperaba el trabajo de

---

<sup>55</sup> Gómez realizaba una explicación de perspectivas teóricas entre las que se identificaban y diferenciaban las propuestas de Bernard Berelson y Gary Steiner, Charles Wright, Carl Hovland, Wilbur Schramm y Raymond Nixon. El trabajo de Gómez fue producido y pensado como material de circulación interna entre estudiantes de su materia y está constituido a partir de transcripciones de sus clases corregidas por el mismo Gómez. El material, estructurado como se dictaban sus clases, se divide por temas antes que por capítulos. La UCV preparó una breve edición titulada *Apuntes de introducción a la comunicación colectiva*, que es la que trabajamos aquí.

<sup>56</sup>Preocupados por los efectos que los medios masivos generaban en la sociedad, ambas investigaciones pretendieron, a través de la realización de entrevistas y encuestas, reconstruir cuánto del “tiempo de ocio” le dedicaba un sector de la sociedad al consumo de televisión. El estudio de Colomina era producto de una investigación realizada entre 1966 y 1967, e indagaba a las audiencias a partir de analizar “los efectos de las radio-telenovelas”. En el caso de Santoro, se preguntaba por el efecto que la televisión podía generar en la conducta de los niños.

Pasquali como herramienta productiva para la construcción de sus “consideraciones teóricas”, como clave de comprensión de los procesos comunicacionales. Por su parte, Colomina afirmaba que “los estudios científicos sobre los medios de comunicación de masas”, al menos en Venezuela, eran “muy escasos”. Pasquali, en este sentido, era “pionero” porque había realizado “investigaciones cuantitativas y análisis de composición de programas de radio y televisión”. Colomina (1968) planteaba que los datos ofrecidos en *Comunicación y cultura de masas*, marcaban “el camino de cualquier investigación que se realice en el futuro sobre el contenido y los efectos de los medios de comunicación de masas en Venezuela” (p. 29).

Tal como Pasquali había identificado el problema político de que no existieran agencias de noticias independientes, Héctor Mujica ([1967] 2010, p. 130) entendía que en América Latina, “el principal enemigo” de la prensa independiente eran los “inversionistas” norteamericanos que ejercían un poderoso control sobre los periódicos más importantes de la región. En este marco y respecto al carácter “dependiente” de los medios de información, Eleazar Díaz Rangel<sup>57</sup> publicó en 1967 *Pueblos sub-informados* (UCV) en el que afirmaba que “las agencias de noticias internacionales norteamericanas” “deformaban toda una realidad” y encauzaban “importantes corrientes de opinión pública”. Con gobiernos “dependientes” económica y políticamente, ocurría lo mismo en el plano del periodismo y la información (pp. 72-73).

De todos modos, el posicionamiento intelectual y político adoptado por Pasquali en *Comunicación y cultura de masas* se situó en una encrucijada: recibió críticas tanto desde la “izquierda” como la “derecha”. Según recuerda Pasquali, la intelectualidad más radicalizada, en especial una franja del PCV y particularmente Héctor Mujica, criticaba un supuesto uso “despectivo” del término “masas”<sup>58</sup>. Según el testimonio retrospectivo de Elizabeth Safar, las alternativas que proponía Pasquali respecto a la utilización y control de los medios se alejaban de los planteos de la izquierda que “proponía lineamientos tradicionales en torno a los medios” en clave de “hegemonía”: “la comunicación como instrumento de lucha política”<sup>59</sup>.

Estas diferencias en términos políticos entre Mujica y Pasquali se trasladaron al

---

<sup>57</sup> Díaz Rangel, periodista, docente universitario y militante político, firmó las “notas finales” del libro al que hacemos referencia mientras cumplía condena como preso político en la prisión militar del Cuartel San Carlos, en Caracas, en mayo de 1966.

<sup>58</sup> Entrevistado por el autor, 20 de febrero de 2015, Caracas, Venezuela.

<sup>59</sup> Entrevistada por el autor, 10 de marzo de 2016, Caracas, Venezuela.

plano teórico. En un trabajo elaborado para la cátedra de Periodismo Informativo<sup>60</sup>, Mujica situaba a Pasquali como un “teórico” que analizaba la relación entre “comunicación, información y gnoseología”. En su exposición, Mujica afirmaba que a pesar de “lo valioso del trabajo”, Pasquali presentaba una “lamentable confusión” entre “información” y “comunicación”. Según Mujica, al pensar la información en términos relacionales pasaba por alto que, en los procesos sociales, la *información* no era un vínculo unilateral, sino que quien informa “siempre opina sobre su objeto de información. Informar es formular una opinión” ([1967] 2010, p. 53, destacado en el original). La sociedad, según Mujica, estaba constituida por un proceso de circulación de informaciones que hacía que receptores y emisores intercambiaran permanentemente sus posiciones.

Pero las críticas o preocupaciones surgieron también desde otro polo del campo intelectual y académico venezolano: la Universidad Católica Andrés Bello (UCAB). El investigador Jesús María Aguirre, quien para mediados de los años sesenta estaba cursando la carrera de periodismo en la UCAB, recuerda que *Comunicación y cultura de masas* era “un libro obligado”<sup>61</sup>. De todos modos — afirma Aguirre— era enseñado con todas las “prevenciones” y la “desconfianza intelectual” por parte de una universidad privada y católica en un contexto de “auge del pensamiento marxista”. Sintomático de los diversos posicionamientos políticos de las universidades frente a los dilemas locales y regionales, e indicativo de los procesos de radicalización de una franja de la intelectualidad caraqueña, Aguirre recuerda que durante la organización de un foro para discutir sobre problemáticas vinculadas a la comunicación, él propuso invitar a Pasquali y la opción fue “muy criticada” por las autoridades universitarias, a quien de hecho no invitaron. Hay que recordar que Pasquali afirmaba que en la región los medios masivos tenían un carácter “mercantil”, “confesional y anticultural” (Pasquali, 1964b, p. 89).

En esta trama general, con mayor o menor nivel de aceptación, *Comunicación y cultura de masas* rápidamente se volvió un trabajo ineludible y prestigioso, y Pasquali consolidó su figura como “teórico”. Con sus problematizaciones conceptuales, los análisis de la radio, la televisión y el cine, como así también su orientación a la elaboración de una política específica para el sector de las comunicaciones, fue

---

<sup>60</sup> A diferencia del material de Gómez, el trabajo de Héctor Mujica *El imperio de la noticia* (1967) fue cobrando autonomía de su original función pedagógica y fue reeditado en formato tradicional de libro, al que el autor le incorporó correcciones y actualizaciones. Hasta el momento ha tenido cuatro ediciones (1967, 1975, 1982 y 2010). Aquí utilizamos la edición del año 2010.

<sup>61</sup>Entrevistado por el autor, 14 de marzo de 2016, Caracas, Venezuela.

adquiriendo un importante reconocimiento entre los estudiosos e investigadores venezolanos de la comunicación.

\*\*\*

Situar el itinerario de Pasquali en distintos espacios de la producción cultural entre finales de los años cincuenta y mediados de los sesenta, nos permitió dar cuenta de los dilemas y tópicos que ocuparon a un sector de la intelectualidad venezolana y analizar cómo operaron en sus conceptualizaciones en torno a la relación entre comunicación, cultura y política.

Desde su ingreso a la Escuela de Filosofía de la Universidad Central de Venezuela, Pasquali se fue incorporando a distintas redes de sociabilidad intelectual que lo fueron orientando a interrogarse desde la pregunta por las condiciones de posibilidad de analizar científicamente los problemas morales —tópico que constituyó su tesis doctoral— hacia los fenómenos culturales en las sociedades de masas. Fue un contexto de progresiva radicalización política que, al interior del campo intelectual venezolano, se encarnó en proyectos revisteriles como *Sardio*, *Tabla Redonda* y *Crítica contemporánea*, entre otros. El mapa de problemas que se delineó desde el campo intelectual y académico se configuró a partir de la pregunta por el estatuto disciplinar de la comunicación, la delimitación en términos teóricos y sus probables abordajes teórico-metodológicos estaban en la agenda de las academias venezolanas. Unas incipientes agendas universitarias e intelectuales en las que se comenzó a analizar el rol económico e ideológico de los medios masivos en la producción cultural, en cuánto incidían en el comportamiento de los individuos.

Otro de los elementos de ese “mapa” era estrictamente político: la falta de autonomía de la “producción nacional” de información y noticias. En las páginas de *Crítica contemporánea*, la relación entre cultura y medios masivos, era mediada por la lectura de los procesos políticos de la región. Específicamente, el rol de los medios de comunicación era pensado a la luz de las estrategias norteamericanas y de los países latinoamericanos para atacar a la Revolución Cubana. En las fronteras porosas entre la cultura política, la académica y la intelectual, la “comunicación”, más que un “tema”, fue un problema que interpeló y sobre el cual discutieron políticos y militantes al interior de la academia, y académicos en el campo intelectual y político.

El pasaje desde el campo filosófico al de las preguntas en torno a los problemas culturales y comunicacionales, por otra parte, se fue estructurando desde la inserción de Pasquali en el Círculo Universitario de Cine de la UCV a principios de los años cincuenta y la posterior formación de posgrado en el Instituto de Filmología de la Universidad de París. Esas experiencias formativas lo fueron acercando a matrices y formulaciones teóricas vinculadas a pensar de manera multidimensional a la “información audiovisual”, es decir, desde una perspectiva sociológica, filosófica, psicológica y política. Pasquali fue orientándose a estos problemas en un contexto institucional propicio para ello, en tanto que la Escuela de Periodismo (UCV) desde el retorno de la democracia en 1958 —y en diálogo permanente con organismos internacionales como CIESPAL— fomentó la actualización teórica y la necesidad de desplazar su currícula hacia los problemas de la cultura y la comunicación en la sociedad venezolana. Fue un dilema que, además de Pasquali, interpeló a distintos agentes universitarios, como Aníbal Gómez, Federico Álvarez, Héctor Mujica y Eleazar Díaz Rangel, entre otros.

De todos modos, la heterodoxia teórica que configuró la pregunta por la comunicación y los medios masivos en Venezuela, se dio en un cruce de perspectivas diversas —cuando no antagónicas— cuya articulación fue posible a partir de la *lectura política* de los procesos sociales, de la urgencia de *responder pragmáticamente* a los problemas emergentes, y debe ser considerada desde una doble dimensión: eran realizadas sólo por aquellos con posiciones consolidadas al interior de la universidad, desde una plataforma privilegiada no sólo para la recepción de obras y perspectivas básicamente europeas y norteamericanas, sino también para el tipo de apropiaciones que realizaban de dichos materiales. La asignación de *status* impuesto por las titulaciones obtenidas en el exterior —recordemos que Pasquali, Mujica, Gómez y Álvarez tenían estudios de posgrados fuera de Venezuela— habilitaba ciertos usos de las teorías relativamente creativos y libres que no se vuelven inteligibles si no es justamente por esa posición objetiva al interior de la universidad. Ese status, a la vez que reforzaba el carácter dependiente del campo académico local, reproducía la lógica de que quienes ocupaban una posición de jerarquía en la universidad se subordinaban a las novedades teóricas de origen europeo. Entendemos que en este cruce de tensiones, las apropiaciones realizadas por los agentes locales, distanciados de las lógicas propias de las condiciones de producción de los países centrales, *desplazaban* —y al hacerlo *reinventaban*— sus sentidos y propuestas al inscribir las obras en los propios dilemas venezolanos y latinoamericanos.

Lo anterior, en suma, da cuenta de una ampliación del campo de intercambio de investigaciones en comunicación entre distintas universidades y escuelas, entre finales de la década del cincuenta y mediados de los años sesenta. Producto del fortalecimiento institucional de las escuelas de periodismo en distintos puntos del país, se empezó a tejer una “red nacional” que articuló a cátedras, profesores, estudiantes y espacios de investigación en comunicación y medios masivos que operó como circuito privilegiado para la circulación de *Comunicación y cultura de masas*.

### Capítulo III

#### Entre la crítica cultural y la renovación universitaria (1966-1972)

A mediados de los años sesenta comenzó a producirse en Venezuela lo que distintos investigadores han denominado como el proceso de “pacificación”. Primero de la mano del presidente Raúl Leoni (1964-1969) y luego durante la presidencia de Rafael Caldera (1969-1974), se llevaron adelante una serie de diálogos con las organizaciones que lideraban la lucha revolucionaria y el gobierno nacional “ofreció al Movimiento de Izquierda Revolucionaria y al Partido Comunista [de Venezuela] la oportunidad de participar en el debate democrático, con la condición de que depusieran las armas” (Carrillo, 2013, p. 37). Según el testimonio retrospectivo del historiador venezolano Germán Carrera Damas<sup>62</sup> —por ese entonces una figura relevante de los debates de la intelectualidad de izquierda—, tras las derrotas de los movimientos guerrilleros, primero, y tras la liberación de presos políticos luego de promulgarse la Ley de Conmutación de Penas a finales de 1964, la tendencia revolucionaria fue replegándose progresivamente<sup>63</sup>.

Esto, por otro lado, y según Alfredo Chacón ([1991] 2005), inició un proceso de reconfiguración hegemónica con políticas estatales que promovieron una intensa actividad cultural con el impulso de proyectos revisteriles y editoriales, como *Imagen* y *Monte Ávila*, respectivamente. La intensidad de la discusión política no necesariamente disminuyó, sino que se trasladó a otros escenarios, como las publicaciones periódicas y la academia. Como veremos, surgieron nuevos proyectos culturales y universitarios en los que Pasquali participó activamente. Para analizar su contribución en distintas redes intelectuales caraqueñas, vamos a indagar la configuración del campo de producción cultural. Trabajaremos sobre dos proyectos revisteriles en los cuales Pasquali se incorporó casi en simultáneo, como lo fueron el de *Cine al día* y el de *Imagen*. El primero de ellos, en líneas generales, se había conformado luego de la organización de una serie de encuentros nacionales de cine, en los que un sector de la intelectualidad —Alfredo Roffé, Ambretta Marrosu, Oswaldo Capriles, Pasquali, entre otros— promovió una nueva

---

<sup>62</sup> Entrevistado por el autor, 18 de febrero de 2015, Caracas, Venezuela.

<sup>63</sup> Específicamente, al interior del PCV hubo tres tendencias: una dispuesta a continuar la lucha armada y crear un Ejército Popular, conducida por Argimiro Gabaldón; una segunda, liderada por Douglas Bravo, que planteaba una “lucha combinada” entre guerrilla rural y urbana, y una tercera que abogaba por la pacificación promovida por el poder ejecutivo. Para profundizar en estas tensiones al interior del PCV, remitimos a Linarez, 2006, p. 82.

política para la producción cinematográfica. Allí se discutían las condiciones de producción cultural, en un contexto, como veremos, en que algunos intelectuales entendieron que había que fomentar la cultura nacional y limitar la presencia “dominante” de la cultura de masas norteamericana.

La revista *Imagen*, por su parte, estaba orientada hacia otros dilemas, vinculados a la necesidad de generar mecanismos de intercambio cultural entre Venezuela y Europa y con el resto de América Latina, para fomentar una actualización y modernización en los planos filosóficos, literarios y artísticos. Desde ese grupo de intelectuales, entre los que se encontraban Guillermo Sucre, Julieta Fombona Zuloaga, Federico Riu y Pasquali, entre otros, se fomentaron proyectos editoriales y políticas de traducción para incorporar las novedades europeas, norteamericanas y latinoamericanas a la escena cultural local. Este proceso de formación de políticas editoriales se dio de manera análoga a la fundación de la editorial estatal Monte Ávila en 1968, que potenció ampliamente la circulación de nuevas tendencias intelectuales y se convirtió en una plataforma de visibilización nacional y regional para los nuevos escritores —entre ellos Pasquali, desde 1970— que la empresa estatal comenzó a publicar.

En paralelo a esos proyectos culturales y políticas estatales, al interior del campo académico, y con especial fuerza en la Universidad Central de Venezuela, surgieron movimientos estudiantiles y profesoraes radicalizados que pretendían una renovación de los saberes y la transformación de las prácticas institucionales. Esto conllevó a una serie de reposicionamientos internos en la universidad, no sólo en cuanto al cambio de currículas, de nombramiento de escuelas y carreras, sino también un reposicionamiento ante la tradición intelectual que hasta el momento había logrado institucionalizarse, principalmente el funcionalismo norteamericano, presente, por ejemplo, en las escuelas de periodismo, sociología y antropología de la UCV.

En este capítulo, vamos a reconstruir las problemáticas intelectuales y culturales a partir de las cuales Antonio Pasquali se acercó a los trabajos de la Escuela de Frankfurt en esos debates que incluyeron procesos de renovación universitaria y modernización teórica. Trazar el campo de dilemas desde el cual fueron leídos algunos textos de Horkheimer, Adorno y Marcuse, nos va a permitir, posteriormente, analizar qué apropiaciones realizó el teórico venezolano y de qué modo las incorporó a los debates locales. Algunos estudios suelen vincular la figura de Pasquali a las ideas de Frankfurt

desde la publicación de *Comunicación y cultura de masas* en 1964<sup>64</sup>. De todos modos, a contrapelo de las asociaciones teóricas habituales y según su testimonio retrospectivo, Pasquali accedió fragmentariamente a trabajos de Marcuse recién en 1966 y esto operó como puerta de entrada a la lectura de *Dialettica dell'illuminismo* de Horkheimer y Adorno, en su versión italiana publicada por Giulio Einaudi Editore en ese mismo año<sup>65</sup>.

Para echar luz sobre este proceso, consideramos, se debe restituir la trama que operó como condición de posibilidad para que algunas reflexiones de la Escuela de Frankfurt llegaran a las manos de Pasquali. Al preguntarnos acerca de *cómo* fueron leídos algunos textos de los referentes de la Escuela de Frankfurt, situamos la indagación, como diría Roger Chartier, en el contexto “a través de los cuales los textos son recibidos y apropiados por sus lectores” ([1992] 2005b, p. 24). Nos proponemos identificar y analizar las disposiciones específicas de Pasquali que lo acercaron a esa matriz filosófica, para observar no solo sus operaciones de lectura como procedimiento abstracto, sino como inscripción en un espacio social en el cual se relacionaba y discutía con otros intelectuales.

Consideramos que situar el itinerario y la obra de Pasquali en el marco de esos procesos, nos va a permitir darle especificidad a la recepción y relación que mantuvo con algunas ideas de la Escuela de Frankfurt, cómo las incorporó a su marco interpretativo, y que críticas y revisiones teóricas le permitieron operar.

### **La recepción de la “teoría crítica”. Entre *Cine al día e Imagen***

Con el prestigio obtenido tras la publicación de *Comunicación y cultura de masas*, hacia mediados de los años sesenta Pasquali se situaba en una red heterogénea de formaciones y movimientos culturales. A través de su amigo, el crítico cinematográfico Alfredo Roffé, fue convocado a participar del primer Encuentro de Cine que se iba a realizar a nivel nacional. Su investigación sobre el sistema de producción cultural y la postulación de la necesidad de formular políticas para la radio, la televisión y el cine, le otorgaban legitimidad para ingresar a ese grupo que se disponía a diagramar regulaciones para la actividad cinematográfica en Venezuela.

El movimiento que llevó adelante los encuentros nacionales de cine reunió a críticos, cineastas, organismos culturales, universidades y productores con la finalidad de

---

<sup>64</sup> Entre otros, Fuentes Navarro, 1991; Arroyo Gonçalves, 2005; Torres & De los Reyes, 2009; Silva & Campagnoli, 2010; Pineda de Alcázar, 2010 y 2014; Olmedo, 2011 y Martínez, 2016.

<sup>65</sup> Entrevistado por el autor, 16 de febrero de 2015, Caracas, Venezuela.

formular políticas para la actividad cinematográfica<sup>66</sup>. En un marco de reconfiguración en la relación entre el campo político y el campo cultural e intelectual, el movimiento pretendió interpelar al Estado para que promulgara políticas destinadas al cine. Los puntos de reunión fueron los Encuentros de Cine Nacional efectuados en 1966 en Ciudad Bolívar y en 1967 en Valencia y en Caracas. Allí buscaron promover “una conciencia histórica y crítica acerca del cine como vehículo de cultura y de comunicación de masa” y la fundación de instituciones culturales que auspiciaran espacios idóneos para “las investigaciones históricas cinematográficas”<sup>67</sup>. Se asistía a un movimiento que no sólo legitimaba al cine como lenguaje “fundamental” del desarrollo cultural, sino que promovía la producción nacional en un contexto en el que los films que circulaban eran principalmente importados. En este sentido, el grupo de intelectuales criticaba el sometimiento del cine a la lógica comercial defendida por distribuidores y exhibidores que excluían e imposibilitaban el “advenimiento de una industria cinematográfica nacional”.

El resultado de los encuentros fue la formulación de un Proyecto de Ley de Cine redactado por Rodolfo Izaguirre, Alfredo Roffé, Sergio Facchi y Antonio Pasquali. Recuperando las legislaciones elaboradas en México (1911), Argentina (1944) y Brasil (1957), el Proyecto establecía en su primer capítulo que “el cine, entre los medios colectivos de comunicación”, era de “marcado interés social” y “ejercía influencia pública” (Pasquali, [1967] 1972, p. 528). De aquí que el Estado debía prestar apoyos económicos para el desarrollo de la industria cinematográfica nacional, favorecer a su producción, distribución y exhibición, “sin perjuicio de una racional circulación del cine extranjero”. Igualmente, en el artículo 52, se afirmaba la necesidad de establecer “la exhibición obligatoria para aquellas obras nacionales de largo y cortometraje”, asumiendo que dicha exhibición era la “*mejor fórmula* para ir creando un interés nacional hacia la producción del país” (p. 555, destacado en el original).

Además de la reglamentación general que proponía el Proyecto, el grupo buscó instituir *organismos culturales*. Esta dimensión indicaba la preocupación ya no sólo por el contenido que se exhibía en los cines nacionales, sino por divulgar y organizar una *cultura audiovisual* que fomentara los “valores sociales y estéticos del cine” que se

---

<sup>66</sup> Para profundizar en los alcances de estos procesos político-culturales, remitimos a los trabajos de Colmenares (1993 y 2014).

<sup>67</sup> Pasquali incluyó las declaraciones y ponencias efectuadas en los encuentros, como anexo a *Comunicación y cultura de masas* a partir de su segunda edición en 1972 (pp. 597-611).

complementara con la “docencia y la investigación”. De este modo se buscaba organizar la fundación de “círculos culturales” que asumieran la función de instituciones especializadas, con la creación de cinematecas, “cine-clubs, centros docentes o de investigación, cines de arte y cualquier otra institución” que difundiera el “patrimonio cinematográfico con fines culturales” (pp. 561-563).

Identificamos dos procesos diferentes en la acción llevada adelante por este movimiento cultural: por un lado, si bien no se aprobó el Proyecto, se logró que el Estado comience a mediar en el conflicto de intereses entre productores locales y exhibidores, al emitir una serie de decretos y resoluciones sobre la exhibición comercial de la producción nacional (Colmenares, 2014, p. 269); por otro, el movimiento potenció la constitución de una organización cultural que llevó adelante proyectos de publicaciones y la formación de redes que nucleó a quienes tenían intereses en la producción cinematográfica.

La consolidación de este grupo de intelectuales interesados en el cine nacional suscitó en 1967 la fundación de *Cine al día*<sup>68</sup>. Liderados por Alfredo Roffé como director de la revista y constituidos a partir de la sociedad civil “Cine al día”, el primer consejo de redacción estuvo conformado por Oswaldo Capriles, Sergio Facchi, Ambretta Marrosu y Antonio Pasquali, entre otros (s/f, 1967, p. 2). La participación de Pasquali en el proyecto remitía a su *expertise* académica: además de “teórico”, había publicado distintos artículos en *Cultura universitaria* y había pertenecido al comité de redacción de *Crítica contemporánea*. Pasquali representaba una conexión con las problemáticas “culturales y sociológicas” acerca de la televisión, el contenido de los mensajes, la cuestión de la propiedad y el control de los medios (Colmenares, 1993, p. 146). De ahí que su participación se circunscribiera a los “telefilms”, ensayos de análisis de la influencia de la política y la publicidad en el contenido televisivo (Pasquali, 1968a, 1968b y 1968e).

Ya en la editorial del primer número se precisaba un posicionamiento del grupo: se apuntaba a realizar una crítica cinematográfica orientada a la praxis política y a la transformación de la producción cultural. Se afirmaba que si bien se había producido un proceso de “democratización de las obras” debido a los “avances tecnológicos en el campo de las comunicaciones”, era importante pensar a los medios no solo como instrumentos de “difusión”, sino como modos “aptos y propicios para la creación

---

<sup>68</sup> Indicativo de que era una problemática en aumento al interior del campo intelectual venezolano, es que previo a *Cine al día*, entre 1964 y 1966, había salido en Caracas la revista *Cine Teatro*. Bajo el liderazgo de Luis Alberto Díaz, el equipo de editores estuvo conformado por Alberto Arteaga, Alicia Alamo, Javier Blanco, Ángel del Cerro, Gilberto García y, entre otros, Jesús Martínez. Para profundizar en otros aspectos de esta revista, ver Aguirre (2012, pp. 77-80).

cultural” (s/f, 1967, p. 2). En este punto el grupo se enfrentaba a una “dialéctica difícil”: la de incorporarse a los procesos de producción de una cultura dominada por una “industria” que “homogeneizaba por vulgarización” los contenidos emitidos. La “industria cultural”, se sostenía, era el “peor enemigo del hombre de cultura” (p. 2).

Se planteaba, entonces, el dilema de la incorporación de los intelectuales a la producción audiovisual de la cultura. En un sentido explícitamente gramsciano, se promovían las interpretaciones del crítico italiano Guido Aristarco, uno de “los hijos de Gramsci y Lukács”, que desde el campo de la “izquierda marxista”, entendía a la crítica cinematográfica no como una “insulsa diversión” sino como una de las “formas de comunicación más apasionantes y problemáticas de nuestra época” (s/f, 1967, p. 12). Este artículo sobre Aristarco tenía una doble implicancia: por un lado, inscribía al grupo en una tradición marxista que, mediada por Aristarco, reconocía la importancia de Gramsci y Lukács para la crítica cultural. En segundo lugar, se adelantaba que el libro de Aristarco *Il dissolvimento della ragione* (1965), sería traducido al español por el “colega de redacción Antonio Pasquali”, publicado bajo el sello EBUC en 1968<sup>69</sup>. En esta trama, la crítica se anudaba al compromiso político y hacía del cine y del análisis cinematográfico “un instrumento de la praxis” con “objetivos revolucionarios” (Aguirre, 2012, p. 79).

Si bien la revista transitó por distintas zonas de discusiones, habilitó a Pasquali a insertarse en redes de orden regional. *Cine al día* fue desplazando sus interrogantes sobre la “importancia del cine nacional en el proceso de desarrollo cultural” hacia una *clave latinoamericana*: la necesidad de fomentar, visibilizar y organizar el “nuevo cine latinoamericano” (s/f 1969)<sup>70</sup>.

---

<sup>69</sup>Finalmente, la obra fue publicada en 1969 como *La disolución de la razón. Discurso sobre el cine* (EBUC).

<sup>70</sup>Como sostiene María Luisa Ortega (2016, p. 365), era un contexto de intensa actividad cinematográfica en la región, con la organización de filmotecas, cinematecas y encuentros.



Portadas de *Cine al día*. La foto a la izquierda corresponde al primer número, de diciembre de 1967. A la derecha, la portada del número 6, de diciembre de 1968.

En este punto, la revista ocupó un lugar crucial de encuentro y circulación de las películas y directores latinoamericanos que llegó a su punto más alto con la organización de “la primera muestra del cine documental latinoamericano” realizada en Mérida en 1967 (Rebolledo, 1967, p. 15)<sup>71</sup>. La revista se incorporó de forma *militante* a la necesidad de fundar un cine latinoamericano y publicó entrevistas con directores y realizadores que visitaron Venezuela, como el boliviano Oscar Soria (n° 4, 1968), o con el Grupo Cine Liberación, con reportajes a Fernando Solanas y Octavio Vallejo (n° 7, 1969). El dilema del pasaje del cine nacional como desarrollo cultural al *tercer cine como práctica política* lo definía con precisión Oswaldo Capriles (1968, p. 4): el “tercer cine” buscaba “la revelación de la realidad”, era el cine que en “grados y formas diferentes combate por la liberación” contra una “dependencia” que “penetraba” todos los “campos de la vida

<sup>71</sup>Sobre la Muestra de Mérida, ver María Luisa Ortega (2016).

latinoamericana”.

*Cine al día* promovía la difusión en Venezuela de las producciones cinematográficas latinoamericanas que se incorporaban a los procesos de liberación. En un contexto de radicalización política de un sector de la academia, organizaron en la universidad espacios de discusión sobre el cine latinoamericano. Las propuestas de la revista, como vimos, postulaban la necesidad de transformar las estructuras sociales, pero desde un posicionamiento que no explicitaba claramente las vías para lograr dicha transformación. En relación con ello, en su testimonio retrospectivo, Jesús María Aguirre<sup>72</sup> recuerda que en septiembre de 1969 participó de un “cine-foro” que organizó *Cine al día* en la UCV sobre la película *La hora de los hornos*, de los cineastas argentinos Fernando Ezequiel Solanas y Octavio Getino. Como representantes de la revista se encontraban Antonio Pasquali, Alfredo Roffé, Oswaldo Capriles y Carlos Rebolledo. El posicionamiento ambiguo de la revista en el proceso de radicalización universitaria, se puede leer en el hecho de que luego de la reproducción de la película —recuerda Aguirre— los intelectuales se propusieron analizarla frente a un auditorio de jóvenes estudiantes que antes que dialogar sobre su contenido, la estética y el compromiso de los cineastas argentinos, quería saber si los miembros de *Cine al día* estaban “a favor o en contra de la guerrilla como opción para la revolución” que el film presentaba. Presionado por la situación, recuerda Aguirre, Rebolledo afirmó que la lucha armada era la solución frente al imperialismo. En una situación imprevista y que desbordaba los objetivos de los organizadores del foro, Capriles intentó “organizar” el auditorio para seguir dialogando sobre el temario propuesto, y entonces sugirió que la discusión sobre la lucha armada debía seguir en otros espacios y no allí. Finalmente, sostiene Aguirre, gran parte de los asistentes que estaban de acuerdo con discutir las tácticas de la “guerrilla” decidieron “levantarse y se fueron” de la actividad.

Como sostienen Carlos Vallina (2015, p. 29) y Mariano Mestman (2016, p. 15), aun cuando todas las experiencias del “tercer cine” remitieran a específicas realidades “nacionales”, los lazos transfronterizos implicaron intercambios entre cineastas y films<sup>73</sup>, que muchas veces referían a la situación regional desde nociones como “subdesarrollo,

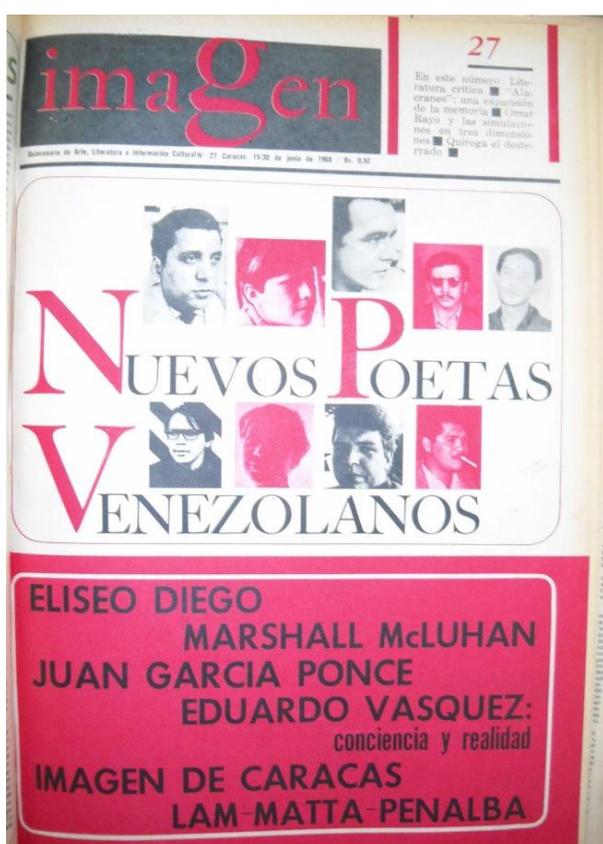
---

<sup>72</sup> Entrevistado por el autor, 14 de marzo de 2016, Caracas, Venezuela.

<sup>73</sup> Es importante destacar que a la Muestra de Mérida fueron invitados, además de los locales, varios referentes internacionales, entre ellos, cineastas y críticos como Glauber Rocha y Thomas Farkas (Brasil), Fernando Birri y Agustín Mahieu (Argentina), Arturo Ripstein y Manuel González Casanova (México), Guillermo Hugo Ulive y Mario Handler (Uruguay), Guido Aristarco, Pio Baldelli y Valentino Orsini (Italia), Louis Marcorelles, Robert Benayoun y Marcel Martin (Francia), Hernando Salcedo (Colombia) y Roberto Morgan (Panamá) (Rebolledo, 1967, p. 15).

dependencia o insurrección”. En esta clave se dirimía la cuestión de una producción cultural autónoma que representara los intereses o las realidades de los pueblos latinoamericanos. En un mercado cultural que estaba dominado por “grupos económicos poderosos”, se afirmaba en el editorial del n° 4 de *Cine al día* (s/f, 1968, p. 2), las grandes empresas movían “todas sus piezas para sofocar la producción nacional”. No se trataba sólo de producir un “tercer cine” sino de luchar por las condiciones de su circulación y exhibición.

En paralelo, Pasquali colaboró a lo largo de 1968 con la revista *Imagen*, a partir de su amistad con Guillermo Sucre, su director entre 1967 y 1968. Financiada por el Instituto Nacional de Cultura y Bellas Artes (INCIBA), la publicación tenía como objetivo dar a conocer al país las novedades sobre arte y literatura que se producían en el “mundo” (Sucre, 1968, p. 2).



Portadas de *Imagen*. La foto a la izquierda, corresponde al número 27, de junio de 1968. A la derecha, la portada del número 29 de julio de 1968.

Las preocupaciones que atravesaban a *Imagen* eran algo diferentes a las de *Cine al día*. La revista dirigida por Sucre se orientaba a producir un “diálogo” entre “lo venezolano, lo latinoamericano y europeo estableciendo vasos comunicantes entre la inteligencia creadora de todos los países” (pp. 2-3). Buscaba incorporar matrices interpretativas provenientes de otras latitudes para repensar la realidad venezolana, por lo que su política cultural apuntaba a trazar puentes transnacionales para la “presentación de nuevos talentos” y poner en “contacto” a los “artistas con el gran público” (p. 3)<sup>74</sup>.

En este marco, además de lo específicamente literario y artístico, *Imagen* incorporó como colaboradores académicos a Pasquali, Federico Riu y Eduardo Vásquez, para escribir sobre novedades filosóficas. Las páginas principales en esta materia fueron dedicadas a Herbert Marcuse, quien había adquirido reconocimiento a partir de su participación en las protestas estudiantiles desarrolladas en la Universidad de Berkeley en 1964<sup>75</sup>. Las conferencias que el filósofo alemán había dictado en febrero de 1966 en la UNAM fueron una de las vías por las cuales las ideas de Marcuse —y a partir de ahí la de otros autores de Frankfurt— llegaron a la revista<sup>76</sup>. También un especial interés despertó el pensamiento filosófico alemán tanto en Riu como en Vásquez, quienes habían realizado sus estudios de posgrado de filosofía en Alemania. Amigos de Pasquali, operaron como puntos de conexión con las reflexiones frankfurtianas sobre la sociedad industrial, la técnica y el rol de los medios masivos en la producción cultural, cuestión que se revelaba urgente en las páginas de *Cine al día*.

Uno de los primeros textos que *Imagen* le dedicó a Marcuse fue una reseña de Eduardo Vásquez del libro *Cultura y sociedad*, que había sido publicado por la editorial Sur en Buenos Aires en 1967. Vásquez señalaba que los artículos allí compilados eran centrales para comprender el lugar que debía ocupar la “teoría crítica” para pensar los procesos de producción de conocimiento en particular y, en general, en la sociedad. Si la “cultura afirmativa” —argumentaba Vásquez— tenía como “misión mantener el orden existente mediante una formación interior de los individuos”, la “teoría crítica” tenía que

---

<sup>74</sup>Una de esas redes fue establecida con el grupo cultural organizado en torno a la revista argentina *Sur*, a partir de la amistad de Liscano y Sucre con Héctor Murena. De este modo, fue común el intercambio entre las novedades y traducciones argentinas y venezolanas en ambas revistas. Para profundizar sobre estas redes culturales remitimos a Ioannis Ramos (2014, p. 88).

<sup>75</sup>Pasquali, Antonio. Entrevistado por el autor, 16 de febrero de 2015, Caracas, Venezuela. Pasquali sostiene que tuvo un acceso fragmentario a sus obras, luego del “movimiento estudiantil de Berkeley, donde Marcuse fue una estrella”. Después de leer algunos de sus textos, afirmó, “fui descubriendo a todos”.

<sup>76</sup>En 1966 la Escuela de Ciencias Políticas de la UNAM invitó a Erich Fromm a dictar una serie de conferencias. Junto a él participaron Irving Horowitz, André Gorz, Herbert Marcuse y Víctor Flores Olea. Las conferencias fueron compiladas en el libro E. Fromm y otros, *La sociedad industrial contemporánea* (Siglo XXI, 1967).

estar “contra los hechos”, “contra la cosificación”. Para ello tenía que oponerse al “positivismo satisfecho” y, por lo tanto, tenía que ser una teoría “utópica”. La historia, finalizaba Vásquez remitiendo a Marcuse, “era la lucha por establecer en el futuro una sociedad humana” (Vásquez, 1968, pp. 6-7).

La revista se constituyó como un espacio de *mediación* entre Caracas y distintos puntos de la producción intelectual latinoamericana y europea. Posibilitó la circulación y el conocimiento de “nuevas” referencias en los planos artísticos, literarios y filosóficos, reseñando críticamente las nuevas publicaciones y constituyéndose en material de consulta para quienes quisieran “estar al día”. *Imagen* promovió, además, una destacada labor de traducción. Contaba en su staff con la traductora y ensayista Julieta Fombona Zuloaga quién se encargó de traducir textos, entre otros, de Lucien Goldmann y Raymond Aron. De hecho, a pedido del Instituto de Estudios Políticos de la Facultad de Derecho de la UCV, tradujo en 1967 la primera edición al español de una de las obras clave de Herbert Marcuse, *Razón y revolución. Hegel y el surgimiento de la teoría social*<sup>77</sup>.

La participación de Pasquali en ambos proyectos revisteriles le permitió conectarse con tendencias y debates de diversa índole, conocer experiencias político-culturales y a distintos realizadores y films. Con los intelectuales vinculados al cine, en particular, incursionó en las problemáticas de la producción cinematográfica latinoamericana. Su colaboración en *Imagen* lo conectó con la actualidad y los debates del pensamiento filosófico. Se entrecruzaban las discusiones sobre el rol del cine en la producción cultural, sobre los “efectos” de la cultura de masas y sobre la participación del cine en la formación de una “cultura nacional”. Esta trama indica, en suma, que para una franja de la intelectualidad la cultura era una *preocupación política*. En este marco, y como veremos más adelante, la recepción de algunos trabajos de Frankfurt serían leídos en dos niveles: como un diagnóstico crítico del carácter industrializado de la cultura y, también, como una guía general para imaginar —vía la intervención política— un horizonte cultural diferente.

### ***El aparato singular en las tramas de la renovación universitaria***

Pasquali escribió *El aparato singular. Análisis de un día de TV en Caracas* (1967), que fue editado por el Instituto de Investigaciones de la Facultad de Ciencias Económicas

---

<sup>77</sup> Marcuse, Herbert (1967). *Razón y revolución. Hegel y el surgimiento de la teoría social*. Caracas, Institutos de Estudios Políticos, Facultad de Derecho, UCV. Traducción a cargo de Julieta Fombona de Sucre, con la colaboración de Francisco Rubio Llorente.

y Sociales de la UCV. Si bien Pasquali afirmaba que era un breve trabajo que simplemente “ponía al día” las estadísticas presentadas en *Comunicación y cultura de masas* (1967, p. 19), la publicación del libro fue menos ingenua de lo previsto y en ella se pueden leer una serie de desplazamientos relevantes en el posicionamiento teórico de su autor.

Producto de su reconocimiento académico, la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales había convocado a Pasquali a redactar una actualización de su estudio sobre la programación de la televisión venezolana para ser publicado en el n° 7 de su “Colección esquema” (UCV). La facultad había editado trabajos referentes al “carácter dependiente” de la economía venezolana y sobre aspectos teóricos y políticos del subdesarrollo<sup>78</sup>. La cuestión del desarrollo cultural, político y económico ocupaba las agendas universitarias (Negrón, 2005).

Ahora bien, cuando el trabajo llegó a la universidad no fue bien recibido. Según el testimonio retrospectivo de Pasquali, las referencias críticas al sistema de medios y al rol del Estado, a las empresas publicitarias y a las productoras de contenido televisivo, generó el rechazo de la institución a publicarlo en un contexto en el que “hablar” de las empresas de medios era un tópico problemático: la posibilidad de que los medios agraviaran públicamente a quienes los criticaban causaba cierto “terror”<sup>79</sup>. Estas tensiones no se terminan de comprender si no se sitúa a la obra y a la posición de su autor en el contexto general del proceso de *renovación universitaria* llevado adelante por grupos de estudiantes y profesores. Se vivían intensamente las discusiones en los pasillos de la universidad, en un contexto, recuerda Elizabeth Safar —alumna en la Escuela de Periodismo a mediados de los sesenta— “muy politizado”. Safar sostiene que había una estrecha relación entre la academia con el campo político. Quienes dirigían la Escuela de Periodismo en aquellos años “eran todos miembros del PCV: Héctor Mujica, Federico Álvarez y Luis Aníbal Gómez”<sup>80</sup>.

La universidad estaba atravesada por el debate en torno al modo en que se había articulado históricamente la relación entre el saber y la política. El movimiento de renovación, según el testimonio del sociólogo y antropólogo Alfredo Chacón, planteaba que la universidad se había “limitado a ser guarimba de las luchas nacionales”, que “si

---

<sup>78</sup> Algunos de los títulos publicados por el sello editorial de la facultad fueron: de Maza Zavala, *Venezuela, una economía dependiente* (1964), de Córdova y Michelena, *Aspectos teóricos del subdesarrollo* (1967) y de Losada Aldana *Dialéctica del subdesarrollo* (1967). Datos tomados de la contratapa de *El aparato singular*.

<sup>79</sup> Entrevistado por el autor, 9 de febrero de 2015, Caracas, Venezuela.

<sup>80</sup> Entrevistada por el autor, 10 de marzo de 2016, Caracas, Venezuela.

bien eso había tenido un gran valor”, había terminado por “sacrificar” la responsabilidad de “garantizar el ejercicio pedagógico de la inteligencia, el conocimiento, la capacidad de transmitir y producir saberes”<sup>81</sup>. El proceso de renovación no negaba la relación entre saber y política, sino el *modo* que había asumido dicha relación en la academia venezolana: afirmaban que se “trasladaba mecánicamente al aula la política que se practicaba en las calles” y que no incorporaba en esos procesos a “la masa estudiantil” (Núñez Tenorio, 2009, p. 14). La universidad, se consideraba, tenía que replantear sus condiciones de producción de conocimiento para que la ciencia ocupara un rol “revolucionario” destinado a las “necesidades del pueblo en su toma de conciencia” (Núñez Tenorio, [1968] 2009, p. 255).

Desde mediados a finales de los sesenta, al interior de la universidad emergieron distintas tendencias; por un lado, una transformación en el plano institucional conducida por el entonces rector Jesús María Bianco, que era la línea promovida por los partidos COPEI y AD, que procuraba reducir las tensiones de las organizaciones juveniles y resolver las demandas al interior de la universidad. Por otro, una tendencia más radical que hablaba de una “Revolución Universitaria” (Hernández, 1977; Castro, 1988; Vega y Pascuzzi, 1992; Negrón, 2005). Al mismo tiempo, al interior del Comité Revolucionario de Acción Estudiantil (CRAE) se articulaban diversas tendencias, por ejemplo, las Fuerzas Armadas de Liberación Nacional (FALN), el Movimiento Electoral del Pueblo (MEP), la Unión de Jóvenes Cristianos Revolucionarios (UJCR) y el Movimiento de Izquierda Revolucionario (MIR) (Negrón, 2005, p. 110). El movimiento renovador denunciaba que en América Latina había una situación de dependencia colonial y las ciencias sociales no se comprometían con los procesos de liberación. Se tenían que formar científicos críticos con conciencia de los problemas de la región, y no un perfil “neutral” alejado de las contradicciones de su sociedad (Albornoz, 1972, pp. 235-236).

La discusión en torno a la necesidad de romper los lazos de “dependencia” con los modos de producir y los marcos de interpretación norteamericanos, configuraban toda una “geopolítica del conocimiento” que, a escala regional, implicaba la búsqueda de un reposicionamiento de las instituciones universitarias y de los agentes en ellas involucrados. Inscrito en estas discusiones, Pasquali planteaba la necesidad de cortar los vínculos con el llamado “funcionalismo norteamericano” (Pasquali, 1967, p. 26).

En este marco de tensiones internas en la UCV, Pasquali había acumulado un

---

<sup>81</sup>Entrevistado por el autor, 17 de febrero de 2015, Caracas, Venezuela.

capital simbólico que sintetizó dos dimensiones diferentes: prestigio como “teórico” tras la publicación de *Comunicación y cultura de masas* y, tras presentar el trabajo *Estudios de la Ética Griega*, ascenso como titular de la cátedra de Ética en la Escuela de Filosofía<sup>82</sup>. Paralelamente, se había ido configurando una red de circulación de estudios vinculados a la cultura y los medios masivos que garantizaba la demanda del trabajo en las escuelas de periodismo del país. En estas condiciones, la facultad resolvió publicar *El aparato singular* con la incorporación de un *disclaimer* que tomaba distancia de las posiciones del autor. Firmado por el Consejo Técnico del Instituto de Investigaciones Económicas y Sociales, se sostenía que la “selección de un trabajo” que cumpliera con las normas de investigación de la “objetividad científica” no significaba “la identificación o concordancia de las autoridades del instituto, de la Facultad o de la Universidad con el contenido de la obra” (Pasquali, 1967, s/p).

*El aparato singular* es un trabajo que permite dar cuenta del reposicionamiento del autor en cuanto al marco de interpretación utilizado y del crecimiento de la “red nacional” de investigadores y grupos de trabajo sobre comunicación y medios. En el prefacio firmado por el investigador Sergio Antillano, profesor de la Universidad de Zulia, se sostenía que Pasquali venía impulsando una “tarea de investigación dirigida a determinar los efectos de las comunicaciones” (Antillano, 1967, p. 13). Como otra dimensión de lo que en el capítulo anterior denominamos *articulación entre dinámicas nacionales y transnacionales*, Antillano afirmaba que en el “grupo de trabajo” reunido en CIESPAL<sup>83</sup>, se había llegado a la conclusión de que “los sectores privados” controlaban “un reducido núcleo de agentes transmisores que” actuaban “como grupos de presión” y eran utilizados para sus propios intereses (pp. 14-15).

A diferencia de lo ocurrido en *Comunicación y cultura de masas*, en 1967 Pasquali inscribía en un campo más amplio sus problematizaciones académicas. En una larga nota al pie, reconocía que el problema de los efectos en el plano “ideológico, motivacional y cultural” estaba siendo investigado en la Escuela de Psicología de la UCV y en la Escuela de Periodismo de la Universidad de Zulia. Si bien afirmaba que no se habían “practicado estudios sistemáticos de efectos”, los primeros ensayos demostraban “resultados

---

<sup>82</sup>“Examen de credencial de méritos del profesor Antonio Pasquali”, 5 de octubre de 1967, expediente “Pasquali Greco, Antonio Arnaldo”, período “A”, clasificación “D. 67”. Archivo histórico de la Facultad de Humanidades y Educación (UCV).

<sup>83</sup>Antillano había participado del VII Curso Internacional de Perfeccionamiento en Ciencias de la Información Colectiva de CIESPAL, desarrollado en 1966 en Quito. El documento final fue editado por CIESPAL bajo el título *Utilización de los medios de Información en Quito* (1966). Agradezco por el envío de este documento al investigador brasileiro Iury Parente Aragão.

devastadores” (Pasquali, 1967, p. 99)<sup>84</sup>. Este proceso da cuenta de la configuración de redes de intercambio de ideas, de circulación de autores, obras y, por ende, de instancias de legitimación al interior del campo de estudios de comunicación. Era una trama de problemas y perspectivas de investigación que iba a ir conformando una tradición intelectual orientada por la pregunta sobre la relación entre cultura, medios y política.

En términos conceptuales, al iniciar *El aparato singular* con una larga cita de *La ideología alemana* de Karl Marx y Friedrich Engels, Pasquali comenzaba con el acto de “replantear” su “discurso” sobre el problema de la comunicación, los medios y la cultura de masas (Pasquali, 1967, p. 19). La entrada marxista le permitía situar a los medios masivos en un “problema cultural” más amplio: pensarlos como la “fábrica más eficiente de nuestras actitudes fundamentales ante la vida y los valores” (p. 26). Este desplazamiento desde la clave de las “elites” de Wright Mills al de “clases dominantes” de tono marxista, era posibilitado por el encuentro con los trabajos de Horkheimer, Adorno y Marcuse, en tanto articulaban la cuestión de la ideología a la de la producción cultural masiva y la reproducción de las relaciones sociales. De todos modos, más que una *incorporación rigurosa* de los referentes de Frankfurt a su marco de interpretación —a los que había accedido recientemente— se lee un anudamiento en el cual la cultura y la comunicación no podían desligarse de las dimensiones económicas y de eso que habían dado en llamar “industria cultural” (p. 41).

La “presencia de Frankfurt” en *El aparato singular* se daba a partir de *Dialettica dell'illuminismo* y de *Razón y revolución. Hegel y el surgimiento de la teoría social*. Pasquali incorporó fragmentos de dichos textos al inicio de cada capítulo. El segundo iniciaba con un pasaje en el que Adorno y Horkheimer afirmaban que desde una perspectiva “técnica y cultural”, la “publicidad y la industria cultural” eran equivalentes en tanto se desarrollaban con los mismos esquemas y procedimientos “para el manejo de los hombres” (Pasquali, 1967 p. 41). Esta entrada le permitía al teórico venezolano recuperar la noción de “dirigismo cultural” trabajada en *Comunicación y cultura de masas*, pero revisada y transformada: ahora se trataba de la producción de objetos culturales desde los criterios “del *advertising-business*, confeccionados con técnicas motivacionales” (p. 28, el destacado nos pertenece). El último capítulo comenzaba con

---

<sup>84</sup>Además de reconocer el grupo de trabajo dirigido por Sergio Antillano y Martha Colomina en la Universidad de Zulia, la mayoría de los trabajos que recuperó eran inéditos. Entre ellos, Margarita D'Amico, *Los medios de comunicación en Venezuela* (1964), Mariano Navascues, *Valores educativos comparados de la Radio, Cine y TV en América Latina* (Pamplona, 1965) y de Eduardo Santoro, *La TV venezolana y la formación de estereotipos en el niño* (1966).

un fragmento de *Razón y revolución* que postulaba el carácter estratégico del pensamiento dialéctico en la articulación entre práctica política y producción de conocimiento: como método que “debilitaba” la “siniestra confianza en el poder” y como arma que condujera al “derrumbe catastrófico del estado de cosas reinante” (p. 87).

Los acercamientos fragmentarios a la Escuela de Frankfurt habilitaron una ruptura con la investigación norteamericana. Si en *Comunicación y cultura de masas*, como vimos, el pensamiento estadounidense —de la mano de Lasswell— era incorporado productivamente, a mediados de los años sesenta, al “pensamiento positivo” norteamericano —a luz de la crítica de Marcuse— debía oponerse un pensamiento dialéctico “que derribara la seguridad y la satisfacción del sentido común” (p. 87). Asumir esta perspectiva implicaba reposicionarse como investigador “ante el *factum*” de la “realidad comunicacional” (p. 119, destacado en el original). De ahí la creciente sospecha ante la descripción “objetiva” y no comprometida que proponían los “manuales de mass-communications”. Pensar a los medios, sostenía Pasquali, desde sus “funciones” a partir de su “significado empírico inmediato” era desconocer la realidad comunicacional venezolana, era no preguntarse qué significaba “aquí y ahora [la] televisión”. Su sentido básico, aseguraba Pasquali en clave marxista, lo podía “revelar un análisis de su infraestructura económica” en tanto “*fenómeno de naturaleza esencial y exclusivamente comercial*” (p. 27, destacado en el original).

La relectura de Marx desde las perspectivas de Adorno, Horkheimer y Marcuse, le permitieron a Pasquali realizar varias operaciones: primero, en términos analíticos, pensar los medios masivos en el marco general de la industria cultural, como modo de producción sometido a los imperativos de la eficiencia y la técnica; segundo, inscribir los análisis de contenido de los medios en relación con las necesidades comerciales de las empresas; tercero, reposicionarse de un modo radical frente al “discurso científico” norteamericano. Pasquali sostenía que no “existían análisis sin juicios de valor”, y se preguntaba cuánta “sociología norteamericana de las comunicaciones”, tras pregonar “el científicismo y la objetividad”, se había convertido en “vademécum de demagogos y fabricantes de cuñas” (p. 29).

Estas primeras reelaboraciones a la luz de las lecturas frankfurtianas eran, más que una profunda revisión teórico-metodológica, apelaciones y “declaración de intenciones” de hacia donde debía dirigirse la investigación en comunicación. Para el estudio de análisis de contenido, de hecho, Pasquali utilizaba la “descripción objetiva” de Bernard Berelson, dejando a un lado “el recurso a enfoques antropológicos, sociológicos y

psicológicos” (p. 31). El modo en que operó el pasaje de la *adhesión simbólica* a una *incorporación efectiva* de la teoría crítica a su marco de interpretación es lo que vamos a trabajar en los apartados siguientes.

### **Repensar la praxis. Desvíos y rupturas teóricas**

Ahora bien, ¿por qué Pasquali pudo mostrarse sensible a esta literatura? En principio, se podría explicar la recepción favorable de trabajos como *Dialettica dell'illuminismo* y *Razón y revolución*, sosteniendo que su formación filosófica produjo una predisposición y una inclinación —en el sentido de habitus— a un tipo de reflexión especulativa, característica de las producciones del campo filosófico, en un contexto de apertura hacia el análisis de múltiples problemáticas sociales y culturales. Al igual que Pasquali, los filósofos Federico Riu y Eduardo Vásquez compartieron ese acercamiento a las producciones frankfurtianas y también a las reflexiones —que si bien no pueden plantearse en términos de equivalencia o convergentes— de otras figuras del marxismo heterodoxo como Georg Lukács con sus trabajos *Historia y consciencia de clase* ([1923] 2009) y *El asalto a la razón* ([1954] 1959), y Lucien Goldmann con su obra *Investigaciones dialécticas* ([1959] 1962)<sup>85</sup>.

La incorporación de “matrices marxistas heterodoxas”, se daba en un contexto en el que al interior de la militancia y la intelectualidad de la izquierda venezolana, se produjeron intensos debates respecto a la potencia explicativa de la teoría marxista, a la lucha armada y las nuevas estrategias políticas. Para ese entonces, afirma Eva Moreno Bravo (2008), el movimiento revolucionario reconocía que la vía armada —y su posterior derrota— había profundizado “el aislamiento” de las organizaciones guerrilleras “respecto a las masas populares”, y se consideraba que el problema radicaba fundamentalmente en “la incapacidad de la organización de una estrategia eficaz para incorporarse en la lucha armada no política” (p. 22). Esto implicaba, según la lectura de la investigadora, que las organizaciones de izquierda, para salir del aislamiento de la lucha

---

<sup>85</sup> Pasquali acudió tempranamente a los trabajos de Lukács para la elaboración de su tesis doctoral, publicada, como vimos, en 1963. Allí Pasquali recuperaba las reflexiones de Lukács para la realización de una “genealogía” del irracionalismo como método cognoscitivo (Pasquali, 1963, p. 136). Eduardo Vásquez, por su parte, había traducido la primera versión en español del trabajo de Goldmann *Investigaciones dialécticas*, editado en 1962 por la Facultad de Humanidades y Educación de la Universidad Central de Venezuela. Riu, finalmente, publicó en 1968 *Historia y totalidad* (Caracas, Monte Ávila), un breve ensayo sobre “el concepto de reificación en Lukács”, en el que analizaba sus potencialidades y límites explicativos de los procesos sociales (Riu, 1968, p. 23).

armada, debían “apoyar cada una de las luchas reivindicativas de los derechos del pueblo” (p. 23).

Paralelamente, los acontecimientos de la Primavera de Praga de 1968<sup>86</sup> se convirtieron en objeto de disputa intelectual y de crítica a los lineamientos adoptados por el Partido Comunista de Venezuela. Uno de los por entonces líderes del PCV, Teodoro Petkoff<sup>87</sup>, escribió *Checoslovaquia: el socialismo como problema* (1969, Editorial Domingo Fuentes), en el marco de intensas discusiones sobre los rasgos “imperialistas” de la intervención soviética en Checoslovaquia. Fueron tiempos que devinieron en una serie de escisiones al interior del PCV y la posterior formación del Movimiento al Socialismo en 1971. A las críticas de Petkoff se sumaban, entre otras, las de Ludovico Silva (1970), respecto a la burocracia que caracterizaba al partido y acerca de la necesidad de actualizar teórica y políticamente al marxismo, por fuera de los manuales soviéticos<sup>88</sup>. Fue un contexto político-intelectual que se configuró en la intersección de los cuestionamientos a las tácticas revolucionaria de los movimientos guerrilleros, fundamentalmente en cuanto a su capacidad de interpelar a las masas, que llevó a revisar los aspectos teóricos del marxismo “oficial”. Entre la bibliografía marxista comenzaron a circular con mayor frecuencia posicionamientos heterodoxos que, al tiempo que criticaban el denominado determinismo marxista, iluminaban nuevos territorios de lo social y cultural que debían ser analizados. De qué modo, por ejemplo, la política y la ideología se presentaban en la cultura de masas y los medios de comunicación.

La “apertura” de la filosofía a pensar distintos aspectos de la sociedad, lleva por otro lado, a conjeturar que las problematizaciones a las que había accedido Pasquali desde su estancia en París y el posterior desplazamiento hacia la cuestión de la cultura y los medios masivos, se conectaron con las indagaciones de los filósofos de Frankfurt desde otra clave: la reconfiguración de los procesos de producción cultural en un momento en

---

<sup>86</sup> La “Primavera de Praga” fue un proceso de reformas políticas y protestas que sucedieron en Checoslovaquia entre enero y agosto de 1968. Ver Hobsbawm ([1994] 2006, p. 397-399).

<sup>87</sup> Petkoff (1932-2018) fue una figura clave de la política venezolana. Economista, se incorporó a la lucha guerrillera a principios de los años sesenta en las Fuerzas Armadas de Liberación Nacional (FALN). Tras ser detenido, en 1964 logró fugarse del Cuartel San Carlos de Caracas, junto a otros dos importantes dirigentes de la izquierda, como Pompeyo Márquez y Guillermo García Ponce. Al menos mencionaremos que entre 1962 y 1963, la mayoría de la dirigencia revolucionaria del PCV y del MIR había sido detenida. Gustavo Machado, Rómulo Niño, Pompeyo Márquez, Eleazar Díaz Rangel y Domingo Alberto Rangel, entre otros. Para fines de 1963, el gobierno nacional reconoció “la existencia de al menos 10 mil” presos políticos (Linarez, 2006, p. 69).

<sup>88</sup> Para una mirada general de las discusiones de la izquierda venezolana hacia los años sesenta y setenta, ver, entre otros, Rodríguez, 1975; Duno y Rangel, 1979; Blanco Muñoz, 1981; Caballero, 1999 y Linarez, 2006.

que el capitalismo se había convertido en “una gigantesca maquinaria monopólica” (Horkheimer y Adorno, [1944] 2009, p.169). Marcuse, por su parte, denunciaba la pérdida de la relación “antagónica” entre cultura y realidad social a partir de la liquidación de su carácter “negativo y de rechazo de los ‘valores culturales’ a través de su incorporación total al orden establecido” mediante la distribución “en una escala masiva” (Marcuse, [1964] 1973, pp. 77-78).

La relación de Pasquali con las investigaciones del Instituto de Investigación Social de Frankfurt residiría, asimismo, en un plano político-ideológico; una relación que debe entenderse en el contexto de una problemática teórico-política relativa a la emergencia de la sociedad de masas como también al carácter dependiente de los medios de comunicación a las estructuras empresariales monopólicas y transnacionales. Esta condición determinaba “ideológicamente” la producción de contenidos audiovisuales y su carácter “alienante”. Con todo, y como veremos a continuación, la relación con Frankfurt se abrirá también en un plano teórico-metodológico desde el cual pensar los procesos de producción cultural.

Una primera relación en el plano político-ideológico fue el desplazamiento identificado en *El aparato singular*. La televisión era subordinada “a los requerimientos formales e ideológicos del mensaje comercial” y se convertía a la *audiencia* en “una masa despersonalizada” a la cual se dirigían “los estímulos mercantiles” (Pasquali, 1967, pp. 28-29, destacado en el original). Y aseveraba que los “manuales de *mass-communications*” demostraban una sospechosa pulcritud cuando aseguraban que la televisión era un medio para “informar, divertir y educar”. En Venezuela, sostenía Pasquali, imitar esa posición equivalía a “aceptar la norma heterónoma (...) que mediatiza y cosifica” (p. 119, destacado en el original).

Pasquali incorporó las reflexiones de Marcuse, Horkheimer y Adorno en dos trabajos que produjo a lo largo de 1968: un breve artículo publicado en el n° 29 de la revista *Imagen* y en una ponencia que presentó en el XIV Congreso Internacional de Filosofía realizado en Viena. Previo a su viaje al congreso en Austria, Pasquali escribió para la revista *Imagen* el artículo “Por Marcuse y la utopía”. Allí el filósofo venezolano afirmaba que *El hombre unidimensional* era “un intento riguroso por revivir la utopía política” y lo consideraba como “uno de los dos o tres escritos de filosofía más importantes del siglo”. Sostenía que la obra de Marcuse debía ser leída desde “la dialéctica de la ideología y de la utopía” desarrollada por Karl Mannheim (Pasquali,

1968d, p. 7)<sup>89</sup>. El esquema interpretativo de Mannheim le permitía a Marcuse utilizar categorías como “alienación”, “totalización” y “reificación” que, en su articulación, exhibía a la utopía como “negatividad”, es decir, como crítica y negación de la ideología. Este posicionamiento se volvía “positivo” porque al negar lo existente elaboraba un nuevo “ideal revolucionario” (p. 7). La propuesta de Marcuse, en *términos teóricos*, era un recurso crítico frente a las posiciones “anti-posibilistas” —identificadas con el “neopositivismo lógico”— que “clausuraban todo horizonte de posibilidades” y devenían en “uno de los residuos filosóficos de la unidimensionalidad ideológica”. En *términos políticos*, significaba una reapertura “a lo posible contra el inmovilismo ideológico-naturalista”: dinamismo dialéctico contra las “lógicas del dominio” (p. 8).

Para la asistencia al Congreso de Filosofía en Viena presentó la ponencia titulada “La philosophie pratique et la médiation de l’analyse sociologique”<sup>90</sup>. El positivismo, afirmaba allí, postulaba que la filosofía estaba perdiendo la capacidad de sintetizar el “mundo” como totalidad de los fenómenos y también “su función histórica de productora de ideologías destinadas a la justificación o a la transformación de la realidad”. Esto era producto de la “subdivisión del trabajo intelectual y la especialización metodológica” que, en su conjunción, comprometían el “universalismo” de la filosofía “y su inclinación a la crítica de la cultura” (Pasquali, 1968f, p. 1). Ejemplo de ello, sostenía, era lo que ocurría con la denominada filosofía de la práctica, es decir, aquella que se preguntaba “por la relación entre [la] acción y [la] reflexión moral”. El distanciamiento entre acción y reflexión filosófica, podía reconstituirse a partir de la incorporación al campo filosófico de la *mediación sociológica*. Con esta idea Pasquali hacía referencia a los estudios que analizaban el campo de la “interrelación humana”, y situaba allí a los análisis sociológicos “definitivamente concluyentes” de Mills, Horkheimer, Adorno y Marcuse que debían “ser asumidos por la investigación” filosófica porque eran los “mejores frutos de esa mediación” (p. 2, destacado en el original).

Sí, como sostenía el positivismo, la filosofía estaba perdiendo su capacidad totalizadora y su función de crítica ideológica, antes que “renunciar” a dicha función, se

---

<sup>89</sup>En *Ideología y utopía*, Mannheim había planteado que la “ideología” reflejaba hasta qué punto “el pensamiento de los grupos dirigentes” podía estar “tan profundamente ligado a una situación que, por sus mismos intereses”, eran incapaces de visualizar ciertos hechos, volviéndose una “representación” que buscaba mantener “el existente orden de cosas” (Mannheim, [1929] 1966, p. 89 y 261). La “utopía”, en cambio, trascendía la situación social y pretendía, mediante una “actividad de oposición, transformar la realidad histórica existente” (p. 265).

<sup>90</sup>Copia mimeografiada en español. “La filosofía práctica y la mediación del análisis sociológico”, expediente “Pasquali Greco, Antonio Arnaldo”, período “A”, clasificación “D. 67”. Archivo histórico de la Facultad de Humanidades y Educación (UCV).

tenían que reformular los “sistemas categoriales” y los “esquemas conceptuales para la comprensión de las nuevas formas de la praxis” (p. 3). Si se quería “dar razón del hombre histórico”, se debían “tomar en consideración los mejores resultados teóricos y metodológicos conseguidos por las ciencias sociales” para “reactualizar los esquemas operativos” que habilitaran la comprensión ética de la praxis (p. 6).

¿Cómo podía llevarse adelante esta articulación entre esquemas de comprensión filosóficos y análisis sociológico? Para construir el campo de problemas Pasquali tomaba como punto de partida los planteos de Horkheimer y Adorno en *Dialettica dell'illuminismo* y de Marcuse en *El hombre unidimensional*. Recuperaba el “diagnóstico cultural” realizado por Horkheimer y Adorno en tanto permitía dar cuenta de la creciente incapacidad del sujeto de “pensar el pensamiento”, de la “pérdida de conciencia” autorreflexiva en un contexto de “dirigismo social ejercido mediante el control de los canales de comunicación masiva” impuesto por el “iluminismo”. Este no asumía las formas del “despotismo armado” sino que se configuraba a través del *condicionamiento* llevado adelante por “la clase dominante” al rechazar aquellas ideas, aspiraciones y objetivos que trascendieran el universo constituido (p. 6, destacado en el original).

Este “dramático” cuadro social llevaba a Pasquali a distanciarse —en consonancia con los frankfurtianos— del “entusiasmo de Marx por la aguda conciencia del proletariado” para romper con su propia alienación. Pasquali afirmaba, al respecto, que la alienación social tendía a hacerse inconsciente en el alienado (p. 6). Situar el problema en estos términos le permitía afirmar que la “imposibilidad de dudar” en el sujeto contemporáneo era un “síntoma definitivo de la parálisis de la razón dialéctica”. El “estado especial del hombre alienado” lo llevaba a cerrarse a toda influencia crítico-negativa de lo existente volviéndolo “incomunicable”. En este marco, el intelectual tenía que asumir la “urgente” tarea de emprender desde la filosofía de la práctica un *replanteo de las categorías relacionales*, revisar los modos habituales de referirse a los problemas sociales contemporáneos (p. 7, destacado en el original).

El replanteo conceptual hacía referencia a la “tabla kantiana de las categorías” que el propio Pasquali había tomado —en diálogo con Wright Mills— para elaborar la analogía entre comunicación y comunidad desarrollada en *Comunicación y cultura de masas*. En este sentido, consideramos que cuando Pasquali en su ponencia planteaba si acaso la reflexión filosófica de Kant seguía siendo útil para la comprensión de la “reificación, [la] sociedad industrial avanzada, [la] planificación y [el] control”, no estaba haciendo otra cosa que *replantear* sus propios esquemas de comprensión utilizados en

*Comunicación y cultura de masas*. Las elaboraciones de Adorno, Horkheimer y Marcuse produjeron no sólo una desestabilización sino una *ruptura* con sus propias fundamentaciones teórico-filosóficas que habían servido en 1964 para producir “un sistema categorial de la relación” que pudiera explicar los procesos comunicacionales (Pasquali, 1964b, p. 8). Como veremos en el pasaje siguiente, la incorporación de algunas ideas de estos filósofos alemanes en su marco de interpretación, constituyó además, la condición de posibilidad de una clave de lectura desde la cual analizar las novedades teóricas que llegaban al campo intelectual venezolano.

### **Recepción de McLuhan desde el prisma frankfurtiano**

Como vimos, la revista *Imagen* motorizó la renovación y actualización teórica y estética en las artes plásticas, el cine como en la literatura, y se ocupó además de la filosofía y el pensamiento contemporáneo. En la publicación se escribieron artículos y reseñas sobre Marcuse, y en menor medida sobre Louis Althusser, Sartre y Roland Barthes. A las manos de la revista dirigida por Sucre había llegado, también, la primera edición de *Understanding Media* de Marshall McLuhan, que implicó una pronta lectura de Pasquali que fue sintetizada en una reseña crítica publicada bajo el sugestivo título “Marshall McLuhan o la ideología represiva” (Pasquali, 1968c).

Dicho artículo se iniciaba con una reflexión sobre *El hombre unidimensional*. Si Marcuse, sostenía Pasquali, era representante del pensamiento “negativo” enraizado en Hegel, Marx, Freud, Lukács y Mannheim, “filtrados por la Escuela Sociológica de Frankfurt”, el pensamiento “positivo” de McLuhan “era una franca ideología”: sus ideas eran representaciones “falsas” que respaldaban al orden predominante (p. 17). La lectura de McLuhan a contraluz de las reflexiones de Marcuse situaba la crítica de Pasquali en una dimensión teórico-política e inscribía a la producción teórica del escritor canadiense como “breviario ideológico del pensamiento conservador” (p. 17). De aquí que el artículo se proponía “desarmar algunas piezas fundamentales del aparato ideológico de McLuhan” y poner al descubierto las representaciones que justificaban “el papel de la industria cultural en la civilización del bienestar” (p. 17).

Desde esta posición teórico-política la crítica de Pasquali se situaba en los “aspectos centrales” del esquema teórico de McLuhan. Dichos aspectos eran tres: la “desaparición” del concepto de “masa”, la neutralización del concepto de “medium” y el desinterés por la pregunta acerca del “uso” de los medios. El concepto de “masa” era central —según el teórico venezolano— para explicar los medios de comunicación: “era

el componente sociológico que le otorgaba fuerza y sentido” y permitía pensarlos en su inscripción y rol en la sociedad. Quitarle la *función* masificante otorgada por Horkheimer y Adorno a la industria cultural, era una “hábil operación quirúrgica” que desplazaba su sentido crítico (p. 16, destacado en el original). Tras la lectura de *Dialettica dell'illuminismo*, Pasquali entendía que en la sociedad de clases los medios masivos cumplían una tarea fundamental como forma de distraer a los trabajadores en su tiempo libre, es decir, en el tiempo de ocio determinado por el tiempo de trabajo. Pasquali planteaba que al quitarle este espesor, McLuhan se inscribía en una trama de conceptualizaciones y formulaciones que sustituían a los medios masivos por nominaciones como “comunicación colectiva”, “comunicación social” o “simplemente medios de comunicación”, que devenían en un “esencialismo tecnológico” al que ya no podían “aplicarse esquemas éticos, políticos, sociológicos y económicos” (p. 16).

Esas “reformulaciones” conducían a Pasquali a entender que McLuhan pretendía, con el concepto de “medium”, una “neutralización” y naturalización del concepto de los medios masivos. Con la acepción como *simple aparato o extensión de la subjetividad psicofísica* —seguía Pasquali— McLuhan invalidaba los análisis de “fuentes, modos y efectos del mensaje” que se fundamentaban en la *comprensión de la carga significativa e intencional de los contenidos* (p. 17, destacado en el original). En una dirección contraria al proyecto teórico del autor canadiense, los “significados”, la “influencia”, la concentración del mercado televisivo y el rol político de los medios, trazaban el mapa de problemas de investigación en comunicación masiva en el campo académico e intelectual venezolano, y también en las problematizaciones que se llevaban adelante en los encuentros organizados por CIESPAL<sup>91</sup>. Justamente la pregunta por el uso de los medios, que según Pasquali se volvía “insignificante” en “la obra del católico McLuhan”, volvía inteligibles los procesos de masificación cultural orientados ideológica y políticamente por las clases dominantes (p. 17).

En términos políticos, el teórico venezolano acusaba a *Understanding Media* de ser “un episodio típico y perfectamente clasificable de elaboración ideológica” —en el sentido de Mannheim— cuyo propósito “fundamental” era liquidar el discurso sociológico sobre control, contenido y efectos del mensaje difundido por medios masivos. El pensamiento de McLuhan en tanto “profeta del naturalismo”, como “ideólogo de la

---

<sup>91</sup>Por ejemplo, las conclusiones a las que se arribaron en 1966 en el VII Curso Internacional de Perfeccionamiento en Ciencias de la Información Colectiva de CIESPAL. Ver pp. 40-42 del documento ya citado (1966, CIESPAL).

conservación”, finalizaba, podía llenar de “regocijo a la Asociación Interamericana de Radiodifusión y a los publicistas” porque era una teoría que justificaba ideológicamente las estrategias de los “gerenciales de la comunicación” (p. 18).

La lectura que Pasquali realizó del autor de *Understanding Media* era sintomática de las condiciones de producción de conocimiento en comunicación y medios para una franja de la intelectualidad venezolana. Estas no podían ser más hostiles para el teórico canadiense. Si el “problema político de los medios masivos” había ido *in crescendo* con el correr de los años sesenta, lo fue en equivalente proporción el posicionamiento crítico frente a la masificación de la cultura y los efectos por ella producida. Como vimos anteriormente, los trabajos e investigaciones publicadas entre 1964 y 1968, pretendían dar cuenta de cómo los medios influían política e ideológicamente en la sociedad. Esa continuidad en el modo de pensar la relación entre medios de comunicación, cultura y política, se vio *radicalizada* con la incorporación de algunas reflexiones de la Escuela de Frankfurt. En la interpretación que Pasquali hizo de McLuhan, consideramos, se lee el modo en que esa deriva colectiva se inscribió en su propia formación e itinerario intelectual.

### **La teoría crítica en clave “comunicacional”**

Las reconfiguraciones del campo académico e intelectual venezolano hacia finales de los sesenta, se produjeron en un marco de intensos movimientos culturales que tuvieron dos importantes polos de tracción. Por un lado, la consolidación de la industria editorial local con la fundación de la empresa estatal Monte Ávila en julio de 1968, creada por el INCIBA, cuyo primer director fue Benito Milla. En una entrevista en *Imagen* en octubre de 1969, Milla celebraba haber llegado a los “150 títulos editados en 15 meses” desde su puesta en funcionamiento. Milla planteaba que se “debían intercambiar conocimientos de esfuerzos para que la aventura del libro en América Latina” contribuyera al “proceso de liberación espiritual y mental y al desarrollo económico y técnico de los países del continente” (s/f, 1969, p. 6). Para cumplir con tal objetivo, los 150 títulos editados hacia 1969 reunían “obras nacionales y extranjeras de reconocido prestigio”. Entre los autores publicados se encontraban Juan Carlos Onetti, Martin Heidegger, Malcolm Lowry, Salvador Garmendia, Federico Riu, Juan Liscano, Adolfo Bioy Casares y Raymond Aron.

En 1969, además, Monte Ávila publicó la compilación *Industria cultural y sociedad de masas*, compuesta por artículos de Daniel Bell, Dwight MacDonald, Edward

Shills, Adorno, Horkheimer, Paul Lazarsfeld y Robert Merton. De Adorno publicó *Intervenciones. Nueve modelos de crítica* (1969) y *Sobre la metacrítica de la teoría del conocimiento* (1970). Monte Ávila no sólo se revelaba como un dispositivo importante en la tarea de traducción y edición de obras extranjeras, sino también como institución clave para la visibilización y profesionalización de los escritores locales que podían firmar contratos con una empresa que tenía como horizonte el mercado cultural de la región (Di Prisco, 2012).

Otro de los polos de tracción de este proceso de cambio fue el *movimiento de renovación universitaria* que, como dijimos, buscaba replantear la relación entre el saber y la política, y establecía una crítica en planos más amplios respecto a los marcos de comprensión de la realidad social, específicamente al funcionalismo y al empirismo norteamericano. En este punto, Negrón (2005) sostiene que entonces se produjo una apertura a diversas matrices que, si bien eran de corte mas o menos de izquierda, se presentaban como una crítica al llamado “marxismo tradicional-ortodoxo”. Esto habilitó, sostiene Negrón, a que empezaran a llegar —vía las nuevas generaciones de posgraduados en Europa—, trabajos de Jürgen Habermas, *Las palabras y las cosas* de Michel Foucault y la “visión neomarxista” expresada por Althusser con *Para leer el Capital* y *La revolución teórica de Marx* (p. 88).

La renovación generó transformaciones internas en toda la universidad. En el caso de la Escuela de Periodismo, se planteó, a la luz de las discusiones que se estaban dando, que se debía cambiar el nombre de la institución y denominarse Escuela de Comunicación Social (AAVV, 1987, pp. 91-93). Las autoridades justificaban este cambio porque el nuevo plan trabajaba “distintas ramas de la Comunicación Social” que no eran “actividades específicamente periodísticas” y propusieron extender la carrera a cinco años. La implementación del nuevo plan respondía a las necesidades de revisar la “función de la escuela” en relación con las “recomendaciones” de CIESPAL en torno a la “diversidad de funciones del Periodismo”, la vinculación de la enseñanza con la actualidad económica, social y cultural y la interpretación más *comprehensiva* de los hechos “noticiosos” como productos “psico-sociales” y “culturales”. En dicho programa de la Universidad Central de Venezuela aparecían nuevas asignaturas como “Introducción a la Ciencia Social”, “Economía Política”, “Historia de la Cultura” y “Semiología” (p. 96-103, destacado en el original). Este proceso que atravesó la Universidad Central se dio de forma complementaria a otras escuelas, como la de Zulia, y se puede afirmar que fue un punto alto del proceso de *institucionalización* de las redes de investigación que venían

tejiéndose desde mediados de los sesenta.

Estas condiciones específicas de finales de los años sesenta configuraron un contexto importante de interpretaciones, traducciones y circulación de textos de la Escuela de Frankfurt en América Latina<sup>92</sup>. Uno de los polos clave se situó en Argentina y se expresó desde el proyecto cultural articulado en torno a la revista *Los Libros*. La revista, dirigida entonces por Héctor Schmucler, publicó artículos y/o publicidad sobre obras de la Escuela de Frankfurt de forma ininterrumpida a lo largo de sus primeros 10 números entre julio de 1969 y agosto de 1970.

En ese marco y tras un acuerdo con la editorial Monte Ávila —a través de su amigo Juan Liscano— se reeditó en 1972 *Comunicación y cultura de masas*, cuyo prefacio fue escrito por Pasquali en 1970. Allí planteó en líneas generales *qué* de la teoría crítica podía ser pensado en clave “comunicacional”, cómo se incorporaba a ésta la “sociología de la comunicación”. Al mismo tiempo, respondía de forma diferida a las críticas que había recibido de parte de la “izquierda” por el uso del concepto de “masa” en la primera edición del libro.

En dicho texto, el teórico venezolano planteaba que entre la primera y la segunda edición de su trabajo, “demasiadas novedades teóricas, demasiados aportes capitales” habían “recibido la filosofía social y la sociología de las comunicaciones” como “para no sentir” los límites de un escrito “nacido” antes de esos aportes (Pasquali, [1970] 1972, p. 13). De hecho, sostenía Pasquali, acceder a ciertos trabajos en 1964 le “hubieran impuesto un más complejo y articulado planteamiento del problema”. Por eso —y si bien *no lo hizo*— la “parte teórica” del trabajo merecía ser “desmantelada” (p. 13).

El carácter “heterodoxo” y “hereje” del pensamiento de Frankfurt, afirmaba Pasquali, era la única “esperanza” para imaginar y forjar “nuevas y concretas utopías”, en relación con un “marxismo vulgar y académico” que no tenía nada “que decir sobre las nuevas formas culturales de la alienación”. De este modo Pasquali intervenía en el debate de la intelectualidad de izquierda venezolana respecto a la necesidad de actualizar los marcos interpretativos y de abandonar el “marxismo vulgar”. Criticaba a las “organizaciones oficiales de izquierda” —haciendo referencia el PCV en el que militaba Mujica— que en América Latina no habían emprendido una campaña crítica “contra la omnipotente industria cultural privada” (p. 19). Era desde esas posiciones “ortodoxas y dogmáticas”, seguía Pasquali, que habían criticado a *Comunicación y cultura de masas*

---

<sup>92</sup>Sobre la proliferación de publicaciones de distintos autores de la Escuela de Frankfurt en América Latina hacia los años sesenta, ver Entel, Gerzovich y Lenarduzzi ([1999] 2005, p. 208).

por “una utilización aristocratizante” del concepto de “masa”. El teórico venezolano argumentaba que lejos de intentar definir tal concepto, su trabajo se preguntaba por el “proceso de masificación” y reafirmaba que los “horrores sobre nuestro mundo no son obra de las masas, sino de todo aquello y de todo quienes se sirven de las masas, principalmente después de haberlas creado” (p. 19).

Para pensar el “proceso de masificación” se volvían necesarias las reflexiones de Frankfurt, aun cuando salvo en “textos menores”, no le habían “concedido una real prioridad” a las comunicaciones masivas. Al respecto, sostenía, quien los “haya leído en clave de 'comunicación’”, habría constatado el “renovado trasfondo conceptual que ofrece la teoría crítica a un análisis de la información social”. Fundamentalmente el concepto de “industria cultural” permitía analizar cómo las grandes empresas “intervenían la cultura” para mantener las relaciones sociales y perpetuar “los principios de realidad”. En este marco, “los medios masivos” eran “la punta de lanza de una tecnología” que era la “expresión suprema de la razón instrumental y represiva” (p. 29).

Esta entrada analítica para pensar los medios masivos desde algunas conceptualizaciones de la Escuela de Frankfurt, y producto de la consolidación de la producción, circulación e intercambio de estudios que abordaban la relación cultura y comunicación, encontró rápidamente agentes que se vieron interpelados a producir investigaciones desde un posicionamiento teórico similar. Ejemplo de ello fue que también en 1970, se publicó en Venezuela *La plusvalía ideológica* (EBUC) de Ludovico Silva, que según el testimonio retrospectivo de Pasquali, había sido uno de sus más “brillantes alumnos” en la Escuela de Filosofía<sup>93</sup>.

La problemática que Silva se proponía indagar giraba en torno al concepto de “ideología”, y por ello consideraba que la “acumulación del capital ideológico” era operada por la “industria cultural” en los términos adoptados por Adorno ([1970] 1977, p. 225). Silva afirmaba que no era de “extrañar que el ensayista venezolano” que más se había acercado a lo que él denominaba “plusvalía ideológica” fuera Pasquali, el “único”

---

<sup>93</sup>Entrevistado por el autor, 15 de febrero de 2015, Caracas, Venezuela. Si bien Pasquali no recordaba la materia en la que lo había tenido como alumno, podemos conjeturarlo a partir de una referencia que hace Silva en su trabajo *Teoría y práctica de la ideología* ([1971] 1978). En uno de los capítulos, Silva analiza críticamente las conceptualizaciones de Karl Mannheim en torno a la ideología y a la utopía, y recupera una “sugerencia” realizada por Pasquali en el curso “El pensamiento utópico” de la cátedra de Ética de la Escuela de Filosofía de la UCV, correspondiente al año lectivo 1969-1970. Según Silva, Pasquali sugería que algunas reflexiones de Mannheim en torno a la *utopía concreta* podían rastrearse en los fundamentos filosóficos de autores “tan distintos como Nicolai Hartmann y Hans Vaihinger” (p. 92, destacado en el original). La referencia de Silva al curso dictado por Pasquali es verosímil en cuanto a que, como vimos anteriormente, el autor de *El aparato singular* había ascendido al cargo de docente titular de la cátedra de Ética en octubre de 1967.

que le había dedicado “serios ensayos al análisis de la industria ideológica por excelencia: la televisión”<sup>94</sup>. Sostenía que *El aparato singular* era un trabajo que presentaba “los elementos analíticos necesarios para una aplicación del concepto de *plusvalía ideológica* a un medio subdesarrollado como Venezuela” ([1970] 1977, p. 230, destacado en el original). En *Teoría y práctica de la ideología*, Silva afirmaba que la potencialidad del análisis de Pasquali residía en que había dejado en evidencia que la televisión venezolana era “una agencia local de intereses extranjeros” que no se limitaban ideológica y económicamente a los “mensajes comerciales” sino que atravesaba “la totalidad de nuestra televisión” ([1971] 1978, p. 191).

La producción y circulación de estos trabajos se dio en el marco, además, de los primeros intentos de organizar encuentros de investigadores de la comunicación, cristalizados finalmente en Maracaibo en junio de 1970. En el Primer Encuentro de Investigadores de la Comunicación Colectiva, se planteó la necesidad de difundir estudios y la prioridad de establecer agendas de investigación. En este sentido, afirma Aguirre (1996, p. 51), las preguntas se desplazaban desde la crítica a las funciones que cumplían los medios de comunicación de masas hacia las condiciones que posibilitaban su contribución al desarrollo social y a la emancipación política. El cruce entre crítica teórica y praxis política se formulaba en consonancia con unas tramas regionales en las que los estudios sobre comunicación, medios y cultura, se inscribían en un amplio “movimiento crítico y revitalizador de las ciencias sociales” (Sánchez Ruiz, 1992, p. 19).

### **Circulación de Pasquali en las redes latinoamericanas**

La obra de Pasquali comenzó a circular fuera de Venezuela a partir de la edición de sus trabajos en Monte Ávila. Tanto *El aparato singular* pero fundamentalmente la segunda edición de *Comunicación y cultura de masas* (1972), habilitaron a que la figura

---

<sup>94</sup> Las posiciones teóricas de Ludovico Silva merecen un análisis específico que desborda largamente los objetivos de esta tesis. De todos modos, al menos destacaremos que las reflexiones de Silva si bien recuperan los trabajos de Pasquali, se sitúan al interior de una matriz interpretativa marxista, que en Pasquali era en todo caso mediada fundamentalmente —pero no solamente—, por las referencias a Sartre y a la Escuela de Frankfurt. Por otro lado, podemos afirmar que allí donde Pasquali sugería pensar en términos de subdesarrollo, Silva lo hacía en términos de dependencia, estableciendo así una clara diferencia teórica. Para Silva, los medios de comunicación, al interior de la industria cultural —que él propone llamar “industria ideológica”—, ocupaban un lugar clave en la reproducción de las condiciones de dependencia en los países de la región. Además, y esta será una de sus propuestas clave, la producción industrial de ideología era el mecanismo de construcción de la dominación por parte de las metrópolis. Sobre el concepto de “plusvalía ideológica”, ver sus trabajos ya citados, *La plusvalía ideológica y Teoría y práctica de la ideología*. Para un análisis y reflexión sobre la obra de Silva, remitimos a Ramírez, 1981; Morán Beltrán y León del Río, 2008, y Guzmán de Silva, 2014.

del teórico venezolano se asociara con las reflexiones filosóficas de la Escuela de Frankfurt, en un contexto de emergencia de la comunicación y los medios como problema teórico y político.

Los procesos de configuración a escala local de redes de estudios en comunicación que potenciaron la formación de espacios de investigación no deben desconectarse de una serie de marcos regionales. En abril de 1969, por ejemplo, la CEPAL había organizado en Lima su decimotercer período de sesiones en el que, entre otras cuestiones, se problematizaban los “efectos sociales y culturales de la televisión” que “acondicionaban” al consumidor “frente a toda la gama de nuevos bienes y estilos de vida”<sup>95</sup>. En el mismo documento, se acentuaba la “bajísima” programación de origen nacional debido a que “la mayor parte de los programas” estaba “constituida por seriales y películas importadas” (CEPAL, 1969, p. 104). Las problematizaciones en torno a la comunicación, los medios y la cultura, fueron surgiendo lateralmente en otros polos, como Chile, Argentina, Brasil y Ecuador.

La Dirección de la Escuela de Comunicación Social de la UCV se había propuesto reorganizar el Instituto de Investigaciones de Prensa que hacia 1970 se encontraba “paralizado”<sup>96</sup>. Para tal fin, la Escuela había comenzado a trazar puentes transnacionales con diversos objetivos: con la Universidad de Wisconsin y el Instituto Francés de Prensa, para solicitar información sobre “institutos análogos”. Con el “Consortio de Universidades del Midwest de EEUU”, y otras universidades como las de Cornell, Harvard, Columbia, Michigan y New York, para el envío de profesores que dictasen “cursos de especialización sobre Investigación”. En el mismo informe se planteaba que tenían lazos con el profesor José Marques de Melo, de la Escola de Comunicações e Artes de la Universidad de São Paulo. Fue a partir de estos diálogos que la Escola de Comunicações e Artes editó y tradujo al portugués *El aparato singular*, publicado como *Análise de um dia de televisão em Caracas* (Pasquali, 1970).

Este proceso de formación de una red académica se dio de manera paralela a la incorporación de Pasquali al plantel de escritores de Monte Ávila. La editorial, con una estructura de circulación regional, fue estableciendo acuerdos de publicidad con distintas publicaciones de América Latina, como la revista *Los Libros*, de Buenos Aires. Ese

---

<sup>95</sup> El informe de la CEPAL fue publicado bajo el título *El cambio social y la política de desarrollo social en América Latina* (Naciones Unidas, Nueva York, 1969).

<sup>96</sup> “Iniciativas particulares”, 4 de febrero de 1970, expediente “Pasquali Greco, Antonio Arnaldo”, período “A”, clasificación “D. 67”. Archivo histórico de la Facultad de Humanidades y Educación (UCV).

proceso, sostiene de José Luis Diego ([2001] 2014, p. 93), se produjo en un momento de “latinoamericanización” de la revista argentina, que más como una “necesidad económica” que un “imperativo ideológico”, empezó a contar con auspicios de importantes editoriales mexicanas, venezolanas, chilenas y argentinas, desarrollando un “eficiente sistema de distribución”. En ese nuevo sistema de auspicios empezaron a publicarse en *Los Libros* novedades tanto de Monte Ávila como de la editorial universitaria EBUC. Al mismo tiempo, desde el n° 8, *Los Libros* comenzó a ser distribuida en Venezuela por Monte Ávila y contaba con la corresponsalía del escritor y poeta Adriano González León. La primera aparición de Pasquali en la revista se dio en el n° 9 de julio de 1970, con la publicidad de *La moral de Epicuro* (1970), el primero de sus escritos editado por Monte Ávila. La revista acompañaba con unas breves líneas descriptivas los datos de la publicación, donde afirmaba que el libro era una “guía introductoria para el estudio de la moral de Epicuro” (s/f, 1970, p. 34)<sup>97</sup>.

A diferencia de la revista *Los Libros*, el proyecto “latinoamericano” de EBUC tenía una clara vocación político-cultural: se pretendía “redimensionar” la “imagen” de América Latina que habían producido “teorías antropológicas caprichosas e intencionalmente deformadas”. Este proyecto de construcción de una imagen alternativa de lo latinoamericano tenía que ser “fiel” a sus procesos históricos, es decir, debía estar orientada por una “personalidad” que cuestionara las ideas dominantes que circulaban acerca de América Latina (s/f, 1970, p. 23). En ese marco, *Comunicación y cultura de masas*, según el catálogo de los trabajos promovidos por la editorial<sup>98</sup>, era ubicado entre los estudios que encarnaban ese espíritu intelectual renovador y representativo de las nuevas inquietudes críticas latinoamericanas.

En el n° 11 de *Los Libros*, la editorial EBUC presentaba *Comunicación y cultura de masas*, y planteaba que era uno de los “primeros aportes latinoamericanos a la Teoría de la Comunicación” que edificaba “un nuevo sistema categorial” de la comunicación a “escala sociológica”. Las conclusiones de Pasquali, seguía el texto, buscaban “crear en la opinión pública el deseo concreto de una reforma” que fuera capaz de “devolver a los medios de masas y al público” la “dignidad perdida por el más desenfrenado

---

<sup>97</sup>Dicho material era parte de un “proyecto inconcluso de un manual de ética clásica” para la universidad. Pasquali, Antonio. Correspondencia con el autor, 3 de mayo de 2016.

<sup>98</sup> Entre los trabajos que promovía la editorial se encontraban: de Sergio Bagú *Evolución histórica de la estratificación social en la Argentina*, de Hugo Calello *Ciencia social y revolución en Latinoamérica*, de Leo Huberman y otros *La economía cubana*, de Ludovico Silva *La plusvalía ideológica*, y de Darcy Ribeiro, *La universidad latinoamericana*. Información construida a partir de la publicidad de la editorial en la revista *Los Libros*. Ver imagen de la página siguiente.

mercantilismo" (s/f, 1970, p. 23).

## ediciones de la universidad central de venezuela

Antonio Pesenti, *Lecciones de economía política*.  
Antonio Pesenti, profesor de Economía Política en la Universidad de Píssa, vuelca su experiencia política (diputado por el Partido Comunista) y científica en esta obra que ha surgido de una constante relación con sus alumnos. Afrontar los problemas relativos al método de la Economía Política y esclarecer la confusión que reina al respecto constituye el núcleo de estas "lecciones".

Pero el propósito del libro va más allá: se intenta, quizá por primera vez, estudiar las categorías de la economía política marxista en contraposición objetiva a las categorías de la economía burguesa, con el fin de poner de relieve los aspectos más resaltantes de unas y de otras y enmarcar históricamente su validez. Se determinan las relaciones que deben establecerse entre economía marxista y economía burguesa y se especifican los aportes y límites de ésta, así como las posibilidades de análisis que proporciona la primera. Un elemento se mantiene constante a lo largo de las 400 páginas de esta obra: la necesidad de estudiar las teorías económicas teniendo presente su desarrollo histórico. El capítulo sobre la renta se ofrece como excelente demostración del método.

Antonio Pasquali, *Comunicación y cultura de masas*.  
Uno de los primeros aportes latinoamericanos a la Teoría de la Comunicación, el libro de Antonio Pasquali (profesor en la Universidad Central de Venezuela) presenta claramente un doble aspecto que presupone dos categorías de lectores: el especialista —en teoría de la comunicación, el educador o el sociólogo— por un lado, y el gran público por otro. Ambos "mensajes" tienen un objeto único: el auge de los procesos artificiales de comunicación en sus vertientes teórica y práctica.

### REDIMENSIONAMIENTO DE LA IMAGEN DE AMERICA LATINA

En la medida en que Hispanoamérica se imponga una definición social y cultural, para apuntar sólo dos de los tantos aspectos de su responsabilidad actual, la actividad editorial es uno de los factores de mayor significación y trascendencia, que permitirán redimensionar la imagen que se ha intentado imponer sobre la base de teorías antropológicas un tanto caprichosas e intencionalmente deformadas.

En este orden de ideas, la incorporación de Venezuela al conjunto de países productores de libros, le ha permitido agregar su propia voz, directamente y no a través del generoso préstamo, lo cual no puede dejar de señalarse como un hecho de singular relevancia.

Correspondió a la Universidad Central de Venezuela, inicialmente a través de las Ediciones de la Biblioteca, ocupar el primer lugar en esa incorporación, cuyo objetivo orientador se fundamentó siempre en la búsqueda de una personalidad cuestionadora fiel a los postulados de la Institución.

Hacer llegar ese pensamiento y esa actitud a todos los países de habla hispana es la tarea en la que está empeñada actualmente.

### ALGUNOS TITULOS DE RECIENTE APARICION

Sergio Bagú  
EVOLUCIÓN HISTÓRICA DE LA ESTRATIFICACIÓN SOCIAL EN LA ARGENTINA

Hugo Calello  
CIENCIA SOCIAL Y REVOLUCIÓN EN LATINOAMÉRICA

Leo Huberman y otros  
LA ECONOMÍA CUBANA

D. F. Maza Zavala  
EXPLOSION DEMOGRÁFICA Y CRECIMIENTO ECONÓMICO

Salvador de la Plaza  
DESARROLLO ECONÓMICO E INDUSTRIAS BÁSICAS

Rodolfo Quintero  
EL HOMBRE Y LA GUERRA

Ludovico Silva  
LA PLUSVALÍA IDEOLÓGICA

Pío Baldelli  
COMUNICACIÓN AUDIOVISUAL Y EDUCACIÓN

Jesualdo  
PEDAGOGÍA DE LA EXPRESIÓN

Juan David García Bacca  
CURSO SISTEMÁTICO DE FILOSOFÍA ACTUAL

Alexis Márquez Rodríguez  
LA OBRA NARRATIVA DE ALEJO CARPENTIER

Angel Rosemblat  
LÉNGUA LITERARIA Y LENGUA POPULAR EN AMÉRICA

René Wellek  
CONCEPTOS DE CRÍTICA LITERARIA

Eieazar Díaz Rangel  
PUEBLOS SUBINFORMADOS

Guido Aristarco  
LA DISOLUCIÓN DE LA RAZÓN (Discurso sobre el cine)

Antonio Pasquali  
COMUNICACIÓN Y CULTURA DE MASAS (2da. ed.)

Franco Fortini  
LOS PODERES CULTURALES

Darcy Ribeiro  
LA UNIVERSIDAD LATINOAMERICANA

En el aspecto teórico, el autor sugiere la posibilidad de edificar un nuevo sistema categorial de la relación a escala sociológica, que incorpore los conceptos forjados por la ciencia cibernética y de la información. En el aspecto práctico presenta las estadísticas destinadas a cuantificar por primera vez, y con métodos modernos, la realidad comunicacional de una sociedad culturalmente subdesarrollada como la venezolana.

Las conclusiones que Pasquali desprende de su estudio, lo llevan no sólo a postular nuevas investigaciones, sino a crear en la opinión pública el deseo concreto de una reforma audaz, capaz de devolver a los medios de masas y al público receptor la dignidad perdida en aras del más desenfadado mercantilismo.

Guido Aristarco, *La disolución de la razón*. Discurso sobre el cine.

Este libro sobre el cine es la obra de un humanista, el cual observa la forma más moderna de expresión de nuestra civilización a través del prisma de la cultura

para leer los componentes emotivos e ideológicos y las relaciones entre este nuevo lenguaje y las otras artes. En sustancia, con esta investigación el autor quiere responder a una pregunta que el espectador más distraído se hace sólo cuando está frente a las obras de cine de indiscutible valor artístico, ignorando que esa pregunta vale para cualquier tipo de película, desde el "western" hasta el de evasión.

Aristarco articula su obra tomando como punto de referencia a Chaplin y el dilema "corazón o mente", John Ford y la literatura norteamericana de la crisis, el problema indio y negro, la mujer degradada a objeto. En la parte dedicada a Europa se analiza el cine de la Alemania nazi, las tentativas de libertad en España (Bardem, Buñuel), la "nouvelle vague" y las experiencias vanguardistas de Resnais y Robbe-Grillet, así como los subproductos de Cluzot y la soledad ontológica de Dreyer y Bergman.



LOS LIBROS, Septiembre de 197023

Publicidad de EBUC y reseña de *Comunicación y cultura de masas*. Revista *Los Libros*, n° 11, septiembre de 1970.

En paralelo, el investigador Jesús Manuel Martínez (1970) publicó el artículo “Para entender los medios: medios de comunicación y relaciones sociales” en el n° 5 de la revista *Cuadernos de la Realidad Nacional*<sup>99</sup> de la Universidad Católica de Chile, en el que recuperaba elaboraciones de Pasquali. Martínez se proponía revelar el carácter burgués de los medios y las “deformaciones” que debían “evitarse en la construcción del socialismo” (p. 185). En el marco de los procesos de “información y masificación”, Martínez citaba de Pasquali el artículo “Sobre algunas implicaciones dialécticas entre información y cultura de masas” (1964). Desde una clave marxista —no trabajada por Pasquali en ese texto—, se afirmaba que el control ejercido por la clase dominante sobre los medios reducía “al silencio a la clase explotada” (p. 176).

Para 1972, Armand Mattelart incorporaba aspectos planteados en *Comunicación y cultura de masas* en su trabajo *Agresión desde el espacio. Cultura y napalm en la era de los satélites* ([1972] 1975). En el capítulo dedicado a la “planetarización de la cultura de masas”, Mattelart analizaba la inversión norteamericana en la publicidad de radio, diario y televisión a nivel regional. Para la construcción de la situación en Venezuela, el investigador recurría a los datos “del estudio realizado por Antonio Pasquali”, citando la segunda edición de *Comunicación y cultura de masas* (p. 143).

Como parte de esta trama regional y como organismo con fuerte anclaje en el sur del continente, desde Quito CIESPAL lanzó entonces el primer número de la revista *Chasqui*. El centro destacaba la labor de los investigadores que *sin intervención* de la institución habían realizado importantes trabajos, como Mattelart, Pasquali, Marques de Melo y Gutiérrez (Córdova, 1972, p. 24, el destacado nos pertenece). Más adelante, se planteaba que las elaboraciones de la institución no permitían “una apreciación de orden general con alguna validez para América Latina”, salvo trabajos muy valiosos como “el caso del profesor Pasquali” (p. 28).

La formación de espacios dedicados a los estudios de comunicación en América Latina, fue consolidando la circulación de obras que permitieron un mayor intercambio de reflexiones e investigaciones dedicadas a la relación entre medios masivos, cultura y política. En esta trama de intercambio editorial, la obra de Antonio Pasquali comenzó un proceso de circulación y reconocimiento a nivel regional.

---

<sup>99</sup>Para profundizar en el papel que tuvo el Centro de Estudios de la Realidad Nacional en los estudios de comunicación en América Latina, ver Zarowsky (2013, pp. 68-69).

\*\*\*

La pregunta ya no simplemente acerca de cuándo y qué, sino cómo leyó Antonio Pasquali algunas de las obras de los referentes de la Escuela de Frankfurt, nos permitió reconstruir a lo largo del capítulo, las redes de prácticas y de sociabilidad intelectual que organizaron los modos, históricamente situados, del acceso a ciertos textos como *Dialettica dell'illuminismo* de Horkheimer y Adorno, *El hombre unidimensional* de Marcuse o *Understanding Media* de McLuhan, entre otros. Para analizar cómo leyó Pasquali dichos textos, nos situamos en los dilemas que interpelaron a un sector de la intelectualidad caraqueña de finales de la década del sesenta.

El espacio social en el cual se han construido ciertas interpretaciones de Pasquali acerca de Frankfurt o de McLuhan, ha sido a menudo olvidado por las investigaciones en comunicación. Algunos estudios parecerían indicar relaciones “puras” e inmediatas entre las ideas desarrolladas en los textos y las interpretaciones que de ellas realizó el teórico venezolano sin interrogar las condiciones que hicieron posible tales lecturas.

Consideramos que trazar el mapa de dilemas que atravesó a una franja de la intelectualidad venezolana interpelada por los problemas vinculados a los medios masivos y a la producción cultural, permite dar cuenta de las condiciones a partir de las cuales algunas ideas fueron operativas para la crítica cultural y para imaginar otras relaciones entre la producción de conocimiento y la práctica política. Tópicos vinculados a la necesidad de construir regulaciones para el sector del campo de la cinematografía, el cual, entendía *Cine al día*, no sólo estaba controlado por la industria cultural norteamericana, sino que debía ser transformado para que comenzaran a circular films nacionales y latinoamericanos. Esto iba a permitir, primero, entender al cine como vehículo clave de la puesta en valor de la cultura nacional y, posteriormente, el grupo organizado alrededor de *Cine al día* comenzó a pensar al cine como espacio de encuentro y circulación de una cultura latinoamericana que debía luchar por su “liberación”.

En el caso de *Imagen*, se consolidó un movimiento intelectual de renovación teórica que estuvo abierto a la traducción de las nuevas tendencias literarias y filosóficas que favoreció la recepción de matrices interpretativas que estaban ausentes en el campo cultural venezolano. En un marco, además, de consolidación de una red nacional de intercambio de producciones vinculadas a la comunicación, la política y los medios masivos, de forma paralela a la intensa revisión teórica que, al interior del campo académico, traccionó el movimiento de renovación universitaria. Como vimos, fue un

proceso que transformó los programas de estudio, rejerarquizó los objetos de investigación, la titulación y la nominación de algunas escuelas, como fue el caso del pasaje de Escuela de Periodismo a Escuela de Comunicación Social en la Universidad Central de Venezuela.

Posteriormente, analizamos la constitución de una serie de vínculos institucionales transnacionales que facilitaron el movimiento de ideas en torno a la relación comunicación, política y cultura. En este sentido, la circulación de algunas obras de Pasquali se produjo a partir de distintas redes que operaron como estructuras relacionales de intercambio de ideas. Podríamos decir que se configuró una constelación urbana con nodos en Ciudad de México, Caracas, Quito, Santiago, Buenos Aires y São Paulo que, en su trazado, fue conformando el territorio material de circulación de autores e ideas.

La emergencia de espacios dedicados a la investigación vinculados a la comunicación, la cultura y la política —en el marco de específicas coyunturas nacionales—, la consolidación de redes editoriales que habilitaron una importante fluidez en la circulación de libros, y el establecimiento de convenios de intercambio entre formaciones culturales —entre *Imagen y Sur*, o *Los Libros* con Monte Ávila y EBUC, por ejemplo— generaron las condiciones propicias para que la obra y figura del filósofo venezolano comenzara un proceso de conocimiento y legitimación a escala transnacional. Entendemos, a partir de las reflexiones de Gustavo Sorá (2004 y 2017), que situar la obra de Pasquali en este marco más amplio nos permitió pensar la potencia de su circulación transnacional a partir de indagar la configuración del mercado editorial nacional, como una perspectiva que habilita a trazar los procesos de circulación de las ideas y no atomizar las elaboraciones de Pasquali de los procesos de producción cultural.

Ese reconocimiento por fuera de Venezuela, no obstante, tuvo la particularidad de anudar la figura de Pasquali a las reflexiones de la Escuela de Frankfurt. Fue un proceso que nos permite dar cuenta, siguiendo los análisis de Roger Chartier, cómo la organización editorial de la producción intelectual en relación con las “variaciones en las modalidades” de presentación de un texto, pueden modificar su “modos de interpretación” ([1992] 2005b, p. 31). Retomamos estas reflexiones para analizar el efecto generado por el prólogo que incorporó Pasquali a la segunda edición de *Comunicación y cultura de masas* (1972), como vimos, editada por Monte Ávila. Allí el teórico venezolano presentó una serie de problemáticas y —aun sin transformar las formulaciones teóricas de la primera edición— propuso ciertas claves de lectura “comunicacional” de la Escuela de Frankfurt. Esa operación interpretativa anexó ciertas

reflexiones de Adorno, Horkheimer y Marcuse al campo comunicacional, fundamentalmente las vinculadas al concepto de “industria cultural”. El proyecto de alcance regional de Monte Ávila fue clave en las condiciones de recepción y de producción por parte del campo académico de esa vinculación entre Pasquali y Frankfurt. Se fueron instituyendo, de ese modo, una serie de operaciones de lectura que tendieron a categorizar al pensamiento y a la obra del teórico venezolano, como un subproducto de las reflexiones frankfurtianas sobre la cultura y los medios masivos de comunicación, sin que ellas se incorporaran efectivamente a sus reflexiones teóricas.

## Capítulo IV

### Del instituto de investigación a las políticas estatales de comunicación (1973-1978)

El objetivo de este capítulo es analizar la participación de Pasquali en una diversidad de espacios institucionales —académicos, estatales e internacionales— que, interpelados por la relación entre comunicación y regulación del sistema de medios, fueron orientando la trayectoria intelectual y producción académica del teórico venezolano hacia la pregunta por las distintas modalidades de participación estatal en la producción cultural y comunicacional.

A principio de los años setenta, la Universidad Central de Venezuela aún estaba atravesando momentos de fuerte tensión interna y, para intentar controlar las demandas del movimiento de renovación universitaria, el gobierno nacional decidió intervenirla. El movimiento de renovación había logrado que algunas escuelas de la universidad reorientaran sus programas de estudio, titulación y nominación —como vimos, la Escuela de Periodismo pasó a denominarse Escuela de Comunicación Social—, como así también se incentivó a la fundación de espacios dedicados a la investigación en ciencias sociales.

En ese marco, en la Escuela de Comunicación Social se reorganizó el antiguo Instituto de Investigaciones de Prensa que, bajo la nueva dirección en manos de Pasquali, pasó a denominarse Instituto de Investigaciones de la Comunicación (IIC). Vamos a analizar dicho proceso de institucionalización de la investigación en comunicación para identificar qué matrices y perspectivas teóricas se instituyeron, qué objetos y tópicos se privilegiaban abordar, como así también las tradiciones que los miembros del nuevo instituto recuperaban para fundamentar la propuesta académica. Además de su horizonte programático, vamos a indagar qué vínculos y acuerdos se establecieron con otras instituciones universitarias regionales e internacionales como el Centre d'Etudes des Communications de Masse de Francia, el Centre for Mass Communications Research de la Universidad de Leicester en Inglaterra, la School of Journalism and Mass Communications de la Wisconsin University y la Escola de Comunicações e Artes de la Universidad de São Paulo. A través de esos acuerdos institucionales analizaremos los procesos de organización de espacios de intercambio de obras e ideas, que hayan habilitado una mayor fluidez y diálogo entre los distintos investigadores e intelectuales de la comunicación latinoamericanos y europeos.

A mediados de la década del setenta, Pasquali se incorporó casi simultáneamente como miembro del Consejo Nacional de Cultura (CONAC) del Estado nacional y como consultor internacional de la UNESCO en las reuniones de expertos de políticas de comunicación en América Latina. El CONAC fue promovido por el gobierno venezolano y desde allí se procuró formular regulaciones para el sistema de medios. Pasquali tuvo una intensa participación en dicho proceso como responsable del Comité de Radio y Televisión, espacio encargado de diseñar la nueva política de radiodifusión del Estado venezolano. Al mismo tiempo, sus vínculos con la UNESCO lo fueron conectando con debates y referentes internacionales vinculados a la promoción de políticas culturales y comunicacionales, como Luis Ramiro Beltrán y Elizabeth Fox. Nos interesa pensar las orientaciones específicas del proyecto de regulación estatal de medios en el que Pasquali participó, en relación con las experiencias regionales de promoción de políticas de comunicación en América Latina, como las que por entonces se estaban produciendo en Perú, Argentina y Chile.

Por otro lado, nos interesa analizar qué debates se suscitaron al interior del campo académico venezolano con la incorporación de un sector de los intelectuales —Antonio Pasquali, Oswaldo Capriles y Héctor Mujica, entre otros— a la formulación de políticas estatales de comunicación. Era un marco en el que, a escala local, se fueron consolidando las redes de investigadores nacionales con el II Encuentro de Investigadores de la Comunicación Colectiva que se organizó en la Universidad de Zulia en 1975 y, al año siguiente, con el III Encuentro Nacional de Investigadores de la Comunicación organizado por la Universidad Central de Venezuela. Eran tiempos, además, en los que se empezaban a discutir en Venezuela las modalidades de intervención del Estado en la vida cultural y social, producto de las emergentes dictaduras que comenzaban a gobernar el sur del continente americano. Además de vivirse con intensidad en los encuentros de investigadores en comunicación nacionales, esos intercambios y las polémicas se materializaron en las revistas especializadas en comunicación, como *Órbita*, *Comunicación* y en los cuadernos que el Instituto de Investigaciones de la Comunicación, dirigido por Pasquali, editó desde la Universidad Central, dedicados a las políticas de comunicación.

Fueron años de discusiones intelectuales sobre las preguntas que debían orientar los estudios en comunicación no solo en Venezuela, sino también en otros puntos de la región. Producto de su activa participación en los debates nacionales sobre la formulación de regulaciones estatales para el sistema de medios, la figura de Pasquali cobró mayor

visibilidad para una franja del campo académico e intelectual no solo venezolano. Por ello es que nos interesa indagar la circulación regional de su figura y obra, teniendo en cuenta no solo su participación en los espacios internacionales promovidos por la UNESCO, sino también si los diálogos académicos que se fueron gestando entre distintos puntos de la región —entre la Universidad Central con la Escola de Comunicações e Artes de la Universidad de São Paulo, por ejemplo— habilitaron una mayor circulación de su obra en América Latina.

### **Entre la gestión universitaria y las redes académicas de comunicación**

Entre 1970 y 1971 Pasquali pasó un año sabático en Italia. A su retorno se entrevistó con Félix Adams<sup>100</sup>, el decano interino de la Facultad de Humanidades y Educación de la Universidad Central de Venezuela. A un Pasquali alejado de la coyuntura académica, la nueva autoridad le comentó cuál era la situación institucional tras los efectos de la renovación universitaria —en términos de transformación de planes de estudio, reincorporación de docentes, nominaciones de carreras y titulaciones—, y le planteó que la única escuela que aún no había podido cerrar dicho proceso era la de Letras. Según el testimonio retrospectivo de Pasquali, dialogaron sobre la posibilidad de incorporar a un agente “distante” de la escuela, de modo que su posición e intereses no implicaran tensiones en la toma de decisiones que se tenían que llevar adelante. A la noche siguiente de la reunión, Adams se comunicó telefónicamente con él para ofrecerle el puesto de director de la Escuela de Letras<sup>101</sup>.

En 1972 Pasquali asumió como director en condiciones muy tensas<sup>102</sup>. Hacia 1971, una franja de la militancia universitaria liderada por un grupo de profesores y estudiantes nucleados en el Comité Revolucionario de Acción Estudiantil (CRAE), demandaba la incorporación de las “clases de menos recursos” y que la universidad estuviese mediada por los intereses de la sociedad y no “por motivaciones extranjeras” (Negrón, 2005, p. 108). Este movimiento llegó a su fin con la intervención de la universidad y la designación de nuevas autoridades, entre las que se encontraba Adams,

---

<sup>100</sup>Doctor en Pedagogía por la Universidad de La Habana en 1945, a su retorno a Venezuela comenzó a militar en el partido Acción Democrática. Desde mediados de la década del sesenta fue profesor de la UCV, hasta convertirse primero en director de la Escuela de Educación (UCV) entre 1971 y 1972, y luego decano en el período 1972-1975.

<sup>101</sup>Entrevistado por el autor, 16 de febrero de 2015, Caracas, Venezuela.

<sup>102</sup>Fue nombrado director el 8 de febrero de ese año. Notificación del nombramiento, 10 de febrero de 1972, expediente “Pasquali Greco, Antonio Arnaldo”, período “A”, clasificación “D.67”. Archivo histórico de la Facultad de Humanidades y Educación (UCV).

que venía de ser ministro de educación de la nación. Según el testimonio de Alfredo Chacón, el complejo lugar de Pasquali en dicho proceso —promoción a director en una escuela universitaria intervenida estatalmente— estuvo vinculado a la necesidad de establecer acuerdos y diálogos con profesores y alumnos del CRAE, en el marco general de “reordenamiento” institucional<sup>103</sup>.

La posición alcanzada por Pasquali al interior de la universidad —rol que ocupó durante casi dos años—, era privilegiada no sólo por el carácter político en términos de dirección y conducción de una escuela, sino como espacio que le sirvió para establecer *lazos estratégicos* con agentes internos y externos a la UCV. Como vimos en el capítulo anterior, por entonces se estaba reorganizando el Instituto de Investigaciones de Prensa de la UCV, para el cual se habían iniciado diálogos con espacios dedicados a la investigación en Europa, Estados Unidos y Brasil. En este sentido, para noviembre de 1972, una “comisión coordinadora” le informaba al decano de la Facultad de Humanidades y Educación, que el “antiguo” instituto estaba en “proceso de reorganización para convertirlo en el Instituto de Investigaciones de la Comunicación” y que se estaban realizando “los trámites finales para su concreción”<sup>104</sup>.

Las relaciones establecidas con Adams le permitieron a Pasquali incorporarse al proceso de creación del instituto y que su aprobación se diera rápidamente. El primer estatuto del Instituto de Investigaciones de la Comunicación (IIC) postulaba como objetivo desarrollar la “investigación científica de la comunicación social”, que se caracterizaba como uno de los “fenómenos de mayor incidencia en las relaciones humanas y en la conformación de la sociedad contemporánea”<sup>105</sup>. Si bien el documento no estaba firmado, condensaba la orientación teórica-epistemológica promovida por Pasquali en sus trabajos previos. Se orientaba a investigar el “fenómeno” desde cuatro “niveles”: el *político-sociológico* para el estudio de los medios como “factores de dinámica social”; el *económico* para la “medición de sus concretas influencias” en el ámbito de la economía; el *psico-social* y *psicológico* para el análisis del comportamiento individual y relacional “inducido” por la presencia de los medios masivos, y el *nivel lingüístico* para estudiar su “incidencia en el habla” (destacado en el original).

---

<sup>103</sup>Entrevistado por el autor, 17 de febrero de 2015, Caracas, Venezuela.

<sup>104</sup>Informe enviado al Decano de la Facultad de Humanidades y Educación, 17 de noviembre de 1972, expediente “Instituto de Investigaciones de la Comunicación”, período “1973”, clasificación “I.18”. Archivo Histórico de la Facultad de Humanidades y Educación (UCV).

<sup>105</sup>“Estatutos”, 29 de febrero de 1973, expediente “Instituto de Investigaciones de la Comunicación”, período “1973”, clasificación, “I.18”. Archivo Histórico de la Facultad de Humanidades y Educación (UCV). Destacado en el original.

En otro de sus apartados, referente a la formación de sus miembros, se proponía la “realización periódica de cursos de perfeccionamiento (...) en todo lo relativo a la investigación y metodología”. El proyecto apostaba por el intercambio internacional como medio de profesionalización de la práctica científica, con la realización de viajes a institutos internacionales o convocar a “profesores extranjeros o nacionales” que por sus “competencias” y “preparación” resultaran idóneos para la experiencia formativa de los integrantes del Instituto.

En este marco, y luego de que la Escola de Comunicações e Artes tradujera al portugués *El aparato singular*, publicado como *Análise de um dia de televisão em Caracas* (Pasquali, 1970), Pasquali fue invitado por la Universidad de Brasilia en 1973 a dar clases. Para esos años, en Brasil estaba en pleno funcionamiento el Instituto da Ciências da Informação (ICINFORM) y la ya nombrada Escola de Comunicações e Artes de la Universidade de São Paulo (Aragão, 2017, p. 143). Según el testimonio retrospectivo de Pasquali, la Universidad de Brasilia lo había contratado para dictar un curso sobre la Escuela de Frankfurt, de la que había mostrado conocimiento en *El aparato singular*: especialmente sobre las reflexiones de Adorno, Horkheimer y Marcuse<sup>106</sup>. El viaje, además, fue una posibilidad para establecer contactos personales con José Marques de Melo, Luiz Beltrão y Tereza Halliday.

Las discusiones y tensiones que atravesaban el campo intelectual y académico en Brasil, se vinculaban dicho esquemáticamente, a dos procesos que se produjeron paralelamente: por un lado, el avance hacia todas las áreas de la vida social del proceso represivo de la dictadura militar iniciada en 1964, y por otro, la crisis de legitimidad entre la intelectualidad, del Partido Comunista Brasileiro (PCB). Como sostiene Jorge Coelho Soares (2010), había tendencias internas al interior de la militancia de izquierda para promover un proceso de inserción y traducción de autores y teóricos marxistas poco conocidos en Brasil. Referencias, en definitiva, que permitieran enriquecer y actualizar los marcos de comprensión en torno a los emergentes dilemas de la burocratización del Estado y sus estrategias represivas, de la cultura de masas, la ideología y el rol de los medios masivos de comunicación. Este contexto de tensiones político-intelectuales habilitó la proliferación de publicaciones de autores de la teoría crítica<sup>107</sup>. Dos trabajos

---

<sup>106</sup>Entrevistado por el autor, 9 de febrero de 2015, Caracas, Venezuela.

<sup>107</sup> Para profundizar en la rica historia de la recepción de la Escuela de Frankfurt en Brasil, ver: Coutinho, 1986; Ortiz, 1988; Chacon, 1994; Soares, 1999; Entel, Lenarduzzi y Gerzovich [1999] 2005; Maar, 2005; Pressler, 2006; Silva, 2007; Duarte, 2009; Camargo, 2006, 2012 y 2014; Musse, 2018.

que fueron claves en ese incipiente escenario de interlocución académica entre Venezuela y Brasil —por la mediación de Marques de Melo<sup>108</sup>— fue la compilación organizada por Gabriel Cohn, titulada *Comunicação e Indústria Cultural* (São Paulo, 1973), y la publicación de la tesis doctoral de Cohn, *Sociologia da comunicacao* (São Paulo, 1973). En ambos trabajos, Cohn procuraba incorporar la pregunta por las tecnologías de la comunicación y los significados de los discursos mediáticos al interior de las ciencias sociales, y así legitimar su estatuto científico.

En el marco del proyecto editorial *Coleção meios de comunicação social*, que publicaba la editorial Vozes en la ciudad de Petrópolis, se editaron en 1973 un conjunto de artículos de Pasquali en formato libro bajo el título *Sociologia e comunicação*, traducidos por Santo Rossetto y Vitor Hugo. La idea del consejo editorial —formada por Marques de Melo, Beltrão y Halliday— fue incluir el trabajo en la *Série Manuais*, un proyecto de “divulgación científica”, junto a otros estudios que exploraban los aspectos teóricos y metodológicos de la comunicación social. Entre los materiales que se habían publicado, estaba *Comunicação Social: teoria e pesquisa* (Marques de Melo, 1970), *O Controle da Informação no Brasil* (Antonio Costella, 1970), *Jornalismo Audiovisual* (Walter Sampaio, 1971), *Teoria da Informação* (Marcello d’Azevedo, 1971) y *Fundamentos Científicos da Comunicação* (Adisia Sá y otros, 1973).

Las reflexiones de Pasquali, consideraba Marques de Melo en el prefacio, eran una de las “pocas y vigorosas excepciones” dentro de un cuadro general de producción de conocimiento cuyos marcos conceptuales provenían de Europa o de los Estados Unidos (1973, p. 5)<sup>109</sup>. Si bien eran ideas que “tenían como punto de referencia la situación cultural venezolana”, eran posibles de ser “extrapoladas de las fronteras nacionales y abarcar a toda América Latina”, en particular a Brasil, “por la coincidencia entre las preocupaciones sociológicas del autor y los problemas” que interpelaban a la intelectualidad local respecto al “sector de la comunicación de masas” (p. 6). En la contratapa, se presentaba a Pasquali como un “investigador social” que estaba “en la vanguardia de los estudios de comunicación en América Latina”. Su trabajo era considerado como una “desmitificación de las teorías exportadas por los países desarrollados” y su “alto nivel científico constituía un itinerario seguro para los estudios

---

<sup>108</sup>Marques de Melo había fundado en 1967 el Centro de Pesquisas da Comunicação Social de la Facultad de Periodismo Cáster Líbero, en São Paulo. Además, era miembro fundador y docente de la Escola de Comunicações e Artes de la Universidad de São Paulo.

<sup>109</sup>Traducción propia. Se indicará lo contrario cuando sea pertinente.

en comunicación” (Pasquali, 1973, s/p).

*Sociologia e comunicação* contenía pasajes de *Comunicación y cultura de masas*, artículos publicados en *Imagen* como “Marshall McLuhan o la ideología represiva”, y un breve e inédito artículo titulado “Por una cultura como cuarto poder”. En este trabajo, el teórico venezolano planteaba que las “más sutiles formas de alienación” fluían “de los poderes culturales”: “en la etapa de su mayor democratización cuantitativa”, la cultura se convertía en uno de los “instrumentos de dominio más penetrantes y eficientes” (Pasquali, 1973, p. 159). En estas circunstancias histórico-sociales, sostenía Pasquali siguiendo la línea de reflexión frankfurtiana, “sólo una cultura heterodoxa y utópica” podía “escapar a la integración definitiva” que promovía el mercado (p. 163).

Para finales de 1973, Pasquali alcanzaba una posición destacada: a nivel local, la institucionalización de una red de estudios en comunicación a la par del desarrollo de la industria editorial motorizada por la Universidad Central de Venezuela (UCV) y Monte Ávila, da cuenta de la ampliación y consolidación de un campo de saberes con una autonomía creciente. En una escala transnacional, y a través de la actividad intelectual clave de agentes como Marques de Melo, se observa un proceso de consolidación disciplinar a través de una red de producción y circulación de estudios —con el lento desarrollo de un sistema de traducciones— dedicados a los medios masivos, la ideología y más o menos interesados por el carácter científico de la comunicación. El afianzamiento de Pasquali como referencia a escala latinoamericana se fue dando a partir de un proceso, como sostenía Marques de Melo, de avanzar hacia la formación de un campo de comunicación regional. La posición relevante del campo académico venezolano en la producción de saberes y como espacio clave de intercambio con organismos internacionales como la UNESCO, fueron convirtiendo a los académicos de dicho país, en un polo de producción de saberes a los que las academias de otros puntos de la región, como las de Brasil, buscaron traducir e incorporar a sus programas de formación e investigación universitaria.

### **El Instituto de Investigaciones de la Comunicación. Una modernización pluridisciplinar**

A finales de 1973 Pasquali fue nombrado como director del Instituto de Investigaciones de Prensa y, a partir del 1° de abril de 1974, se aprobó su designación como director del Instituto de Investigaciones de la Comunicación, cambiando sus siglas

a ININCO<sup>110</sup>. Pasquali había presentado una estructura provisoria de las “unidades ejecutoras” del Instituto y una “exposición de motivos” para ser considerada por el consejo universitario de la UCV<sup>111</sup>. Analizar este “anteproyecto” nos permite pensar el programa teórico que se institucionalizó, los marcos de interpretación desde los cuales se abordaban los problemas en torno a los medios, la cultura y la política, y en qué redes de investigación se inscribía para justificar su fundación. También permite ver cómo la posición teórica y la trayectoria de Pasquali se condensaron en el proyecto institucional.

Allí se sostenía que se había producido un *desplazamiento* desde los estudios de prensa hacia los de comunicación en cuanto a que “el sentido y la metodología de la investigación” referida a los medios masivos había “desbordado” los “simples estudios sobre la prensa”. Por eso las escuelas y los departamentos en Estados Unidos y Europa habían comenzado a interesarse por el estudio de la televisión, la fotografía, las revistas y la publicidad, situación que demandaba, continuaba el documento, la formación de institutos *especializados* (el destacado nos pertenece). Este desplazamiento hacía evidente que el “viejo investigador en periodismo resultaba un ente incompleto”. La investigación en comunicación debía “valerse de los conocimientos del sicólogo, [del] sociólogo y otros académicos (...) [como los] del lingüista, del siquiátra y de los estudiosos de la propaganda y la opinión pública” (sic). Esta revisión del modo de comprender la investigación requería salir de una mirada estrechamente situada en los medios hacia una perspectiva “pluridisciplinaria” y “totalizadora” para lo cual el instituto debía atravesar un proceso de “modernización”.

La ampliación del campo de investigación en comunicación, según el documento, incorporaba varias dimensiones: análisis de la intercomunicación personal, del contenido de los mensajes, de la composición, comportamiento, actitudes y expectativas del receptor de mensajes masivos y en torno a “la infraestructura económica de los medios”. Una última dimensión se denominaba como “lo real y lo ideal en el empleo de los medios de comunicación social”, orientada hacia el estudio de los aspectos políticos, *jurídicos* y *educativos* del mercado de los medios masivos (destacado en el original).

La reconfiguración del modo de entender a la comunicación se complementaba con una *transformación en la comprensión* del proceso de investigación: de la figura del

---

<sup>110</sup>Para una reconstrucción de la historia de la institución desde los testimonios de sus directores, ver la investigación de María Eugenia Ossott (2010).

<sup>111</sup>“Presentación”, 29 de octubre de 1973, expediente “Instituto de Investigaciones de la Comunicación”, período “1973”, clasificación “I. 18”. Archivo Histórico de la Facultad de Humanidades y Educación (UCV).

investigador individual al trabajo colectivo. En este sentido, se planteaba que los estudios “divididos en planes, metas y tareas, debidamente supervisados y programados”, permitía “la realización de trabajos de gran envergadura” ante una realidad que, pensada desde ese prisma, adquiriría mayores niveles de complejidad. La “dificultad” que se desarrollaba en la “exposición de motivos” tenía que ver con la necesidad de *jerarquizar* el trabajo de investigación. Si bien el documento no lo planteaba estrictamente en esos términos, sí afirmaba que la única “garantía” de eficacia del trabajo era que los miembros permanentes del instituto debían tener dedicación exclusiva o cuanto menos tiempo completo para la labor investigativa. Ese desplazamiento al que aludía el documento, era doble en cuanto a que estaba vinculado a la transformación de la perspectiva epistemológica y a la necesidad de traducir esa perspectiva en un proyecto institucional desde el cual promover las nuevas líneas de trabajo.

Sobre el final del documento se indicaba que las fuentes que “inspiraban” la propuesta eran instituciones europeas, norteamericanas y latinoamericanas que profesores y estudiantes habían visitado<sup>112</sup>. Cuatro “modelos” representaban “lo más simple, moderno y eficaz” en términos de institucionalización de la investigación en comunicación: el Centre d'Etudes des Communications de Masse (CECMAS) adscrito al Centre de la Recherche Scientifique de París, el Centre for Mass Communications Research de la Universidad de Leicester en Inglaterra, la School of Journalism and Mass Communications de la Wisconsin University y la Escola de Comunicações e Artes de la Universidad de São Paulo.

De la tradición norteamericana se recuperaba el “conocido esquema de [Wilbur] Schramm” que entendía a la comunicación como “una Institución Social” porque permitía analizar el proceso comunicacional en el marco de una red de problemas más complejos: su sitio en la estructura y en las funciones sociales; la selección de los canales de información; la naturaleza de sus mensajes y lo que hace la comunicación en el vivir cotidiano, en cómo contribuía “al cambio social o a la inoperancia del cambio”. Se reconocía, por otro lado, que el análisis *lingüístico* era “una aportación valiosa de la tradición francesa” que situaba la pregunta por la comunicación en relación con “la llamada Ciencia General de los Signos”. La referencia era Roland Barthes, entonces adjunto a la Dirección de la Escuela de Altos Estudios de París. La semiología encontraba en “la comunicación de masas un objeto de estudio privilegiado”. El “análisis simbólico”

---

<sup>112</sup> Los profesores Jesús Rosas Marcano, Fausto Izcaray y María Teresa Lara habían viajado a institutos y universidades de la región, europeas y norteamericanas.

que vía la semiología se intentaba explorar, demandaría de los investigadores “una responsabilidad de invención” e imaginación científica que se centraría fundamentalmente en la “imagen y el discurso escrito”.

Cuando el ININCO abrió sus puertas uno de sus primeros desafíos fue la formación de recursos humanos en investigación. Pasquali dictó en 1974 un seminario sobre la teoría crítica denominado “Reflexiones sobre la Escuela de Frankfurt”, similar al que había dado en la Universidad de Brasilia. El curso de formación se desarrolló a lo largo de 12 sesiones de trabajo y tuvo entre sus alumnos a profesores de la escuela de sociología, economía, psicología y comunicación social. En su testimonio retrospectivo, Elizabeth Safar, quien luego de cursar el seminario se incorporó como investigadora al Instituto, recuerda que las clases estaban conformadas por un “grupo interdisciplinario” y que habían trabajado “fundamentalmente el libro *Dialéctica del iluminismo*”<sup>113</sup>, que ya circulaba con mayor fluidez a partir de la traducción de Murena publicada por la editorial argentina Sur en 1969.

Ese mismo año, se editó *El imperialismo en busca de la contra revolución cultural*, de Armand Mattelart, en una edición conjunta entre el ININCO y la UCV (1974). En la contratapa se destacaba que el texto se había publicado en el primer número de la revista *Comunicación y Cultura*, que se definía como un “órgano” que reunía a un conjunto de intelectuales interesados en la “participación y efectos de la comunicación masiva en el proceso de liberación de América Latina”. Oswaldo Capriles presentaba en el prólogo que el trabajo de Mattelart permitía entender que el “sistema comunicacional” formaba *parte esencial* de la estructura económica”, como elemento “*inseparable y necesario* de la dominación política” al *institucionalizar* relaciones de dependencia (1974, p. 5, destacado en el original). El trabajo del investigador belga, sorteaba los “viejos errores mecanicistas” de creer que la dependencia cultural era un “simple reflejo o emanación de la estructura clasista”, y ponía de relieve que el problema de los “sistemas de comunicación” debía ser pensado desde su inscripción en la estructura económica y política.

A mediados de 1975, el ININCO invitó a al investigador argentino Eliseo Verón, que fue presentado en la revista *Comunicación* (s/f, 1975, p. 63) como miembro de la

---

<sup>113</sup>Entrevistada por el autor, 10 de marzo de 2016, Caracas, Venezuela. Según Safar, entre otros académicos y jóvenes investigadores, participaron Leoncio Barrios, Karen Borden, Clara Kizer, Evangelina García Prince, Raúl Entrada, los hermanos Oscar y Jorge Cáceres, y quienes acompañaron a Pasquali en el proceso de fundación del ININCO, Jesús Rosas Marcano, Raúl Agudo Freites, Luis Anibal Gómez y Oswaldo Capriles.

Escuela de Altos Estudios en París, del Instituto “Torcuato Di Tella” de Buenos Aires y de la revista *Lenguajes*. Verón dictó dos conferencias en el Centro de Estudios “Rómulo Gallegos” que tuvieron como título “Ideología y teoría del discurso”. La llegada de Verón fue considerada como una “visita importante para la comunicación venezolana”, dado que el profesor argentino era uno de los “más destacados investigadores” a nivel internacional. Su método de análisis estructuralista, se afirmaba en la nota publicada en *Comunicación*, “permitía diferenciar y al propio tiempo interrelacionar los sistemas ideológicos que en el nivel de la metacomunicación” operaban en los medios masivos (p. 64).

En suma, podemos ver cómo la fundación y puesta en marcha del ININCO permite dar cuenta de las redes intelectuales y de los dilemas que ocupaban a una franja de los investigadores en comunicación: analizar la realidad comunicacional, política y cultural a partir del dialogo entre marcos de interpretaciones europeos, norteamericanos y latinoamericanos. Una red académica latinoamericana que habilitaba la circulación de investigadores y obras, estableciendo intercambios entre distintas experiencias y formaciones en la investigación en comunicación, ideología y cultura. Como problemas se destacaban la conceptualización de la cultura de masas y la crítica cultural, la necesidad de pensar política y económicamente a los medios masivos, y el análisis ideológico de los discursos que encontraba en los medios de masas un “objeto de estudio privilegiado”.

### **Los intelectuales venezolanos y las políticas estatales de radiodifusión**

Una franja de la intelectualidad entre los que se encontraban Juan Liscano, Miguel Otero Silva, Oswaldo Vigas y Antonio Pasquali, entre otros, acompañaron activamente la candidatura y el posterior gobierno de Carlos Andrés Pérez (1974-1979)<sup>114</sup>. Pasquali recuerda que le solicitó a su amigo Liscano, por entonces director de la comisión organizadora del Consejo Nacional de Cultura (CONAC), incorporarse al sector encargado de pensar una política de radiodifusión. Poco después, Pasquali fue nombrado responsable del Comité de Radio y Televisión de la comisión preparatoria del CONAC<sup>115</sup>.

---

<sup>114</sup>De tendencia ideológica socialdemócrata, su ascenso al poder presidencial como candidato de Acción Democrática, representó el inicio de un proceso de reformas en los planos económicos y culturales. Llevó adelante medidas como la nacionalización del petróleo y de la industria siderúrgica y de metal. Al respecto, ver Velázquez ([1976] 1979). Por su parte, Jesús Aguirre (2005) sostiene que las políticas culturales y comunicacionales del gobierno de Pérez se inscribían en la matriz de un capitalismo nacional y de promoción de políticas estatales en el marco de la crisis internacional del petróleo.

<sup>115</sup>Entrevistado por el autor, 9 de febrero de 2015, Caracas, Venezuela.

Además de las relaciones de amistad que habilitaron su inserción en el CONAC, Pasquali contaba con una prestigiosa trayectoria intelectual que lo conectaba con una pluralidad de espacios y lo situaba en redes e instituciones tanto nacionales como regionales. En 1973 había sido convocado a participar del Convenio “Andrés Bello” para organizar “un proyecto de mejoramiento y expansión de educación a distancia (teleeducación) que profundizara el desarrollo y la integración sub-regional” (s/f, 1973, p. 59)<sup>116</sup>. A partir de la mediación estatal, Pasquali había iniciado el vínculo con los espacios formados por la UNESCO, en los que conoció, entre otros, al investigador boliviano Luis Ramiro Beltrán<sup>117</sup> y se insertó en las emergentes discusiones sobre la planificación de políticas culturales orientadas a la comunicación y a la educación.

En el marco de las actividades organizadas por la UNESCO, Pasquali participó de la Reunión de Expertos sobre Políticas de Comunicación para América Latina y el Caribe que se realizó en Bogotá en agosto de 1974<sup>118</sup>. Siendo el “desarrollo” la idea fuerza que movilizaba la producción del documento, la síntesis de la reunión elaborada por Beltrán presentaba como ineludible la participación del Estado en la producción cultural y comunicacional. Para que el Estado se convirtiera en agente rector del desarrollo, se tenía que organizar en cada país, un *Consejo Nacional de Política de la Comunicación* y formular una “Ley General de la Comunicación” que estipulara las normas básicas que ordenaran a los medios masivos (Beltrán, 1974, pp. 18-19, destacado en el original).

Esta perspectiva fomentada por la UNESCO abría la posibilidad en términos políticos y teóricos de pensar *distintas modalidades de intervención estatal* para establecer un equilibrio entre los objetivos de las empresas privadas de comunicación y la necesidad de diversidad cultural demandada por la sociedad. La perspectiva desarrollista propiciaba y legitimaba reformas culturales y, dentro de estas, las que involucraban a la industria cultural masiva. Por otro lado, se hacía énfasis en la necesidad de articular la producción de saberes con la práctica política, en la idea de que los académicos e intelectuales se orientaran a investigar teniendo como horizonte las necesidades de sus

---

<sup>116</sup>En el marco del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), los gobiernos de Bolivia, Colombia, Chile, Ecuador, Perú y Venezuela presentaron de forma conjunta un proyecto que tenía tres objetivos: la creación de una facultad latinoamericana de ciencias de la comunicación, orientada al posgrado; un fondo editorial para la producción de libros de ciencias sociales y, en tercer lugar, la realización de investigaciones educacionales y comunicacionales en el área de los países andinos.

<sup>117</sup>Doctorado en comunicación y sociología por la Universidad de Michigan, Beltrán fue contratado por la UNESCO a principios de los años setenta como consultor y asesor para la organización de reuniones de expertos en América Latina.

<sup>118</sup>Sobre los debates y las posiciones de la UNESCO, ver López-Escobar, 1978; Murciano, 1981; Salinas, 1984; Gifreu, 1986; Capriles, 1996; Exeni, 1998; Esteinou, 2004; Sánchez Ruiz, 2005 y Quirós, 2013.

respectivos países. En este sentido, en la reunión se había llegado a la conclusión de que la investigación tenía que estar “al *servicio del desarrollo nacional*” (p. 22, destacado en el original).

En ese marco de discusiones y proyectos sobre políticas de comunicación, Pasquali recuerda que fue invitado “en cuatro oportunidades” en carácter de experto y consultor a Perú, por el gobierno de Juan Velasco Alvarado<sup>119</sup>. Después de 1968, Perú había experimentado cambios radicales en su radio, televisión y prensa bajo el velasquismo. Las medidas incluyeron la expropiación de los diarios de Lima y el control accionario de los canales de televisión y estaciones de radio (Gargurevich, 1987). Además de lo que estaba aconteciendo en Perú, de forma paralela se producían intensos debates —no necesariamente análogos entre sí—, en Chile, Brasil, México y Argentina<sup>120</sup>. Con lo dicho anteriormente, queremos indicar que Pasquali no era simplemente un intelectual cercano al gobierno de Pérez, sino que contaba con una trayectoria vinculada a espacios y organizaciones políticas que estaban pensando la formulación de políticas de comunicación.

El CONAC fue la plataforma desde la cual el gobierno nacional convocó a intelectuales y académicos a diseñar una “Ley de Cultura” que contenía entre sus artículos la proyección de una nueva política de radiodifusión del estado venezolano. La propuesta de la Ley del Consejo Nacional de Cultura era la promoción estatal de la producción cultural, el desarrollo de las instituciones que garantizaran la manifestación y la difusión de “los valores de la sociedad venezolana”. El artículo 4° del proyecto de ley definía como “área de interés prioritario” la producción, formación, incremento e investigación de todo “el campo de la cultura” y de aquellas expresiones que circularan “a través del mensaje cultural impreso, radio-eléctrico y cinematográfico”. El Estado crearía y mantendría los servicios que “garantizaran el disfrute de la cultura para todos los habitantes del país”<sup>121</sup>.

El Comité de Radio y Televisión se encargó de elaborar un informe sobre la producción cultural masiva. Desde su posición como director del Comité, Pasquali estableció diálogos con una diversidad de referentes del campo cultural, político e intelectual que, entre noviembre de 1974 y mayo de 1975, se reunieron en 28 sesiones de

---

<sup>119</sup>Entrevistado por el autor, 1° de marzo de 2016, Caracas, Venezuela.

<sup>120</sup>Sobre los procesos de formulación de políticas de comunicación en Perú y en general en América Latina, ver Beltrán (1976), AAVV (1981), Beltrán y Fox ([1980] 1982); Gargurevich (1987), Fox ([1988] 1989; [1988] 1990).

<sup>121</sup> República de Venezuela, Gaceta Oficial n° 1768, “Ley del Consejo Nacional de la Cultura”, Caracas, 29 de agosto de 1975.

trabajo para formular la política de radiodifusión del estado venezolano<sup>122</sup>. El Informe Ratelve fue finalizado en mayo de 1975 y posteriormente la librería y editorial SUMA lo publicó en formato libro con el título *Proyecto RATELVE* (1977). La edición presentaba una introducción general que resumía los aspectos básicos de la propuesta. A lo largo de cinco capítulos se desarrollaban los principios generales de la nueva política, un análisis del mercado comunicacional y los aspectos que debía contener la nueva institución “Radiotelevisión Venezolana Ratelve” (AAVV, 1977, p. 327).

El grupo de trabajo inscribía su propuesta en las orientaciones de la UNESCO, como organismo que guiaba “el ordenamiento de prioridades entre las necesidades reales del país” (Aguirre, 1978, p. 74). Además, dialogaba con las experiencias de formulación de políticas de comunicación que se estaban produciendo en algunos países latinoamericanos, fundamentalmente en Perú. Se recuperaban aspectos de la Ley General de Telecomunicaciones decretada en Lima en 1971<sup>123</sup>, como la obligación del Estado de garantizar el servicio telecomunicacional a todo el territorio nacional y de posibilitar el derecho a la comunicación (AAVV, 1977, p. 354).

Para la elaboración del Informe, el equipo se encontraba semanalmente y presentaba un análisis sobre políticas de comunicación en la región. Pasquali le solicitó a Ovidio Pérez Morales —que trabajaba para el Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM)— un estudio sobre la posición de la iglesia en torno a la comunicación social. El ex obispo de Caracas sostiene en su testimonio retrospectivo, que se producían “intensas y formativas” discusiones que eran correlativas a la diversidad de trayectorias y formaciones políticas e ideológicas de los miembros del Comité<sup>124</sup>. Esas tensiones se trasladaron al informe en cuanto a que ciertos aspectos en torno a la intervención estatal fueron más acentuados que otros. El comité tenía una composición heterogénea: estaban Héctor Mujica —uno de los líderes del PCV— y Oswaldo Capriles, de tendencia marxista; representantes del ejército de corte nacionalista que promovían la intervención

---

<sup>122</sup>El Comité reunió a distintos sectores: del universo académico, a referentes cercanos a Pasquali, como Agudo Freites, Capriles y Mujica; de distintas carteras del estado, como a Elizabeth Caldera, Lorenzo Azpurúa, Francisco Tugues y a Manuel Padilla; como miembros del sindicato de Trabajadores de Radio, Teatro, Cine, TV y afines, a Carlos Rodríguez; de las Fuerzas Armadas, a Hely Saúl Santeliz y Carlos Pérez Méndez, y como representante de la iglesia, al por entonces obispo auxiliar de Caracas, Ovidio Pérez Morales. Como asesores externos, contó con la participación de Luis Beltrán, Elizabeth Fox y Ramiro Tamayo, que colaboraban en los informes parciales elaborados por el Comité en el marco de las disposiciones establecidas por la UNESCO.

<sup>123</sup> El Gobierno Revolucionario de las Fuerzas Armadas, conducido por Velasco Alvarado, promulgó la Ley General de Telecomunicaciones en el decreto ley n° 19020, el 9 de noviembre de 1971.

<sup>124</sup>Entrevistado por el autor, 11 de marzo de 2016, Caracas, Venezuela.

estatal sin tener como horizonte una sociedad socialista, y el propio Pasquali vinculado a una tendencia socialdemócrata.

Para alcanzar los objetivos plasmados en el proyecto, era necesario discutir el régimen de propiedad de los medios masivos de comunicación. Sintomático de las tensiones internas es que la propuesta oscilaba entre un sistema de estatización total de la radiodifusión y un orden mixto. En el primer caso, la regulación sería ejercida de forma planificada por el sector público sobre el contenido de los mensajes difundidos, aun cuando la participación pública fuera parcial. El control se acompañaba de la propiedad de los instrumentos de producción y emisión hasta configurar monopolios verticales que abarcaran producción, conservación, emisión, comercialización y publicidad. En el caso del régimen de propiedad mixto, debían convivir en relaciones de equilibrio una radiodifusión pública con una privada. En este sistema, el poder público podía ofrecer a la colectividad “dos elementos esenciales para un servicio público”: cobertura territorial total y la posibilidad para el usuario de elegir entre programas competitivos y complementarios. Entre otras cuestiones, era importante que el sector privado estuviera sometido a las metas generales del servicio público (AAVV, 1977, p. 41).

El informe situaba la comunicación en una estrecha relación con la organización política de la sociedad. Una de las definiciones clave que estipulaba era la *dimensión constitutivamente política de la comunicación*: se trataba de comprender que la organización *comunitaria* no podía producirse sin *comunicación*, es decir, como una modalidad relacional en la cual todos los sujetos debían tener las mismas posibilidades de acceso y participación en los procesos comunicacionales (pp. 35 y 36, destacado en el original). Los servicios públicos de radiodifusión, por lo tanto, debían estar al servicio de los intereses de la colectividad bajo la dirección de la planeación nacional, haciendo de la radiodifusión un instrumento fundamental de desarrollo. La orientación global de la radiodifusión era tarea del Estado con el objetivo de armonizar los sectores público y privado. El Estado, por lo tanto, debía convertirse en rector de la comunidad política con una función indelegable en defensa y promoción de la libertad, igualdad, desarrollo e independencia del pueblo. En contraste, sostenía el proyecto, la industria tendía a una monopolización cultural: los centros o núcleos del poder económico eran los únicos en condiciones de generar las grandes inversiones requeridas por las nuevas infraestructuras tecnológicas para la producción, distribución y el consumo de bienes simbólicos.

En este marco fue que el Proyecto Ratelvé planteó entender a la radiodifusión como un servicio público definido como aquel que, controlado o administrado

directamente por el Estado, debía atender con carácter exclusivo los intereses colectivos, armonizando el uso de la radio y la televisión a las metas del desarrollo nacional planificado por organismos competentes. Así, los términos de la relación medios-comunidad debían invertirse: “*de instrumentos de evasión y consumismo a inductores de un nacionalismo crítico, consumos racionales, conciencia social y participación democrática en los asuntos públicos*” (p. 41, destacado en el original).

Para ser un “genuino servicio público”, la radiodifusión debía adecuarse a las “verdaderas” necesidades sociales y culturales de la colectividad venezolana (p. 43). La necesidad “fundamental” era garantizar a todo ciudadano el uso de la radiodifusión como un derecho provisto por el Estado con fines educativos, informativos, de ocio y entretenimiento, orientados a la integración del país. Sobre esta base, el Estado venezolano debía diseñar su política de radiodifusión en cuatro vertientes principales: 1) maximización de la cobertura en el territorio, incluyendo las áreas poco rentables para la explotación del capital privado; 2) producción y diversificación de contenidos en adecuación a las necesidades sociales; 3) dirección global del sistema mediático para armonizar el sistema público con el privado; 4) dotar el financiamiento necesario para el desarrollo del servicio público. La estatización total —como “fórmula perfecta e ideal” — solo resultaría deseable a largo plazo y como consecuencia “del éxito posible y probable obtenido mediante la implantación de un régimen de propiedad mixto” (p. 289).

Finalmente, para la implementación de esta nueva política de radiodifusión, el proyecto preveía que resultaba indispensable la creación de un organismo con representación de todas las “actividades nacionales” bajo la forma de un *Consejo Nacional de Radiodifusión* (p. 338, destacado en el original). Sus integrantes serían los interesados en los procesos educativos, culturales, informativos y de comunicación, los representantes de sectores públicos y privados, las asociaciones de autores, el sector sindical, las universidades, los usuarios radiotelevisivos y otros grupos institucionales. Este organismo multisectorial tendría como objetivo formular la política general del Estado, impartir las directivas correspondientes y ejercer el control del sistema nacional de radiodifusión. La comisión auditaría así, en forma permanente, la calidad de los contenidos, la cobertura técnica del servicio y el control sobre la publicidad.

La propuesta del Ratelve se inscribía al interior de la Ley general del Consejo de Cultura. Cuando el proyecto de ley llegó al parlamento, surgieron tensiones con las fuerzas de la oposición y sectores empresariales de medios respecto al artículo 4º, “que calificaba como campos específicos culturales y sujetos a la acción planificadora del

CONAC a los medios radioeléctricos y el cine” (Capriles, 1976, p. 164). El sector privado de las telecomunicaciones, nucleado en la Cámara de Radiodifusión, la Asociación Nacional de Anunciantes y el Consejo Venezolano de la Publicidad, comenzó una ofensiva general contra el gobierno y los miembros del Informe Ratelve bajo el eslogan “la cultura es de todos, no de un grupo de extremistas”, a quienes se acusaba de pretender una “dictadura intelectual”<sup>125</sup>. Modificar el artículo 4° era la condición que imponían los sectores empresariales para la aprobación de la ley.

Las precarias alianzas del gobierno de Acción Democrática con otros partidos y la falta de apoyo popular a la propuesta del Ratelve, situó al presidente Pérez en una posición de debilidad para negociar con la Cámara de Radio y Televisión la implementación del artículo 4° (Capriles, 1976). En julio de 1975, el presidente Pérez declaró a la prensa que les había prometido a los sectores empresariales que “la ley *no sería aprobada sin antes ser sometida a revisión con los correctivos que se requieran*” (citado en Capriles, p. 164, destacado en el original).

Las transformaciones que se aplicaron al artículo —que sí fue aprobado— reducían el rol que el Informe Ratelve originalmente le había asignado al Estado. En la primera propuesta, se trataba de que el Estado pudiera “garantizar los más adecuados servicios culturales”, entre otros, los “del mensaje impreso, radioeléctrico y cinematográfico”. La segunda, surgida tras la reunión de sectores del gobierno con las cámaras empresariales, ya no establecía al Estado como “garante”, sino que redefinía su participación en el sentido de que los mensajes culturales impresos, radio-eléctricos y cinematográficos, estarían dentro de su “área de interés prioritario”. La participación del Estado había sido limitada desde la posibilidad de articular y dirigir la totalidad del sistema de los medios de difusión masiva hacia tener como “áreas de interés” a los mensajes culturales.

### **Dilemas intelectuales: la política estatal, las nuevas teorías y la visita de McLuhan**

El Informe Ratelve se produjo en un contexto de consolidación de redes y grupos de investigación en comunicación. En 1975, la Universidad de Zulia organizó en

---

<sup>125</sup> Fragmentos de una nota publicada en la prensa local fue reproducido en el n°3 de la revista académica *Comunicación* (pp. 78-79). Para una genealogía de los “ataques” que recibieron los miembros del Comité de Radio y Televisión, ver Capriles (1996, pp. 93-97).

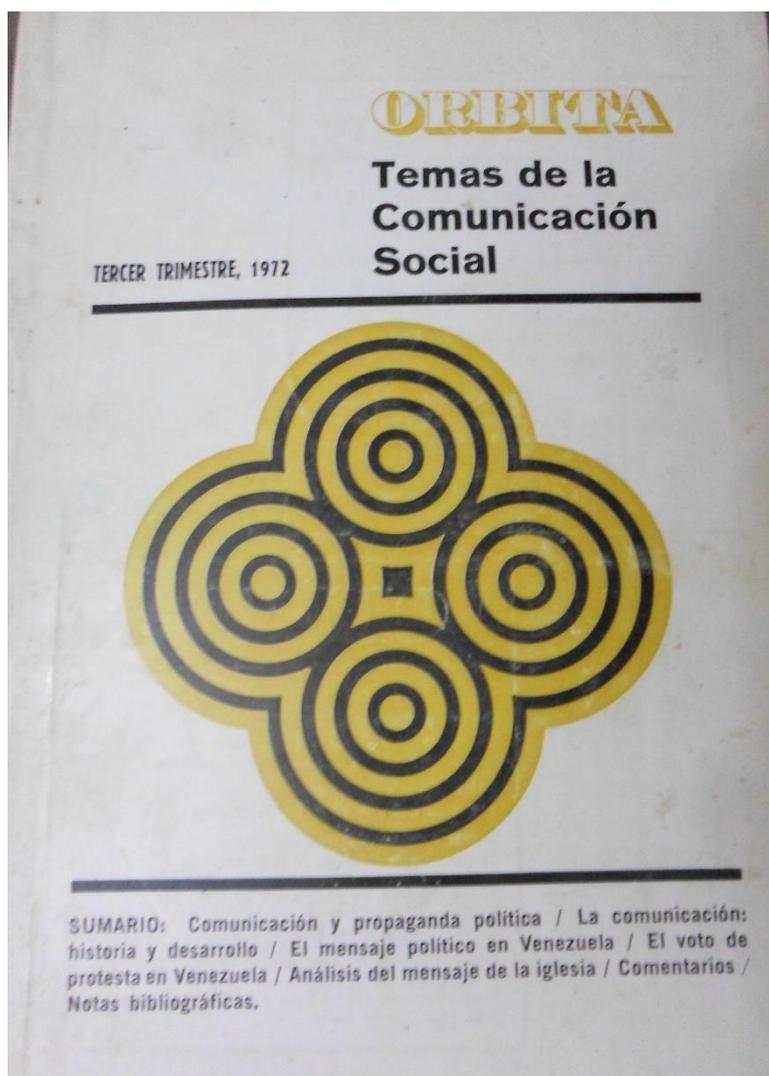
Maracaibo el II Encuentro de Investigadores de la Comunicación Colectiva al que asistieron investigadores de la institución local, la UCV, la UCAB y grupos de otras universidades. La relación entre intelectuales, política y comunicación, fue un eje problemático que sobredeterminó la definición conjunta acerca de las “áreas prioritarias de investigación”. El encuentro se consagró a analizar el rol de la comunicación en el marco del orden político, económico e ideológico, como también a la necesidad de producir “modelos de comunicación” que “transformaran” la sociedad (s/f, 1975, p. 43).

Las reseñas del encuentro ponen de relieve la existencia de posicionamientos diversos en torno a *la incorporación de los intelectuales a la política estatal*. Según la reseña publicada por la revista especializada *Comunicación* (s/f, 1975, p. 44), el “tema” que había despertado “gran polémica” había sido el de la participación o no del investigador en los proyectos de políticas comunicacionales “alentados por el gobierno”. Ante esta disyuntiva, la revista señalaba que estaban aquellos que de forma “iracunda” negaban toda posibilidad de participación y otros que con proposiciones “acríticas”, como “los grupos de Pasquali, Evangelina García [Prince] y Héctor Mujica”, apelaban con un “realismo pragmático a una participación directa”.

El grupo de intelectuales entre los que se encontraba Pasquali y que participaban en el Comité de Radio y Televisión, asumieron posiciones relativamente orgánicas en relación con el gobierno de Carlos Pérez. Otros grupos, como el conformado en torno a la revista *Comunicación* y la revista *Órbita*, abordaban a la comunicación desde otros marcos de referencia y perspectivas teórico-políticas. En el primer número de *Órbita*<sup>126</sup>, la directora García Prince afirmaba que la revista iba a dedicarle una sección a la investigación en un marco de desarrollo del “campo disciplinar” sobre los estudios de comunicación, medios y cultura en Venezuela, “iniciados por Pasquali” pero “insuficientemente” continuados (1972, pp. 10-11).

---

<sup>126</sup>Dirigida por Evangelina García Prince, para 1972 el primer consejo de redacción estuvo conformado por Guido Groscors, Jaime Alsina y Marcos Lozano. Si bien todos sus miembros eran docentes e investigadores de distintas escuelas de comunicación, la publicación era independiente de la universidad y se financiaba con publicidad y la venta de los ejemplares.



Primer número de la revista *Órbita*, correspondiente a 1972.

En las primeras entregas, la revista se ocupó de tópicos vinculados al contenido de los mensajes de los medios (n°1), a la televisión venezolana (n° 2), al incremento de la publicidad en los medios masivos (n° 3) y sobre el “periodismo industrial” (n° 4). De todos modos, el grupo nucleado en *Órbita* se fue perfilando progresivamente a pensar las políticas de comunicación. En 1974 se planteaba que, dentro del conjunto de perspectivas del campo de la comunicación, la que “cobraba especial significación y vigencia” eran las investigaciones que se orientaban “a formular políticas en el campo de las comunicaciones” (García Prince, 1974, p. 3). García Prince sostenía que era necesario que los gobiernos impulsaran investigaciones que se adaptaran a las “necesidades de las poblaciones”. Ya hacia 1975, el grupo había asumido una posición de mayor cercanía con el gobierno, y se convocaba a “los estudiosos de la comunicación en América Latina” a que participaran de la realidad socio-histórica (García Prince, 1975, p. 4).

El grupo dirigido por Pasquali se organizaba en torno al ININCO. Comenzó a producir una serie de materiales orientados en general a los dilemas, dicho un poco esquemáticamente, en torno a las implicaciones sociales de los nuevos dispositivos tecnológicos, fundamentalmente las computadoras y las telecomunicaciones. En particular, el grupo de intelectuales promovía la discusión sobre las políticas de comunicación y acerca del Informe Ratelvé. En este sentido, el ININCO publicó a través de la editorial universitaria, *Políticas de comunicación en Venezuela* de Agudo Freites, Pasquali y Gómez (1975), *El Estado y los medios de comunicación en Venezuela* de Oswaldo Capriles (1976) y tradujo de Edwin Parker, *Información es poder* (1977). *Políticas de Comunicación en Venezuela* abordaba las condiciones económicas y técnicas del mercado radiotelevisivo del país, se diagnosticaban los servicios públicos y se denunciaba la baja potencia de los equipos debido a la falta de inversión en “sus instalaciones sumamente cuestionables” (Agudo Freites, Pasquali y Gómez, 1975, p. 57). El trabajo de Parker ([1977] 1984), pretendía situarse en el debate frente a los planteos vinculados al “determinismo tecnológico”, que reducían la dinámica de los procesos sociales al desarrollo técnico. Por el contrario, afirmaba el investigador norteamericano, se debía acentuar el análisis en las prácticas sociales y las estructuras institucionales que podían “estimular, inhibir, aplicar o desviar la tecnología” (p. 4)

La revista *Comunicación* surgió en 1975 en contrapunto al ININCO. Se trataba de una iniciativa de un grupo de sacerdotes jesuitas, entre los que estaban Jesús María Aguirre, Francisco Tremontti, Epifanio Labrador, el profesor José Martínez Terrero, los alumnos universitarios Marcelino Bisbal y César Rondón. La revista *Comunicación* no dependía de la universidad sino del Centro de Comunicación Social Jesús María Pellín. Según el testimonio de Marcelino Bisbal, se situaban en la línea de trabajo del investigador Mario Kaplún, con la realización de prácticas de comunicación y educación popular en los barrios caraqueños. Si bien acordaban en general sobre la necesidad de formular regulaciones para el sector de la comunicación y la cultura, las diferencias con el sector de Pasquali se daban en términos teóricos y políticos. El n° 4 de 1975 *Comunicación* se lo dedicó al estudio de la cultura popular, un tópico que ocupaba una posición periférica entre los problemas del campo. El n° 9 de 1976 estuvo dedicado a la comunicación alternativa. Según el testimonio retrospectivo de Marcelino Bisbal, en esos años los intelectuales reunidos alrededor del ININCO no le encontraban “sentido” a la

comunicación alternativa, a la que denominaban “comunicación marginal”<sup>127</sup>.

<hr/> <b>SUMARIO</b> <hr/>	
<b>PRESENTACION.....</b>	<b>2</b>
<b>COMUNICACION E IDEOLOGIA</b>	
- Análisis ideológico y semiología crítica.....	4
- Lenguaje ideológico de los medios de comunicación.....	9
- Lectura ideológica de los medios de comunicación.....	13
- Índice: conceptos claves.....	18
<b>GUIA BIBLIOGRAFICA</b>	
- Manipuladores de Cerebrós.....	21
(Shiller, Herbert)	
- Pour une critique de l'économie politique du signe.....	23
(Baudrillard, Jean)	
- Desde el jardín.....	25
(Konsinski, Jerzy)	

Índice del primer número de la revista *Comunicación*, correspondiente a 1975.

Las diferencias con respecto al ININCO se acentuaron en el n° 7 de 1976. En un artículo sobre las tendencias de la investigación latinoamericana en medios masivos, Jesús María Aguirre sostenía que trabajos como los de Pasquali si bien “desmitologizaban el papel benéfico de los medios audiovisuales”, eran obras “limitadas” porque no abordaban “el problema de la dependencia (...) y su impacto colonizador”. Aguirre

<sup>127</sup> Entrevistado por el autor, 10 de marzo de 2016, Caracas, Venezuela.

planteaba que *Comunicación y cultura de masas* constituía la “diatriba global de un moralista situado en un contexto caótico que las comunicaciones de masas” contribuían a mantener (1976a, p. 51). En el mismo texto, postulaba una serie de inquietudes frente a los estudios que solo analizaban la explosión “cuantitativa de los medios” de forma acrítica y “eufóricos” frente a la posibilidad de usar los satélites. En este sentido —distante respecto a los proyectos sobre “tele educación” estatales que promovía el ININCO—, Aguirre afirmaba que existía una “extrema peligrosidad” en los organismos como la UNESCO u otras fundaciones “aparentemente neutras”, que situaban sus análisis sobre la comunicación sin asumir la condición “estructural de la dependencia” o ignoraban la “dinámica global de producción y reproducción dentro de una formación económico-social determinada” (p. 56). El planteo de Aguirre, en suma, apuntaba a poner de relieve que no podía darse una transformación de la comunicación sin un cambio de las estructuras sociales.

En el mismo número, Marcelino Bisbal afirmaba que aun cuando los trabajos de Pasquali representaban un desplazamiento crítico respecto a los “análisis de contenido lasswelliano”, los “dos métodos de investigación más importantes” de la comunicación provenían de las líneas de trabajo desarrolladas por Eliseo Verón en Argentina y el grupo de Armand Mattelart en Chile. Aun con sus “divergencias”, se trataba de las manifestaciones “más reales y concretas” que se estaban dando en el campo latinoamericano de investigación en comunicación (1976, pp. 66-67).

En las diferencias o acuerdos que presentaban *Órbita y Comunicación* respecto al grupo organizado alrededor del ININCO, se lee la posición central que había adquirido Pasquali y compañía. Las referencias a Oswaldo Capriles, Aníbal Gómez y al autor de *Comunicación y cultura de masas* eran ineludibles. Entre 1975 y 1976, además, Pasquali no solo era una figura destacada a nivel nacional, sino que articulaba espacios locales vinculados a la investigación sobre políticas de comunicación con los organismos internacionales. Desde enero de 1975 había consolidado su vínculo con la UNESCO y comenzaron a “estudiar la posibilidad y conveniencia de asumir un encargo regional”<sup>128</sup>.

En paralelo, Pasquali participó en 1976 como delegado del gobierno venezolano en la Reunión de Expertos gubernamentales que tuvo lugar en la sede de la UNESCO en

---

<sup>128</sup>“Oficio N° IIC- 158/75”, 20 de enero de 1975, expediente “Pasquali Greco, Antonio Arnaldo”, período “A”, clasificación “D.67”. Archivo histórico de la Facultad de Humanidades y Educación (UCV). En la carta, Pasquali solicitaba permiso al decano de la Facultad de Humanidades y Educación, para asistir a una “reunión de consulta” con los directivos de la UNESCO en la sede en París.

París para producir el documento “Acceso y Participación de las masas populares en la cultura”. En calidad de experto internacional y simultáneamente como “hombre de Estado”, el mismo año participó en la Reunión Preparatoria de la Conferencia Intergubernamental sobre Políticas Culturales a desarrollarse en Jamaica<sup>129</sup>.

Al interior del campo académico venezolano, el “problema de la dependencia” observado por Aguirre fue ocupando un lugar cada vez mayor a medida que el Proyecto Ratelvé iba perdiendo centralidad en la agenda del campo político. La Ley de Cultura estaba por ser aprobada con las reformas ya indicadas del artículo 4º, y al Estado se le atribuirían funciones de programación y producción de mensajes culturales, eliminando lo referente a la planificación y formulación de políticas capaces de reorganizar al conjunto de la radiodifusión. El hecho de que el gobierno no avanzara en la reforma planificada de los medios de comunicación, fue generando tensiones al interior del propio grupo de intelectuales que había participado del Comité de Radio y Televisión.

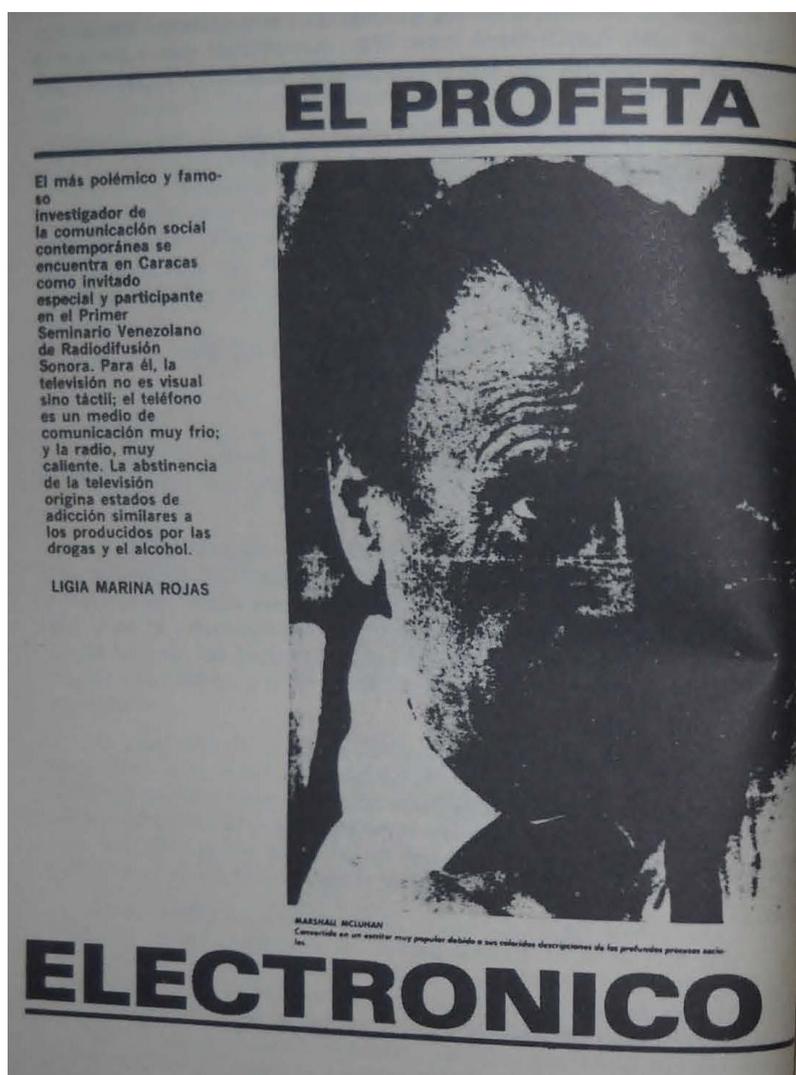
Era el caso de Oswaldo Capriles quien en *El Estado y los medios de comunicación en Venezuela* (1976) criticaba los límites del “discurso desarrollista” promovido desde la UNESCO y la postura “socialdemócrata” subyacente en las políticas del gobierno de Carlos Pérez. Una política de comunicación —afirmaba Capriles—, que no atendiera las condiciones específicas de reproducción de la dependencia capitalista suponía pensar a los medios desde “una ilusión tecnologista” (p. 32). El investigador sostenía que se podía llegar a cambiar la acción de los medios sin que por ello se dejara de ser un país dependiente, “una formación social penetrada por el poder económico, político e ideológico de la metrópoli dominante” (p. 33). El retroceso del gobierno en materia de legislación para la radio y la televisión evidenciaba que el “sistema de los medios de difusión” adquiriría “una importancia creciente en el mantenimiento de la dominación de clase interna y de la dependencia del modelo de capitalismo internacional” (p. 63).

En un contexto de intensos debates sobre el Informe Ratelvé, la Cámara de la Industria de la Radiodifusión —que nucleaba a los sectores patronales de los medios— invitó al investigador Marshall McLuhan a participar del I Seminario Venezolano de Radiodifusión, en abril de 1976. McLuhan fue convocado a disertar sobre la importancia

---

<sup>129</sup>“Oficio N° IIC-512/76”, 29 de septiembre de 1976, expediente “Pasquali Greco, Antonio Arnaldo”, período “A”, clasificación “D.67”. Archivo histórico de la Facultad de Humanidades y Educación (UCV). En la carta Pasquali consultaba sobre la posibilidad de viajar a la reunión de la UNESCO a desarrollarse en la ciudad de Kingston, Jamaica, que se realizaría del 4 al 8 de octubre de 1976.

de los medios de comunicación en la sociedad, y en particular sobre los “efectos” que habían producido en la sociedad norteamericana<sup>130</sup>.



En abril de 1976 la revista *Elite* publicó un artículo que analizaba las posiciones teóricas de McLuhan. Fuente, Terry León (1981).

La llegada de este “profeta electrónico”, como tituló la revista *Elite* un artículo del 26 de abril de 1976, era entendida como una estrategia del sector privado para demostrar sus esfuerzos por hacer una “mejor radio”<sup>131</sup>. La visita del investigador canadiense

---

<sup>130</sup>La transcripción completa de la conferencia que McLuhan brindó el 24 de abril de 1976, fue publicada unos años después en el libro de Terry León titulado *McLuhan en Venezuela* (1981, Ediciones Amón, Caracas).

<sup>131</sup>Los artículos publicados en las revistas *Elite* y *Zeta* y en el diario *El Nacional* citados, fueron reproducidos en León, 1981.

promovida por un sector del campo empresarial generó una serie de reacciones que permite leer cómo la interpretación de su visita se convirtió en un campo de disputa.

Un sector del campo intelectual y del periodismo sostenía que la actividad representaba —elidiendo así el trabajo del Comité de Radio y Televisión dirigido por Pasquali— el “primer estudio del medio radio de la actualidad y una radiografía sin precedentes de la radiodifusión venezolana” (*El Nacional*, 24 de abril de 1976). La ausencia en el evento de los “referentes del poder público”, analizaba por su parte la revista *Zeta*, confirmaba “los temores de una gradual y completa intervención del Estado en el funcionamiento de los medios de comunicación de masas”. “El fantasma de la estatización” estaba “a la vista” en los proyectos sobre las nuevas reglamentaciones en telecomunicación que “reflejaban la imitación servil de modelos extranjeros (...) completamente ajenos a la realidad diaria venezolana” (*Zeta*, 2 de mayo de 1976).

En oposición, una franja del campo intelectual asumió la llegada de McLuhan como un intento de la patronal de los medios de incidir en el debate público. José Rey, en un artículo publicado en *El Nacional* (26 de abril de 1976), afirmaba que McLuhan representaba un “pragmatismo típicamente norteamericano” al afirmar que la revolución se haría por sí sola a través de las fuerzas de la tecnología y que a los sujetos “les tocaba esperar”. Jesús Aguirre, desde la revista *Comunicación*, planteaba que ese “adaliid ideológico” preocupado por los “efectos psico-físicos de los medios independientemente de su contenido”, parecía tener “poco sentido de la totalidad de los efectos económico-políticos de su actuación en Venezuela” (1976, p. 64). Su “optimismo tecnológico” —continuaba Aguirre— era la mejor operación ideológica que justificaba la tecnología importada para la comunicación y la educación que reproducía la dependencia en América Latina (p. 75).

La presencia de McLuhan en Venezuela causó tensiones al interior del campo intelectual y académico, que vieron en su visita un movimiento estratégico del sector empresarial para neutralizar las críticas a los medios de comunicación y de ese modo intervenir en el debate público. La visita del autor de *Understanding Media* catalizó fuerzas sociales e intelectuales que desde principios de la década habían comenzado a confrontar en torno a la formulación de política estatales de comunicación.

Unos meses después de la visita del investigador canadiense, el ININCO organizó en Caracas el III Encuentro Nacional de Investigadores de la Comunicación en un contexto en que los ataques al Informe Ratelvé se habían intensificado. Según el análisis retrospectivo de Capriles, la prensa local había acusado a los intelectuales vinculados al

informe de ser miembros del supuesto “Plan Ponomarev” (sic)<sup>132</sup> que, promovido por la Unión Soviética, buscaba controlar la información y la “nacionalización de los mass media” (1996, p. 36). En ese marco, los participantes del encuentro redactaron un documento final en el que se repudiaba la “campana calumniosa desatada por los sectores empresariales que haciendo uso de diversos medios” pretendían “descalificar” a Pasquali ante la opinión pública, “así como atemorizar” al resto de los investigadores preocupados por el monopolio que se ejercía sobre los medios<sup>133</sup>.

El eje central del III Encuentro fue el papel de la investigación en la planificación de las comunicaciones sociales. Allí había surgido otro dilema: si era necesario formular políticas que regularan el mercado de la radio y la televisión ante la tendencia oligopólica de las empresas privadas nacionales y transnacionales, ¿qué ocurría en los países donde el régimen político eran dictaduras, “tan abundantes en América Latina”? ¿Los gobiernos de esos países no se ampararían también en las recomendaciones de la UNESCO?

En el n° 10-11 de *Comunicación*, José Ignacio Rey (1976) planteaba que la competencia del Estado se hacía “polémica” cuando se visualizaban las “catastróficas consecuencias” en los países donde prevalecían “gobiernos dictatoriales no sustentados en la voluntad popular” (p. 8). Se debían revisar los lineamientos generales para diseñar una política de comunicaciones para un “Estado democrático”. Esto conllevaba, continuaba Rey, a plantear la necesidad de que “sólo” en una “*democracia verdaderamente participativa*” iba a ser posible una “*justa política de comunicaciones*” (p. 9, destacado en el original). El sentido de la “transformación total” promovido por algunos sectores de la intelectualidad había bajado su intensidad al constatar que el Estado estaba circunscrito a un mapa de relaciones que lo volvía dependiente y reorientaba la necesidad de pensar, dadas las circunstancias políticas a nivel regional, que cualquier tipo de “monopolio” de poder, tanto en el campo político como en el económico o comunicacional, era una “forma más de dictadura” (p. 10).

Dado los límites de la experiencia del Ratelve y el contexto de los emergentes procesos dictatoriales que se estaban produciendo en Latinoamérica, se puede leer un desplazamiento conceptual desde las políticas de comunicación orientadas a la transformación social hacia las políticas de comunicación para la democracia. Se

---

<sup>132</sup> El nombre del supuesto “plan”, del cual no se pudo comprobar su existencia, hacía referencia Borís Ponomariov (1905-1995), miembro de la Secretaría del Partido Comunista de la Unión Soviética.

<sup>133</sup> El documento final del III Encuentro Nacional de Investigadores de la Comunicación fue publicado en el n° 12 de *Comunicación* (1977, pp. 133-134).

comenzaban a *repensar* los modos de incorporar a los sectores populares a los debates por una mayor democratización de las telecomunicaciones a partir de la construcción de márgenes más amplios de consenso. Al mismo tiempo, planteaba Oswaldo Capriles (1976, p. 63), era central pensar a los procesos comunicacionales en la clave de las relaciones entre lo nacional y lo internacional, o de otro modo, analizar el sistema transnacional de comunicaciones como un todo que realimentaba la estructura global de poder y la “presión” informativa como instrumento de penetración cultural.

### **Repliegue intelectual y nuevos proyectos de planificación comunicacional**

La no aprobación del Proyecto Ratelve en el marco de la Ley del CONAC, fue vivida por los intelectuales del ININCO como una verdadera “batalla perdida”. Según el testimonio retrospectivo de Pasquali, “la Cámara de la Radio y Televisión había ido a Miraflores [sede de la casa de gobierno] a sabotear el proyecto y lograron que no saliera. Fue una derrota”<sup>134</sup>.

No obstante la situación a nivel nacional, el gobierno siguió participando activamente en los debates sobre políticas de comunicación en la región, fundamentalmente en la Conferencia Intergubernamental sobre Políticas de Comunicación en América Latina y el Caribe, promovida por la UNESCO. Si bien se realizó en San José de Costa Rica del 12 al 21 de julio de 1976, la conferencia fue “perdiendo sucesivamente las posibles sedes”, primero Buenos Aires y después Quito, en un contexto “oscurecido” y “amenazado” por la presión ejercida por la Sociedad Interamericana de Prensa (SIP) y la Asociación Interamericana de Radiodifusión (AIR) (Beltrán, 1976, p. 21)<sup>135</sup>.

En el marco del conflicto Este-Oeste, interpreta retrospectivamente Pasquali, Estados Unidos envió un embajador por cada una de las capitales de América Latina pidiendo a los gobiernos que “sabotearan” la conferencia. El problema era “un desequilibrio Norte-Sur que no tenía que ver con la política entre Estados Unidos y la Unión Soviética”<sup>136</sup>. Pasquali —junto a Aníbal Gómez y Oswaldo Capriles— participó de la Conferencia como miembro de la delegación venezolana, y según el testimonio de

---

<sup>134</sup> Entrevistado por el autor, 15 de febrero de 2015, Caracas, Venezuela.

<sup>135</sup> Para profundizar en las tensiones que se produjeron durante la Conferencia en Costa Rica, ver Capriles, 1976, p. 187 y 1979, pp. 103-113; Gifreu, 1986, pp. 97-102; Exeni, 1998, p. 73.

<sup>136</sup> Entrevistado por el autor, 11 de marzo de 2016, Caracas, Venezuela.

Elizabeth Safar, estuvo encargado de redactar el temario del encuentro en el que incorporó algunos conceptos clave como el de “acceso” y “participación” en los medios masivos<sup>137</sup>.

La reunión en Costa Rica se efectuó al tiempo que en varios de los países de la región habían ascendido al poder gobiernos militares que tenían en su agenda una “reorganización nacional” que poco tenía que ver con el movimiento progresista que estaba motorizando la discusión sobre la regulación del mercado de las telecomunicaciones. Capriles sostenía, en un texto firmado unos días después de la Conferencia, que sólo unos pocos países habían enviado referentes en la materia, pero que la mayoría —entre ellos, Argentina, Brasil, Bolivia, Uruguay y Chile— llevaron embajadores y ministros que no tenían ninguna relación o conocimiento al respecto. En tales condiciones, afirmaba Capriles, era difícil “crear lazos o compromisos para políticas comunes” (1976, p. 191).

En un estudio que presentó Capriles en 1979<sup>138</sup>, afirmaba que el sector de los intelectuales de la comunicación venezolanos que participó en Costa Rica había asumido a la Conferencia como un “pasaje de las exigencias teóricas de los expertos a la *práctica política*”, como espacio táctico para poder incidir en la toma de decisiones gubernamentales (p. 250, destacado en el original). La falta de representatividad y de acción conjunta hizo que el “evento” fuera percibido como “decepcionante”. Si bien la Conferencia propuso treinta recomendaciones ligadas, entre otras, a la reestructuración de los medios, a la planificación y el derecho a la comunicación, la creación de una agencia latinoamericana de noticias y la construcción de políticas de integración comunicacional, fue perdiendo centralidad en la agenda gubernamental venezolana.

Los investigadores del ININCO que habían tenido una gran visibilidad en términos de participación en el debate público sobre los medios de comunicación, comenzó a reorientar su trabajo. El ascenso y posterior repliegue de un sector de la intelectualidad, se dio de forma complementaria al crecimiento del ININCO en términos de ampliación de la planta de investigadores y de proyectos de trabajo. Dada su posición cercana al gobierno, el instituto obtenía financiamiento tanto de la universidad como de distintos proyectos de trabajo. Esto fue posible a partir de acuerdos con organismos nacionales e internacionales. Elizabeth Safar recuerda que para la UNESCO realizaron

---

<sup>137</sup> Entrevistada por el autor, 10 de marzo de 2016, Caracas, Venezuela.

<sup>138</sup> El trabajo se tituló *Elementos para un análisis crítico del Nuevo Orden Internacional de la Información o de la Comunicación* (1979, mimeo), y fue presentado por su autor para ascender a la categoría de profesor agregado en el escalafón universitario de la Escuela de Comunicación Social de la UCV.

estudios sobre políticas de comunicación, informes para el Centro Interamericano de Adiestramiento en Comunicación para Planificación Familiar y Población (CIACOP), análisis para el Instituto Nacional de la Vivienda (INAVI) e investigaciones sobre la legislación de la comunicación en el país<sup>139</sup>. Esto le permitió al instituto incorporar nuevos miembros para distintos proyectos, como la misma Safar, Alfredo Chacón, Luis Neira Blanco, Roberto Rahamud e investigadores extranjeros como el chileno Andrés Gacitúa y a Margarita Graziano, quien había llegado a Venezuela en 1975 tras exiliarse de Argentina.

El proyecto más importante del ININCO se produjo a partir de un convenio de cooperación entre la UCV y la Corporación Venezolana de Guayana (CVG), una empresa estatal para la cual realizó un informe que el instituto publicó bajo el largo título *Estudio de Factibilidad para el establecimiento de un Sistema de Radiodifusión en Ciudad Guayana, para programas educativos, culturales, informativos y científicos* (AAVV, ININCO/UCV, 1977). El estudio es significativo porque en él podemos leer una serie de conceptualizaciones que indican continuidades respecto a anteriores experiencias profesionales como así también ciertos desplazamientos en términos teóricos.

La comunicación, desde la perspectiva del servicio público, era pensada como clave estratégica de desarrollo e integración en el polo industrial y económico más importante del país. La clave desde la cual abordaron el proyecto era la de un servicio público “regional”, lo que presentaba algunas diferencias respecto el carácter “nacional” de las políticas de comunicación. Lo regional no implicaba el “*abandono del monopolio*” del Estado, pero sí un “cierto grado de descentralización en la gestión, programación y producción” que permitiría una mayor “autonomía frente a la red o estructura nacional” (p. 35, destacado en el original). Esto habilitaba una gestión y producción autónoma en cuanto tendía a satisfacer las necesidades locales y regionales con la “*intervención directa del público* en la elaboración de los programas” (p. 36, destacado en el original).

Si bien “la referencia” a una “política de desarrollo nacional” era lo que orientaba la regulación, se buscaba un proceso de federalización en cuanto a que las grandes ciudades ya no serían los “centros hegemónicos” de producción y podría darse una “conexión directa” entre los “centros regionales” (p. 41). La tendencia del mercado privado de las telecomunicaciones a uniformar y monopolizar el contenido desde el centro a la periferia, se vería restringida en cuanto a que se produciría la incorporación del pueblo

---

<sup>139</sup> Entrevistada por el autor, 10 de marzo de 2016, Caracas, Venezuela.

en términos de acceso y participación en los medios de difusión con una fuerte “autonomía gestionaia”. Los sujetos se convertirían de este modo en “creadores de mensajes” a nivel local porque el proceso de descentralización permitiría un intercambio multidireccional entre los polos regionales (p. 49). Era un proyecto, consideraba el documento, que estimulaba “poderosamente la producción desde la periferia” y que podía servir de ejemplo para establecer “una verdadera red nacional de radiodifusión regional pública, mallada e interdependiente”, una meta *vital* “para el desarrollo socio-económico-cultural del país” (p. 212, destacado en el original).

En suma, el proyecto desarrollado por el equipo liderado por Pasquali, buscaba construir mayores posibilidades de acceso y participación directa en la producción y emisión de mensajes. Esto se daría si se iniciaba un proceso de desconcentración y descentralización de la producción mediática, lo cual potenciaría la elaboración de contenidos a nivel federal.

### ***Comprender la comunicación. Crítica y balance***

A finales de los años setenta Pasquali contaba con una posición dominante al interior del campo de la comunicación en Venezuela, con una presencia relevante en redes y organismos internacionales. Desde julio de 1977 presidía la Asociación Venezolana de Investigadores de la Comunicación (AVIC)<sup>140</sup>, organismo fundado a partir de los acuerdos adoptados en el III Encuentro Nacional de Investigadores de la Comunicación del año anterior. En junio de 1978, fue invitado por la UNESCO en calidad de “consultant” a la Conferencia Intergubernamental de Políticas de Comunicación para Asia y Oceanía, que se realizó en Kuala Lumpur, Malasia<sup>141</sup>.

El modo en que Pasquali enunciaba sus ideas en *Comprender la comunicación* (1978, Monte Ávila, Caracas), condensaba esa acumulación de prestigio y de autoridad académica e intelectual. Ya desde su preámbulo “político-metodológico”, Pasquali se posicionaba, por un lado, como “productor de teoría”, es decir, como agente legítimo ya

---

<sup>140</sup>El primer consejo directivo de la AVIC estuvo compuesto del siguiente modo: Antonio Pasquali (Presidente), Alberto Ancizar (Vicepresidente), Elizabeth Safar (Finanzas), Gloria Cuenca (Actas y Organización), Neferti Escarrá (Vocal), Roberto Rahmut (Vocal) y Alejandro Alfonso (Vocal). Los primeros socios institucionales de la Asociación fueron la Escuela de Comunicación Social (UCV), el ININCO y el Departamento de Investigación Social del Centro de Comunicación Social “Jesús María Pellín”.

<sup>141</sup>La declaración final de Kuala Lumpur postulaba que la comunicación entre personas, grupos y naciones eran “vitales” para la “supervivencia, liberación y realización del hombre,” y se afirmaba que cada país tenía el derecho de definir su política de comunicación basada en los objetivos económicos y sociales del desarrollo (UNESCO, 1979).

no simplemente “para pensar la realidad”, sino para elaborar los marcos de interpretación válidos para estudiar los procesos sociales desde la comunicación. Por otro, promovía las “nuevas” discusiones que ocupaban a una franja de la intelectualidad de la región: los dilemas en torno al Nuevo Orden Informativo Internacional (NOII), sobre la “information society”, el derecho a la comunicación y la cuestión sobre el acceso y la participación popular en los medios de comunicación (p. 24).

*Comprender la comunicación*, por otro lado, se puede leer en parte como una respuesta teórica y política a la visita de McLuhan y, además, como material que nos permite reconstruir discusiones y polémicas que se produjeron al interior del campo intelectual a nivel local y regional entre 1976 y 1978. Cuando Pasquali planteaba que las “nuevas tecnologías” eran tratadas como “productos independientes y autónomos capaces de generar” por “espontánea evolución nuevas sociedades humanas”, volvía a polemizar —como había ocurrido diez años atrás— con el teórico Marshall McLuhan. Como vimos en el capítulo III, Pasquali había recepcionado críticamente *La comprensión de los medios como las extensiones del hombre*, trabajo al que le había dedicado un artículo en la revista *Imagen* en 1968.

Según Pasquali, las “coordenadas lógicas” del problema comunicacional eran “políticas primero” y “sociales después”, a pesar del esfuerzo de “funcionalistas y sacerdotes del progreso tecnológico” —aludiendo a la filiación religiosa de McLuhan— por pensar las nuevas tecnologías borrando las dimensiones político-sociales y antropológicas del proceso comunicacional (pp. 12-15). A diferencia de lo expuesto en su artículo dedicado a McLuhan en 1968, el autor de *Comunicación y cultura de masas* situaba la discusión en otro plano: en el de las relaciones entre lo nacional y lo transnacional en el nuevo orden de la información<sup>142</sup>. La comunicación, sostenía Pasquali, era la “nueva encarnación del poder tecnológico, científico y político”, algo “demasiado serio para dejárselo a los comerciantes, los tecnócratas y sus panegiristas”. En un mundo “satelizado por el imperio”, afirmaba, “las más duras batallas” se producían en el campo de las comunicaciones. Eran luchas para hacer de la comunicación un proceso democrático y participativo “al servicio de las necesidades y prioridades nacionales” (p. 24).

---

<sup>142</sup> Este tópico se había discutido en el seminario “El papel de la información en el Nuevo Orden Internacional”, organizado por el Instituto Latinoamericano de Estudios Transnacionales (ILET), en México en mayo de 1976. Pasquali había participado en calidad de miembro consultivo del ILET. Participaron, entre otros, Armand Mattelart, Herbert Schiller, Juan Somavía y Fernando Reyes Matta. Agradezco al investigador Facundo Altamirano por la información correspondiente a los proyectos y a las actividades organizados por el ILET.

El capítulo “Comunicaciones y cultura nacional: notas para la discusión del problema”, permite leer la inscripción de Pasquali en distintos espacios de intervención política y profesional y el modo en que sus escritos formaban parte de una red de discusiones intelectuales, como se ha señalado, como los encuentros regionales y en las reuniones de expertos de la UNESCO. Pasquali afirmaba, en línea con los dilemas que interpelaban a los intelectuales del campo, que la comunicación era un “problema político” que se inscribía en la intersección entre lo “nacional” y “transnacional” porque era en los sectores de la información y la comunicación donde se reconfiguraban las “relaciones de dependencia” entre la periferia y la metrópolis (p. 161). La comunicación tenía que situarse al interior de una política cultural más amplia. En un sentido gramsciano —a quien Pasquali consideraba como uno de los referentes del “pensamiento heterodoxo de izquierda”—, la comunicación adquiriría un carácter estratégico en el reordenamiento hegemónico. El “investigador” tenía que pensar el anudamiento entre política cultural/política comunicacional como proceso clave en la formación política de la sociedad (p. 164). Esto era relevante porque si la comunicación iba adquiriendo una estructura transnacional en sus aspectos tecnológicos, financieros, políticos y culturales, ¿qué posición iba a ocupar “lo nacional” en ese debate? ¿Cómo el Estado iba a legislar en el “futuro derecho internacional de las comunicaciones”? (p. 169).

En términos teóricos, el filósofo planteaba la necesidad de fundar una “teoría crítica de la comunicación” que indicara que “la negación y subversión del ser actual de las comunicaciones sociales” era —en términos dialécticos— necesario para “su racionalidad y justicia futuras”. El marco conceptual no podía ser otro que el de una filosofía que criticara el orden social existente. Si bien le dedicaba un capítulo a Marcuse —una versión similar a la ya publicada en *Imagen* y en *Sociologia e comunicação*—, esa teoría crítica requería de un marco interpretativo más amplio. El marco ineludible para construirla, donde se hallaba la “mayor riqueza”, era el “pensamiento heterodoxo de izquierda: Sartre, la línea Lukács-Korsch-Gramsci y la Escuela de Frankfurt” (p. 127).

Si bien Pasquali no hacía una sistematización de la enunciada “teoría crítica de la comunicación”, sí afirmaba que era necesario realizar tres operaciones teórico-políticas: primero, un análisis crítico de la cultura orientado a desmitificar las estrategias del sector empresarial y de ese modo “reactivar” el potencial participativo de la sociedad; en segundo lugar, construir estrategias que aumentaran la demanda “de acceso libre, universal y democrático a los medios de comunicación”; por último, la formulación de un espacio que articulara a la intelectualidad y a las organizaciones políticas que tendiera

a “realizaciones concretas en los sectores del derecho y de las políticas de comunicación” (p. 148).

Estas “proposiciones” se inscribían en su propia trayectoria a modo de balance y crítica de la gestión política. La relación entre producción de conocimiento y praxis política reaparecía con otros términos: ¿de qué modo la investigación en comunicación era capaz de motivar la toma de decisiones? A pesar de los procesos en los cuales se había establecido una articulación entre franjas de la intelectualidad y del campo político, el investigador venezolano aseguraba que no se había realizado “ninguna *toma de decisión concreta*” en acceso universal a los medios, sobre las agencias latinoamericanas de noticias y los servicios públicos de radiodifusión (p. 190, destacado en el original).

En definitiva, uno de los ejes que atravesaba a *Comprender la comunicación* estaba vinculado a la relación entre financiamiento, investigación y toma de decisiones políticas. ¿Se debía seguir por el camino de la formulación de políticas nacionales de comunicación? ¿Qué alternativas se le presentaban al investigador en comunicación? ¿Era necesario fortalecer las redes de producción e intercambio regional para “sugerir adecuadas relaciones” entre el investigador y el “policy maker”? (p. 202).

Las tensiones que se produjeron entre el campo político, el económico y el intelectual a partir de la experiencia del Proyecto Ratelvé, de su implementación tal como los agentes involucrados en el proyecto pretendían, pusieron en escena las limitaciones del accionar estatal en la formulación de regulaciones para el sector de la cultura y la comunicación. Esto, en un contexto geopolítico de ascenso de gobiernos dictatoriales, fue generando las condiciones para que un sector de la intelectualidad venezolana comenzara a repensar no solamente en términos teóricos las posibilidades de democratizar la comunicación, sino también cuáles deberían ser las tácticas y las alianzas entre intelectuales y políticos, para lograr cambios efectivos en materia de políticas de comunicación.

\*\*\*

A lo largo de la década del setenta se fueron consolidando espacios venezolanos de investigación en comunicación a partir del desarrollo de proyectos inscritos localmente, pero en consonancia con procesos a escala regional e internacional. Aún con el temblor institucional bajo sus pies producido por el movimiento de renovación universitaria, varias escuelas de la Universidad Central de Venezuela promovieron cambios internos que, entre otros aspectos ya indicados, devinieron en la formación de institutos de investigación especializados.

Producto de ello comenzó a organizarse el Instituto de Investigaciones de la Comunicación, en un proceso que se vio potenciado no sólo por la demanda interna de actualización y modernización teórica, sino también en el marco de acuerdos con escuelas, centros y universidades de otros países —como Argentina, Chile y Brasil, por ejemplo—, que dieron fluidez a los procesos de circulación de las ideas y agentes. Esto se materializó en ediciones y traducciones de las obras de Pasquali al portugués —de la mano de Marques de Melo—, de cursos que dictó en universidades brasileras, pero también en la edición de obras de intelectuales de otros puntos de la región en Venezuela, como algunos trabajos de Armand Mattelart, o la conferencia que dictó el investigador argentino Eliseo Verón.

Esta consolidación en Venezuela de espacios de investigación en comunicación, se encarnó, además, en proyectos institucionales como los de la Universidad de Zulia y la Universidad Católica Andrés Bello, como así también en la proliferación de revistas especializadas, como *Órbita* y *Comunicación*. Los agentes que participaban de estos espacios —incluidos los del ININCO— mantuvieron en esos años una activa polémica y discusión que permitió construir espacios de interlocución como los encuentros nacionales de investigadores de la comunicación y fundar en 1977 la Asociación Venezolana de Investigadores de la Comunicación (AVIC). El modo en que fueron emergiendo los distintos proyectos revisteriles no sólo permitió dar cuenta de la consolidación de un campo de saberes en comunicación, sino que allí pudimos leer distintos posicionamientos teórico-políticos, o dicho de otro modo, distintas estrategias de intervención político-intelectual.

Por su parte, la presencia en Venezuela de Marshall McLuhan en 1976, la pensamos como un mirador privilegiado desde el cual leer el modo en que se posicionaron las fuerzas sociales y los movimientos del campo académico y del campo político cultural

en un contexto de profundas discusiones acerca de la necesidad de formular políticas de comunicación. Como dijimos anteriormente, la visita movilizó tendencias sociales e intelectuales antagónicas que buscaban legitimar sus posiciones teóricas y políticas. Como vimos, la publicación de *Comprender la comunicación*, ya desde su título, remitía a esa trama en la que Pasquali respondía no sólo a las conceptualizaciones del teórico canadiense, sino que también asumía una específica posición intelectual ante el sentido que adquirirían los planteos de McLuhan en las claves en que se estaba problematizando la relación comunicación, cultura y política en el campo político-cultural venezolano.

Inscribir la experiencia del Proyecto Ratelve en ese marco nos permitió observar dos procesos diferentes pero articulados: cómo se fue configurando —no sin conflicto— el proceso de legitimación e institucionalización de un saber especializado en materia de políticas de comunicación, que surgió del entrecruzamiento entre campos disciplinares diferentes *en relación con* las demandas del Estado. Siguiendo las reflexiones de Plotkin y Zimmermann (2012, p. 12), podemos afirmar que se articuló la consolidación de un nuevo campo de conocimiento social con la emergencia de nuevos espacios de intervención estatal, orientados a mediar en los procesos sociales y culturales. Pensamos esto no sólo a partir del Proyecto Ratelve, sino también al analizar la participación del ININCO —desde una serie de saberes expertos y operativos— en resolver demandas que llegaban desde organismos estatales nacionales e internacionales. Estos se materializaron en trabajos para la UNESCO, para el Centro Interamericano de Adiestramiento en Comunicación para la Planificación Familiar y la Población (CIACOP), el Instituto Nacional de la Vivienda (INAVI) y, entre otros, el “estudio de factibilidad” para construir un servicio público de comunicación en Ciudad Guayana.

En el Ratelve se condensó una formulación de regulaciones para el sector estatal que no debe ser desconectada de la reconfiguración del rol del Estado en la política y en la producción económica venezolana, en el que la cultura, afirma Oswaldo Capriles, tenía que ser reorientada políticamente ante la ausencia de una estructura de “acción directa” sobre la colectividad (1996, p. 78). Si hacia los años sesenta, esquemáticamente dicho, eran círculos intelectuales organizados en asociaciones civiles y proyectos revisteriles los que buscaban presionar al Estado para formular políticas vinculadas a la producción cultural, ahora era el Estado el que convocaba a los intelectuales —y al hacerlo legitimaba un saber adquirido— a participar de ese movimiento de reformas en el plano cultural.

Analizar la participación de Pasquali en el Ratelve nos permitió situar ese proyecto en una amplia política cultural —la Ley del CONAC— que pretendió reordenar en

general las reglas de la producción cultural, y específicamente, redireccionar las funciones de la industria cultural y cuestionar la monopolización en la producción de contenidos de las empresas privadas. En definitiva, el Ratelve expresó el intento de organizar un proyecto político-cultural para transformar las condiciones de producción “arraigadas en los intereses de los sectores dominantes” (Capriles, 1996, p. 81). Más allá de las diferentes posiciones respecto a los intereses del gobierno de Carlos Andrés Pérez, el Ratelve se convirtió en un caso seguido en todo el mundo y tempranamente fue objeto de debate al interior del campo intelectual.

Tanto la crisis en la implementación del Ratelve como la emergencia de gobiernos dictatoriales en América Latina, reavivó las tensiones entre los intelectuales de la comunicación venezolanos respecto a la participación del Estado en la promoción de políticas públicas. Para un sector de la intelectualidad, la experiencia del gobierno de Pérez en materia de regulaciones del sistema de medios, había expresado las contradicciones de un Estado que procuraba generar políticas orientadas a la soberanía económica, política y cultural, pero fuertemente condicionado por el poder de las “metrópolis dominantes”. Si bien el Ratelve era considerado por un sector de los intelectuales como el “plan más ambicioso y técnico elaborado en la región latinoamericana”, su viabilidad fue puesta en duda tanto por el partido gobernante Acción Democrática como por el partido socialcristiano Comité de Organización Política Electoral Independiente (Copei), que lo habían “boicoteado” y “archivado” (Aguirre, 1977, pp. 487-492). La situación política nacional dejaba en evidencia que, sin transformar las relaciones sociales, como así lo consideraban Oswaldo Capriles y Jesús María Aguirre, se podía cambiar la acción de los medios sin que por ello se dejara de ser un país dependiente. Estas reconfiguraciones en la dinámica política local, convergieron con el escenario latinoamericano que marcaba un repliegue de la intelectualidad que se había organizado en torno a las reuniones de políticas culturales promovidas desde la UNESCO.

La Conferencia Intergubernamental sobre Políticas de Comunicación en América Latina y el Caribe, que se realizó en San José de Costa Rica en 1976, al contrario de lo que se esperaba y producto del desinterés en la materia de los nuevos gobiernos dictatoriales, países como Argentina, Brasil, Uruguay y Chile, enviaron embajadores y ministros que no tenían ningún conocimiento al respecto. A finales de los setenta, la intervención de los intelectuales en el debate público venezolano fue disminuyendo, y en términos regionales, el ascenso de las dictaduras en el cono sur impidió, como afirmó

Capriles, la creación de lazos y compromisos para la construcción de políticas comunes (1976).

## Capítulo V

### Una práctica intelectual entre América Latina y Europa (1979-1989)

El objetivo de este capítulo es analizar cómo la participación de Pasquali en organismos internacionales dedicados a la cultura —principalmente desde la UNESCO— potenció la presencia de los estudios latinoamericanos de comunicación en el debate internacional. Pensar su trayectoria en espacios de investigación y cooperación en comunicación internacionales, nos va a permitir explorar las condiciones de producción de diálogos interinstitucionales que viabilizaron la formación de asociaciones regionales, como la Asociación Latinoamericana de Investigadores de la Comunicación (ALAIIC).

Para cumplir con ese objetivo retomamos la conceptualización de *mediador intelectual* que Mariano Zarowsky —recuperada de Copper-Richer (2008)— utilizó para analizar la figura intelectual de Armand Mattelart (2013, p. 24). Vamos a pensar a Antonio Pasquali como un agente que operó como conector entre espacios de producción intelectual transnacionales y con tradiciones diversas. Seguir la trayectoria académica e institucional de Pasquali en este período, dada su conexión con espacios múltiples de organización cultural e investigación comunicacional, permitirá analizar las tensiones que atravesaron el proceso de institucionalización de los estudios de comunicación latinoamericanos a lo largo de los años ochenta. Para dicho propósito, analizaremos la conformación de encuentros y congresos académicos en la región, fundamentalmente los debates que se produjeron en 1980 en la XII Asamblea General y Conferencia de la Association Internationale des Études et Recherches Sur L'Information et la Communication (AIERI) que organizó en Caracas el Instituto de Investigaciones de la Comunicación (ININCO).

Nos preguntamos —en un marco general que incluyó a otros intelectuales y académicos como Juan Somavía, Rafael Roncagliolo y Fernando Reyes Matta, entre otros— acerca del papel que jugaron los intelectuales latinoamericanos en la producción de las ideas en comunicación. Es decir, indagar la posición que ocupó Venezuela en particular y América Latina en general, como polo de producción de saberes en comunicación, en el marco de los debates internacionales sobre la circulación y el flujo de la información.

Pensar el proceso de consolidación de las redes de estudios en comunicación latinoamericanos desde la intersección de tramas locales, regionales y transnacionales, nos orienta en términos metodológicos, a considerar el dinamismo y la capacidad de circulación de sujetos e ideas a través de fronteras estatales y culturales que posibilitaron, primero la formación de ALAIC en 1978, luego la Asociación Latinoamericana y del Caribe de Facultades o Escuelas de Comunicación Social (ALACFECS) y, posteriormente, en 1984, la formación de la Unión Latinoamericana y Caribeña de Radiodifusión (ULCRA).

Nos resulta productivo pensar la emergencia de esos proyectos de organización y asociación intelectual de la comunicación en la región hacia finales de los años setenta y principios de los ochenta, desde el concepto de “redes culturales” que proponen Maíz y Fernández Bravo (2009). Los investigadores consideran que las redes culturales conforman un “mapa de conexiones” que atraviesan fronteras y pone en contacto sujetos situados en posiciones distintas entre ellos y permite un nuevo “régimen de intercambio” y da lugar a configuraciones que operan como espacios de circulación de las ideas (p. 14). Es una entrada analítica productiva, por otra parte, para pensar cómo los movimientos y la experiencia del exilio regional, a partir del ascenso y la amenaza de regímenes dictatoriales en algunos países, activó la circulación de ideas y personas y produjo un intercambio intelectual e ideológico respecto a ciertos tópicos. La diferencia en las experiencias vitales de los intelectuales de la comunicación latinoamericanos hacia finales de los años setenta, se presenta como una puerta de entrada a partir de la cual indagar qué discusiones se produjeron respecto a los “nuevos” objetos de estudio, la participación del Estado en la producción cultural, la formulación de políticas democráticas de comunicación, los repertorios y las tácticas de intervención intelectual en el espacio público. Los dilemas sobre estas cuestiones ocuparon las páginas centrales de las revistas especializadas en comunicación como *Chasqui* y *Comunicación y Cultura*.

Suele afirmarse, por otro lado, que los “años ochenta” fueron tiempos de revisión de problemas de investigación y de los objetos de estudio en el campo de la comunicación en América Latina. Nos interesa analizar, siguiendo esa hipótesis, cómo se incorporó Pasquali en las modalidades de agrupamiento intelectual que a finales de los ochenta surgieron entre los académicos de la comunicación, sus elaboraciones y reflexiones teóricas, como así también, identificar los potenciales desplazamientos conceptuales en torno a la relación comunicación, cultura y política. Esto nos va a permitir no sólo pensar las transformaciones al interior del campo de la comunicación, sino echar luz sobre cómo

se incorporaron al campo académico los procesos más amplios vinculados a la reconfiguración de los escenarios políticos en un contexto de retorno de las democracias en el cono sur y de acenso del neoliberalismo a escala regional.

### **De la universidad a la UNESCO. La comunicación en el debate trasnacional**

Como vimos en el capítulo anterior, Pasquali venía dialogando con la UNESCO sobre la posibilidad de incorporarse al área de comunicación. Tras una serie de reuniones, el 14 de septiembre de 1978 asumió formalmente el cargo de Sub-director General Adjunto para el Sector de Cultura y Comunicación. En la notificación del cargo firmada por el senegalés Amadou-Mahtar M'Bow, director general de la UNESCO, se consideraba que el nombramiento de Pasquali se debía a su experiencia como “presidente del Comité para el Estudio de la Política de Radiodifusión del Estado y como miembro principal del CONAC”. Se estimaban, también, sus relaciones con el organismo desde 1976, dado que Pasquali se había incorporado como “consultor para las conferencias sobre políticas de comunicación y políticas culturales en América Latina y el Caribe”<sup>143</sup>.

Postulado para el cargo en la UNESCO por el gobierno venezolano, la visibilidad en el debate público sobre la regulación del sistema de medios, implicaron que Pasquali recibiera una serie de agravios a través de la prensa. Según el testimonio retrospectivo del autor de *Comprender la comunicación*, la opción de “salir del país” se presentó como una buena oportunidad para “calmar las aguas”<sup>144</sup>. El teórico contaba con un doble vínculo político e institucional que posibilitó su llegada al organismo: por un lado, su amistad con el argentino Alberto Obligado<sup>145</sup>, por entonces Subdirector General de Comunicación de la UNESCO. Por otro, el apoyo del gobierno venezolano. En una carta dirigida a Pasquali, el Ministro de Estado para Ciencia y Tecnología, José Luis Salcedo-Bastardo, le manifestaba a aquel que “estaba seguro” que no “defraudaría el apoyo” que le había brindado “el Presidente Carlos Andrés Pérez, ni la confianza que siempre ha[bía] tenido en sus méritos personales y docentes”<sup>146</sup>.

---

<sup>143</sup>Mahtar M'Bow-Amadou, “Sous-Directeur général adjoint (Programme), Secteur de la culture et de la communication”, 20 de septiembre de 1978, París. Archivo personal de Antonio Pasquali.

<sup>144</sup>Entrevistado por el autor, 11 de marzo de 2016, Caracas, Venezuela.

<sup>145</sup>Alberto Obligado Nazar estuvo en el organismo entre 1970 y 1978. Previo a su llegada a la UNESCO, había ocupado diferentes posiciones en la municipalidad de Buenos Aires hasta finales de los años sesenta. Posteriormente fue presidente del Congreso Científico, Cultural y Económico de Iberoamérica.

<sup>146</sup>República de Venezuela, Ministro de Estado para Asuntos Científicos, Tecnológicos y Culturales, “Carta del Ministro de Estado José Luis Salcedo-Bastardo a Antonio Pasquali”, 25 de julio de 1978. Archivo personal de Antonio Pasquali.

Podemos seguir, entonces, cómo la *expertise* desarrollada por Pasquali en su trabajo sobre las relaciones entre medios de comunicación y la formulación de políticas públicas, se había vuelto un capital valorado por la UNESCO dado el proceso que estaba atravesando la institución. Era un contexto, sostienen Fernando Quirós y Francisco Sierra Caballero (2016, p. 12), en el que desde la Conferencia de Argel de 1973, el Movimiento de Países No Alineados (MPNA) había comenzado a actuar “de forma concertada en la ONU y sus organismos especializados” para incorporar, en la agenda de debate internacional, dos proyectos: uno vinculado a el Nuevo Orden Económico Internacional (NOEI) y otro sobre el Nuevo Orden Internacional de la Información (NOII). Los proyectos, que contaron con el apoyo del Grupo de los 77<sup>147</sup>, la Unión Soviética y los países socialistas, hicieron de la UNESCO un escenario de disputa geopolítica.

En 1977, en el marco de la XIX Conferencia General en Nairobi, la UNESCO había creado la Comisión Internacional de Estudio de los Problemas de Comunicación<sup>148</sup> con el objetivo de analizar el problema de la “difusión internacional de la información” y de la “dependencia en materia de comunicación”. Era un contexto, argumentaba la Comisión, en el que se estaba “poniendo en tela de juicio” el “orden mundial de la información” (UNESCO, 1978, p. 11)<sup>149</sup>. Al momento del ingreso de Pasquali, la Comisión ya se había reunido en tres oportunidades entre 1977 y 1978. En dichas reuniones se habían establecido las “preguntas principales” que orientarían el trabajo y las investigaciones: “cómo garantizar el derecho a comunicar”, qué se entendía por “nuevo orden mundial de la información” y qué “por circulación libre y equilibrada de la información” (p. 17).

Como vemos, estas problematizaciones que llevaba adelante el organismo no eran ajenas a la trayectoria política e intelectual de Pasquali. Dada su ubicación privilegiada en una serie de redes de investigación en comunicación a nivel regional, era un agente con gran participación en las discusiones que atravesaban al campo académico latinoamericano de la comunicación y en especial el de la promoción de regulaciones

---

<sup>147</sup> El grupo incluía por entonces a 77 países en vías de desarrollo con el objetivo de cooperar en las discusiones que se desarrollaban al interior de la Organización de las Naciones Unidas.

<sup>148</sup> Presidida por Sean MacBride, de la misma participaban referentes del periodismo y la investigación provenientes de distintos países, pero fundamentalmente del “Tercer Mundo”. Entre varios otros, participaron Elebe MaEkonzo (Zaire), Akporuaro Omu (Nigeria) como miembro de la Coordinación de la Información de los Países No Alineados, Leonid Zamietin (URSS), embajador, periodista y miembro del Soviet Supremo, el escritor y periodista colombiano Gabriel García Márquez, y el investigador chileno Juan Somavía, como Director Ejecutivo del ILET.

<sup>149</sup> Sobre los debates y las posiciones de la UNESCO en el NOMIC, ver López-Escobar, 1978; Murciano, 1981; Salinas, 1984; Argumedo, 1984; Gifreu, 1986; Esteinou, 2004; Sánchez Ruiz, 2005; Mastrini y De Charras, 2005; Cañizález, 2006; Quirós, 2013; Quirós y Sierra Caballero, 2016.

estatales. Además de su intenso protagonismo en el Proyecto Ratelve, Pasquali brindaba conferencias y cursos de posgrado en las universidades de Brasilia, Fortaleza, Porto Alegre y también en CIESPAL<sup>150</sup>.

Estas cuestiones que ocupaban a la UNESCO se vinculaban, como vemos, a problemas que un sector de la intelectualidad en comunicación de América Latina venía trabajando y desplegando. Sobre todo entre los investigadores nucleados en el ILET en México y del ININCO en Venezuela, en el seminario sobre el papel de la información en el nuevo orden internacional que se realizó en México en mayo de 1976. Allí, tal como relata Oswaldo Capriles (1979) —que participó como miembro del ININCO— los tópicos centrales se vincularon a la “*nueva estructura jurídica para las comunicaciones internacionales*” y al “*papel de la información en el nuevo orden internacional*” (p. 76, destacado en el original). Estos tópicos orientaron las “Recomendaciones para la acción” que el grupo de intelectuales preparó como reporte final (p. 87). Las “recomendaciones” tenían una doble dimensión, política y académica: por un lado, apuntaban a definir el modo en que se articulaba el Nuevo Orden Económico Internacional (NOEI) y el Nuevo Orden Informativo Internacional (NOII) para elaborar un mapa jurídico, conceptual y político que fundara las bases para “un nuevo derecho de la información internacional”. Esto habilitaría la construcción de “modelos de información alternativos” inscritos en “las realidades culturales locales” (AAVV, 1978, pp. 87-88). Por otro lado, una tarea que se consideraba urgente se vinculaba al llamado que la recomendación hacía de revisar el rol de las universidades en “la estructura informativa dominante”. En relación con ello se denunciaba que los “procesos académicos” reproducían “conceptos y principios sobre la Información y la Comunicación Social” del “primer mundo” y no hacían “énfasis” en las producciones académicas locales, es decir, en el “aporte conceptual del Tercer Mundo” (p. 90).

### **De Polonia a Venezuela. Institucionalizar la comunicación en la región**

A través de distintos encuentros y reuniones, como las organizadas por la Association Internationale des Études et Recherches Sur L'Information et la Communication (AIERI), se potenció la convergencia entre investigadores. Elizabeth Safar recuerda que en la XI Conferencia de la AIERI celebrada en septiembre de 1978 en Varsovia, se produjeron dos hechos de relevancia: en primer lugar, con la mediación de

---

<sup>150</sup>“Currículum”, 14 de marzo de 1977, expediente “Pasquali Greco, Antonio Arnaldo”, período “B”, clasificación “D.67”. Archivo Histórico de la Facultad de Humanidades y Educación (UCV).

Pasquali desde su posición al interior de la UNESCO, la Asamblea General aprobó que el ININCO y la Universidad Central de Venezuela organizaran la XII Conferencia de la AIERI y que la sede del evento fuera Caracas. En segundo lugar, un conjunto de investigadores latinoamericanos, entre los que se encontraban Antonio Pasquali, Elizabeth Safar, Marco Ordoñez, Aníbal Gómez y Patricia Anzola, se reunieron a discutir sobre la necesidad de fundar una asociación de investigadores a nivel regional<sup>151</sup>.

La formación de la Asociación Latinoamericana de Investigadores de la Comunicación (ALAIC) fue así traccionada por fuerzas diferentes. Un proceso regional de circulación de investigadores con preocupaciones vinculadas a la relación entre medios masivos, cultura y procesos políticos, en un marco en el que la UNESCO venía promoviendo y articulando instituciones e investigaciones en la Comisión MacBride. Pasquali operó como conector entre ambos procesos. Aníbal Gómez, primer director de ALAIC, consideraba que había sido un hecho “clave” la llegada de Pasquali a la UNESCO porque había potenciado la posición latinoamericana en las “redes internacionales de investigadores” de la comunicación (Cañizález, 2018, p. 104)<sup>152</sup>.

En efecto, a la par de los encuentros realizados en América Latina, como el organizado por el Centro de Estudios de la Comunicación de la Universidad Autónoma de México en febrero de 1978<sup>153</sup>, se habían ido conformando asociaciones en distintos países. La primera de ellas había sido la Associação Brasileira de Pesquisa e Ensino da Comunicação (ABEPEC) creada en 1972. Para 1977 se había fundado la Asociación Venezolana de Investigadores de la Comunicación (AVIC). En 1977 surgió la Asociación Colombiana de Investigadores de la Comunicación (ACICOM) y la Sociedade Brasileira de Estudos Interdisciplinares da Comunicação (INTERCOM). En 1979 se fundó la Asociación Mexicana de Investigadores de la Comunicación (AMIC).

La elección del primer Consejo Directivo de ALAIC<sup>154</sup> da cuenta de un momento

---

<sup>151</sup> Entrevistada por el autor, 10 de marzo de 2016, Caracas, Venezuela.

<sup>152</sup> Para profundizar sobre el proceso de fundación de ALAIC en el marco de la institucionalización del campo de la comunicación en América Latina, remitimos a Marques de Melo y Gobbi, 2000; Marques de Melo, 1998a, 2003, 2004 y 2008; AAVV, 1998; AAVV, 2003; Beltrán, 2004; Fuentes Navarro, 1996 y 2006; AAVV, 2008; Gobbi, 2008; Covi Druetta, 2008; Ayala, 2013; Bolaño y otros, 2015; Torres, 2015; Covi Druetta y Cimadevilla, 2018; entre otros.

<sup>153</sup> La actividad se denominó “Comunicación y Dependencia en América Latina” y participaron Antonio Pasquali, Rafael Roncagliolo, Fátima Fernández, Máximo Simpson Grinberg, Héctor Schmucler, Ludovico Silva, Fernando Reyes Matta, Mabel Piccini, Daniel Prieto Castillo, Herbert Schiller y Armando Cassigoli Perea, entre otros. Las conferencias fueron publicadas en *Cuadernos del Centro de Estudios de la Comunicación* (AAVV, 1978, UNAM, Ciudad de México).

<sup>154</sup> Fueron elegidos: Luis Aníbal Gómez, Presidente; Fernando Alarcón, Vice-Presidente; Luiz Gonzaga Motta, Secretario Ejecutivo de Promoción y Organización; Marco Ordoñez, Secretario Ejecutivo de Formación y Documentación; Fernando Reyes Matta, Secretario Ejecutivo de Relaciones e Información;

de cristalización de ese proceso heterogéneo y relativamente disperso que había caracterizado la emergencia de espacios de investigación en comunicación en la región hacia finales de la década del setenta.

La asamblea convocada por la Asociación Venezolana de Investigadores de la Comunicación (AVIC) y el ININCO que se realizó en noviembre de 1978 en Caracas, logró articular a referentes de la región como Mario Kaplún, Luiz Gonzaga Motta, Marco Ordoñez, Fernando Reyes Matta y Oswaldo Capriles, entre otros<sup>155</sup>. Tal como quedó asentado en el Acta Constitutiva de ALAIC, se postulaba como objetivo establecer un “organismo internacional científico-gremial sin fines de lucro, destinado a agrupar a Asociaciones, Instituciones e Individuos dedicados a la investigación científica en materia de comunicación”. En la primera reunión, además de los elegidos para el consejo directivo, participaron Rafael Roncagliolo —como presidente de la Asociación Latinoamericana de Periodistas para el Desarrollo (ALACODE) —, Enrique Oteiza —como delegado de la UNESCO—, Eleazar Díaz Rangel —por la Federación Latinoamericana de Periodistas (FELAP) —, Oswaldo Capriles y Elizabeth Safar por el ININCO y el investigador Mario Kaplún, exiliado en Venezuela.

Si las redes nacionales de investigación en comunicación lograron instituir una asociación regional se debió también al impulso y a la legitimación que otorgaba la UNESCO en tanto organismo internacional. Los argumentos expresados desde París validaban la formación de espacios en distintas latitudes sosteniendo la necesidad de cooperación y desarrollo más allá de las fronteras nacionales. Esto se puede observar en el hecho de que unos días después de la asamblea fundacional de ALAIC, la UNESCO organizó en Panamá una reunión en la que participaron una veintena de investigadores latinoamericanos de la comunicación y expertos del organismo con el objetivo de consolidar los estudios en la región. En una reseña publicada por la revista venezolana *Comunicación*, se afirmaba que en el encuentro se había considerado a la ALAIC como “un instrumento imprescindible y aliado de la UNESCO” para “asegurar en América Latina la promoción y la coordinación de los programas de investigación en comunicaciones” (Martínez Terrero, 1979, p. 114). La nueva asociación debía ser un nodo

---

Alejandro Alfonso, Secretario Ejecutivo de Administración y Finanzas, y Josep Rota, Coordinador del Consejo Consultivo de la Asociación.

<sup>155</sup>“Acta constitutiva Asociación Latinoamericana de Investigadores de la Comunicación”, 17 de noviembre de 1978. Archivo personal de Elizabeth Safar. Caracas, Venezuela. Además de los que ya indicamos, según el documento participaron miembros del ILET, de CIESPAL, de la ACICOM, de ABEPEC y, de México, miembros del Consejo Nacional para la Enseñanza y la Investigación en Ciencias de la Comunicación (CONEICC).

estratégico de construcción de enlaces entre investigadores latinoamericanos. En el encuentro, que contó con una destacada participación de Pasquali, se postularon una serie de lineamientos generales para la dirección de los estudios en comunicación. Teniendo como punto de partida la caracterización de “la comunicación como fenómeno de naturaleza eminentemente política”, se proponía investigar la “comunicación de base” como requisito “fundamental de la participación popular en el proceso comunicativo”, el derecho internacional de la comunicación, la concentración del mercado de medios y, entre otras cuestiones, las “nuevas tecnologías” (p. 123).

En los Estatutos de ALAIC se trazaba su horizonte político-organizativo. Se puede leer también un programa de acción para una franja de la intelectualidad de la comunicación nucleada en institutos y centros que estaban dispersos por Latinoamérica. En un contexto de persecución y represión que alcanzaba también la producción científica y cultural en los países donde gobernaban dictaduras militares, la conformación de la asociación también puede ser pensada como una apuesta de reorganización de la actividad intelectual especializada en comunicación que buscaba —como se afirma en sus estatutos— garantizar la “libertad científica para los investigadores de la comunicación en América Latina” y abrir espacios de edición, circulación y difusión de la “documentación científica sobre la especialidad”, preferentemente la que se producía en la región<sup>156</sup>. Como afirma el investigador brasileño José Faro (1992), era una posibilidad de reordenar un mercado especializado que en el cono sur había sido coartado por los gobiernos militares y, para un sector de la intelectualidad, era una oportunidad de incorporarse como productores de saberes.

La asociación pretendía organizar la multiplicidad de espacios de investigación emergentes. Se trataba de agrupar orgánicamente a instituciones y agentes, investigadores, profesionales y expertos, cuyas actividades estuvieran vinculadas a la comunicación. La presencia en el Consejo Directivo de Aníbal Gómez, Fernando Reyes Matta, Patricia Anzola, Luiz Gonzaga Motta y Josep Rota, como representantes de los espacios de investigación “nacionales”, da cuenta del carácter estratégico que asumía la organización al otorgar legitimidad no solamente a proyectos reconocidos institucionalmente sino también a trayectorias individuales. Por otro lado, se asumía como una asociación regional con lazos con organismos transnacionales. En este sentido, según su estatuto fundacional, ALAIC procuraba coordinar y promover las actividades

---

<sup>156</sup>“Asociación Latinoamericana de Investigadores de la Comunicación (A.L.A.I.C). Estatutos”, 17 de noviembre de 1978. Archivo personal de Elizabeth Safar. Caracas, Venezuela.

de investigación de sus miembros como así también instar a crear nuevas asociaciones nacionales de estudios en comunicación.

# Nuevo Orden Informativo a Nivel Internacional

Con sede en Caracas, quedó constituida la Asociación Latinoamericana de Investigadores de la Comunicación

garar el marco exclusivo del estudio y marginarse de otros problemas vinculados al desarrollo. Sobre todo, cuando sabemos que la comunicación aparece como una variable fundamental que cumple un rol importantísimo en los planes de desarrollo y cuando ya se tiene conciencia del carácter transnacional y la influencia de las transnacionales en los medios de comunicación.

Reyes Matta destacó también que cuando se articulan modelos no democráticos de desarrollo, la comunicación no es participativa "y nosotros -agregó- defendemos el acceso y la participación de los diversos sectores en la comunicación".

En el acta constitutiva de Alaic se enumeran entre los objetivos: promover actividades de investigación; desarrollar una conciencia profesional sobre la necesidad de reorientar la enseñanza de la comunicación como instrumento básico para los planes de desarrollo nacional y regional. Crear cuadros de investigadores, propiciar la investigación conduciendo a los cambios que las sociedades latinoamericanas requieren, especialmente en problemáticas estratégicas como el Nuevo Orden Informativo Internacional y el desarrollo de las políticas de comunicación que beneficien a los sectores mayoritarios. Defender los valores de las culturas nacionales y regionales y fomentar la participación de sus asociaciones en los procesos de toma de decisiones nacionales, regionales o mundiales sobre la comunicación.

-Lo que se propone esta nueva organización -dijo el representante de la Unesco, Enrique Oleiza- es presentar una respuesta latinoamericana al problema de la comunicación que es mundial y a los efectos que de ella la comunicación en la sociedad contemporánea se derivan.

El representante de la Unesco expresó su absoluto respaldo a esta iniciativa y señaló que para el desarrollo de los países Alaic, decididas a defender puntos de vista anticolonialistas y en este surgir de fuerzas renovadoras, faltaba la presencia de los investigadores en la confrontación que está planteada sobre el problema comunicacional.

-El hecho de que la Federación Latinoamericana de Periodistas de Alaic, al destacar la importancia de fundar una asociación que en ninguna región del mundo subdesarrollado, está tan dominado como América Latina, en materia de comunicación y como ejemplo mencionado que la televisión privada no es un modelo universal. De 32 países donde funciona la televisión como empresa privada, 18 son latinoamericanos y no existe en ninguna parte del mundo, como opera en este continente, organismos de tanta agresividad como la Sociedad Interamericana de Prensa (SIP) y el Sistema Interamericano de comunicación no debe relacio-

deración Latinoamericana de Periodistas (Felapi); Enrique Oleiza delegado de la UNESCO; Mario Koplin, del Uruguay y Rafael Roncagliolo, de la Asociación Latinoamericana de Periodistas para el Desarrollo (Alacoide).

Se eligió como sede inicial de la Alaic la ciudad de Caracas y la directiva quedó formada así: presidente Luis Anibal Gómez; vicepresidente, Hernando Barco (Colombia); secretaria de promoción, Luis Gonzaga Motta (Brasil); de formación y documentación, Marco Ordóñez (Chile); de relaciones e informaciones, Fernando Reyes Matta, de Chile; administración y finanzas, Alejandro Alfonso (Venezuela) y coordinador del Consejo Consultivo, José Rota, de México.

Esta Asociación se proyectó desde 1971 en Brasilia -refirió Luis Anibal Gómez- pero necesitó un proceso de carácter internacional para constituirse, finalmente, con la integración de las diversas asociaciones que ya existían.

Entre los objetivos comunes que se ha propuesto la Asociación figuran establecer políticas regionales de comunicación, mejorar las técnicas existentes y construcción de un nuevo orden informativo internacional.

En la reunión constitutiva de la Asociación Latinoamericana de Investigadores de la Comunicación, estuvieron presentes: Luis Gonzaga Motta, de la Asociación Brasileña de Enseñanza e Investigación en la Comunicación; Patricia Anzola de Morales, de la Asociación Colombiana de Investigadores de la Comunicación; José Rota, del Consejo Nacional de la Enseñanza y la Investigación en Ciencias de la Comunicación; Aniclar Mendoza, Elizabeth Saif, Oswaldo Cuatrecasas y Luis Anibal Gómez, por el Instituto de Investigaciones de la Comunicación (Inico) de Venezuela; y Eleazar Díaz Rangel, por la Fe-



En la sesión constitutiva de la Asociación Latinoamericana de Investigadores de la Comunicación, que preside Luis Anibal Gómez.

Una nota acerca de la reunión constitutiva de ALAIC efectuada en Caracas fue publicada en el diario venezolano *El Nacional*, en la edición del 18 de noviembre de 1978. Fuente: Archivo personal de Elisabeth Safar.

La ALAIC pretendió establecer acuerdos con organizaciones de la sociedad civil y formar “cuadros de investigación de la comunicación” para que se incorporaran a los proyectos sociales y culturales “conducentes a cambiar” las sociedades latinoamericanas. En el estatuto, los fundadores de ALAIC se declaraban interpelados por los “grandes problemas estratégicos como el Nuevo Orden Informativo Internacional” y el desarrollo de “políticas de comunicación que vayan en beneficio de los sectores mayoritarios de la sociedad latinoamericana”. Se postulaba que había que acompañar “especialmente” los debates y las discusiones que en esta materia llevaban adelante en la UNESCO.

Una de las cuestiones que se planteaban era la necesidad de repensar los programas de las instituciones académicas especializadas en periodismo y comunicación en América Latina. El dilema central era cómo reorientar la producción de saberes y teorías que —se caracterizaba— no daban cuenta de la especificidad de la región. Para tratar de resolverlo, la ALAIC dio un paso más amplio para orientar curricularmente a las escuelas y facultades: crear una asociación que agrupara a los organismos universitarios dedicados a la formación de comunicadores.

Con ese objetivo se reunieron en Caracas, en diciembre de 1979, representantes de distintas universidades, escuelas y centros de comunicación latinoamericanos<sup>157</sup>. Las discusiones giraron sobre las posibilidades de instar procesos de intercambio y colaboración entre las instituciones, para el cual se fundó una asociación complementaria a la ALAIC denominada Asociación Latinoamericana y del Caribe de Facultades o Escuelas de Comunicación Social (ALACFECS)<sup>158</sup>. Según sus estatutos, la ALACFECS debía crear mecanismos de “divulgación y disseminación” que fortalecieran la circulación de la “investigación científica”. Se debían realizar “contribuciones originales en el campo de la cultura y la comunicación” comprometidas con el desarrollo integral de cada país de la región<sup>159</sup>. Se privilegiaba como horizonte de estudio pensar a los medios de comunicación como “servicio público”, la defensa del derecho a la comunicación, el desarrollo de los mecanismos de acceso y participación y la “democratización de las

---

<sup>157</sup> Participaron miembros de la Universidad de Guayaquil (Ecuador), de la Universidad de Lima (Perú), de la Universidad del Salvador (Argentina), la UCV y la Universidad Católica Andrés Bello (Venezuela), de la Asociación Colombiana de Facultades de Comunicación y de la Universidad de Oriente (Colombia), de la ABEPEC (Brasil), de la Universidad del Norte (Chile), de la UNAM, el Consejo Nacional para la Enseñanza e Investigación de las Ciencias de la Comunicación (CONEOCC) y el CONEICC (México), de la Universidad Central del Este (República Dominicana), de CIESPAL y de dos fundaciones: la Konrad Adenauer y la Friedrich Ebert.

<sup>158</sup> Desde octubre de 1981 pasaría a denominarse Federación Latinoamericana de Facultades de Comunicación Social (FELAFACS).

<sup>159</sup> “Estatutos de e la Asociación Latinoamericana y del Caribe de Facultades o Escuelas de Comunicación Social (ALACFECS) (en promoción)”, 5 de diciembre de 1979. Archivo personal de Elizabeth Safar.

estructuras comunicacionales”. En términos específicamente curriculares, la ALACFECS se proponía como espacio de asesoramiento para cada institución. Consideraba indispensable la creación de cursos de posgrados con el objetivo de especializar los saberes y las prácticas profesionales en comunicación.

En esta línea, a principios de 1980, a través de su Escuela de Comunicación Social y del ININCO, la Facultad de Humanidades y Educación de la Universidad Central de Venezuela inauguró la Maestría en Comunicación Social “Políticas y Planificación de la Comunicación Social en América Latina”. El objetivo de este “primer esfuerzo orgánico” de institucionalizar los estudios de posgrado en comunicación en el sur del continente — según se presentaba desde el ININCO—, se orientaba a la formación de agentes que fueran capaces de incorporarse a los procesos políticos con sus saberes “teóricos, prácticos y metodológicos” para dar “soluciones” a los problemas de la comunicación social que “confronta la nación” (s/f, 1980, p. 80). El perfil profesional que buscaba construir la nueva maestría era el del especialista con “clara conciencia” de los problemas de la comunicación social, que con su *expertise* contribuyera al desarrollo cultural del país y a la “integración latinoamericana”<sup>160</sup>. Era un diseño curricular —así lo consideraba su director Héctor Mujica en la clase inaugural de la maestría— que buscaba dar “al graduado una rigurosa metodología para la investigación comunicacional, los instrumentos estadísticos indispensables y toda la información básica” para que culminara el curso con las capacidades necesarias para diseñar políticas de comunicación<sup>161</sup>.

Asimismo, Mujica destacaba que la discusión del NOII había sido “una invención tercermundista” porque las “tesis críticas sobre la estructura de las comunicaciones” habían surgido de “los gobiernos y teóricos del tercer mundo”. Esas tesis, continuaba, habían ejercido “gran atracción” en la investigación y docencia en comunicación en el “ámbito mundial”, otorgando *legitimidad académica* a América Latina y en particular a Venezuela para organizar un posgrado de esas características (p. 83, el destacado nos pertenece).

Desde nuestra perspectiva y objetivos, queremos destacar la posición central que

---

<sup>160</sup>Entre las asignaturas de la maestría, que tenía una duración total de dos años, se encontraban “Metodología de la Investigación para comunicaciones sociales”, “Comunicación, Desarrollo y Dependencia”, “Diseño de Políticas y Planificación de las Comunicaciones Sociales”, “Legislación de las Comunicaciones”, “Tecnología, Tenencia y Uso de los Medios en América Latina” y “Diseño de Modelos para Políticas Nacionales de Comunicación”. Una versión del programa de la maestría fue publicada en la revista *ININCO*, n°1, 1980, p. 80.

<sup>161</sup>La transcripción de la lección inaugural de Mujica fue publicada bajo el título “Políticas de comunicación y planificación”, en la revista *Comunicación*, n° 28-29, pp. 48-57.

adquiría entonces Venezuela como polo de producción de saberes en comunicación en la región, potenciada por el rol de Antonio Pasquali en una serie de instituciones y redes transnacionales como la comisión de la UNESCO. Esta posición le permitió a la Universidad Central de Venezuela reunir en la maestría en políticas y planificación de la comunicación a la elite intelectual del campo de la comunicación a nivel internacional. Además de los referentes locales, entre ellos Pasquali, dictaron cursos y conferencias Tapio Varis y Kaarle Nordenstreng (Finlandia), Herbert Schiller, Everett Rogers y Albert Hester (Estados Unidos), Luis Ramiro Beltrán (Bolivia), Juan Somavía (Chile), Marco Ordoñez (Ecuador), Armand Mattelart y Michèle Mattelart (Francia).

### **La AIERI en Caracas. Entre el informe MacBride y las democracias latinoamericanas**

Entre el 25 y el 29 de agosto de 1980, se desarrolló la XII Asamblea General y Conferencia de la AIERI/IAMCR en las instalaciones del Parque Central de la Universidad Central de Venezuela. En una reseña de la actividad publicada por la revista *Comunicación*, se estimaba que habían participado más de 300 investigadores de unos 60 países (Rey, 1981, p. 32). Según el testimonio retrospectivo de Elizabeth Safar, Antonio Pasquali planteó en la conferencia de apertura de la asamblea, los lineamientos generales que se iban a discutir a lo largo de las jornadas, y afirmó que el “tema central” que convocaba por entonces a los investigadores de la comunicación era el “Nuevo Orden Informativo Internacional”<sup>162</sup>.

Las expectativas que Pasquali y todos los miembros del ININCO habían depositado en el evento se vinculaban a que el Instituto venía discutiendo con “la directiva de la AIERI” la necesidad de desplazar el eje del debate desde la cuestión “Este-Oeste” hacia las problemáticas “Norte-Sur”. Este giro para pensar “las estructuras internacionales de la comunicación” era una de las “razones básicas” por las cuales el Instituto había asumido la responsabilidad de organizar el evento (s/f, 1980, p. 6). El desplazamiento se vinculaba con la presencia ineludible de referentes de la intelectualidad del “tercer mundo” en el debate sobre el flujo internacional de la comunicación y, según la posición del ININCO, ello permitía disputar los ejes y la orientación de las discusiones.

La Asamblea de Caracas se presentaba como una oportunidad para dar visibilidad al “tan esperado Informe Mac Bride”, “pieza clave para la definición de las políticas

---

<sup>162</sup>Entrevistada por el autor, 10 de marzo de 2016, Caracas, Venezuela.

internacionales de comunicación” (p. 6). El temario que organizaba el evento había quedado definido en torno al análisis de los desarrollos tecnológicos y sus implicaciones políticas, la reflexión acerca de las nuevas demandas para la formación profesional del periodista en un contexto de “transformaciones comunicacionales” y, por último, problematizar la relación entre medios, sociedad y Estado en el mapa más amplio de las relaciones transnacionales (p. 7).

Entre los prestigiosos referentes que participaron de la asamblea, estuvieron Elisabeth Noelle-Neumann (Alemania), Ithiel de Sola Pool, Herbert Schiller y Everett Rogers (Estados Unidos), Cees Hamelink (Holanda), Tomas Szecsko (Hungría), Peter Schenkel (Austria), Dallas Smythe (Canadá), Francesco Fattorello (Italia) y Kjeld Veirup (Dinamarca). Entre los “latinoamericanos” asistieron Héctor Schmucler (Argentina), Luis Ramiro Beltrán (Bolivia), Jesús Martín-Barbero (España) y Oswaldo Capriles (Venezuela). La polémica constituyó el tono general del encuentro. En particular giró respecto a dos tópicos: las conclusiones de *Un solo mundo, voces múltiples*<sup>163</sup> y en torno al debate sobre la relación entre investigación, tecnología y comunicación.

El “Informe MacBride” dejaba planteado que la comunicación era “un derecho fundamental” que debía ser garantizado en todas las naciones. Este énfasis se revelaba estratégico para postular la necesidad de “democratizar las comunicaciones” (AAVV, 1980a, p. 451): si la producción y circulación de cultura y comunicación estaba concentrada, el derecho relativo a buscar, recibir y difundir información, no podría cumplirse. Se volvía indispensable que los países “formularan unas políticas globales de comunicación ligadas a la totalidad de los objetivos de desarrollo social, cultural y económico” (p. 432). Para el proceso de “democratización”, la “explosión de la tecnología de la comunicación” ofrecía grandes posibilidades si se tomaba como base el principio de la participación de la sociedad en los nuevos procesos sociales.

Ante los planteos del Informe emergieron posicionamientos antagónicos: para los norteamericanos y europeos, era un trabajo “excesivamente politizado y tercermundista”: para los latinoamericanos, “sólo una buena plataforma para seguir avanzando” (Rey, 1981, p. 35); era acusado de ser “demasiado complaciente frente a los sistemas tradicionales” sobre las cuestiones de la libertad de prensa y de la “tecnología importada” por los latinoamericanos. Por su parte, los delegados de la Unión Soviética, Líbano,

---

<sup>163</sup>Con ese título y editado de forma conjunta entre Fondo de Cultura Económica de México y la UNESCO, fue publicado en 1980 el informe final de la Comisión Internacional sobre Problemas de Comunicación presidida por Sean MacBride.

Nigeria y la India, reflexionaba Peter Schenkel<sup>164</sup> en la revista *Chasqui* (1981, p. 86), habían criticado que el informe socavaba el NOII al haber subestimado “la función de la cultura de masas occidental”, y que algunos de sus planteamientos parecían “inaplicables en muchas partes del mundo” si no cambiaban las relaciones de poder. Los investigadores norteamericanos, además, sostenían que era una propuesta que “iba demasiado lejos” y trataba de proponer una “tiranía estatal sobre los medios”<sup>165</sup>.

Sobre el papel de la investigación en el marco de la “nueva estructura de la comunicación internacional”, los referentes europeos y norteamericanos asumieron una posición que veía en la efectiva incorporación de los desarrollos tecnológicos a los procesos sociales, posibilidades de garantizar mayor libertad en el plano comunicacional y cultural. Hamelink ([1980] 1981) consideraba que era necesario revisar los “viejos paradigmas” para que la investigación pudiera dirigir “exitosamente” a la tecnología hacia los fines que demandaba la sociedad (p. 37). Sola Pool ([1980] 1981), por su parte, planteaba que la “actual revolución de las comunicaciones” permitiría un “flujo libre sin restricción”, “mayor diversidad” y que tal como se estaban reestructurando los medios masivos, “las comunicaciones serían menos controladas, más libres y dejarían de tener una sola dirección” (p. 38).

A diferencia de los planteos de algunos referentes europeos y norteamericanos, la relación entre investigación, tecnología y comunicación se evidenciaba, para un sector de la intelectualidad “tercermundista”, como un problema eminentemente político. Las ponencias de Capriles, Martín-Barbero y Schmucler, con énfasis diversos, cuestionaban que la comunicación y las tecnologías fueran pensadas con una excesiva autonomía de las condiciones sociales, políticas y culturales. Capriles (1980) criticaba que tanto las Políticas Nacionales de Comunicación como el NOII revelaban una “insuficiencia” para inscribir a la comunicación en “análisis globales y macroestructurales”. Esta carencia tenía que ver con “la no comprensión de los fenómenos de la comunicación e información” en el “plano de la reproducción de los procesos productivos y las relaciones de dominación” (p. 69). Martín-Barbero ([1980] 1983), por su parte, consideraba que ante una reflexión dominante que seguía pensando a la técnica desde una “concepción

---

<sup>164</sup> En ese entonces, Schenkel era miembro de la fundación Friedrich Ebert y de CIESPAL.

<sup>165</sup> Las polémicas suscitadas en Caracas se trasladarían unos meses después a Belgrado. En la XXI Conferencia General de la UNESCO, si bien fueron adoptadas las recomendaciones de *Un solo mundo, voces múltiples*, se produjeron “arduos debates” y tensiones (Gifreu, 1986, pp. 147-149). Las ponencias que se presentaron en Caracas respecto al Informe Mac Bride, fueron compiladas por Cees Hamelink (1981).

instrumentalista”, era necesario combatirla con un pensamiento que la reinscribiera en el “peso histórico” y en su “entramado político” (p. 100). El investigador argentino Héctor Schmucler (1980), finalmente, afirmaba que había que situar los problemas relativos a la comunicación “en un análisis de la cultura”. La primera situación “a resolver” era el acceso de las mayorías “a las condiciones mínimas de subsistencia” (p. 5). Si se eludía esta cuestión, para Latinoamérica la “explosión tecnológica” ofrecía una perspectiva de mayor “dependencia y dominación” en tanto que la importación de tecnologías demandaría políticas de fronteras abiertas con un avance del poder transnacional y la pérdida de soberanía para los países dependientes (p. 13).

En otro pasaje de su ponencia, Schmucler planteaba un aspecto que se había vuelto “problemático” a lo largo de la Asamblea: la relación entre comunicación y democracia. El investigador afirmaba que una comunicación “verdaderamente democrática” solo podía ser alcanzada en el marco de la democratización del conjunto social (p. 13). La postura de Schmucler era representativa de la posición de distintos investigadores de la región. En la crónica del evento publicada por Rey (1981), se afirmaba que “los latinoamericanos” habían propuesto la relación entre comunicación y democracia como tema central para la siguiente asamblea de la AEIRI/IAMCR a realizarse en París en 1982. Para la mayor parte de los investigadores de Norteamérica y Europa, “la democracia era un tema político y conflictivo” y la investigación científica debía quedar situada por “encima” de esas “polémicas”. Tras intensos debates, sigue Rey, el tema fue aprobado por una “amplia mayoría” (p. 34).

Las discusiones que emergieron a lo largo de conferencia de la AIERI en Caracas, permite afirmar dos cuestiones respecto al lugar de la intelectualidad “tercermundista” en el debate internacional: por un lado, que la Universidad Central de Venezuela y el ININCO se habían convertido en un polo destacado de reunión de especialistas a nivel internacional. Producto de las elaboraciones teóricas y de la experiencia de los académicos locales en los procesos vinculados a la formulación de políticas estatales de comunicación, Venezuela se había vuelto un escenario de relevancia para el debate intelectual a escala mundial. Por otro, y en consonancia con lo anterior, la presión que habían ejercido los intelectuales latinoamericanos en la organización de los temas centrales para la siguiente asamblea de la AIERI/IAMCR, permite leer una posición que —no sin conflicto— lograba instituir la agenda de problemas que merecían ser estudiados y reflexionados, al interior de una asociación que se presentaba como el máximo

organismo bajo el que se nucleaban los investigadores de la comunicación a nivel internacional.

### **La relación Estado y comunicación. Entre la traición y el fracaso**

Un espectro se cernía sobre los debates de los intelectuales de la comunicación latinoamericanos: el espectro de la democracia. Entre finales de los años setenta y principio de los ochenta se había empezado a incorporar el término “democracia” a las discusiones sobre las Políticas Nacionales de Comunicación. Lo que unos años antes aparecía como una preocupación relativamente aislada y emergente en un sector de la investigación, ahora cobraba una fuerza que transversalizaba las discusiones académicas de la comunicación. Esto representaba un giro al interior de la intelectualidad latinoamericana. Si hacia mediados de los setenta un sector de los especialistas e investigadores de la comunicación había visto en los procesos políticos la posibilidad de encarnar la democratización de las comunicaciones, ahora de lo que se trataba era de democratizar la sociedad. En un sentido más amplio, la pregunta tuvo un desplazamiento clave: desde qué políticas para democratizar la comunicación hacia la *redefinición del papel del Estado* en América Latina.

Este proceso se comprende en el contexto de las diferentes experiencias políticas que atravesaron a la región. Para 1976, cuando se celebró la Conferencia Intergubernamental sobre Políticas de Comunicación en América Latina y el Caribe, con excepción de Venezuela, Colombia, México y Costa Rica, casi toda Latinoamérica estaba gobernada por dictaduras militares. Se produjo una heterogeneidad de posiciones: por un lado, una franja de la intelectualidad se radicalizó ideológicamente cuando percibió que las políticas llevadas adelante por los gobiernos de sus países —en especial los venezolanos—, abrían una posibilidad de democratizar el modo de producción cultural y comunicacional. Como sostenía Oswaldo Capriles (1979), había una oportunidad de operar el pasaje desde “las exigencias teóricas de los expertos a la *práctica política*” (p. 250, destacado en el original).

Otro sector de la intelectualidad del sur de América —fundamentalmente chilena y argentina— se había radicalizado políticamente con una activa participación en la lucha revolucionaria, como por ejemplo los argentinos Schmucler, Nicolás Casullo y Rubén Sergio Caletti, entre otros, que habían sido integrantes de la organización peronista Montoneros. Tras su exilio producto de la persecución estatal, parte de ellos inició un proceso de revisión que implicó, siguiendo la reflexión de Norbert Lechner (2002),

repensar una experiencia vital que había erosionado sus mapas cognitivos. Un sector de estos intelectuales se propuso discutir en términos “histórico-culturales y teóricos el fin de una época: el vanguardismo, los autoritarismos antidemocráticos, la crítica a las armas” (Casullo en Gago, 2012, p. 83). Los antiguos esquemas de percepción, sostiene Lechner (2002, p. 76), ya no conseguían “representar adecuadamente el nuevo entramado” social y político<sup>166</sup>. De lo que se trataba, entonces, era de democratizar la sociedad y, entre otras dimensiones, las estructuras comunicacionales.

Los intercambios sobre estas cuestiones se produjeron y circularon en publicaciones especializadas y en distintos encuentros de investigadores en la región. La relación entre comunicación y democracia fue el tópico elegido para la reunión constitutiva del grupo de comunicación del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO), que se realizó en marzo de 1981 en Colombia<sup>167</sup>. Allí se discutieron las distintas experiencias político-culturales latinoamericanas y se debatió sobre los ejes que debía tomar la investigación en comunicación. Respecto a los movimientos políticos que preconizaban “el fin de la democracia liberal para establecer otra favorable a las grandes masas”, se habían verificado “los límites infranqueables de sus realizaciones históricas” (Schmucler y Fox, 1982, p. 14). En este punto, se consideraba necesario repensar las relaciones de poder y superar los “análisis mecanicistas del funcionamiento de la sociedad”, especialmente aquellos estudios que entendían al receptor como “un mero objeto pasivo”. Había que indagar la relación entre prácticas de comunicación y movimientos populares, y pensar su “papel sustantivo” en la conquista de “una comunicación democrática en el continente” (p. 14). Era un desplazamiento que, complementariamente, permitía “resemantizar” conceptos que anteriormente habían sido entendidos como “trampas” de las empresas transnacionales de la comunicación: “libertad de prensa”, “libertad de expresión” y “objetividad”, eran ahora demandas legítimas de una sociedad que quería estar informada y procuraba decir su propia palabra (p. 16).

Lo que empezaba a cuestionarse eran los repertorios de acción de la intelectualidad latinoamericana para intervenir en el debate público. Repertorios que

---

<sup>166</sup>Acerca de las discusiones y las modalidades de organización de los exiliados argentinos — fundamentalmente en México entre 1974 y 1983—, ver Bernetti y Giardinelli ([1998] 2014), Yankelevich (2010) y Gago (2012). Respecto a cómo esos debates repercutieron en el campo de la comunicación, ver Zarowsky (2015).

<sup>167</sup>Allí participaron, entre otros, Patricia Terrero, Giselle Munizaga, Luiz Gonzaga Motta, Oswaldo Capriles, Fátima Fernández, Elizabeth Fox, Reyes Matta, Ana María Nethol, Alcira Argumedo y Schmucler.

condensaban experiencias, habitus intelectuales, filiaciones políticas y escenarios nacionales que expresaban una trama de diferencias. En otras palabras, se estaban rediscutiendo las modalidades de intervención intelectual a la luz de las experiencias políticas de las dictaduras. Como vimos en el capítulo anterior, un dilema que progresivamente había ocupado la agenda académica se vinculaba a la experiencia en la formulación de regulaciones para el sistema de medios. En *Comprender la comunicación*, Pasquali se había interrogado si la intelectualidad debía seguir por el camino de la formulación de Políticas Nacionales de Comunicación, considerando las dificultades para la aplicación efectiva de las regulaciones.

El debate respecto a las políticas de comunicación, no solamente como campo de investigación sino como escenario de intervención intelectual, se materializó en distintos puntos de la región. El investigador brasileiro Luiz Gonzaga Motta (1982), al respecto, sostenía en un artículo publicado en *Chasqui*, que las experiencias de las políticas de comunicación no sólo no habían cambiado nada sino que incluso habían terminado por favorecer a los gobiernos autoritarios. Las dictaduras, consideraba Gonzaga Motta, habían incorporado a sus programas de gobierno consideraciones que las “fuerzas progresistas” del continente propusieron para democratizar la comunicación. El “fracaso” del encuentro en Costa Rica de 1976 se expresaba, continuaba el investigador, en que todos los países habían aumentado el control gubernamental en la comunicación con políticas que servían a la “dominación, la legitimización política y a la consolidación de los regímenes militares” (p. 17).

De todos modos, referentes como Pasquali y Beltrán se posicionaban de forma diferenciada respecto a las políticas de comunicación. Desde su función como Subdirector General Adjunto del Sector de Comunicación de la UNESCO, Pasquali se incorporó a los debates promovidos por *Chasqui* que, entre 1982 y 1983, dedicó varios números a cuestiones sobre políticas de comunicación, comunicación popular y alternativa y sobre comunicación y democracia. En el n° 8 de 1983, Pasquali afirmaba que si bien en América Latina “prevalían las dictaduras militares”, el problema de la censura y de los controles, continuaba, estaba vinculado no solamente al accionar estatal sino a la “manipulación practicada por la iniciativa privada” que “había alcanzado una dimensión multinacional”, por lo que no debían descartarse la producción de regulaciones para el mercado comunicacional (p. 28). Luis Beltrán, por su parte, no creía que las recomendaciones de Costa Rica se hubieran convertido en “instrumentos de control represivo”. Entendía que los gobiernos dictatoriales no buscaban la democratización sino establecer regulaciones

“caprichosas y dispersas” para dar la impresión de que respetaban la libertad de información. En cuanto al lugar del Estado en la formulación de políticas de comunicación, planteaba que si bien ya no era un “actor principal”, sí era un “árbitro inevitable e indispensable como respaldo a la aplicación de políticas” (1982, p. 10). La sugerencia de Beltrán, aun cuando pareciera “impracticable”, era la formación de consejos nacionales “pluralistas”, distanciándose así de la estatización (p. 10). El desplazamiento del lugar del Estado era lo que modificaba el curso de las discusiones.

¿Se trataba de abandonar la vía de las Políticas Nacionales de Comunicación? ¿Qué otros caminos debían tomar los intelectuales de la comunicación? La crisis de las políticas de comunicación como estrategia de intervención intelectual en el debate público requería, para una franja de los investigadores y como sugería Margarita Graziano, de una *imaginación alternativa* (1980, p. 74, el destacado nos pertenece)<sup>168</sup>. Un sentido de la alternatividad que no se circunscribía a lo estrechamente “comunicacional”, sino que para un sector de los intelectuales demandaba repensar e inventar tácticas, construir espacios propios y ajenos a las instituciones estatales. Pensar una comunicación alternativa, una “otra comunicación”, cobraba mayor densidad entre las experiencias político-culturales latinoamericanas una vez que el Estado ya no era un agente con quien se pudiera establecer un diálogo productivo. Lo alternativo se presentaba con una triple dimensión: en términos de reorganización de la producción de conocimientos; en relación con las prácticas organizacionales entre la intelectualidad y el pueblo y, afirmaba María Cristina Mata (1981), como “un proyecto histórico de cambio, de resistencia cultural y construcción solidaria”. Tenía que organizarse, seguía la investigadora argentina, otra “perspectiva de confrontación” contra una hegemonía cultural y comunicacional que anulaba la participación de las mayorías sociales (p. 73).

Gonzaga Motta exhortaba a los “profesionales teóricos y prácticos” de la comunicación a reorientar sus luchas partiendo de experiencias concretas y buscar modalidades alternativas de democratización. Para el investigador brasilero se había producido un claro problema: los intelectuales se habían abstraído de la “cuestión

---

<sup>168</sup> Esto se puede observar en el trabajo compilado por Máximo Simpson Grinberg, *Comunicación alternativa y cambio social* (UNAM, 1981), con artículos de Jesús María Aguirre, Oswaldo Capriles, Jesús Martín-Barbero, Mario Kaplún, Daniel Prieto Castillo, entre otros, y en los documentos y conclusiones del Seminario “Comunicación y Pluralismo: alternativas para la década”, que se realizó en México en 1982. Allí participaron Diego Portales, Luis González Quintanilla, Fernando Reyes Matta, Marcelo Vizcaino, entre otros. Las reflexiones del seminario fueron compiladas por Reyes Matta bajo el título *Comunicación alternativa y búsquedas democráticas* (ILET, 1983). Agradezco al investigador Daniel Badenes por acercarme estos materiales.

política” y al caer en la “trampa del tecnicismo” la transformación de la comunicación se había tornado “un fin en sí mismo” (1982, p. 17).

Un sector de los agentes del campo convocaba abiertamente a abandonar la discusión y a pensar diferentes alternativas. Uno de los proyectos revisteriles donde se condensó esta posición con más claridad fue en la revista *Comunicación y Cultura*<sup>169</sup>. Entre principios y mediados de los años ochenta le dedicó espacio a discutir en torno a “los límites del debate internacional de la comunicación”. Las críticas elaboradas hacían énfasis en la problemática relación entre transformación comunicacional y cambio social; la crisis del “tercer mundo” como zona estratégica desde la cual construir proyectos políticos y los tópicos “silenciados” en el debate del NOMIC.

La crisis no era, afirmaba Schmucler (1984b), simplemente política, sino la de un “modelo de entender” la sociedad que hacía aparecer al “Tercer Mundo” como una zona “homogénea”. Esto habilitaba a realizar operaciones ideológicas de “izquierda” y “progresistas” frente a un otro que era presentado como lo “reaccionario” a ser doblegado. Según Schmucler, la paradoja de que Estados Unidos se retirara de la UNESCO<sup>170</sup>, ofrecía el “insólito hecho” de que, sin sus aportes económicos, ese camino de “transformación” ya no podía realizarse (p. 4).

En el mismo número, Casullo sostenía que en los encuentros “de los defensores del NOII” habían surgido importantes contradicciones que por lo general habían sido “poco analizadas”. En particular se volvían evidentes las “*diferencias intratercer-mundo*” (1984, p. 133, destacado en el original). No se había formulado con “claridad la índole de los proyectos nacionales” que pudieran devenir en órdenes informativos de “real democracia y participación de los pueblos”. La “secundarización” de las especificidades nacionales había traído consigo que el debate silenciara las heterogéneas realidades políticas latinoamericanas, que iban desde gobiernos más o menos progresistas y democráticos a feroces dictaduras militares. Rubén Sergio Caletti, por su parte, consideraba que en los debates del NOII no se habían distinguido “formas concretas de Estado, de relación Estado-sociedad y del papel mismo de la información en ese vínculo” (1985, p. 123). Esta obliteración había tenido como “efecto negativo” que se impidiera la discusión sobre el “significado real del nuevo orden”. Dadas estas condiciones generales de agotamiento del contexto que lo había visto nacer y de las tensiones internas,

---

<sup>169</sup>Para un itinerario de conjunto de la revista *Comunicación y Cultura* véanse Lenarduzzi (1998) y Zarowsky (2013).

<sup>170</sup> Sobre el retiro de los Estados Unidos de la UNESCO volveremos más adelante.

finalizaba, “el NOII ha muerto” (p. 124).

En el marco de estos debates, y a la luz de su propia trayectoria al interior de la UNESCO, se puede leer en el posicionamiento de Pasquali una apuesta al desarrollo de estrategias de cooperación internacional. El investigador venezolano consideraba que las nuevas discusiones sobre el derecho a la comunicación tendían a priorizar el “derecho de los públicos” por sobre los propietarios de los medios masivos (1983). Si bien los Estados nacionales ya no eran instituciones que garantizaban el derecho a la comunicación, Pasquali entendía que, antes que “abandonar” la apuesta intelectual de formular regulaciones para el sector de la cultura y la comunicación, se debían profundizar y fortalecer los lazos institucionales a nivel transnacional. Esto habilitaría un proceso de producción, circulación y consumo de bienes simbólicos que fomentaría el desarrollo social y cultural de los países del “tercer mundo”.

### **El giro estratégico hacia las políticas culturales**

De forma paralela a estos debates, se fueron organizando planes de cooperación promovidos por la UNESCO como el Programa Internacional para el Desarrollo de la Comunicación (PIDC). En la XXI Conferencia de Belgrado se dictaminó que el PIDC tenía por objetivo “estimular, especialmente entre los países en desarrollo, acuerdos relativos al intercambio de informaciones, programas y experiencias”, como así también fomentar “la cooperación y la coproducción entre organismos de radiodifusión y de televisión”<sup>171</sup>. Teniendo este programa como guía, en 1980 se conformó la Asociación de Radio y Televisión Estatales de América Latina (ARTEAL), a la que se adscribieron Costa Rica, Cuba, Honduras, Panamá, Perú y Venezuela. En 1984 la asociación cobró mayor potencia y visibilidad luego de un acuerdo entre el gobierno de Costa Rica con la UNESCO. En enero de ese año, el ministro costarricense Armando Vargas Araya<sup>172</sup> junto a Pasquali —como representante de la UNESCO— suscribieron al memorándum “Reforzamiento de Cooperación e Intercambio entre Televisoras y Radioemisoras de Servicio Público de América Latina y el Caribe” (Pasquali y Vargas, 1990, p. 181).

En la visión retrospectiva de Pasquali, un plan de características transnacionales era una opción para fortalecer “desde arriba” los sistemas públicos de radio y televisión, e

---

<sup>171</sup> Resolución 3/07 aprobada por la Conferencia General en su 21a reunión, Belgrado, 1980. Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura.

<sup>172</sup> Vargas Araya fue ministro de Comunicación e Información entre 1982 y 1986, durante el gobierno de Luis Alberto Monge Álvarez, representante del Partido Liberación Nacional (PLN).

incluso para promover una mayor independencia del poder gubernamental. Si “desde abajo”, con el debate social y político en los congresos nacionales de América Latina no se habían logrado las transformaciones, una opción era interpelar a los Estados desde un organismo regional que, al suscribirse al memorándum, los orientara a cumplir con ciertas demandas<sup>173</sup>.

A lo largo de 1984, los miembros de ARTEAL optaron por modificar su nominación hacia la de Unión Latinoamericana y Caribeña de Radiodifusión (ULCRA), con el objetivo de ampliar el espectro geopolítico y adherir a organismos del “tercer sector”, como las instituciones universitarias y religiosas<sup>174</sup>. La nueva institución incorporó a representantes estatales de la Argentina, Bolivia, Brasil, El Salvador, México, Nicaragua y de la República Dominicana. Entre los intelectuales y políticos que comenzaron a participar de la ULCRA en análisis y asesoramiento, se encontraban, entre otros, Armando Vargas Araya (Costa Rica), Carlos Sanjinés (Perú), Alonso Aznar (México), Safar y Capriles (Venezuela) y Tapio Varis (Finlandia).

Pasquali fue una figura destacada en este proceso, primero como Coordinador Regional de la UNESCO para América Latina y el Caribe y, desde 1986, como director del Centro Regional de Educación Superior para América Latina (CRESALC)<sup>175</sup>. Su posición al interior de la UNESCO le permitió motorizar a la Unión en el marco de los convenios de colaboración sur/sur de Cooperación Técnica de los Países en Desarrollo (CTPD), que habilitaba el intercambio de experiencias entre instituciones de los países de la región. La formación de la ULCRA se daba de manera complementaria a otro mecanismo de organización regional como el proyecto de una agencia latinoamericana de información. Era un planteo en dos frentes: la ULCRA era una apuesta en términos específicos de la producción cultural masiva, y la agencia respecto a la producción informativa (Salinas, 1984). Desde principios de 1981, la Agencia Latinoamericana de Servicios Especiales de Información (ALASEI), venía organizándose con el objetivo de transmitir y difundir información relativa a la integración, cooperación y coordinación latinoamericana. Según la investigadora Raquel Salinas, era un intento de “pluralizar” la producción cultural e informativa concentrada en manos extranjeras (1984, p. 368).

---

<sup>173</sup>Entrevistado por el autor, 11 de marzo de 2016, Caracas, Venezuela.

<sup>174</sup>Anexo IV, “Crónica de la ULCRA”, publicado en *De la marginalidad al rescate: los Servicios Públicos de Radiodifusión en América Latina*, edición a cargo de Antonio Pasquali y Armando Vargas Araya (EUNED, 1990, pp. 177-204).

<sup>175</sup> El CRESALC comenzó su actividad en 1976 y buscaba asistir a los Estados miembros de la UNESCO a desarrollar las instituciones de enseñanza superior e instar a la cooperación técnica entre los países de la región.

La ULCRA fue constituida como una institución cooperativa con sede en Costa Rica y representó a más de 200 organismos de comunicación audiovisual y de radiotelevisión de servicio público<sup>176</sup>. En el proyecto de la ULCRA se puede leer que la cuestión política de la comunicación se fue desplazando desde una perspectiva de servicio público más vinculada con los problemas nacionales hacia una concepción amplia de “*integración regional*” (Pasquali, [1988] 1991, p. 213, destacado en el original). A pesar del “auge privatizador”—argumentaba Pasquali como coordinador de investigación de la ULCRA en un encuentro en México en octubre de 1986— era “imperativo luchar por la creación, fortalecimiento y mejoría de los servicios públicos que estimularan el cooperativismo y la coproducción regional”. En ese marco y a diferencia de lo postulado en los tiempos del Ratelve, el “proyecto de integración” hacía énfasis en la “independencia” y en la “pluralización” del servicio público, concebido con autonomía tanto del poder político como del económico (Pasquali, [1986] 1991, p. 153). Financiado por el erario público, debía responder a las necesidades de la sociedad y se debía promover la presencia “activa y concreta del usuario y de sus libres asociaciones en la gestión de las empresas de radiodifusión” (p. 153).

La ULCRA debía asegurar el intercambio de la producción entre los países miembros y con otras regiones del mundo. En un contexto en el que se producía una “reconfiguración de la dependencia” hacia las áreas de la comunicación, la información y la cultura —afirmaba Pasquali— era necesario construir “sólidos mecanismos de intercambio regional” y “crear industrias culturales propias y capaces de exportar calidad” (p. 160). Como medidas concretas, la ULCRA organizó en Guadalajara en 1986 el I Mercado Latinoamericano del Audiovisual. Allí participaron 76 instituciones de 22 países en el que además de formalizarse acuerdos bilaterales de co-producción, intercambio, cooperación y apoyo mutuo, se compraron y vendieron “horas de programas de televisión” y de “programas de radio”. El II Mercado, organizado al año siguiente también en Guadalajara, según el testimonio retrospectivo de Pasquali<sup>177</sup>, fue entendido por los referentes de la ULCRA como la “confirmación” del rol estratégico de la institución como enlace para fomentar el intercambio de producciones culturales en la

---

<sup>176</sup>Progresivamente se fueron incorporando, entre varios otros, Argentina Televisora Color (ATC), Buenos Aires; el Instituto Cubano de Radio y Televisión (ICRT), La Habana; el Sistema Nacional de Radio y Televisión Cultural (SINART), de Costa Rica; la Universidad de Costa Rica, con el canal 15 y la Radio UCR; la Asociación Católica Latinoamericana para la Radio y Televisión (UNDA-AL); la World Association for Christian Communication/Región América Latina y Caribe (WACC/ALC); la Radio Sutatenza, de Colombia; CIESPAL, y de Nicaragua, los canales 2 y 6 del Sistema Sandinista de Televisión.

<sup>177</sup>Entrevistado por el autor, 1° de marzo de 2016, Caracas, Venezuela.

región.



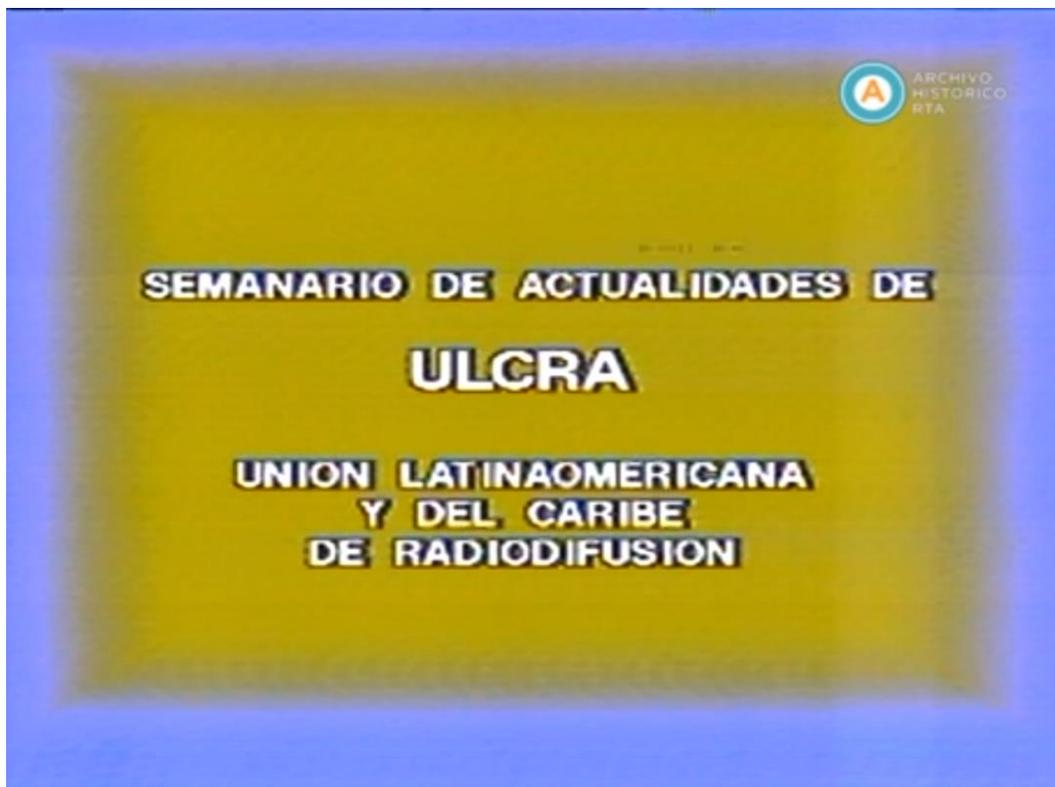
*El Latinoamericano*. Placa de apertura de una emisión de 1988. Fuente: Captura de YouTube del canal perteneciente al Archivo Histórico de la Radio y Televisión Argentina (RTA)

Como mecanismo de visibilización, la Unión lanzó el programa de televisión *El Latinoamericano*, “revista informativa de la ULCRA”, que fue producido por el canal estatal ATC de Buenos Aires. El programa se emitió a lo largo de dos años y era un semanario de actualidad que, si bien era producido en Argentina, contaba con segmentos realizados en otros puntos de la región<sup>178</sup>. No sólo se trataba de un programa de promoción de sus actividades, sino que procuraba convertirse en una instancia de reconocimiento de las producciones culturales de la región. En esta línea, por ejemplo,

---

<sup>178</sup>Una breve reseña de *El Latinoamericano* puede leerse en el portal del Archivo Histórico de la Radio y Televisión Argentina (RTA), en <http://www.archivorta.com.ar/asset/latinoamericano-00-07-1988/>. Una emisión del programa se puede ver en el canal de YouTube del Archivo Histórico de la Radio y Televisión Argentina. Acceso en el siguiente link: <https://www.youtube.com/watch?v=mxcgHRhX6Eg>

otorgó el Premio ULCRA en el Festival Internacional del Nuevo Cine Latinoamericano<sup>179</sup>.



Placa de cierre de *El Latinoamericano*, 1988. Fuente: Captura de YouTube del canal perteneciente al Archivo Histórico de la Radio y Televisión Argentina (RTA).

Desde la Unión se entendía que el sur del continente estaba atravesado por un proceso de fuerte atomización de su sistema de medios, por la desconexión entre sí y dependencia masiva de la importación extranjera de programación. Estas eran las características centrales de los sistemas latinoamericanos de comunicación audiovisual. Para contrarrestar este estado de situación y consolidar las industrias culturales, la ULCRA pretendió reducir la dependencia de la importación y promover la circulación de programas y servicios nacionales y regionales.

La ULCRA presentó un análisis pormenorizado de la situación de los medios de comunicación en el continente y una propuesta política de cómo reorganizar el sistema

---

<sup>179</sup>El primer premio que se otorgó fue a la miniserie *Horacio Quiroga: personajes y paisajes*, producida por LT 85 TV Canal 12 de Posadas, de la provincia de Misiones, Argentina. La miniserie estuvo dirigida por el argentino Eduardo Mignona (Pasquali y Vargas, 1990, p. 192).

de medios ante el estado de la cuestión. Consideraba fundamental estructurar un “Espacio Audiovisual Latinoamericano” para el cual era ineludible el establecimiento de “políticas nacionales de información/comunicación” que resguardaran la pluralidad cultural y política para “reafirmar la soberanía nacional y movilizar la participación de la comunidad” (Pasquali y Vargas, 1990, p. 153). Por eso se volvía “urgente” desarrollar sistemas e infraestructuras de comunicación e impulsar medidas tendientes a fomentar la distribución regional de “bienes audiovisuales y establecer normas comunes” (p. 154).

En cuanto a su posicionamiento teórico, el proyecto de la ULCRA expresaba dos desplazamientos en lo referente a la formulación de regulaciones y estrategias para el sector de la comunicación y la cultura: el primero, como advertimos anteriormente, tenía que ver con un cambio de concepción en relación con la función del Estado. La investigadora Elizabeth Fox (1988), afirma que tras los regímenes militares y su accionar represivo sobre las instituciones políticas y culturales, cualquier responsabilidad gubernamental en lo referente a la radiodifusión o la prensa, volvió “sospechosa” la acción estatal (p. 23). Eso generó la necesidad de formar redes de integración regional en términos culturales, es decir, de construir un mecanismo de circulación de productos audiovisuales que se complementara con los intercambios estrictamente económicos entre los países de América Latina y el Caribe. Al mismo tiempo en que se procuraba la articulación interna, buscaba constituirse un “bloque cultural” que compitiera en el mercado internacional de bienes simbólicos. En esta concepción se producía un segundo desplazamiento: si históricamente la industria cultural había representado el carácter dominante de la lógica del capitalismo y era una acción política y comercial para “alienar” a las masas, era necesario repensarlas conceptual y políticamente. El objetivo —se afirmaba desde la ULCRA (1990)— fue entender estratégicamente a las industrias culturales como posibilidad de revitalizar las economías regionales y “como instrumento de desarrollo económico, progreso social y consolidación democrática” (p. 151).

También se puede leer un reposicionamiento intelectual de Pasquali respecto a las industrias culturales, que se inscribió en un desplazamiento más amplio de los estudios en comunicación latinoamericanos. En términos particulares marcaba una ruptura con su conceptualización de los años sesenta sobre la relación entre economía y cultura que había estado mediada por sus lecturas de la Escuela de Frankfurt. Hacia 1988, en una Conferencia en el Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos (CELARG), en Caracas, Pasquali afirmaba que toda “invectiva abstracta en contra de las industrias culturales” en el “tercer mundo” se volvía un “discurso reaccionario y de renuncia”. Se

trataba de que los países de la región se convirtieran en “productores de bienes y servicios culturales, rentables y exportables” (Pasquali, [1988] 1991, p. 219). Según Pasquali, esto le iba permitir a la región incorporarse al “*pool* de productores y emisores culturales”, distribuir riesgos y beneficios para generar mejores plataformas para los productores culturales locales (p. 228, destacado en el original). En ese marco, la comunicación ya no podía pensarse aisladamente: era una dimensión clave al interior de una política cultural que —en línea con la propuesta de *desarrollo* históricamente estipulada por la UNESCO— debía promoverse desde el Estado en función de su horizonte estratégico para la organización de los procesos económicos y sociales. Se trataba, según recuerda Pasquali, de iniciar un proceso o un “camino” mediante programas y regulaciones estatales de democratización educativa, cultural y comunicacional<sup>180</sup>.

### **Una apuesta transnacional para relanzar el NOMIC**

Si bien el proyecto de la ULCRA se había iniciado con relativa fuerza y poder organizativo, la idea de “crear un organismo tipo Eurovisión”, según el balance retrospectivo de Pasquali, se fue diluyendo a medida que los estados miembros fueron quitando apoyo financiero en el contexto de la implementación en la región de políticas neoliberales “enemigas de lo público”.

Habían cambiado, en paralelo con el desarrollo de la ULCRA, las dinámicas internas al interior de la UNESCO: en diciembre de 1984 Estados Unidos se retiró oficialmente como miembro del organismo y un año después hicieron lo mismo Gran Bretaña y Singapur. La “contraofensiva” norteamericana, como la denominaron Fernando Reyes Matta (1984, p. 15) y Patricia Ruiz (1984, p. 130), implicó un ataque abierto hacia la UNESCO por su “politización tercermundista”, su supuesta “hostilidad hacia los valores occidentales”, su “mala gestión administrativa” y su “presupuesto excesivo sin justificación”.

La retirada de los Estados Unidos no solo había sido un “golpe duro” en términos políticos, sino en lo económico porque el aporte de ese país representaba el veinticinco por ciento del presupuesto de todo el sistema de las Naciones Unidas, según sostiene Pasquali, quien entonces era Subdirector General del sector de las Comunicaciones del Organismo<sup>181</sup>.

Con este impacto del retiro norteamericano, plantean Mastrini y De Charras

---

<sup>180</sup> Entrevistado por el autor, 1º de marzo de 2016, Caracas, Venezuela.

<sup>181</sup> Entrevistado por el autor, 11 de marzo de 2016, Caracas, Venezuela.

(2005), el PIDC se volvió rápidamente “insolvente para producir algún cambio significativo”. Incluso, afirman los investigadores, el PIDC fue una de las vías por las cuales el debate de la comunicación a nivel internacional se fue “diluyendo” y se estimuló “el progresivo paso a relaciones bilaterales en lugar de las multilaterales” (p. 3).

Uno de los espacios que desde América Latina seguía las discusiones relativas al NOMIC, fue el Centro de Estudios sobre Cultura Transnacional, perteneciente al Instituto para América Latina (IPAL), por entonces dirigido por Rafael Roncagliolo. En el marco de la “Mesa Redonda Comunicación y Desarrollo” realizada en Lima en mayo de 1986, se reunieron una serie de intelectuales e investigadores a discutir el efecto de la comunicación, la cultura y las nuevas tecnologías en los proyectos de desarrollo (Mayobre y Elías, 1987)<sup>182</sup>. Allí Pasquali planteó que era necesaria una crítica profunda al movimiento del NOMIC. Si bien sostenía que había que retomar sus presupuestos, inició su presentación afirmando que el “trabajo de sensibilización, de denuncia y de proyectos de reforma” del mercado comunicacional de mediados de los setenta, había sido un “fracaso”. El principal problema fue que no habían sabido “convencer a las fuerzas políticas y a las bases populares” de la necesidad de formular regulaciones para la producción cultural y comunicacional. Si el “movimiento de reforma esta vez” no provenía de “las bases” no se iban a obtener resultados favorables (Pasquali, [1986a] 1991, p. 164). Sin esa mediación previa, la puesta en valor de las discusiones de los setenta no tendría validez política. Era un proceso que tenía que articular a la “investigación” con los “sectores populares” y los “decision-makers” si se querían transformar las condiciones de la producción cultural y comunicacional.

La pregunta por la “actualidad” del NOMIC no sólo era, hacia finales de los años ochenta, un dilema de la intelectualidad latinoamericana. En distintos puntos geográficos se organizaron encuentros para rediscutir la democratización de la comunicación. Entre finales de la década del ochenta y principios del noventa, se organizaron las “Mesas Redondas MacBride” en Zimbabue (1989), Checoslovaquia (1990) y Turquía (1991). Este proceso se conjugó con la iniciativa de la Asociación Mundial para las Comunicaciones Cristianas (WACC), que en su Congreso Mundial de Manila y luego en Londres, había retomado distintas estrategias para “promocionar el NOMIC en la década del noventa” (Goicochea, 1991, p. 137).

Según se afirmaba en la declaración de Londres, nuevas condiciones revitalizaban

---

<sup>182</sup>Entre otros, participaron Antonio Pasquali, Luis Ramiro Beltrán, Juan Díaz Bordenave, Héctor Schmucler, Peter Schenkel, Guido Groscors y Rafael Roncagliolo.

las propuestas del NOMIC: la cuestión de la “globalización” era entendida como un proceso de universalización de pautas culturales y patrones de consumo<sup>183</sup>. En el mismo documento se postulaba que la globalización no atravesaba simplemente a la comunicación, sino que incluía al “turismo, los sistemas educacionales, el éxodo de intelectuales y profesionales”. Respecto al lugar del Estado en los procesos productivos, era un contexto —se argumentaba—, en el que su accionar estaba siendo socavado “por las corporaciones transnacionales”. Se asumía, por otra parte, que con el incremento de la participación de los “grupos populares y los movimientos sociales” se viabilizarían los “procesos de democratización de la comunicación”. Se denunciaba, por último, la concentración del mercado de las comunicaciones de masas.

En esta trama general, en 1991 la WACC coorganizó junto al Instituto Para América Latina (IPAL) un encuentro en su sede de Lima. Con la “urgencia” de hacer balances y trazar perspectivas fueron invitados los “Padres Fundadores de la escuela crítica” de las comunicaciones en América Latina: entre otros, Pasquali, Héctor Schmucler, Eleazar Díaz Rangel, Rosa María Alfaro y José Marques de Melo (Roncagliolo, 1991a, p. viii).

En los dos años que habían pasado entre el retiro de Pasquali de la UNESCO el 30 junio de 1989 y el encuentro en el IPAL, habían ocurrido algunos acontecimientos trascendentes. Entre ellos, los de mayor relevancia, los estruendos provenientes de Berlín con la caída del Muro y la disolución de la Unión Soviética en 1991. En líneas generales, ello reordenaba la arena política mundial y hacía emerger “nuevos escenarios” para la producción cultural y comunicacional, y habilitaba un proceso reflexión respecto a la participación del organismo en el debate internacional (Roncagliolo, 1991b, p. 100).

En su ponencia, Pasquali hacía un “balance crítico” en el que identificaba dos problemas generales en el marco del NOMIC: primero, una tendencia a producir demasiadas “declaraciones principistas que asustaron más que convencieron” a quienes debía interpelar. Bien escritas pero inaplicables, seguía Pasquali, no contribuían a transformaciones de fondo (1991, p. 68). El segundo problema era que producto “del narcisismo de los intelectuales”, los “abanderados del NOMIC” no habían establecido alianzas con organizaciones políticas y profesionales, pero, además, no cumplieron con el papel pedagógico de “de motivar, educar y movilizar al eternamente olvidado usuario” (p. 72). El “reformismo latinoamericano en materia de comunicaciones”, sentenciaba

---

<sup>183</sup> “Estrategias para promover el NOMIC”, septiembre de 1990, Londres, publicado en Goicochea (1991, pp. 137-140).

Pasquali, se había quedado estancado en la academia sin conseguir apoyo gremial, político y popular.

No obstante, justificaba “volver a los ideales del NOMIC” porque, en su visión, “los desequilibrios, las dependencias y la escasez de producción endógena” se habían acentuado. Esa operación de retorno tenía que hacerse desde una “óptica radicalmente nueva”, desde una clave como la que se había intentado organizar desde la ULCRA: replantear el “problema comunicacional *en su dimensión económica*”, es decir, producir cultura y construir los mecanismos necesarios para su circulación y consumo. Para ello había que desplegar “esfuerzos de sensibilización en las bases, en los sindicatos, en las organizaciones profesionales”, pero especialmente entre “los educadores y la escuela”, para promover un tipo de consumo crítico y jerarquizado que pudiera “rechazar” los contenidos ofrecidos por la industria de la cultura (pp. 75-76, destacado en el original). De todos modos, para Pasquali ese cambio sólo se produciría si la intelectualidad revisaba sus tácticas, si se volvía “más realista, más pragmática y convincente”. Era la única manera, finalizaba, de “luchar en América Latina y el Caribe por la creación, fortalecimiento y mejoría de los Servicios Públicos de Radiodifusión” (p. 76).

En una posición análoga a la de Pasquali se ubicaba Rafael Roncagliolo. El investigador peruano planteaba que las iniciativas de la WACC indicaban que el “tema” no estaba “agotado ni sus ideales caducos”. Por el contrario, se proponía una “nueva agenda” para el campo intelectual: “las políticas democráticas de comunicación”, con el objetivo de abrir espacios de “genuina concertación y pacto social” para una mayor articulación entre los grupos sociales y el Estado; las prácticas de *apropiación* que realizaban los movimientos sociales de base de las “nuevas tecnologías de la comunicación” y, en tercer lugar, “la integración latinoamericana” como horizonte político que permitiera el diálogo regional (Roncagliolo, 1991b, pp. 96-98, destacado en el original).

En estas propuestas de Pasquali como de Roncagliolo, se puede leer un desplazamiento en el modo de pensar la construcción de políticas culturales: si desde la interpelación de los intelectuales al campo político no se habían logrado las transformaciones necesarias en la formulación de regulaciones en el sector de la cultura y la comunicación, se debía operar un cambio en las tácticas para construir consenso social. Es decir, no se trataba simplemente de la proposición de políticas comunicacionales, sino que, en primer lugar, se tenían que generar las condiciones para que la sociedad elaborara una lectura o un “consumo crítico” de la cultura masiva. Esto

habilitaría la configuración de una base popular fundamental que apoyaría la formulación de políticas comunicacionales y culturales. Era un posicionamiento intelectual que expresaba una doble revisión: en términos de producción de conocimiento, se consideraba necesario conocer las demandas de las mayorías sociales como condición a partir de las cuales pensar las políticas para el sector; por otro, en clave política, respecto a que si en los años setenta la intelectualidad se había “encerrado en los claustros” (Pasquali, 1991) en lugar de ampliar los espacios de discusión, ahora había que organizarse desde la sociedad civil hacia el campo político e intelectual si se pretendían lograr los objetivos de reformar los medios de comunicación en América Latina.

\* \* \*

Desde los años sesenta hasta finales de los años setenta, la idea de “tercer mundo” en América Latina, sostiene Aldo Marchesi (2019, p. 72), había trazado un “mapa” y una serie de equivalencias que fueron borroneando las particularidades nacionales, permitiendo la articulación de diferentes lenguajes y prácticas intelectuales y políticas. Fue un contexto informado por una “sensibilidad” de cambio que proyectó una “*apertura de horizontes*” en el que, siguiendo las reflexiones de Perry Anderson, vieron emerger “figuras del futuro” que oscilaron entre la posibilidad de un nuevo tipo de capitalismo o de “una erupción de socialismo” ([1984] 1993, p. 112, destacado en el original).

En esa trama general, las discusiones sobre el Nuevo Orden Internacional de la Información, en América Latina, tuvieron unas dinámicas propias y diferentes respecto a las que traccionaban a la UNESCO (Aguirre, 1999). Los intelectuales latinoamericanos se vincularon a los “problemas de la comunicación” no simplemente como “teóricos”, sino como *militantes políticos*. Este carácter implicó que expertos, profesionales e investigadores, se relacionaran de formas diversas con los procesos políticos, de modos más o menos orgánicos: por ejemplo, Fernando Reyes Matta fue asesor en temas de comunicación del Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile durante el gobierno de la Unidad Popular y Juan Somavía, por su parte, había sido representante de la comitiva chilena en el Pacto Andino (Badenes, 2019). Además, como vimos en profundidad, un

sector de la intelectualidad venezolana como Pasquali, Oswaldo Capriles y Héctor Mujica, fueron miembros del Comité de Radio y Televisión durante el gobierno de Carlos Pérez. La comprensión política de lo comunicacional se anudaba al hecho de que una franja de la intelectualidad se incorporó activamente a distintas esferas del Estado y a organizaciones políticas entre finales de los años sesenta y mediados de los setenta.

Consideramos, por otro lado, que al tiempo que se fueron transnacionalizando los itinerarios personales hacia mediados del setenta, producto de exilios y persecuciones estatal-policiales en el cono sur, se fue transnacionalizando el debate. Es decir, comenzaron a circular análisis sobre experiencias políticas y comunicacionales “nacionales” en las tramas de la región, conectadas con un mapa de problemas vinculado al mercado comunicacional latinoamericano o al orden informativo en un sentido más amplio, a nivel internacional. El problema de la circulación de la información, el rol del Estado y la democratización de la comunicación, no surgió solamente como una “cuestión teórica” al interior de la academia, sino que se fue configurando como campo de discusión producto de una *experiencia vital* que conectó a distintas franjas de la intelectualidad de la comunicación.

Si la idea de “tercer mundo” había permitido la articulación de lenguajes y prácticas políticas e intelectuales diferentes en el cono sur hacia los años setenta, desde principio de los ochenta, el “tercer mundo” como posición enunciativa comenzó a discutirse. La diversidad de experiencias vitales surgidas de los distintos procesos políticos, había arrojado un manto de sospechas sobre la posibilidad de exportar proyectos de un país a otro. Si cierta idea de lo “tercermundista” había operado como significante articulador, pronto las particularidades nacionales, las diferencias internas “omitidas” en los debates internacionales, como había afirmado Casullo en las páginas de la revista *Comunicación y Cultura*, comenzaron a desplazar progresivamente los sentidos quizá más “continentales” que habían agrupado previamente a los intelectuales. Pero no se trataba simplemente de la idea de “tercer mundo”, sino también de redimensionar los puntos de vista tras las experiencias que habían erosionado los mapas cognitivos de una franja de la intelectualidad.

Inscribir el itinerario y la producción intelectual de Pasquali entre finales de los años setenta y principios de los años noventa, nos permitió leer cómo se fueron reconfigurando las modalidades de intervención, de construcción de objetos y los problemas de investigación que interpelaban a los intelectuales de la comunicación. Según el investigador peruano Rafael Roncagliolo, los académicos vinculados a los

medios masivos y a la cultura de masas, fueron “abandonando” los “grandes escenarios de las PNC” y la “arena internacional del NOMIC”, hasta replegarse en la comunicación alternativa con la “ilusión” de combatir los “acorazados y [los] bombardeos de los grandes medios” (1989, p. 52). Esto se había dado, continuaba el investigador, porque no se habían producido las “suficientes condiciones” para obtener “éxitos” en el debate público vinculado a las reformas de las políticas de comunicación.

Como vimos, se fueron produciendo una serie de cuestionamientos sobre las modalidades de participación entre los intelectuales de la comunicación que, desde distintos lugares y en específicas coyunturas nacionales, procuraron transformar los modos de producción cultural. Las revisiones críticas y la rejerarquización de los dilemas, produjeron no solo diferencias sino posicionamientos antagónicos respecto a los tópicos sobre los cuales intervenir y producir conocimiento. Como vimos, una franja del campo, como Héctor Schmucler, Nicolás Casullo y Sergio Caletti, entre otros, buscaba desplazar los ejes de análisis, “cambiar los temas de discusión” (Schmucler, 1984b, p. 8). Otra, encarnada en figuras como la de Oswaldo Capriles, Rafael Roncagliolo, Luis Ramiro Beltrán y, entre otros, el mismo Antonio Pasquali, intentó resistir a ese movimiento. Producto de las tensiones que atravesaban al campo, el autor de *Comunicación y cultura de masas* sostenía que no eran tiempos de “discursos blandos”: se trataba, así lo consideraba, de entender a la comunicación en dos sentidos: “en tanto telecomunicaciones e industrias culturales, ambas dimensiones económica y estratégicamente colosales” (Pasquali, 1990, p. 9). Y continuaba que sólo los análisis “totalizadores” podrían mejorar y “modernizar” a la comunicación para el “advenimiento de la integración regional”. En *El orden reina* (1991) criticaba a los investigadores que antes habían considerado que la situación era “terrible y sin salida”, pero que habían desplazado sus posiciones y “ahora el sistema” no les resultaba “tan malo como ellos mismos lo habían pintado”. El problema, sostenía Pasquali, era que habían “optado por abandonar el análisis político y sociocultural” para “mudarse a menos incómodos estudios semiológicos o funcionalistas” (p. 19).

Desde las redes intelectuales y los proyectos culturales que se fueron gestando —a través la UNESCO— como la ULCRA y los encuentros organizados en el Instituto para América Latina (IPAL), se apostaba a finales de los años ochenta, a un reordenamiento de los intelectuales del campo, y producir trabajos de investigación y cooperación regional como modalidad de responder “con verdaderos planes de

desarrollo” socio-culturales a los nuevos procesos de “mundialización” (Roncagliolo, 1989, p. 54).

De todos modos, y aun cuando varios de los “planes” se fueron llevando a cabo, los proyectos regionales tropezarían con unas condiciones políticas y económicas de gran precariedad. Las redes se volvieron insostenibles en un marco de debilitamiento político y económico de los organismos internacionales que años antes habían sido garantía de financiamiento. La emergencia de políticas neoliberales que no tenían interés en fortalecer los servicios públicos de radio y televisión de la región se complementó con la progresiva disminución de los acuerdos multilaterales. Así, una franja de los intelectuales de la comunicación observó que las políticas vinculadas a la producción cultural y comunicacional, se fueron volviendo un escenario de intervención cada vez más hostil y problemático, un “trabajo sucio” en tiempos en los que comenzaba la hegemonía de las tendencias “privatizadoras” (Pasquali, 1991[1986b], p. 153).

Por último, consideramos que si bien las dictaduras militares operaron con una violencia sistemática que alcanzó a los campos de la producción cultural, ello no implicó necesariamente el fin de los proyectos académicos e intelectuales que se estaban produciendo en la región, sino, en algunos casos, una rearticulación forzada, problemática y creativa, por fuera de las entidades estatales represivas. En las experiencias del itinerario de la revista *Comunicación y Cultura*, primero editada en Chile, luego en Argentina y finalmente en México, la organización de encuentros de investigadores latinoamericanos de comunicación, como el seminario “Comunicación y Dependencia en América Latina” organizado en México por la UNAM, las múltiples actividades llevadas a cabo por el ILET y la formación de la Asociación de Investigadores Latinoamericanos de la Comunicación en 1978, entre otras, permiten leer que se produjo una reorganización de la intelectualidad que, a pesar de que muchos de ellos fueron forzados al exilio, procuraron seguir reflexionando teóricamente en torno a la comunicación, la cultura y la política en la región.

## Conclusiones

Situar el itinerario de Antonio Pasquali en distintos espacios de la producción cultural nacional y regional entre mediados de los años cincuenta y finales de los años ochenta, nos permitió dar cuenta del modo en que se fueron configurando y reconfigurando sus reflexiones en torno a la comunicación, la cultura y la política, en un mapa más amplio en el que se desplegaron dilemas y tópicos que ocuparon a un sector de la intelectualidad venezolana y latinoamericana.

Cualquiera sea el momento de la trayectoria intelectual de Antonio Pasquali que consideremos, nos permite ver, a través de los temas y las posiciones de sus escritos, un sector del mundo político y cultural que los excede: el de la *intelligentsia* de izquierda venezolana a lo largo de la segunda mitad del siglo XX. Las reflexiones de Pasquali tuvieron luz propia, pero como hemos intentado demostrar a lo largo de esta tesis, el suyo nunca fue un pensamiento que se produjera en soledad, al margen de amistades e interlocutores intelectuales. Al analizar su itinerario desde la perspectiva de la historia y la sociología de los intelectuales, vimos cómo fueron emergiendo microsociedades, es decir, revistas, redes culturales, círculos ideológicos, instituciones académicas; ya se trate del tramo inicial hacia finales de la década del cincuenta como alumno de la universidad, en los círculos universitarios de cine; luego en Francia en los espacios de estudio e investigación filmológica; a principios de los años sesenta, como integrante de esa joven guardia intelectual que surgió tras el perezjimenismo, y que se nucleó en distintos proyectos revisteriles, con el objetivo de poner en escena debates claves al interior del campo cultural o, posteriormente, como *intelectual de la comunicación*, interviniendo en los debates sobre la formulación de políticas estatales de comunicación durante el gobierno de Carlos Andrés Pérez. En definitiva, y es lo que hemos intentado demostrar, sus escritos y posiciones se articularon con esos espacios más o menos formales de interacción que suelen ser los grupos intelectuales.

Desde principios de los años sesenta, el mapa de problemas que se delineó desde el campo académico venezolano estuvo vinculado a la pregunta por el estatuto disciplinar de la comunicación, su delimitación en términos teóricos y los probables abordajes teórico-metodológicos. Esto fue emergiendo en unas incipientes agendas universitarias e intelectuales en las que se comenzó a analizar el rol económico e ideológico de los medios

masivos en la producción cultural, en cuánto incidían en el comportamiento de los individuos de las sociedades de masas.

El pasaje de Pasquali desde el campo filosófico al de las preguntas en torno a los problemas culturales y comunicacionales se situó en esas tramas y, por otra parte, se fue estructurando a partir de su inserción en el Círculo Universitario de Cine de la Universidad Central a principios de los años cincuenta y la posterior formación de posgrado en el Instituto de Filmología de la Universidad de París. Esas experiencias formativas lo fueron acercando a matrices y formulaciones teóricas vinculadas a pensar de manera multidimensional a la “información audiovisual”, es decir, desde una perspectiva sociológica, filosófica, psicológica y política.

Otro de los elementos de ese mapa fue estrictamente político: la falta de autonomía de la “producción nacional” de información y noticias. En las páginas de *Crítica contemporánea*, como vimos, la relación entre cultura y medios masivos era mediada por la lectura de los procesos políticos de la región. Específicamente, el rol de los medios de comunicación fue pensado a partir de la experiencia de la Revolución Cubana: los modos en que la prensa norteamericana —y las “repetidoras locales”, como se afirmaba en clave de crítica ideológica— representaban los hechos que acontecían en la isla, y la necesidad de que los pueblos latinoamericanos comenzaran a tener una producción de noticias independiente de las grandes cadenas de noticias “imperialistas”. Consideramos que fue en las fronteras porosas entre la cultura política, la académica y la intelectual, donde la “comunicación”, más que un “tema”, fue un problema que interpeló y sobre el cual discutieron políticos y militantes al interior de la academia, y académicos en el campo intelectual y político.

Justamente, y a contracorriente de las asociaciones teóricas habituales que tienden a homogeneizar los opacos procesos sociales en su afán de periodizar, dimos cuenta de la coexistencia de una multiplicidad de discursos sobre la “problemática de los medios masivos” que fueron institucionalizándose en Venezuela a partir de un proceso de renovación de los saberes y sobre los cuales se fue instituyendo una exploración conceptual del problema de la comunicación de manera heterodoxa, con marcos teóricos provenientes de distintas instituciones y formaciones culturales tanto locales como transnacionales.

En términos de pensar las modalidades de intervención en los debates que interpelaron a los intelectuales venezolanos y latinoamericanos, seguir el itinerario de Pasquali nos permitió dar cuenta de una pluralidad de posicionamientos que fue

asumiendo a lo largo del período construido. Atendiendo a las reflexiones de Gisèle Sapiro respecto a los modelos de intervención política de los intelectuales (2017), los posicionamientos de Pasquali fueron sucesivamente diferentes en la medida en que, dado nuestro análisis, no dejamos de pensarlo en términos relacionales considerando su propia posición al interior del campo intelectual y sus vínculos con otros académicos o grupos intelectuales, y en relación, a su vez, con el Estado o en el marco de redes culturales más amplias, de orden latinoamericanas o transnacionales.

Hacia principios de los años sesenta, Pasquali se incorporó, tras su viaje a Francia, a esa oleada vanguardista que transversalizó a las jóvenes generaciones que comenzaron a participar activamente en los debates del campo cultural tras el retorno de la democracia en 1958. A diferencia de algunos miembros de *Sardio*, *Tabla Redonda* o incluso *Crítica contemporánea* —de la que Pasquali participaba— que radicalizaron sus posicionamientos hacia la lucha política —y en algunos casos acompañaron abiertamente a los movimientos guerrilleros—, el escenario de intervención de este joven intelectual se mantuvo inscrito en el campo de la producción académica y cultural. Este mantenimiento de sus posiciones dentro de la universidad y del campo cultural, le valió a un sector de los académicos entre los que estaba el filósofo Pasquali, la acusación de que su compromiso no rompía con los moldes hegemónicos.

De todos modos, ese desplazamiento hacia posiciones más radicalizadas, al menos en términos simbólicos, sí se produjo unos años después, cuando participó de la experiencia de *Cine al día* a finales de los sesenta. Tal como vimos, dicho proyecto revisteril fue asumiendo una posición “latinoamericanista” que se puede distinguir en dos dimensiones: como estrategia de enunciación e inscripción, lo latinoamericano se volvía ineludible porque surgía como horizonte cognitivo que sobredeterminaba lo nacional. Una segunda dimensión volvía a lo “latinoamericano” como espacio de intervención: tendieron a formar redes y espacios culturales no institucionalizados. La vocación por instituir políticas culturales nacionales en relación con espacios de circulación de la producción audiovisual latinoamericana, llevó al grupo, y entre ellos al propio Pasquali, a incorporarse políticamente en los debates sobre la necesidad de formular una Ley de Cine. Ese proceso devino en que el Estado comenzó a mediar en el conflicto de intereses entre productores locales y exhibidores, al emitir una serie de decretos y resoluciones sobre la exhibición comercial de la producción nacional.

Entre mediados y finales de los años sesenta, una franja de la academia e intelectualidad venezolana atravesó intensos debates políticos y teóricos: a partir de las

reflexiones críticas en torno a la praxis política tras las derrotas de los movimientos guerrilleros, comenzaron a incorporarse diversas matrices filosóficas. Como vimos, el movimiento revolucionario reconocía que la vía armada —y su posterior derrota—, había profundizado “el aislamiento” de las organizaciones guerrilleras “respecto a las masas populares”, y se consideraba que el problema radicaba fundamentalmente en “la incapacidad de la organización de una estrategia eficaz para incorporarse en la lucha armada no política” (Bravo, 2008, p. 22).

En relación con lo anterior, un aspecto que abordamos parcialmente a lo largo de la tesis, y que merecería la atención de la investigación ocupada en los problemas de la circulación de las ideas al interior de la intelectualidad de izquierda latinoamericana, tiene que ver con las diferencias en los “marxismos” que se fueron configurando a lo largo de América Latina. En el caso específicamente venezolano, los debates entre la intelectualidad que más o menos adhería a la lucha revolucionaria, convergió con las tensiones que a nivel internacional atravesaron al Partido Comunista. Estas revisiones propusieron una serie de sugerencias teóricas que impulsó un esfuerzo de renovación que hallaría una buena acogida entre los agentes vinculados a la crítica cultural. En Venezuela, las principales referencias filosóficas fueron, entre otras, las reflexiones francesas de Jean-Paul Sartre, Louis Althusser y Lucien Goldmann, y de la tradición alemana, las ideas vinculadas a la Escuela de Frankfurt, fundamentalmente Herbert Marcuse, Theodor Adorno y Max Horkheimer. De ahí que hayamos apelado a la noción de “neomarxismo” o “neoizquierda”, en términos de Adriana Petra (2017, p. 315), para referirnos a estos posicionamientos al interior del campo cultural venezolano que eran sintomáticos de la configuración de una izquierda “desestalinizada”.

Fue un fenómeno cultural que adquirió diversas características a lo largo de América Latina (Aricó, [1988] 2005), pero en lo que se refiere específicamente a la conformación de la “nueva izquierda intelectual” venezolana, en términos filosóficos, se produjo bajo una impronta alemana. Esto en parte se explica por la tradición intelectual institucionalizada a nivel universitario. Primero, una recepción temprana de la filosofía alemana, especialmente la línea existencial, ontológica y crítica de la técnica, de Nicolai Hartmann y Martin Heidegger, de la mano de los filósofos y docentes de la Universidad Central de Venezuela, como Juan David García Bacca, Risieri Frondizi y, entre otros, Manuel Granell. Posteriormente, hacia mediados de los años sesenta y específicamente vía investigadores venezolanos que hicieron estudios de posgrado en Alemania, como Federico Riu y Eduardo Vásquez, se realizaron traducciones de la teoría marxista alemana

—fundamentalmente Adorno y Marcuse—, de la línea crítica francesa con Lucien Goldmann, Roland Barthes, Althusser y Sartre, en algunos proyectos editoriales y de traducción universitaria — como vimos por ejemplo en la revista *Imagen*, de la mano de Julieta Fombona—. Esa diversidad en el marco de interpretación marxista, no se debe leer simplemente como un proyecto de renovación académica, sino como síntoma de la crisis del marxismo “oficial” en su capacidad de trazar el horizonte político y filosófico revolucionario después de la experiencia estalinista (Aricó, [1988], 2005).

En esa constelación de dimensiones, emergieron, como vimos, distintos proyectos como *Cine al día*, que produjo una importante recepción del cine y de la crítica cinematográfica marxista italiana de la mano de Guido Aristarco, que operaba como mediador del pensamiento de Antonio Gramsci y György Lukács. Según el testimonio retrospectivo de Jesús María Aguirre, los líderes de *Cine al día*, Alfredo Roffé, Ambretta Marrosu y el propio Pasquali, eran conocidos como “el clan”, por su procedencia italiana y su filiación a la “cultura comunista”<sup>184</sup>. De todos modos, a diferencia de Roffé y Marrosu, Pasquali no se vinculó directamente al PCV.

La filosofía marxista fue una de las claves teóricas en las producciones intelectuales de Pasquali entre finales de los años cincuenta y finales de los años sesenta. Pero era un “marxismo abierto”, para usar la expresión de Héctor Agosti (citado en Petra, 2017, p. 364), reelaborado por intelectuales en contacto con la cultura de la época, que tuvo sus principales focos en Francia, Alemania y en menor medida en Italia. En ese contexto intelectual general situamos la pregunta de cómo leyó Antonio Pasquali algunas de las obras de los referentes de la Escuela de Frankfurt. Al situarnos en los dilemas que atravesaron a un sector de la intelectualidad caraqueña de finales de la década del sesenta, procuramos dar cuenta de las condiciones a partir de las cuales algunas ideas fueron operativas para la crítica cultural, para repensar la relación entre producción de conocimiento y práctica política, y en un sentido más general, acerca de los vínculos entre los intelectuales y el partido. Como lo analizamos en sus ponencias, Pasquali consideraba al marxismo como una de las fuentes para la crítica de la cultura y la comunicación, pero en sus posicionamientos intelectuales y políticos, se lee escepticismo respecto de la fuerza del partido en la organización de la lucha revolucionaria, y sobre la posibilidad de constitución de un metasujeto colectivo identificado con el proletariado.

---

<sup>184</sup> Entrevistado por el autor, 14 de marzo de 2016, Caracas, Venezuela.

En el amanecer de los años setenta, con una posición consolidada al interior de la Universidad Central de Venezuela, Pasquali comenzó a desplazarse de las revistas culturales como espacios de intervención hacia las tramas institucionales universitarias. La cátedra, el instituto de investigación, fueron las metáforas de esos nuevos territorios a los que *se fue incorporando al tiempo en que se fueron creando*. La singularidad de este momento de su itinerario reside en que tuvo una participación clave en el proceso de institucionalización de la comunicación como proyecto científico, en el marco de lo que se denominó desde 1974 como Instituto de Investigaciones de la Comunicación (ININCO), del cual fue su principal promotor y primer director. En estos tiempos, podemos afirmar, Pasquali se situó en la intersección de un proceso universitario a nivel local de consolidación de los estudios en comunicación y cultura; el fortalecimiento en la región de organismos transnacionales vinculados al “desarrollo cultural”, como CIESPAL y la UNESCO; y la proliferación en América Latina —como en Brasil, Chile y México, por ejemplo— de institutos y centros nacionales dedicados a la investigación en comunicación que, al tiempo que fueron tejiendo una red de producción, circulación y traducción de obras, procuraron legitimar este saber especializado al interior de las ciencias sociales.

Esta intersección posibilitó, además, la emergencia de una figura intelectual en el cruce de la actividad académica profesional, como dijimos, inscrito en la cátedra y en los nuevos espacios de investigación como *nodos* de producción de conocimientos. Las redes transnacionales, además, fomentaron el desarrollo de una *expertise* en comunicación, cultura y políticas públicas. Ello se conjugó, al menos en el caso del Estado venezolano, con la formación de espacios como el Consejo Nacional de Cultura que incorporaron a un conjunto de referentes de distintos campos de saberes en sociología, economía, derecho y comunicación —en un movimiento que simultáneamente legitimaba esos saberes—, para proveer de fundamentos teóricos y científicos a las nuevas políticas públicas vinculadas a la cultura y la comunicación. Esta trama fue la condición de posibilidad del ingreso de Pasquali al Proyecto Ratelvé.

En los debates que en esos años ocuparon a los intelectuales de la comunicación venezolanos, pudimos ver que, dado el posicionamiento de Pasquali como director del Comité de Radio y Televisión promocionado por el gobierno nacional, tanto él como Evangelina García Prince, Oswaldo Capriles, entre otros, fueron asociados con el partido Acción Democrática, y eran pensados como “intelectuales del gobierno”. Ello era justificado por las tomas de posición de estos en cuanto a la necesidad de promover la

nueva política de radiodifusión del Estado venezolano llevada adelante por el gobierno de Carlos Andrés Pérez.

Posteriormente, analizamos la formación de una serie de vínculos institucionales transnacionales que facilitaron el movimiento de ideas en torno a la relación entre comunicación, política y cultura. La emergencia hacia principios de los años setenta de espacios de investigación en comunicación junto a la consolidación de redes editoriales, habilitó una mayor fluidez en la circulación de libros especializados. El establecimiento de convenios de intercambio entre formaciones culturales, generaron las condiciones propicias para que la obra y figura del filósofo venezolano comenzara un proceso de conocimiento y legitimación a escala transnacional. Situamos la obra de Pasquali en esa red de relaciones entre intelectuales, academia y mercado editorial, para analizar la circulación transnacional de algunas de sus obras, como la primera y segunda edición de *Comunicación y cultura de masas*, a partir de considerar algunos aspectos de la estructura y el programa de la editorial universitaria Ediciones de la Biblioteca de la Universidad Central (EBUC) y la estatal Monte Ávila.

Hacia principios de los años setenta, en las instituciones vinculadas a la investigación en comunicación en Venezuela, como el ININCO, se colocó a la sociedad en el centro de la interrogación y se puso a la disciplina en la dirección de un examen crítico del mundo moderno. Como leímos en su programa, la investigación adoptó un carácter marcadamente interdisciplinario y un estilo colectivo de trabajo comenzó a desplazar la producción intelectual como obra de una artesanía individual. El centro y/o instituto de investigación fue adoptado como matriz institucional para el desarrollo de la investigación social.

Por otro lado, analizar la participación de Pasquali en el Informe Ratelvé nos permitió situar ese proyecto de formulación de políticas estatales de comunicación en una amplia política cultural —la Ley del CONAC—, que pretendió reordenar en general las reglas de la producción cultural, y específicamente, redireccionar las funciones de la industria cultural y cuestionar la monopolización en la producción de contenidos de las empresas privadas. En definitiva, el proyecto Ratelvé expresó el intento de organizar un proyecto político-cultural para transformar las condiciones de producción “arraigadas en los intereses de los sectores dominantes” (Capriles, 1996, p. 81). Más allá de las diferentes posiciones intelectuales respecto a los intereses del gobierno de Carlos Andrés Pérez, el Ratelvé se convirtió en un caso seguido en todo el mundo y rápidamente fue objeto de debate al interior del campo intelectual nacional y latinoamericano.

A mediados de la década del setenta, una visita cultural trastocó la dinámica de la coyuntura del debate y los posicionamientos entre los intelectuales de la comunicación. Si bien la trayectoria académica e intelectual de Pasquali era ascendente porque lo vinculaba a una posición de prestigio al interior de la universidad y era un hombre muy cercano al campo político, la presencia del teórico Marshall McLuhan en Venezuela, reactivó ciertos dilemas y erosionó los posicionamientos hasta ese momento establecidos entre los intelectuales de la comunicación. La llegada del teórico canadiense en 1976 como invitado estelar del I Seminario Venezolano de Radiodifusión, organizado por la Cámara de la Industria de la Radiodifusión, reconfiguró las posiciones y solidaridades en el campo intelectual local: la presencia de McLuhan operaba, así fue entendida, como argumento y apoyo para un sector del campo político-cultural que pretendía deslegitimar las políticas culturales del gobierno nacional y a los intelectuales que se habían involucrado en ellas, a quienes, como vimos, acusaban de “subversivos” y “extremistas” culturales por fundamentar el Proyecto Ravelle. Ante ello, en 1976 los intelectuales de la comunicación *cerraron filas* en el marco del III Encuentro Nacional de Investigadores de la Comunicación, y firmaron de manera conjunta, un documento en defensa de Pasquali y de los intelectuales que participaban del Comité de Radio y Televisión.

Esa figura que encarnó Pasquali, como teórico y al mismo tiempo como un agente con experiencia de gestión de espacios culturales estatales, habilitó —fomentada por el gobierno de Carlos Andrés Pérez— su llegada a la UNESCO. Allí, entre 1978 y 1989 cumplió, como vimos, varias funciones: primero como Subdirector General Adjunto para el Sector de la Cultura y Comunicación, luego como Subdirector General responsable del Sector de las Comunicaciones y, finalmente, como Coordinador Regional de la UNESCO para América Latina y el Caribe.

Sin dejar de participar en los debates latinoamericanos sobre la comunicación, la cultura y la política, de su experiencia en la UNESCO destacamos su papel político-intelectual y estratégico: como promotor de redes y asociaciones regionales en comunicación, legitimadas por los organismos internacionales vinculados al desarrollo cultural. Esa posición privilegiada en términos de acceso a diálogos con investigadores, instituciones académicas y fundamentalmente a recursos financieros provenientes de proyectos de trabajo otorgados por la UNESCO, fue central para la formación de la Asociación Latinoamericana de Investigadores de la Comunicación (ALAI) y para la destacada participación de los académicos en el debate internacional de la comunicación que atravesó buena parte de los años ochenta. Como vimos, América Latina se convirtió

en un escenario clave de las disputas intelectuales, culturales y políticas que tuvieron como objeto el Nuevo Orden Internacional de la Información. Un indicio de ello fue que en 1980 el ININCO y la Universidad Central organizaron en Caracas la XII Asamblea General y Conferencia de la AIERI/IAMCR, con la presencia de los más destacados investigadores de la comunicación a nivel internacional.

Tanto la crisis en la implementación del Ratelve como la emergencia de gobiernos dictatoriales en América Latina a mediados de los años setenta, reavivó las tensiones entre los intelectuales de la comunicación venezolanos respecto a la participación del estado en la promoción de políticas públicas. Para un sector de la intelectualidad, la experiencia del gobierno de Carlos Andrés Pérez en materia de regulaciones del sistema de medios, había expresado las contradicciones de un Estado que procuraba generar políticas orientadas a la soberanía económica, política y cultural, pero fuertemente condicionado por el poder de las “metrópolis dominantes”. Si bien el proyecto Ratelve era considerado por un sector de los académicos como el “plan más ambicioso y técnico elaborado en la región latinoamericana” (Aguirre, 1977, pp. 487-492), la situación política nacional dejaba en evidencia que, sin transformar las relaciones sociales, se podía cambiar la acción de los medios sin que por ello se dejara de ser un país política, económica y culturalmente dependiente. Estas reconfiguraciones en la dinámica política local, convergieron con el escenario latinoamericano que marcaba un repliegue de la intelectualidad que se había organizado en torno a las reuniones de políticas culturales promovidas desde la UNESCO, como la Conferencia Intergubernamental sobre Políticas de Comunicación en América Latina y el Caribe, que se realizó en San José de Costa Rica en 1976. Al contrario de lo que se esperaba y producto del desinterés en la materia de los nuevos gobiernos dictatoriales, se fue erosionando la creación de lazos y compromisos para la construcción de políticas comunes para el sector.

Siguiendo las reflexiones de Aldo Marchesi (2019, p. 228), desde principios de los años setenta, el autoritarismo creciente en la región llevó al aumento de los exilios. Ello habilitó, según nuestra investigación, el desarrollo de una “comunidad transnacional” de investigadores en comunicación que resultó del encuentro e interacción entre ciertas ideas acerca de los procesos políticos que intelectuales y militantes tuvieron que afrontar. Respecto a ello, Norbert Lechner (1988) afirma que la convergencia entre los exilios con el aumento de los trabajos de investigación en los centros “nacionales”, conllevó a una “*circulación internacional* de los intelectuales antes desconocida” (p. 29, destacado en el original). Esta “transnacionalización”, sostiene el investigador, habilitó un proceso de

*profesionalización* académica de los intelectuales en América Latina y —lo que aquí queremos acentuar— es que el debate aumentó su *densidad* a partir de “un mayor contacto intrarregional” (pp. 31-32, destacado en el original). Lechner apunta la “paradoja” de que fue en esas circunstancias “tan adversas” de gobiernos militares que, en la región, las ciencias sociales tuvieron su mayor desarrollo en “diversidad temática”, “riqueza en los análisis” y en términos de “mayor productividad” (p. 32).

La red transnacional de estudios en comunicación fue adquiriendo una dimensión mucho más relevante a medida que el autoritarismo avanzaba. La sobrevivencia de estos grupos dependió de su capacidad de adaptarse a las nuevas circunstancias institucionales de los países a los que llegaron, fundamentalmente a México, y en segundo lugar a Venezuela. Estas redes, aun en su inestabilidad, fueron fundamentales para los procesos de estructuración de asociaciones regionales de investigación en comunicación como ALAIC a fines de 1978.

La praxis institucional de Pasquali como *mediador* entre espacios nacionales e internacionales, permitió, posteriormente, la formación de la Unión Latinoamericana y Caribeña de Radiodifusión (ULCRA). La ULCRA fue un dispositivo, al mismo tiempo, de producción de conocimientos sobre los servicios públicos de comunicación a escala regional, como espacio para pensar estrategias de organización e intercambio de la producción cultural, y también como institución desde la cual intervenir en el debate público sobre las políticas de comunicación, en un contexto, a finales de los años ochenta, de emergencia del neoliberalismo en América Latina. En términos teóricos, los dilemas que fueron ocupando a Pasquali y en menor medida a otros intelectuales —como Luis Ramiro Beltrán, Oswaldo Capriles, Elizabeth Safar, entre otros— se fue vinculando a la progresiva acentuación del carácter independiente del servicio público. Es decir, en que era justamente el carácter *no gubernamental* del servicio lo que garantizaba su carácter *público*. Esta premisa debía ligarse con la progresiva descentralización y regionalización de la producción y emisión de programas del servicio público de radiotelevisión.

La cuestión en torno a la puja por la “captura” de la opinión pública entre los gobiernos y el mercado, fue ascendiendo en las reflexiones de Pasquali. A propósito de esto, consideraba que era un proceso que traía como consecuencia nuevas instancias de disputa en el marco de la hegemonía del mercado y empresarial en lo referente a la producción cultural e ideológica, reconfigurando, asimismo, las relaciones de poder entre gobiernos y empresas mediáticas. Estas últimas habían adquirido mayor preponderancia y fuerza para presionar a los gobernantes y de ese modo construir una opinión pública

que legitimara sus intereses y posiciones. Lo que se ponía en juego era el sentido mismo de la democracia debido a que las alianzas entre el sector empresarial y el político se anudaban con más fuerza. Y consideraba que otra dimensión central del problema era la casi inexistente participación de la población en términos de producción cultural y comunicacional. El acceso a la pluralidad de fuentes y la diversidad cultural eran restringidas producto de “la hegemonía de la industria del entretenimiento”, convirtiendo a la cultura en mercancía estandarizada y al ciudadano en consumidor y no en productor cultural.

Uno de los dilemas que fundamentó su praxis intelectual desde principios de los años noventa en adelante, fue la noción de un servicio público de radiotelevisión que garantizara las ideas de universalidad, diversidad, independencia y diferenciación. Para ello, postulaba, se tenía que lanzar una nueva política que pusiera por delante los intereses colectivos. Consideraba que se volvía urgente que participaran emisoras alternativas y comunitarias que garantizaran una genuina comunicación de proximidad.

Queda por analizar para otros trabajos, por un lado, cómo se posicionaron los intelectuales de la comunicación en estos últimos años, no sólo en Venezuela, sino en América Latina en general, frente a las fuerzas políticas que ascendieron en las primeras décadas del siglo XXI, y en particular en lo referente a las políticas estatales de comunicación. De qué modo la noción de servicio público de la comunicación<sup>185</sup> ha operado en los debates públicos, cuando no han sido simplemente los medios de comunicación, sino los sentidos en torno a la sociedad los que fueron discutidos. Es decir, aquellas ideas de “universalidad”, “diversidad”, “independencia” y “diferenciación”, se volvieron ejes o sentidos que fueron cuestionados por los ascendentes proyectos políticos, o al menos pretendieron redimensionarlos en función de nuevos horizontes ideológicos. En este punto, entonces, al contrario de entender aquellas ideas como valores esenciales e inmutables, se vuelve oportuno en términos cognitivos, analizar si en los sentidos atribuidos a esos significantes por parte de la intelectualidad de la comunicación, operan distintos proyectos político-culturales de organización de lo social.

En líneas generales, el alcance de las políticas estatales de cultura y comunicación está siendo rediscutido en un contexto de potenciación de la convergencia tecnológica (Becerra y Mastrini, 2017). Algunos de los interrogantes que ocuparon a la intelectualidad de la que formaba parte Pasquali, siguen teniendo vitalidad en tiempos en que los

---

<sup>185</sup> Problemática sobre la que Pasquali siguió reflexionando en sus trabajos de los años noventa y los dos mil. Ver Pasquali, 1998, 2011; 2013; 2017, y en co autoría con Elizabeth Safar, 1992 y 1994.

mercados culturales siguen siendo opacos en cuanto al acceso a la información y a la documentación. El derecho del pueblo a la comunicación, la posibilidad de que organizaciones políticas y culturales de la sociedad civil puedan garantizar la mayor participación democrática posible, se sitúa en la intersección entre Estados con poca capacidad e imaginación para construir regulaciones, otros con una serie de políticas que, destinadas a defender a empresas y grupos nacionales, a veces lo hacen a expensas de la diversidad y del pluralismo, y empresas privadas de telecomunicaciones que tienen cada vez mayor poder de participación en el mercado volviendo por demás estrecho el margen para la configuración de una comunicación democrática.

Consideramos, en suma, que el largo período que analizamos en esta tesis, nos permitió trazar los momentos a partir de los cuales Pasquali se fue vinculando a las problematizaciones emergentes sobre la comunicación y la cultura, en el marco de intensos movimientos culturales e intelectuales que se condensaron en proyectos académicos, científicos y revistas. Indagamos, a lo largo treinta años de trayectoria intelectual, los modos en que el teórico venezolano fue analizando y relacionando en términos conceptuales a la comunicación con la cultura y la política.

## Bibliografía

### Bibliografía de Antonio Pasquali

#### Libros

- (editor) (1960a). *Información audiovisual. Antología de textos*. Caracas: UCV.
- (1963). *Fundamentos gnoseológicos para una ciencia de la moral*: Caracas: EBUC.
- (1964b). *Comunicación y cultura de masas*. Caracas: EBUC.
- (1967). *El aparato singular: análisis de un día de TV en Caracas*. Caracas: UCV.
- (1970). *La moral de Epicuro*. Venezuela: Monte Ávila.
- ([1964] 1972). *Comunicación y cultura de masas*. Caracas: Monte Ávila.
- (1973). *Sociologia e Comunicação*. Petrópolis: Editora Vozes.
- (1978). *Comprender la comunicación*. Venezuela: Monte Ávila.
- (1990). *La comunicación cercenada. El caso Venezuela*. Venezuela: Monte Ávila.
- (1991). *El orden reina. Escritos sobre comunicaciones*. Venezuela: Monte Ávila Editores
- (1998). *Bienvenido Global Village. Comunicación y moral*. Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana.
- (2011). *La Comunicación Mundo. Releer un mundo transfigurado por las comunicaciones*. España: Comunicación Social.
- (2017). *La devastación chavista. Transporte y comunicaciones*. Venezuela: abediciones-Libros El Nacional.

#### Co-autor

- Agudo Freites, R. Pasquali, A. y Gómez, L. (1975). *Políticas de comunicación en Venezuela*. Caracas: UCV/ININCO.
- AAVV (1977). *Proyecto RATELVE*. Venezuela: Editorial Suma.
- AAVV (1977). *Estudio de factibilidad para el establecimiento de un sistema de radiodifusión en Ciudad Guayana, para programas educativos, científicos, culturales y de información*. Caracas: UCV/ININCO.

- Pasquali, Antonio y Vargas Araya, Armando (Editores) (1990). *De la marginalidad al rescate: los servicios públicos de radiodifusión en la América Latina*. San José de Costa Rica: EUNED.
- Safar, Elizabeth y Pasquali, Antonio (compiladores) (1992). *Memorias de un país en subasta. I. La comunicación social*. Mérida: Universidad de Los Andes.
- Safar, Elizabeth y Pasquali, Antonio (compiladores) (1994). *Memorias de un país en subasta. II. Las telecomunicaciones*.

### **Artículos de Pasquali en publicaciones periódicas y libros**

- (1957). Deberes de la crítica cinematográfica. En *Revista Nacional de Cultura*, n° 123, pp. 57-67.
- (1958). Los intelectuales y el lenguaje audio-visual. En *Cultura Universitaria*, n° 64, pp. 51-61.
- (1960b). Amicus Plato. En *Crítica contemporánea*, n° 1, pp. 3-4.
- (1960c). Revista de Cultura Universitaria. En *Crítica contemporánea*, n° 1, p. 30.
- (1961). La Televisión frente a la prensa, o el show a lo Nixon. En *Crítica contemporánea*, n° 5, pp. 30-31.
- (1964a). Sobre algunas implicaciones dialécticas entre ‘información’ y ‘cultura de masas’. En *Cultura Universitaria*, n° 165, pp. 103-113.
- (1968a). Televisión: los paraísos electorales de la TV. En *Cine al día*, n° 2, pp. 28-31.
- (1968b). Acción en Caracas contra el cine nacional. En *Cine al día*, n° 4, pp. 4-6.
- (1968c). Marshall McLuhan o la ideología represiva. En *Imagen*, n° 27, pp. 16-17.
- (1968d). Por Marcuse y por la utopía. En *Imagen*, n° 29, pp. 6-7.
- (1968e). Televisión: lucecita o de la pedagogía telefilmica. En *Cine al día*, n° 4, pp. 29-31.
- (1983). ¿Contradicción entre libertad y equilibrio informativo? En *Chasqui*, II Época, n° 6, pp. 26-31.
- ([1986a] 1991). Comunicación y Cultura. En Pasquali, A., *El orden reina. Escritos sobre comunicaciones*. Venezuela: Monte Ávila Editores.

- ([1986b] 1991). Qué es una radiodifusión de servicio público. En Pasquali, A., *El orden reina. Escritos sobre comunicaciones*. Venezuela: Monte Ávila Editores.
- ([1988] 1991). Industrias culturales en América Latina. En Pasquali, A., *El orden reina. Escritos sobre comunicaciones*. Venezuela: Monte Ávila Editores.
- (2013). Por una radiotelevisión de servicio público. En Bisbal, Marcelino (editor), *Saldo en rojo. Comunicaciones y cultura en la era bolivariana*. Venezuela: Ediciones de la UCAB.

### **Ponencias**

- (1963). Sobre algunas implicaciones dialécticas entre “información” y “cultura de masas”. XIII Congreso Internacional de Filosofía. Ciudad de México. Copia mimeografiada.
- (1968f). La filosofía práctica y la mediación del análisis sociológico. XI Congreso Internacional de Filosofía, Viena. Copia mimeografiada.

### **Otras fuentes**

#### **a) Entrevistas**

- Aguirre, Jesús María. Caracas, 14 de marzo de 2016.
- Bisbal, Marcelino. Caracas, 10 de marzo de 2016.
- Carrera Damas, Germán, Caracas, 18 de febrero de 2015.
- Chacón, Alfredo. Caracas, 17 de febrero de 2015.
- Chacón, Alfredo. Caracas, 9 de marzo de 2016.
- Chacón, Alfredo. Caracas, 14 de marzo de 2016.
- Herrera, Bernardino. Caracas, 22 de febrero de 2015.
- Pasquali, Antonio. Caracas, 3 de febrero de 2015.
- Pasquali, Antonio. Caracas, 9 de febrero de 2015.
- Pasquali, Antonio. Caracas, 16 de febrero de 2015.
- Pasquali, Antonio. Caracas, 20 de febrero de 2015.
- Pasquali, Antonio. Caracas, 1º de marzo de 2016.
- Pasquali, Antonio. Caracas, 11 de marzo de 2016.
- Pasquali, Antonio. Caracas, 18 de marzo de 2016.

- Pérez Morales, Ovidio. Caracas, 11 de marzo de 2016.
- Safar, Elizabeth, Caracas, 10 de marzo de 2016.
- Safar, Elizabeth, Caracas, 15 de marzo de 2016.

## **b) Material de archivo**

### **Archivo Histórico de la Facultad de Humanidades y Educación – Universidad Central de Venezuela**

- “Escuela de Filosofía”, período 1959, expediente “Memorias”, clasificación “M.1”.
- Doctorat de l’Université de Paris (Philosophie), Faculté Des Lettres, 3 de julio de 1957, expediente “Pasquali Greco, Antonio Arnaldo”, período “A”, clasificación “D. 67”.
- “Attestation”, Institut de Filmologie de la Université de Paris, 29 de mayo de 1957, expediente “Pasquali Greco, Antonio Arnaldo”, período “A”, clasificación “D. 67”.
- “Currículum Vitae”, expediente “Pasquali Greco, Antonio Arnaldo”, período “A”, clasificación “D. 67”.
- “Examen de credencial de méritos del profesor Antonio Pasquali”, 5 de octubre de 1967, expediente “Pasquali Greco, Antonio Arnaldo”, período “A”, clasificación “D. 67”.
- “La filosofía práctica y la mediación del análisis sociológico”, expediente “Pasquali Greco, Antonio Arnaldo”, período “A”, clasificación “D. 67”.
- “Iniciativas particulares”, 4 de febrero de 1970, expediente “Pasquali Greco, Antonio Arnaldo”, período “A”, clasificación “D. 67”.
- Notificación de nombramiento, 10 de febrero de 1972, expediente “Pasquali Greco, Antonio Arnaldo”, período “A”, clasificación “D.67”.
- Informe al Decano de la Facultad de Humanidades y Educación, 17 de noviembre de 1972, expediente “Instituto de Investigaciones de la Comunicación”, período “1973”, clasificación “I.18”.
- “Estatutos”, 29 de febrero de 1973, expediente “Instituto de Investigaciones de la Comunicación”, período “1973”, clasificación, “I.18”.
- “Presentación”, 29 de octubre de 1973, expediente “Instituto de Investigaciones de la Comunicación”, período “1973”, clasificación “I. 18”.

- “Oficio N° IIC- 158/75”, 20 de enero de 1975, expediente “Pasquali Greco, Antonio Arnaldo”, período “A”, clasificación “D.67”.
- “Oficio N° IIC-512/76”, 29 de septiembre de 1976, expediente “Pasquali Greco, Antonio Arnaldo”, período “A”, clasificación “D.67”.
- “Currículum”, 14 de marzo de 1977, expediente “Pasquali Greco, Antonio Arnaldo”, período “B”, clasificación “D.67”.

#### **Archivo personal de Antonio Pasquali**

- Mahtar M'Bow-Amadou, “Sous-Directeur général adjoint (Programme), Secteur de la culture et de la communication”, 20 de septiembre de 1978, París.
- República de Venezuela, Ministro de Estado para Asuntos Científicos, Tecnológicos y Culturales, “Carta del Ministro de Estado José Luis Salcedo-Bastardo a Antonio Pasquali”, 25 de julio de 1978.

#### **Archivo personal de Elizabeth Safar**

- “Acta constitutiva Asociación Latinoamericana de Investigadores de la Comunicación”, 17 de noviembre de 1978.
- “Asociación Latinoamericana de Investigadores de la Comunicación (A.L.A.I.C). Estatutos”, 17 de noviembre de 1978.
- “Estatutos de la Asociación Latinoamericana y del Caribe de Facultades o Escuelas de Comunicación Social (ALACFECS) (en promoción)”, 5 de diciembre de 1979.

#### **c) Documentos institucionales**

- CEPAL (1969). *El cambio social y la política de desarrollo social en América Latina*. Nueva York: Naciones Unidas.
- CIESPAL (1961). *Las Escuelas de periodismo en América Latina*. Quito: CIESPAL.
- CIESPAL (1966). *Utilización de los medios de Información en Quito*. Quito: CIESPAL.
- UNESCO (1953). *El Correo de la UNESCO*. Publicación de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura, VI (3).

- UNESCO (1956). *Working paper prepared by Unesco Secretariat for the colloquium held at the University of Strasbourg*. París: mimeo.
- UNESCO (1978). *Informe provisional sobre los problemas de comunicación en la sociedad moderna*. París: UNESCO.
- UNESCO (1980a). *Un solo mundo, voces múltiples*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- UNESCO (1980b). *21C/Resoluciones, 3/07*. UNESCO: París.
- Universidad de Michigan (1959). *The President's Report for 1958-1959*. Estados Unidos: Universidad de Michigan.

#### **d) Publicaciones periódicas**

- Apuntes*. Cuadernos de la Escuela de Comunicación Social (UCV). Período 1987-1988.
- Chasqui*. Centro Internacional de Estudios Superiores de Periodismo para América Latina. Período 1973-1975/1982-1984.
- Cine al Día*. Venezuela. Período 1967-1970.
- *Cine Teatro*. Venezuela. Período 1964-1966.
- Comunicación*. Venezuela. Período 1975-1980.
- Comunicación y Cultura*. Período 1973-1985.
- Crítica contemporánea*. Venezuela. Período 1960-1962.
- Cuadernos del Centro de Estudios de la Comunicación*. Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). México. Período 1978-1979.
- Cultura Universitaria*. Venezuela. Período 1957-1959.
- Imagen*. Venezuela. Período 1966-1969.
- Los Libros*. Argentina. Período 1969-1976.
- *Orbita. Temas de comunicación social*. Caracas. Período 1972-1976.
- *Revista Nacional de Cultura*. Ministerio de Educación de la Nación, Venezuela. Período 1960-1964.
- Sardio*. Venezuela. Período 1960-1962.
- SIC*. Venezuela. Período 1964-1972.
- *Tabla Redonda*. Venezuela. Período 1960-1962.
- Video-Forum*. Ciencias y Artes de la comunicación audiovisual. Fundación Academia Nacional de Ciencias y Artes del Cine y la Televisión. Caracas. Período 1975-1980.
- Zona Franca*. Venezuela. Período 1968-1970.

## Bibliografía general

- AAVV (1978). La información en el nuevo orden internacional. Recomendaciones para la acción. En *Comunicación*, n° 18, pp. 86-95.
- AAVV (1981). *Políticas Nacionales de Comunicación*. Editorial Época: Quito.
- AAVV (1987). *Materiales para la historia de la Escuela de Comunicación Social*. Caracas: UCV.
- AAVV (1998). *Asociación Latinoamericana de Investigadores de la Comunicación, 1978-1998. Contribuciones para una memoria institucional*. La Paz: CIBEC.
- Acosta Bello, Arnaldo (1964). La cultura de masas es dirigida en Venezuela por una oligarquía de la información. Antonio Pasquali entrevistado por Arnaldo Acosta Bello. En *Qué pasa en Venezuela*, n° 10, 11 de abril.
- Aguirre, Jesús María & Bisbal, Marcelino (1980). *El Nuevo Cine Venezolano*. Venezuela: Editorial Ateneo de Caracas.
- Aguirre, Jesús María & Bisbal, Marcelino (1981). *La ideología como mensaje y masaje*. Venezuela: Monte Ávila.
- Aguirre, Jesús María (1976a). Tendencias de los estudios latinoamericanos en el análisis de los medios masivos. En *Comunicación*, n° 7, pp. 49-61.
- Aguirre, Jesús María (1976b). McLuhan y el McLuhanismo. En *Comunicación*, n° 8, pp. 64-76.
- Aguirre, Jesús María (1977). El futuro de la radiotelevisión venezolana, 1985. En *SIC*, n° 400, pp. 488-492.
- Aguirre, Jesús María (1978). Proyecto Ratelve. En *Comunicación*, n° 17, pp. 69-83.
- Aguirre, Jesús María (1996). *De la práctica periodística a la investigación comunicacional*. Caracas: Universidad Católica Andrés Bello.
- Aguirre, Jesús María (1998). *La estructuración de la identidad profesional del comunicador social en Venezuela*. Venezuela: UCAB.
- Aguirre, Jesús María (1999). *Anagnórisis de una ciencia bastarda*. São Paulo, Brasil. En <http://www.oocities.org/rpallais/anagnorisis.htm>.
- Aguirre, Jesús María (2005). Democratizar la comunicación: el caso Venezuela. Aprendiendo de la adversidad. En *Anuario ININCO*, n° 17, vol. 1.

- Aguirre, Jesús María (2012). Estilos de la crítica cinematográfica: el cine para leer y su crisis. En *Comunicación*, n° 157, 77-80.
- Aguirre, Jesús María (2014). Vigencia de la obra de Antonio Pasquali. En Bisbal, M. & Cañizález, A. (Eds.). *Travesía intelectual de Antonio Pasquali. A propósito de los 50 años de Comunicación y cultura de masas*. Venezuela: UCAB.
- Aguirre, Jesús María y Hernández Díaz, Gustavo (2018). *Diccionario: investigadores venezolanos de la comunicación*. Caracas: ABediciones-UCAB.
- Albornoz, Orlando (1962). Wright Mills, sociólogo militante. En *Crítica Contemporánea*, n° 8, p. 1.
- Albornoz, Orlando (1972). *La sociología en Venezuela*. Caracas: Editorial Tropikos.
- Alcalá Sucre, María (2019). Antonio Pasquali – Un intellectuel nomade. En Granjon, F., Guyot, J. y Magis, C. (directores), *Matérialismes, culture & communication*. París: Presses des Mines.
- Altamirano, Carlos & Sarlo, Beatriz ([1982] 2001). *Literatura/Sociedad*. Argentina: Edicial.
- Altamirano, Carlos ([2001] 2011). *Peronismo y cultura de izquierda*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Altamirano, Carlos (1999). Ideas para un programa de Historia Intelectual. En *Prismas*, n° 3, pp. 203-208.
- Altamirano, Carlos (2005). *Para un programa de historia intelectual y otros ensayos*. Argentina. Siglo XXI.
- Altamirano, Carlos (Editor) (2010). *Historia de los intelectuales en América Latina. II. Los avatares de la “ciudad letrada” en el siglo XX*. Buenos Aires: Katz Editores.
- Althusser, Louis ([1965] 1999). *La revolución teórica de Marx*. Ciudad de México: Siglo XXI.
- Althusser, Louis ([1970] 2003). *Ideología y aparatos ideológicos de estado*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Althusser, Louis y Balibar, Étienne ([1967] 2004). *Para leer el capital*. Ciudad de México: Siglo XXI.
- Álvarez, A. & Rivera, M. (2011). Momentos iniciales: el Instituto de Arte. En Kizer, Gabriela (compiladora), *Retrospectiva de la escuela de artes UCV, 1978-2008*. Caracas: Universidad Central de Venezuela.

- Álvarez, O. (1998). La educación en Venezuela entre 1946 y 1996: de lo dicho a lo hecho. En AAVV, *Las humanidades y los desafíos de la cultura*. Venezuela: UCV.
- Anderson, Perry ([1976] 2012). *Consideraciones sobre el marxismo occidental*. Madrid: Siglo XXI.
- Anderson, Perry ([1984] 1993). Modernidad y revolución. En Casullo Nicolas (compilador), *El debate modernidad-posmodernidad*. Buenos Aires: El cielo por Asalto.
- Antillano, Sergio (1967). Prefacio. En Pasquali, Antonio, *El aparato singular: análisis de un día de TV en Caracas*. Caracas: UCV.
- Aragão, Iury Parente (2017). *Elos teórico-metodológicos da folkcomunicação: retorno às origens (1959-1967)* (Tesis doctoral). São Bernardo do Campo: Escola de Comunicação, Educação e Humanidades-Universidade Metodista de São Paulo.
- Argumedo, Alcira ([1992] 2009). *Los silencios y las voces en América Latina*. Buenos Aires: Colihue.
- Argumedo, Alcira (1984). *Los laberintos de la crisis. América Latina: poder transnacional y comunicaciones*. Argentina: ILET-Folios Ediciones.
- Aricó, José María ([1985] 2018). Prólogo a *Hegemonía y alternativas políticas en América Latina*, Labastida Martín del Campo, J. (coord.). En Aricó, J. *Dilemas del marxismo en América Latina*. Antología esencial. Edición, selección y prólogo de Martín Córtes. Buenos Aires: CLACSO-Fundación Rosa Luxemburgo.
- Aricó, José María ([1988] 2005). *La cola del diablo. Itinerario de Gramsci en América Latina*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Arroyo Gonçalves, C. (2005). Escuela latinoamericana de comunicación y el pensamiento crítico de Antonio Pasquali. En *ALAIC*, n° 2, vol. 2, pp. 22-30.
- Astorga, Omar (2010). Una mirada a la filosofía y sus nexos con el pensar venezolano. En *Araucaria*, n°12, vol. 23, pp. 3-28.
- Ayala Gonzáles, Dora (2013). Retos y protagonistas de la reconstitución de ALAIC (1989-1992). En Torrico, E. y Pintos, E. (coordinadores), *Problemas teóricos y factores estratégicos de la investigación comunicacional*. La Paz: ABOIC/UASB.

- Badenes, Daniel (2019). “Ya no alcanza con las matrices ligadas al pensamiento occidental” (entrevista a Fernando Reyes Matta). En *ALAIC*, vol. 15, n° 29, pp. 252-259.
- Becerra, Martín y Mastrini, Guillermo (2017). *La concentración infocomunicacional en América Latina. Nuevos medios y tecnologías, y menos actores*. Bernal: UNQUI/OBSERVACOM.
- Beigel, Fernanda (2003a). *El itinerario y la brújula: el vanguardismo estético-político de José Carlos Mariátegui*. Buenos Aires: Biblos.
- Beigel, Fernanda (2003b). Las revistas culturales como documentos de la historia latinoamericana. En *Utopía y Praxis Latinoamericana*, n° 8, vol. 20, pp. 105-155.
- Beltrán, Luis Ramiro (1974). *Las Políticas Nacionales de la Comunicación en América Latina*. UNESCO: París.
- Beltrán, Luis Ramiro (1976). Políticas nacionales de comunicación en América Latina: los primeros pasos. En *Nueva Sociedad*, n° 25, pp. 4-34.
- Beltrán, Luis Ramiro (1982). “No renunciemos jamás a la utopía” (entrevista exclusiva de Patricia Anzola). En *Chasqui*, II Época, n° 3, pp. 6-13.
- Beltrán, Luis Ramiro (2004). ALAIC: el albergue de la inquietud (entrevista). En *ALAIC*, n° 1.
- Beltrán, Luis Ramiro (2006). *El pensamiento latinoamericano sobre la comunicación democrática: recuento de su insurgencia*. La Paz: mimeo.
- Beltrán, Luis Ramiro y Fox, Elizabeth (1982). *Comunicação dominada. Os Estados Unidos e os meios de comunicação da América Latina*. São Paulo: Paz e Terra.
- Bernetti, Jorge Luis y Giardinelli, Mempo ([1998] 2014). *México: el exilio que hemos vivido*. Octubre: Buenos Aires.
- Bisbal, Marcelino (1976). Panorama sobre la investigación en comunicación en América Latina. En *Comunicación*, n° 7, pp. 62-76.
- Bisbal, Marcelino (editor) (2013). *Saldo en rojo. Comunicaciones y cultura en la era bolivariana*. Venezuela: Ediciones de la UCAB.
- Bisbal, Marcelino y Aguirre, Jesús María (2015). *Encrucijadas de la comunicación en Venezuela*. Caracas: Bid & Co/Fundación Centro Gumilla.
- Blanco Muñoz, Agustín (1981). *La conspiración cívico-militar: Guairazo, Barcelonazo, Carupanazo y Porteñazo*. Caracas: EBUC.

- Blanco, Alejandro (2006). *Razón y modernidad: Gino Germani y la sociología en la Argentina*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Blanco, Alejandro (2007). Ciências sociais no Cone Sul e a gênese de uma elite intelectual (1940-1965). En *Tempo Social*, n° 19, vol. 1, pp. 89-114.
- Blanco, Alejandro & Jackson, Luiz (2015). *Sociología en el espejo. Ensayistas, científicos sociales y críticos literarios en Brasil y en la Argentina (1930-1970)*. Bernal: Universidad de Quilmes.
- Bolaño, C., Crovi Druetta, D. y Cimadevilla, G. (2015). *La contribución de América Latina al campo de la comunicación*. Buenos Aires: Prometeo
- Bourdieu, Pierre ([1966] 2002). Campo intelectual y proyecto creador. En Bourdieu, P. *Campo de poder, campo intelectual. Itinerario de un concepto*. Argentina: Montessor.
- Bourdieu, Pierre ([1971] 2011). Campo del poder, campo intelectual y habitus de clase. En Bourdieu, P., *Intelectuales, política y poder*. Buenos Aires: Eudeba.
- Bourdieu, Pierre ([1979] 2012). *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*. Argentina: Taurus.
- Bourdieu, Pierre ([1987] 1996). *Cosas dichas*. México: Gedisa.
- Bourdieu, Pierre ([1990] 2011). Las condiciones sociales de la circulación de las ideas. En Bourdieu, P. *Intelectuales, política y poder*. Buenos Aires: Eudeba.
- Bourdieu, Pierre ([1999] 2011). El campo científico. En Bourdieu, P. *Intelectuales, política y poder*. Buenos Aires: Eudeba.
- Bourdieu, Pierre (1977). *La ilusión biográfica. Razones prácticas*. España: Anagrama.
- Bruno, Paula (directora) (2014). *Sociabilidades y vida cultural. Buenos Aires, 1860-1930*. Bernal: Universidad de Quilmes.
- Buci-Glucksmann, Christine ([1975] 1978). Gramsci y el Estado. Hacia una teoría materialista de la filosofía. España: Siglo Veintiuno.
- Caballero, Manuel (1959). Respuesta a una conciencia inquieta. En *Tabla Redonda*, n° 3, pp. 5-7.
- Caballero, Manuel (1999). *Las crisis de la Venezuela contemporánea*. Caracas: Monte Ávila.
- Caletti, Rubén Sergio (1985). El nuevo orden informativo: un fantasma del viejo pasado. En *Comunicación y Cultura*, n° 13, pp. 117-124.

- Calzadilla, J., Ortega Oropeza, I. y González, D. (editores), *El Techo de la Ballena, 1961-1969*, Antología. Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana.
- Calzadilla, Juan (2008). Los años turbulentos. En Calzadilla, J., Ortega Oropeza, I. y González, D. (editores), *El Techo de la Ballena, 1961-1969*, Antología. Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana.
- Camargo, Silvio (2006). Axel Honneth e o legado da Teoria Crítica. En *Política e Trabalho*, n° 24, pp. 123-138.
- Camargo, Silvio (2012). Itinerários da teoria crítica na sociologia brasileira. En Silva, J. P. (org.), *Sociologia crítica no Brasil*. São Paulo: Annablume.
- Camargo, Silvio (2014). Os primeiros anos da “Escola de Frankfurt” no Brasil. En *Lua Nova*, n° 91, pp. 105-133.
- Canavese, Mariana (2015). *Los usos de Foucault en la Argentina*. Buenos Aires: siglo veintiuno.
- Cañizález, Andrés (2006) Veinticinco años del Informe Mac Bride. Releyendo el gran inventario de la comunicación. En *Temas de Comunicación*, n° 13, pp. 15-26.
- Cañizález, Andrés (2014). El modelo de comunicación de Antonio Pasquali. En Bisbal, M. & Cañizález, A. (editores), *Travesía intelectual de Antonio Pasquali. A propósito de los 50 años de Comunicación y cultura de masas*. Venezuela: UCAB.
- Cañizález, Andrés (2018). Yo no creía que ALAIC iba a durar por mucho tiempo (entrevista a Aníbal Gómez). En Crovi Druetta, Delia y Cimadevilla, Gustavo (organizadores), *Del mimeógrafo a las redes digitales. Narrativas, testimonios y análisis del campo comunicacional en el 40 aniversario de ALAIC*, pp. 101-108. Ciudad de México: Ediciones La Biblioteca.
- Capriles, Oswaldo (1968). Mérida: realidad, forma y comunicación. En *Cine al día*, n° 6, pp. 4-9.
- Capriles, Oswaldo (1974). Prólogo. En Mattelart, Armand, *El imperialismo en busca de la contrarrevolución cultural*. Venezuela: UCV.
- Capriles, Oswaldo (1976). *El Estado y los medios de comunicación en Venezuela*. Caracas: UCV/ININCO.
- Capriles, Oswaldo (1979). *Elementos para un análisis crítico del Nuevo Orden Internacional de la Información o de la Comunicación* (Trabajo de ascenso) Caracas: UCV.

- Capriles, Oswaldo (1980). *De las Políticas Nacionales de la Comunicación al Nuevo Orden Internacional de la Información: algunas lecciones para la investigación*. Ponencia para la Conferencia Científica AIERI-IAMCR. Caracas: UCV.
- Capriles, Oswaldo (1996). *Poder político y comunicación*. Caracas: UCV.
- Carrillo, Carmen (2007). Grupos artístico-literarios en la Venezuela de los años sesenta. En *Latinoamérica*, n° 44, pp. 59-81.
- Carrillo, Carmen (2013). *De la belleza y el furor. Propuestas poéticas renovadoras en la década de los sesenta en Venezuela*. Mérida: Ediciones El otro el mismo.
- Casetti, Franco ([1994] 2005). *Teorías del cine*. Madrid: Cátedra.
- Castillo, Ocarina (2011). *La dictadura militar desarrollista en Venezuela 1948-1958*. Algunos temas claves. Mimeo.
- Castro, Gregorio (1998). *Sociólogos y sociología en Venezuela*. Caracas: UNESCO/FACES.
- Casullo, Nicolás (1984). 1980: la UNESCO discute el informe MacBride. En *Comunicación y Cultura*, n° 11, pp. 132-138.
- Cevasco, María Elisa (2003). *Para leer a Raymond Williams*. Bernal: Universidad de Quilmes.
- Chacón, Alfredo (1971). *La izquierda cultural venezolana, 1958-1968*. Caracas: Editora San José.
- Chacón, Alfredo ([1991] 2004). ¿Cuál década violenta? En Chacón, A., Se solicita pensamiento para esta realidad II. Caracas: Oscar Todtmann Editores.
- Chacon, Vamireh (1994). A recepção da Escola de Frankfurt no Brasil. En *Revista Brasileira de Filosofia*, vol. XLI, n° 176, pp. 453-457.
- Chartier, Roger ([1992a] 2005). *El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural*. España: Gedisa.
- Chartier, Roger ([1992b] 2005). *El orden de los libros*. Gedisa: Barcelona.
- Chartier, Roger (1994). *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna*. Madrid: Alianza Universidad.
- Chevallier, S. & Chauviré, C. (2011). *Diccionario Bourdieu*. Argentina: Nueva Visión.

- Ciappina, Carlos (2015). *Facultad de Periodismo y Comunicación Social: una historia de formación y política, 1934-1998* (Tesis de doctorado). La Plata: Facultad de Periodismo y Comunicación Social.
- Cisneros, J. (2002). El concepto de la comunicación: El cristal con el que se mira. En *Ámbitos. Revista Internacional de Comunicación*, n° 5, pp. 49-82.
- Colmenares, María Gabriela (1993). *Contextualización de Cine al Día (1967-1983) y sus planteamientos en torno al cine venezolano y latinoamericano* (Tesis de grado). Caracas: UCV.
- Colmenares, María Gabriela (2014). La incorporación del cine a las políticas culturales del Estado (Venezuela, 1958-1982). En *Anuario ININCO*, n° 1, vol. 26, pp. 259-277.
- Colomina, M. (1968). *El huésped alienante*. Maracaibo: Universidad del Zulia.
- Cooper-Richet, Diana (2008). “Armand Mattelart, une grande figure de passeur entre les cultures. Contribution à l’étude de la circulation internationale des connaissances: l’exemple des Cultural Studies”. Ponencia presentada en el Congreso “Ciencias, tecnologías y culturas. Diálogo entre las disciplinas del conocimiento. Mirando al futuro de América Latina y el Caribe”, Universidad de Santiago de Chile.
- Corbin, Alain (1999). Del lemosín a las culturas sensibles. En Rioux, J.P & Sirinelli, J. F. (coordinadores), *Para una historia cultural*. México: Taurus.
- Córdova, Gonzalo (1972). La investigación de la comunicación. *Chasqui*, n° 1, pp. 23-30.
- Coronil, Fernando (2000). Del eurocentrismo al globocentrismo. La naturaleza del Poscolonialismo. En Lander, Edgardo (editor), *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. Caracas: Ediciones FACES/UCV.
- Corral Jurado, Javier (2013). Antonio Pasquali: la visión política del compromiso político. En *Derecho a comunicar*, n° 6, pp. 115-123.
- Coutinho, Carlos (1986). A Escola de Frankfurt e a cultura brasileira. En *Revista Presença*, n° 7, pp. 100-112.
- Coviella, Esther (2015). Marco histórico. En Coviella, E. y Dávila, N. (editores), *Desde el Fondo. El Techo de la Ballena, 1961-1967*. Caracas: Ensayo Contemporáneo.

- Crovi Druetta, Delia (2008). Elementos para hilvanar nuestra propia historia. En *ALAIIC*, n° 8-9, pp. 88-99.
- Cuenca Herrera, Gloria (1998). *La enseñanza de la Comunicación y el Periodismo en Venezuela*. Caracas: UCV/Consejo de Desarrollo Científico y Humanístico.
- de Diego, José Luis ([2001] 2014). *¿Quién de nosotros escribirá el Facundo? Intelectuales y escritores en Argentina (1970-1986)*. La Plata: Ediciones Al Margen.
- Delgado Flores, Carlos (2014). Al inicio de una ruta. Antonio Pasquali y la antropología de la comunicación. En Bisbal, M. & Cañizález, A. (Eds.). *Travesía intelectual de Antonio Pasquali*.
- Di Prisco, Rafael (conferencia) (2012). Medio siglo de libros. Porlamar: mimeo.
- Díaz Larrañaga, Nancy (entrevista) (2015). *Los estudios de comunicación en Argentina. Consensos y disensos*. La Plata: Facultad de Periodismo y Comunicación Social.
- Díaz Rangel, Eleazar (1967). *Pueblos sub-informados*. Caracas: UCV.
- Díaz Rangel, Eleazar (coordinador) (1988). *40 años de Comunicación Social en Venezuela, 1946-1986*. Venezuela: Escuela de Comunicación Social/UCV.
- Díaz, Gustavo (2009). Carta a Antonio Pasquali. En Torres, F. & De los Reyes, D, *Rompecabezas de una obra: Antonio Pasquali y su utopía comunicacional*. Caracas: UCAB.
- Diviani, Ricardo (2019). *Semiólogos, críticos y populistas. La investigación sobre la comunicación, cultura y lenguaje en la Argentina de los años 60 y 70 del siglo XX*. Rosario: UNR Editora.
- Dosse, Françoise ([2003] 2006). *La marcha de las ideas. Historia de los intelectuales, historia intelectual*. España: Universitat de València.
- Duarte, Rodrigo (2009). Sobre la recepción de la teoría crítica en Brasil: el caso Merquior. En *Constelaciones – Revista de Teoría Crítica*, n° 1, pp. 36-50.
- Dumazedier, Joffre (1956). *Televisión y educación popular. Los teleclubs en Francia*. París: UNESCO.
- Duno, Pedro y Rangel, Domingo (1979). *La pipa rota*. Vadell hermanos: Valencia.
- Eagleton, Terry ([1976] 2013). *Marxismo y crítica literaria*. Argentina: Paidós.
- Entel, Alicia; Lenarduzzi, Víctor & Gerzovich, Diego ([1999] 2005). *Escuela de Frankfurt. Razón, arte y libertad*. Buenos Aires: Eudeba.

- Escobar, A. (2007). *La invención del Tercer Mundo. Construcción y deconstrucción del desarrollo*. Caracas: El perro y la rana.
- Esteinou Madrid, Javier (2004). El rescate del Informe Mc Bride y la construcción de un nuevo orden mundial de la información. En *Razón y Palabra*, n° 39.
- Esteinou Madrid, Javier (2014). El impulso de Antonio Pasquali al desarrollo de las Ciencias de la Comunicación en América Latina. En Bisbal, M. & Cañizález, A. (eds.). *Travesía intelectual de Antonio Pasquali. A propósito de los 50 años de Comunicación y cultura de masas*. Venezuela: UCAB.
- Exeni, José Luis (1998). *Políticas de comunicación: andares y señales para no renunciar a la utopía*. La Paz: Plural Editores.
- Faro, José (1992). *A universidade fora de si: a Intercom e a organização dos estudos de comunicação no Brasil*. São Paulo: Intercom.
- Fox, Elizabeth ([1988] 1990). *Días de baile: el fracaso de la reforma en la televisión en América Latina*. Ciudad de México: FELAFACS-WAICC.
- Fox, Elizabeth (ed.) (1988). *Medios de comunicación y Política en América Latina: la lucha por la democracia*. Ciudad de México: Gustavo Gili.
- Fuentes Navarro, Raúl (1991). *Un campo cargado de futuro. El estudio de la comunicación en América Latina*. Guadalajara: ITESO.
- Fuentes Navarro, Raúl (1995). La institucionalización académica de las ciencias de la comunicación: campos, disciplinas, profesiones. En Galindo, J. y Luna, C. (coordinadores), *Campo académico de la Comunicación: hacia una reconstrucción reflexiva*. Ciudad de México: ITESO.
- Fuentes Navarro, Raúl (coordinador) (2006). *Instituciones y redes académicas para el estudio de la Comunicación en América Latina*. Guadalajara: ITESO.
- Gago, Paula (2012). *Controversia, una lengua del exilio*. Buenos Aires: Biblioteca Nacional.
- García Prince, Evangelina (1972). La Comunicación: Historia y Desarrollo. En *Órbita*, n° 1, pp. 5-12.
- García Prince, Evangelina (1974). Editorial. En *Órbita*, n° 9, pp. 3-7.
- García Prince, Evangelina (1975). Editorial. En *Órbita*, n° 10, pp. 3-7.
- Gargurevich, Juan (1987). *Prensa, radio y TV. Historia crítica*. Perú: Ital.
- Geertz, Clifford ([1973] 2006). *La interpretación de las culturas*. México: Gedisa.
- Giddens, Anthony ([1984] 2006). *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*. Buenos Aires: Amorrortu.

- Gifreu, Josep (1986). *El debate internacional de la comunicación*. Pamplona: Ariel.
- Gobbi, Maria Cristina (2006). Aportes pioneros: um breve resgate da Comunicação na América Latina. En *ALAIC*, n° 4.
- Gobbi, Maria Cristina (2008). *A batalha pela hegemonia comunicacional na América Latina. 30 anos da ALAIC*. São Paulo: Universidade Metodista de São Paulo.
- Goicochea, Pedro (editor) (1991). *América Latina: las comunicaciones de cara al 2000*. Perú: IPAL.
- Gómez, Luis Aníbal (1965). *Apuntes de introducción a la comunicación colectiva*. Caracas: UCV.
- Gonzaga Motta, Luiz (1982). Costa Rica: seis años después. En *Chasqui*, II Época, n° 3, pp. 14-19.
- Gramsci, Antonio ([1949] 2012). *Los intelectuales y la organización de la cultura*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Graziano, Margarita (1980). Para una definición alternativa de la comunicación. En *ININCO*, n° 1, pp. 71-74.
- Gumucio, Alfonso y Tufte, Thomas (compiladores) (2008). *Antología de Comunicación para el Cambio Social. Lecturas históricas y contemporáneas*. La Paz: Plural Ediciones.
- Gutiérrez, Alicia ([1999] 2011). La tarea y el compromiso del investigador social. Notas sobre Pierre Bourdieu. En Bourdieu, P., *Intelectuales, política y poder* (pp. 7-19). Buenos Aires: Eudeba.
- Guzmán de Silva, Beatriz (compiladora) (2014). *Para recordar a Ludovico Silva*. Venezuela: El perro y la rana.
- Hamelink, Cees ([1980] 1981). Nuevas estructuras de la comunicación internacional (selección). En *Comunicación*, n° 30-31, pp. 35-40.
- Heidegger, Martin ([1927] 2007). *El ser y el tiempo*. Buenos Aires: FCE.
- Hernández, León (2019). *Pasquali. El último libro, la última entrevista y el último banquete*. Caracas, ABediciones
- Hernández, Ramón (1977). *Ya no se puede hablar de Renovación* (Tesis de grado). Caracas: UCV.
- Hobsbawm, Eric ([1994] 2006). *Historia del siglo XX*. Buenos Aires: Crítica.

- Hohlfeldt, A. (2010). Teorías da comunicação: A recepção brasileira das correntes do pensamento hegemónico. En Ferreira, J. et al (organizadores), Teorías da Comunicação. Trajetórias Investigativas. Porto Alegre: EDIPURCS.
- Horkheimer, Max & Adorno, Theodor ([1944] 2009). *Dialéctica de la ilustración. Fragmentos filosóficos*. Madrid: Editorial Trotta.
- Huizi Castillo, Isabel (2014). Cultura, artes, modernidad y democracia en el siglo xx venezolano: algunas reflexiones. En Bracamonte, L. (coordinador), *El siglo XX venezolano: análisis y proyección histórica de una centuria*. Caracas: CELARG.
- Jameson, Fredric ([1971] 2016). *Marxismo y forma*. España: Akal.
- Jay, Martin (1974). *La imaginación dialéctica*. Madrid: Taurus.
- Karam Cárdenas, Tanius (2014). Para seguir celebrando: constantes y variantes en el pensamiento de Antonio Pasquali. En Bisbal, M. & Cañizález, A. (Eds.). *Travesía intelectual de Antonio Pasquali. A propósito de los 50 años de Comunicación y cultura de masas*. Venezuela: UCAB.
- Koselleck, Reinhart (1993). *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*. Barcelona: Paidós.
- Lahire, Bernard (2005). De la teoría del habitus a una sociología psicológica. En Lahire, Bernard (director), *El trabajo sociológico de Pierre Bourdieu*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Lechner, Norbert (1988). *Los patios interiores de la democracia. Subjetividad y política*. Santiago de Chile: FLACSO.
- Lechner, Norbert (2002). *Las sombras del mañana. La dimensión subjetiva de la política*. Santiago de Chile: LOM.
- León Duarte, Gustavo (2006). *Sobre la institucionalización del campo académico de la Comunicación en América Latina* (Tesis doctoral). Barcelona: Universidad Autónoma de Barcelona.
- León Duarte, Gustavo (2012). Historia y Comunicación en América Latina: el papel de Ciespal en el proceso de institucionalización de los estudios de la Comunicación en América. En *MHJC*, nº 3, vol. 12, pp. 217-261.
- León, Terry (1981). *McLuhan en Venezuela*. Caracas: Ediciones Amón.
- Linarez, Pedro (2006). *Lucha armada en Venezuela*. Caracas: Universidad Bolivariana de Venezuela.

- Liscano, Juan ([1976] 1979). Líneas de desarrollo de la cultura venezolana en los últimos cincuenta años. AAVV, *Venezuela moderna. Medio siglo de historia, 1926-1976* (pp. 865-966). España: Ariel.
- López Portillo, Felicitas (1986). *El perezjimenismo: génesis de las dictaduras desarrollistas*. México: Universidad Autónoma de México.
- López-Escobar, Esteban (1978). *Análisis del Nuevo Orden Internacional de la Información*. Pamplona: Ediciones Universidad de Navarra.
- Maar, Wolfgang (2005). Notas sobre la Teoría Crítica en Brasil. En *Revista Internacional de Filosofía Política*, n° 26, pp. 45-51.
- Maíz, Claudio y Fernández Bravo, Álvaro (editores) (2009). *Episodios en la formación de redes culturales en América Latina*. Buenos Aires: Prometeo.
- Mangone, Carlos (2007). Dimensión polémica y desplazamientos críticos en la teoría comunicacional y cultural. En *Cuadernos Críticos de Comunicación y Cultura*, n° 2, Buenos Aires.
- Mannheim, Karl ([1929] 1966). *Ideología y utopía. Introducción a la sociología del conocimiento*. Madrid: Aguilar.
- Marchesi, Aldo (2019). *Hacer la revolución. Guerrillas latinoamericanas, de los años sesenta a la caída del Muro*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Marcuse, Herbert ([1953] 1969). *El marxismo soviético*. Madrid: Alianza.
- Marcuse, Herbert ([1958] 1969). *Eros y civilización. Una investigación filosófica acerca de Freud*. Barcelona: Ariel.
- Marcuse, Herbert ([1964] 1973). *El hombre unidimensional. Ensayo sobre la ideología de la sociedad industrial avanzada*. Distrito Federal: Joaquín Mortiz.
- Marina Rojas, Ligia ([1976] 1981). El profeta electrónico. En León, Terry (comp.), *McLuhan en Venezuela*, pp. 34-39.
- Marques de Melo, J. y Gobbi, M. C. (organizadores) (2004). *Pensamento Comunicacional Latino-Americano. Da pesquisa denúncia ao pragmatismo utópico*. São Paulo: UMESP.
- Marques de Melo, José (1973). Prefácio. En Pasquali, Antonio, *Sociologia e Comunicação*. Petrópolis: Editora Vozes.
- Marques de Melo, José (1998a). *ALAIC: passado, presente e futuro*. En Programa del IV Congreso Latinoamericano de Ciencias de la Comunicación. Recife: mimeo.

- Marques de Melo, José (1998b). *Teoria da comunicação: paradigmas latino-americanos*. Petrópolis: Vozes.
- Marques de Melo, José (2003). *História do pensamento comunicacional*. São Paulo: Paulus.
- Marques de Melo, José (2004). Los tiempos heroicos: la formación de la comunidad latinoamericana de Ciencias de la Comunicación. En *ALAIC*, nº 1.
- Marques de Melo, José (2008). *História das ciências da comunicação*. Rio de Janeiro: Mauad.
- Marques de Melo, José (2009). *Pensamiento comunicacional latinoamericano. Entre el saber y el poder*. Sevilla: Comunicación Social.
- Márquez Rodríguez, Alexis (1996). La revista Zona Franca, 1964-1984. En *Cahiers du Criccal*, nº 15-16, pp. 237-245
- Martín-Barbero, Jesús ([1980] 1983). Retos a la investigación de la comunicación en América Latina. En *Comunicación y Cultura*, nº 9, pp. 99-114.
- Martínez Terrero, José (1979). Investigación para la toma de decisiones en políticas de comunicación. En *Comunicación*, nº 22, pp. 114-126.
- Martínez, Jesús (1970). Para entender los medios: medios de comunicación y relaciones sociales. En *Cuadernos de la Realidad Nacional*, nº 5, pp. 161-187.
- Martínez, R. (2016). Antonio Pasquali. Hacia una nueva comprensión comunicativa. En *ALAIC*, nº 23, vol. 12, pp. 52-61.
- Mastrini, Guillermo y De Charras, Diego (2005). 20 años no es nada: del NOMIC a la CMSI. En *Anuario ININCO*, nº 17, vol. 2.
- Mata, María Cristina (1981). Investigar lo alternativo. En *Chasqui*, II Época, nº 1, pp. 72-75.
- Mattelart, Armand ([1972] 1975). *Agresión desde el espacio. Cultura y napalm en la era de los satélites*. Argentina: Siglo XXI.
- Mayobre, José y Elías, Rosario (Comps.) (1987). *Comunicación y desarrollo*. Perú: IPAL.
- Meneses Salazar, J. (1958). Valoración del hombre. En *Sardio*, nº 1, pp. 45-53.
- Mestman, M. (2016). Las rupturas del 68 en el cine de América Latina. Contracultura, experimentación y política. En Mestman, M. (coordinador), *Las rupturas del 68 en el cine de América Latina* (pp. 7-61). Argentina: Akal.
- Moragas Spá, Miquel (2011). *Interpretar la comunicación*. España: Gedisa.

- Morán Beltrán, Lino y León del Río, Yohanka (2008). Reflexiones en torno al pensamiento marxista de Ludovico Silva. En *Revista de Filosofía*, vol. 26, n° 58, pp. 105-125.
- Moreno Bravo, Eva (2008). Estudio introductorio. En Archivo General de la Nación (dirección), *Documentos del Movimiento Revolucionario Venezolano, 1960-1979*. Caracas: Fundación Imprenta de la Cultura.
- Moreno, Amado (2008). Historia sociopolítica de la universidad y autonomía en Venezuela: rostros y máscaras. En *Educere*, n° 12, vol. 41, pp. 351-377.
- Mosco, Vincent (2009). *The Political Economy of Communication*. Estados Unidos: Age Publications Inc.
- Mujica, Héctor ([1967] 2010). *El imperio de la noticia*. Venezuela: AVN.
- Mujica, Héctor (1973). *Apuntes para una sociología venezolana de la comunicación*. UCV: Caracas
- Mujica, Héctor (1980). Políticas de comunicación y planificación (Lección inaugural de la “Maestría en Políticas de Comunicación”). En *Comunicación*, n° 28-29, pp. 48-57.
- Murciano, Marcial (1981). El Informe MacBride: la búsqueda imposible del consenso entre norte/sur y este/oeste. En *Anàlisi*, n° 3, pp. 109-119.
- Musse, Ricardo y Klein, Stefan (2018). Um olhar sobre a teoria crítica no Brasil: entrevista com Gabriel Cohn. En *Tempo Social*, vol. 30, n° 3, pp. 289-300.
- Negrón, José (2005). *Saber y poder. El proceso de renovación académica en la Escuela de Sociología y Antropología de la UCV (1967-1970)* (Tesis de grado). Caracas: UCV.
- Neiburg, Federico & Plotkin, Mariano (compiladores) (2004). *Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en la Argentina*. Buenos Aires: Paidós.
- Núñez Tenorio, José ([1968] 2009). Necesidad de una universidad nueva en Venezuela. En Núñez Tenorio, J., *Renovar la renovación. Hacia la constituyente universitaria* (pp. 236-289). Venezuela: El perro y la rana.
- Núñez Tenorio, José (2009). *Renovar la renovación. Hacia la constituyente universitaria*. Venezuela: El perro y la rana.
- Olmedo, Silvia (2011). Comprender la comunicación, de Antonio Pasquali. En *Razón y Palabra*, n° 75, pp. 1-31.

- Ortega, María Luisa (2016). Mérida 68. Las disyuntivas del documental. En Mestman, Mariano (coordinador), *Las rupturas del 68 en el cine de América Latina*. Argentina: Akal.
- Ortiz, Renato (1988). *A moderna tradição brasileira. Cultura Brasileira e Indústria Cultural*. São Paulo: editora brasiliense.
- Ossott, María Eugenia (2010). *35 años del ININCO: su historia, vigencia y proyección. Una perspectiva de la institución desde la óptica de sus directores* (Tesis de maestría). Venezuela: Facultad de Humanidades y Educación, Universidad Central de Venezuela.
- Palti, José (1998). *Giro lingüístico e historia intelectual*. Bernal: Universidad de Quilmes.
- Parker, Edwin ([1977] 1984). *Información es poder*. Caracas: ININCO/UCV.
- Petkoff, Teodoro (1969). *Checoslovaquia: el socialismo como problema*. Caracas: Editorial Domingo Fuentes.
- Petra, Adriana (2017). *Intelectuales y cultura comunista. Itinerarios, problemas y debates en la Argentina de posguerra*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Pineda de Alcázar, Migdalia (2010). Antonio Pasquali: la vigencia de su pensamiento cuarenta años después. En *Chasqui*, n° 109, pp. 18-20.
- Pineda de Alcázar, Migdalia (2014). Antonio Pasquali: la vigencia de su pensamiento cuarenta años después. En Bisbal, M. & Cañizález, A. (Eds.). *Travesía intelectual de Antonio Pasquali. A propósito de los 50 años de Comunicación y cultura de masas*. Venezuela: UCAB.
- Plotkin, Mariano y Zimmermann, Eduardo (Comps.) (2012). *Los saberes del Estado*. Edhasa: Buenos Aires.
- Portelli, Hugues ([1972] 2003). *Gramsci y el bloque histórico*. México: Siglo XXI.
- Pressler, Gunter (2006). *Benjamin, Brasil: a recepção de Walter Benjamin, de 1960 a 2005. Um estudo sobre a formação da intelectualidade brasileira*. São Paulo: Annablume.
- Prochasson, C. (1999). El caso en todos sus estados. En Rioux, J.P & Sirinelli, J. F (Coords.) *Para una historia cultural*. México: Taurus.
- Quirós, Fernando (2013). El debate sobre la información, la comunicación y el desarrollo en la UNESCO durante el siglo XX. En *Commons*, pp. 7-38.

- Quirós, Fernando y Sierra Caballero, Francisco (editores) (2016). *El espíritu MacBride. Neocolonialismo, Comunicación-Mundo y alternativas democráticas*. Quito: Ediciones CIESPAL.
- Rama, Ángel (1976). *Salvador Garmendia y la narrativa informalista*. Caracas: UCV.
- Rama, Ángel (editor) (1987). *Antología del Techo de la Ballena*. Caracas: Fundarte.
- Ramírez, Rafael (1981). *La intelectualidad impotente. Crítica de la obra de Ludovico Silva*. Caracas: UCV.
- Ramos, Ioannis (2014). *La última claridad. El pensamiento literario de Guillermo Sucre* (Tesis doctoral). España: Universidad de Salamanca.
- Rebolledo, Carlos (1967). La muestra de Mérida y los problemas del cine latinoamericano (entrevista). En *Cine al día*, 4, 15-17.
- Rey, José Ignacio ([1976] 1981). El mensaje de McLuhan. En León, Terry (comp.), *McLuhan en Venezuela*, pp. 25-27.
- Rey, José Ignacio (1976). Políticas de comunicación y democracia. En *Comunicación*, n° 10-11, pp. 4-14.
- Rey, José Ignacio (1981). Encuentro de Investigadores y Nuevo Orden Informativo Internacional. En *Comunicación*, n° 30-31, pp. 32-40.
- Reyes Matta, Fernando (1984). El nuevo orden informativo reubicado: de la UNESCO a la UIT. En *Comunicación y Cultura*, n° 11, pp. 9-16.
- Reyes Matta, Fernando (coordinador) (1983). *Comunicación alternativa y búsquedas democráticas*. Ciudad de México: ILET.
- Riu, Federico (1968). *Historia y totalidad. El concepto de reificación en Lukács*. Caracas: Monte Ávila.
- Rodríguez Boades, Ricardo (2014). El inicio de las librerías en Venezuela. En *La Revista de la Cámara Editorial*, año 10, n° 23, p. 17.
- Rodríguez, C., Villegas, S. & Reyes, A. (2000). *La UCV. Medio siglo de historia, 1950-2000*. Caracas: UCV.
- Rodríguez, Manuel (1975). *Tres décadas caraqueñas*. Caracas: Monte Ávila.
- Rojas, Rafael (2016). *Traductores de la utopía. La Revolución cubana y la nueva izquierda de Nueva York*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Roncagliolo, Rafael (1989). Desafíos a la investigación. En *Chasqui*, II Época, n° 31, pp. 51-55.

- Roncagliolo, Rafael (1991a). Presentación. En Goicochea, Pedro (editor), *América Latina: las comunicaciones de cara al 2000*. Perú: IPAL.
- Roncagliolo, Rafael (1991b). América Latina y el NOMIC: ni viudas ni huérfanos. En Goicochea, Pedro (editor), *América Latina: las comunicaciones de cara al 2000*. Perú: IPAL.
- Ruiz, Raquel (1984). UNESCO: itinerario de un conflicto. En *Nueva Sociedad*, n° 71, pp. 128-133.
- s/f ([1976] 1981). La radio: un medio con miedo. En León, Terry (comp.), *McLuhan en Venezuela*, pp. 210-212.
- s/f (1958). Testimonio. En *Sardio*, n° 1, pp. 2-3.
- s/f (1959). Cuba, un caso de locura. En *Sardio*, n° 7, pp. 592-593.
- s/f (1959). Las constantes de nuestra generación. En *Sardio*, n° 5-6, pp. 277-282.
- s/f (1960). The Sociological Imagination. En *Crítica contemporánea*, n° 2, p. 40.
- s/f (1961). Estar donde se debe. En *Crítica contemporánea*, n° 6, p. 3-4.
- s/f (1961). No intervención y autodeterminación. En *Crítica contemporánea*, n° 5, pp. 1-3.
- s/f (1964). Nuestros colaboradores. En *Cultura Universitaria*, n° 165, pp. 190-192.
- s/f (1967). Cine y cultura en Venezuela. En *Cine al día*, n° 1, pp. 1-2.
- s/f (1967). La crítica según los hijos de Gramsci y Lukács. En *Cine al día*, n° 1, pp. 12-15.
- s/f (1968). Entre Job y Jeremías. En *Cine al día*, n° 4, pp. 2-3.
- s/f (1969). 150 títulos y 15 meses. En *Imagen*, suplemento especial, 15/31 de octubre, pp. 6-8.
- s/f (1969). Cine del tercer mundo. En *Cine al día*, n° 8, pp. 3.
- s/f (1973). Impulso a la comunicación en América Latina. En *Chasqui*, n° 3, pp. 59-62.
- s/f (1975). “La cultura es de todos, no es de un grupo de extremistas”. En *Comunicación*, n° 3, pp. 78-80.
- s/f (1975). II Encuentro Nacional de Investigadores de la Comunicación Colectiva. En *Comunicación*, n° 2, pp. 41-46.
- s/f (1975). Una visita importante para la comunicación. En *Comunicación*, n° 5, pp. 63-64.
- s/f (1977). El profesor Antonio Pasquali. En *Comunicación*, n° 12, pp. 133-134.

- s/f (1980). Conferencia Mundial de AIERI en Caracas. En *ININCO*, n° 1, pp. 6-8.
- s/f (1980). Maestría en Comunicación Social. En *ININCO*, n° 1, p. 80.
- Safar, Elizabeth (1978). *La información audiovisual* (Trabajo de ascenso). Venezuela: UCV.
- Safar, Elizabeth (2014). Una constante en la obra de Antonio Pasquali: el Servicio Público de Radiotelevisión. En Bisbal, M. & Cañizález, A. (Eds.). *Travesía intelectual de Antonio Pasquali. A propósito de los 50 años de Comunicación y cultura de masas*. Venezuela: UCAB.
- Saintout, Florencia & Díaz Larrañaga, Nancy (2003). Mirada crítica de la comunicación en América Latina: entre el desarrollo, la dominación, la resistencia y la liberación. En Saintout, Florencia (editora) *Abrir la comunicación. Tradición y movimiento en el campo académico*. La Plata: Facultad de Periodismo y Comunicación Social.
- Saintout, Florencia (2011). Los estudios socioculturales y la comunicación: un mapa desplazado. En *ALAIC*, n° 8-9, vol. 5, pp. 144-153.
- Saintout, Florencia (editora) (2003). *Abrir la comunicación. Tradición y movimiento en el campo académico*. La Plata: EPC.
- Salinas, Raquel (1984). *Agencias transnacionales de información y el tercer mundo*. Quito: The Quito Times.
- Sánchez Ruiz, Enrique (1992). *Medios de difusión y sociedad*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara.
- Sánchez Ruiz, Enrique (2005). Actualidad del Informe MacBride, a 25 años de su publicación. En *Anuario ININCO*, n° 17, vol. 1.
- Santaella, Juan Carlos (1992). *Manifiestos literarios venezolanos*. Caracas: Monte Ávila.
- Santoro, Eduardo ([1966] 1969). *La televisión venezolana y la formación de estereotipos en el niño*. Caracas: UCV.
- Sapiro, Gisèle (2017). *Los intelectuales: profesionalización, politización, internacionalización*. Villa María: Editorial Universitaria.
- Sarlo, Beatriz (1992). Intelectuales y revistas: razones de una práctica. En *Cahiers du Criccal*, n° 9, pp. 9-16.
- Sartre, Jean-Paul ([1960] 1970). *Crítica de la razón dialéctica*. Buenos Aires: Losada.

- Schenkel, Peter (1981). El Informe Mac Bride: entre la realidad y la utopía. En *Chasqui*, n° 1, II Época, pp. 81-86.
- Schmucler, Héctor (1980). *La investigación sobre comunicación en América Latina en la hora de las computadoras*. Ponencia para la Conferencia Científica AIERI-IAMCR. Caracas: UCV.
- Schmucler, Héctor (1984a). Un proyecto de comunicación/cultura. En *Comunicación y cultura*, n° 12.
- Schmucler, Héctor (1984b). Año mundial de la comunicación. Con penas y sin gloria. En *Comunicación y Cultura*, n° 11, pp. 3-8.
- Schmucler, Héctor y Fox, Elizabeth (1982). *Comunicación y democracia en América Latina*. Lima: DESCO.
- Segnini, Yolanda (1995). *Historia de la cultura en Venezuela*. Caracas: Alfadil Ediciones.
- Serna, Justo y Pons, Anaclét ([2005] 2013). *La historia cultural. Autores, obras, lugares*. Akal: Madrid.
- Shannon, Claude ([1948] 1957). A Mathematical Theory of Communication. En *Monograph B-1598*, diciembre, pp. 5-83.
- Silva, A. P. & Campagnoli, M. A (2010). O protagonismo de Antonio Pasquali na pesquisa-denúncia e sua influencia sobre a Escola Latino-americana de Comunicação. En *Chasqui*, n° 109, pp. 21-24.
- Silva, J. P. (2007). Teoría Crítica e sua recepção no Brasil. Em *Idéias*, vol. 14, pp. 134-147.
- Silva, Ludovico (1970). *Sobre el socialismo y los intelectuales*. Caracas: Bárbara.
- Silva, Ludovico ([1970] 1977). *La plusvalía ideológica*. Venezuela: EBUC.
- Silva, Ludovico ([1971] 1978). *Teoría y práctica de la ideología*. México: Editorial Nuestro Tiempo.
- Silva, Víctor Manuel (2009). Teorías de la comunicación en América del Sur: historia, actualización y perspectivas. En *Portal de la Comunicación*, InCom-UAB.
- Simpson Grimberg, Máximo (comp.) (1981). *Comunicación alternativa y cambio social. I. América Latina*. Ciudad de México: Universidad Autónoma de México.
- Sirinelli, Françoise (1986). Le hasard ou la nécessité? une histoire en chantier: l'histoire des intellectuels. Vingtième Siècle. En *Revue d'histoire*, n° 9, pp. 97-108.

- Skinner, Quentin (1990). La idea de libertad negativa: perspectivas filosóficas e históricas. En Rorty, R., Schneewind, J. B. & Skinner, Q. (compiladores) *La filosofía en la historia. Ensayos de historiografía de la filosofía*. Barcelona: Paidós.
- Soares, Jorge (2010). *A recepção das ideias de Marcuse no Brasil*. En <http://www.uta.edu/huma/illuminations/marcl.htm>
- Sola Pool, Ithiel ([1980] 1981). La nueva estructura de la comunicación internacional (selección). En *Comunicación*, n° 30-31, pp. 35-40.
- Sorá, Gustavo (2004). Editores y editoriales de ciencias sociales: un capital específico. En Neiburg, Federico & Plotkin, Mariano (compiladores) (2004). *Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en la Argentina*. Buenos Aires: Paidós.
- Sorá, Gustavo (2017). *Editar desde la izquierda en América Latina*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Suasnábar, Claudio (2004). *Universidad e intelectuales: educación y política en la Argentina 1955-1976*. Buenos Aires: Manantial.
- Sucre, Guillermo (1968). Primer aniversario. En *Imagen*, n° 24, pp. 2-3.
- Terán, Oscar (2008). *Historia de las ideas en la Argentina*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.
- Thompson, Edward P. ([1963] 2012). *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Madrid: Capitán Swing.
- Torres, F. & De los Reyes, D. (2009). *Rompecabezas de una obra: Antonio Pasquali y su utopía comunicacional*. Caracas: UCAB.
- Torres, William (2015). Investigar la comunicación y formar comunicadores en América Latina hoy. Una conversación con Jesús Martín-Barbero. En Bolaño, C., Crovi Druetta, D. y Cimadevilla, G. (2015). *La contribución de América Latina al campo de la comunicación*. Buenos Aires: Prometeo.
- Torrico Villanueva, Erick (2016). *La Comunicación pensada desde América Latina (1960-2009)*. Salamanca: Comunicación Social.
- Trejo Delarbre, Raúl (2013). Antonio Pasquali: Cátedra Social, Ejemplo Público. En *Derecho a Comunicar*, n° 6, pp. 91-99.
- Trejo Delarbre, Raúl (2014). Antonio Pasquali: Cátedra Social, Ejemplo Público. En Bisbal, M. & Cañizález, A. (Eds.). *Travesía intelectual de Antonio Pasquali*.

*A propósito de los 50 años de Comunicación y cultura de masas.* Venezuela: UCAB.

- Vallina, Carlos (2015). *El tercer relato* (Tesis doctoral). La Plata: Facultad de Periodismo y Comunicación Social.
- Vadorpe, Yasmine (1996). Sardo: un compromiso artístico y político. En *Voz y Escritura*, n° 6-7, pp. 26-39.
- Varela, Mirta (2010). Intelectuales y medios de comunicación. En Altamirano, C. (editor), *Historia de los intelectuales en América Latina. II. Los avatares de la "ciudad letrada" en el siglo XX*. Buenos Aires: Katz Editores.
- Vargas Lozano, G. (conferencia) (1989). *Cincuenta años de exilio español: la filosofía*. México: Universidad Autónoma Metropolitana.
- Vásquez, Eduardo (1968). 4 ensayos de Herbert Marcuse. En *Imagen*, n° 6, pp. 6-7.
- Vega, E. y Pascuzzi, S. (1992). *La formación del sociólogo en la Escuela de Sociología, UCV: 1953-1991* (Tesis de grado). Caracas: UCV.
- Velázquez, Ramón ([1976] 1979). Aspectos de la evolución política de Venezuela en el siglo. En AAVV, *Venezuela moderna. Medio siglo de historia, 1926-1976*. España: Ariel.
- Vivas Lacour, Carmen (2009). El campo cultural venezolano en los años 50: un espacio abierto a la escritura. En *Letras*, n° 51, vol. 80, pp. 89-116.
- Wallerstein, Immanuel (coordinador) ([1996] 2006). *Abrir las ciencias sociales*. México: Siglo XXI editores.
- Wallerstein, Immanuel ([1999] 2001). *Conocer el mundo, saber el mundo: el fin de lo aprendido*. México: Siglo XXI editores.
- White, Robert (1989). La teoría de la comunicación en América Latina. En *Telos*, n° 19.
- Wiener, Norbert ([1950] 1969). *Cibernética y sociedad*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Wiggershaus, Rolf ([1986] 2011). *La Escuela de Fráncfort*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Williams, Raymond ([1961] 2003). *La larga revolución*. Buenos Aires: Nueva visión.
- Williams, Raymond ([1977] 2009). *Marxismo y literatura*. Argentina: La Cuarenta.

- Williams, Raymond ([1981] 2015). *Sociología de la cultura*. Argentina: Paidós.
- Williams, Raymond ([1989] 1997). *La política del modernismo*. Buenos Aires: Manantial.
- Wolf, Mauro ([1987] 2013). *La investigación de la comunicación de masas. Críticas y perspectivas*. Buenos Aires: Paidós.
- Wright Mills, Charles ([1956] 1960). *La elite del poder*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Yankelevich, Pablo (2010). *Ráfagas de exilio. Argentinos en México, 1974-1973*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Zarowsky, Mariano (2013). *Del laboratorio chileno a la comunicación-mundo. Un itinerario intelectual de Armand Mattelart*. Buenos Aires: Biblos.
- Zarowsky, Mariano (2015). Del exilio a los nuevos paradigmas: los intelectuales argentinos de la comunicación en México (de Controversia a *Comunicación y Cultura*). En *Comunicación y Sociedad*, n° 24, pp. 127-160.
- Zarowsky, Mariano (2017). *Los estudios en comunicación en Argentina*. Buenos Aires: Eudeba.